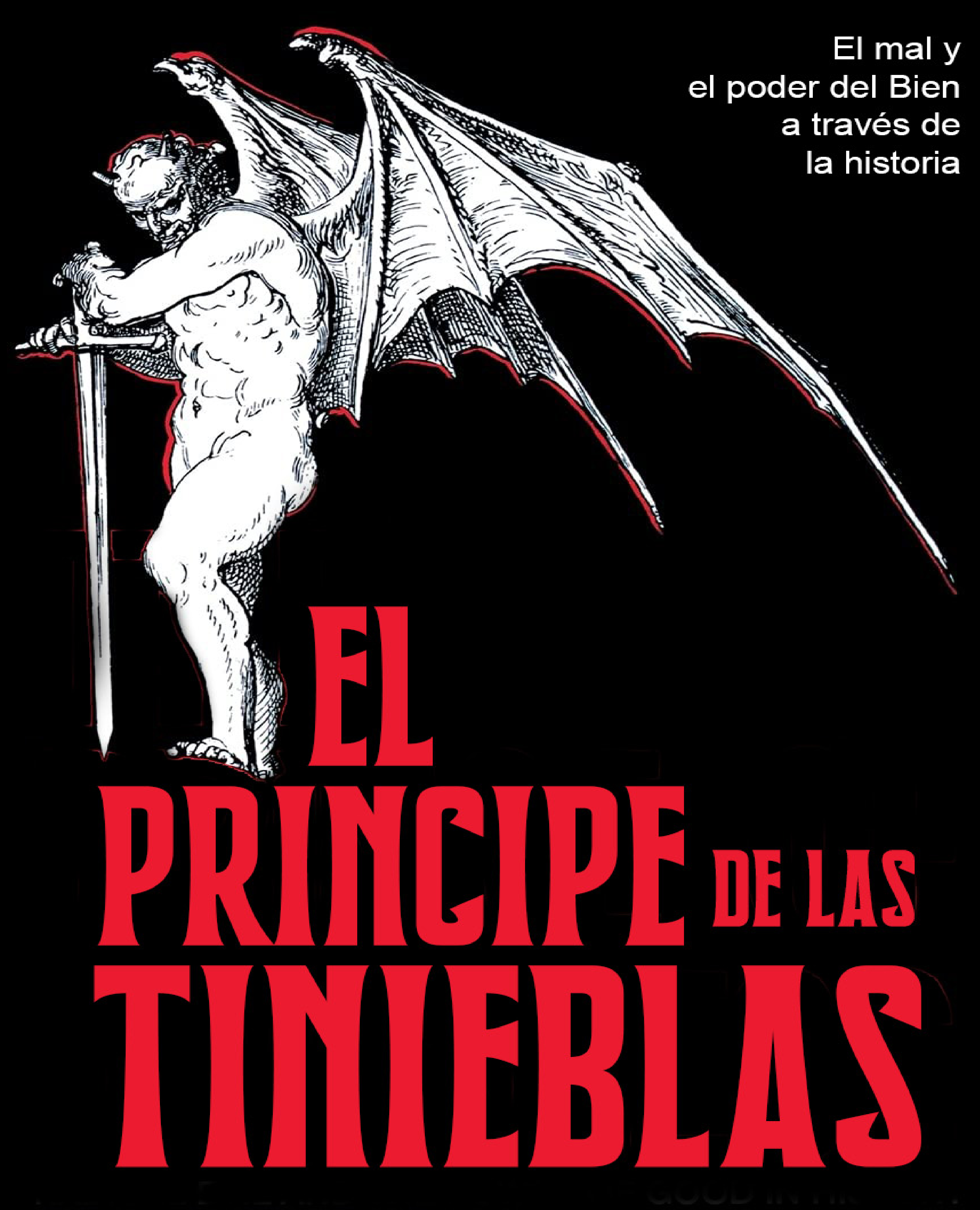


El mal y
el poder del Bien
a través de
la historia

EL PRINCIPE DE LAS TINIEBLAS

Jeffrey Burton Russell

EL PRINCIPE DE LAS TINIEBLAS

El Diablo, Satanás, Lucifer, Mefistófeles: a lo largo de la historia, el Príncipe de las Tinieblas, el símbolo del mal más poderoso del mundo occidental, ha tomado muchos nombres y formas.

Jeffrey Burton Russell relata aquí la notable historia del Diablo desde la antigüedad hasta el presente. Mientras relata cómo las generaciones pasadas han personificado el mal, profundiza nuestra comprensión de las formas en que las personas han enfrentado el persistente problema del mal radical.

Después de un convincente ensayo sobre la naturaleza del mal, Russell descubre los orígenes del concepto del Diablo en varias culturas tempranas y luego rastrea su evolución en el pensamiento occidental desde la época de los antiguos hebreos hasta los primeros siglos de la era cristiana. A continuación, recurre a la visión medieval del Diablo, centrándose en las imágenes que se encuentran en el folclore, el pensamiento escolástico, el arte, la literatura, el misticismo y la brujería.

Finalmente, sigue al Diablo hasta nuestra era, donde recurre a ejemplos de la teología, la filosofía, el arte, la literatura y la cultura popular para describir los grandes cambios en esta noción tradicional del mal provocados por los desarrollos intelectuales y culturales de los tiempos modernos.

¿Es el Diablo una superstición anticuada, como cree la mayoría de las personas cultas hoy en día? ¿O los horrores del siglo XX y el espectro de la guerra nuclear dejan demasiado claro la continua necesidad de algún símbolo vital del mal radical?

Un destilado en un solo volumen de la tetralogía épica de Russell sobre la naturaleza y la personificación del mal desde la antigüedad hasta el presente (publicada por Cornell University Press entre 1977 y 1986), *El príncipe de las tinieblas* invita a los lectores a confrontar estas y otras preguntas críticas mientras exploran los rostros pasados de aquel que ha sido llamado el segundo personaje más célebre de la cristiandad.

EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS

El mal radical y el poder del bien en la historia

Jeffrey BurtonRussell

CuentaCERO

Para Alberto, Cameron, Cheryl, Karen, Marylou, Miriam,
Pam, Rick, Tim y los buenos viejos tiempos.

Prefacio

El intento de comprender el problema del mal me ha ocupado durante veinte años. A través de mis cuatro volúmenes anteriores sobre el diablo, he tratado de comprender ese problema examinando la historia del símbolo más poderoso del mal.

Este libro, El Príncipe de las Tinieblas , presenta los principales trazos de esa historia en un solo volumen. Mi intención aquí ha sido escribir la historia del Diablo en el mundo occidental, desde sus inicios hasta nuestros días, para lectores cuyo interés sea más inmediato que académico. Me he basado en gran parte del material en el que se basan los cuatro libros anteriores, pero he evitado su densidad de detalles y sus extensas notas a pie de página para enfocar mejor las preguntas más importantes y aclarar los problemas profundos que subyacen en el historia.

Mi búsqueda de una comprensión del mal ha sido tanto una búsqueda personal como una investigación académica, e invito al lector a unirse a mí en este viaje difícil pero gratificante. A medida que crecí en el curso de la búsqueda, mi visión de la pregunta continúa profundizándose. Este libro corrige algunos errores encontrados en los cuatro volúmenes y reformula algunos de sus argumentos en una forma más madura. Sobre todo, he tratado de abrirme a mí mismo y a los demás a la comprensión de que el conocimiento sin amor y la erudición sin participación y compromiso personal están muertos. Este libro es para los que aman conocer y saben amar.

Los lectores que deseen hacer un seguimiento de las citas, ubicar materiales de origen o ser guiados en lecturas adicionales sobre temas particulares pueden encontrar esa información consultando los índices y las secciones bibliográficas de mi serie anterior sobre el Diablo. Los capítulos de este libro corresponden a los volúmenes en gran parte de la siguiente manera: Capítulos 2–4: El diablo: personificaciones del mal desde la antigüedad hasta el cristianismo primitivo ; Capítulos 5–7: Satanás: la tradición cristiana primitiva ; Capítulos 8–10: Lucifer: El diablo en la Edad Media ; y Capítulos 11–16: Mephistopheles: The Devil in the Modern World . Los cuatro fueron publicados por Cornell University Press. Los lectores también pueden consultar un excelente libro reciente de Neil Forsyth, The Old Enemy: Satan and the Combat Myth (Princeton: Princeton University Press, 1987).

Las traducciones son mías excepto las del hebreo y el ruso. Para los pasajes de la Biblia hebrea he usado en su mayor parte la Nueva Versión Internacional. Al citar las dos novelas de Dostoievski en el capítulo 15, he utilizado las traducciones publicadas de Constance Garnett.

Una vez más, mi más profundo agradecimiento a todos aquellos que me ayudaron con los primeros cuatro volúmenes y también a J. Gordon Melton y Dennis Rohatyn.

JEFFREY BURTON RUSSELL

Santa Bárbara, California

1 Demonio

El mal se experimenta directamente y se intuye directamente. Una mujer joven es golpeada; un anciano es asaltado; un niño es violado; un terrorista destroza un avión en pleno vuelo; una gran nación bombardea a una población civil. Aquellos cuyas mentes no están torcidas por la locura personal o social responden inmediatamente a tales acciones con ira justificable. No haces cálculos abstractos en filosofía ética cuando ves que golpean a un bebé. En el nivel más fundamental, el mal no es abstracto. Es real y tangible.

Esta percepción directa del mal es lo más importante. Pero retroceder para reflexionar sobre la naturaleza general del mal también es valioso. ¿Qué es el mal? ¿Qué tienen en común las malas acciones? Los filósofos han identificado tradicionalmente tres tipos de maldad. El primero es moral , el mal que ocurre cuando un ser inteligente, a sabiendas y deliberadamente, inflige sufrimiento a otro ser sensible. Esta categoría excluye que el cirujano inflija el dolor necesario a un paciente. El problema no es el dolor físico, sino el sufrimiento, que implica un conocimiento consciente, la anticipación y el temor al dolor sin comprender ninguna buena razón por la que uno debería ser lastimado. El segundo tipo de mal es el natural , el sufrimiento resultante de procesos de la naturaleza como el cáncer y los tornados. Algunos argumentan de manera abstracta que los procesos naturales en realidad no deberían llamarse malos, pero esto es una evasión, porque los percibimos directamente como tales. Además, los males naturales y morales se superponen. Un niño puede morir de hambre en una hambruna resultante de una sequía, pero si hubiera podido salvarlo si hubiera sido más abierto con mi cuenta bancaria, ¿el mal es natural o moral? Además, si algún Ser inteligente es responsable del cosmos, entonces el sufrimiento que ocurre en el cosmos es responsabilidad de ese Ser, y de nuevo convergen los males morales y naturales. El tercer tipo de mal es el metafísico , un mal abstracto. concepto que no nos ocupará mucho en este libro. El mal metafísico es la necesaria falta de perfección que existe en cualquier cosmos creado, ya que ningún cosmos puede ser perfecto como lo es Dios.

El mal también viene en diferentes órdenes de magnitud. Algunos males son personales, como cuando un individuo asesina a un niño. Algunos males son transpersonales, como cuando una multitud lincha a una víctima o un gobierno bombardea una ciudad. Parece que no hay límites para el mal transpersonal, porque ahora estamos arriesgando a toda la raza humana y la

mayor parte de la vida de este planeta con nuestros arsenales nucleares. El mal transgenérico también puede existir. Si existen seres inteligentes y con defectos morales en otros planetas, entonces el mal se extiende más allá de la humanidad. Finalmente, el mal también puede extenderse más allá de lo transgenérico a lo cósmico. La voluntad humana de amenazar a todo el planeta con la destrucción para oponerse a cualquier nación o grupo que se defina actualmente como enemigo puede reflejar la voluntad del mismo Diablo, el Príncipe de las Tinieblas, que elige conscientemente destruir y arruinar el cosmos en la medida en que lo desee. es capaz. Infligiendo sufrimiento por el bien del sufrimiento, haciendo el mal por el bien del mal, el Diablo es por definición la personificación del mal cósmico.

Pocas personas educadas hoy en día toman en serio el concepto del diablo. Algunos niegan relativistamente la existencia del mal por completo. Otros admiten la existencia de malas acciones pero no de malos individuos. Aún otros admiten que las personas pueden ser malas pero limitan el mal a los seres humanos. Los historiadores y antropólogos saben, sin embargo, que los supuestos no examinados de una sociedad nos dicen más sobre la sociedad que sobre la verdad de los supuestos.

A menudo la gente asume que en el mundo moderno la idea del Diablo es anticuada y por lo tanto falsa, una objeción que asume que “el mundo moderno” (como sea que se defina) ha descubierto alguna verdad metafísica (como sea que se defina) que hace que la existencia del Diablo menos probable ahora de lo que solía ser. De hecho, la existencia del Diablo no es menos probable ahora que nunca. Las suposiciones, los estilos y los prejuicios de la sociedad han cambiado, y volverán a cambiar, pero el problema subyacente del mal sigue siendo el mismo. Por lo tanto, la verdadera pregunta es si el concepto del Diablo tiene algún sentido. ¿Alguna vez? ¿Lo hace ahora? ¿Será en el futuro?

Existen tres modos generales de pensamiento en la sociedad occidental a finales del siglo XX. Uno es la cosmovisión tradicional judeocristiana, que se ha ido debilitando constantemente durante los últimos dos siglos, pero que ahora está cobrando fuerza renovada en algunas partes del mundo. La segunda es la visión del mundo científica y materialista tradicional, cada vez más dominante desde el siglo XVIII. Este punto de vista ahora se ve socavado por la física del siglo XX, que sugiere que la "materia" es un objeto intelectual. construcción en lugar de la realidad última. El tercero es el pensamiento de la Nueva Era; hostil a ambas visiones tradicionales, se caracteriza por una amplia diversidad de ángulos de visión y por un deseo de explorar la realidad más allá de las líneas convencionales. El choque constructivo entre estos puntos de vista divergentes ha producido señales de que una nueva síntesis puede estar en gestación.



MC Escher, El chivo expiatorio , El diablo aparece como el lado oscuro de Dios, el lado oscuro de la naturaleza divina. © MC Escher Heirs c/o Cordon Art—Baarn, Holanda.

¿Dónde encaja el Diablo? ¿Es el Maligno una superstición pasada de moda? La única definición universalmente válida de "superstición" es "una creencia que no es coherente con la visión general del mundo". La idea del Diablo es de hecho una superstición dentro de la cosmovisión científica, pero no es una superstición en las cosmovisiones cristiana y musulmana, porque el concepto es coherente dentro de esas visiones. Los pensadores de la Nueva Era tienden a estar interesados en la idea del Diablo, pero la reinterpretan desde una variedad inagotable de nuevos puntos de vista, que carecen de coherencia global.

Ya sea que el diablo exista o no fuera de la mente humana, el concepto del diablo tiene una larga historia y el enfoque más fructífero es histórico.

El enfoque histórico observa los orígenes del concepto, esboza sus primeras líneas y muestra su desarrollo gradual a través de las épocas hasta el presente. El concepto del Diablo se encuentra solo en unas pocas tradiciones religiosas. No había idea de una sola personificación del mal en las antiguas religiones grecorromanas, por ejemplo, y no había ni hay ninguna en el hinduismo o el budismo. La mayoría de las religiones, desde el budismo hasta el marxismo, tienen sus demonios, pero solo cuatro

religiones principales han tenido un diablo real. Estos son el mazdaísmo (zoroastrismo), la antigua religión hebrea (pero no el judaísmo moderno), el cristianismo y el islam. A través de estas cuatro religiones, la tradición del Diablo puede rastrearse y definirse históricamente.

Por “tradición” no me refiero a algo que se ha transmitido sin cambios. La idea de que las ideas religiosas se han transmitido inalteradas a lo largo de los siglos desde Moisés, Jesús o Mahoma es una ilusión. La tradición religiosa se entiende mejor como una continuidad, pero dinámica, viva, en desarrollo y en evolución. En el cristianismo, la tradición está enraizada y continúa con la primera comunidad cristiana y la persona de Jesús. Pero las enseñanzas de la comunidad cristiana (ya sea católica, ortodoxa o protestante) de hoy no son idénticas a las del primer siglo. Se han desarrollado sustancialmente a lo largo de los siglos intermedios. La tradición conecta el cristianismo moderno con el cristianismo primitivo, pero la conexión es dinámica, no estática.

De esta forma, el Diablo es definido por la tradición histórica. Los esfuerzos por decir que el Diablo “realmente” es algo diferente de la tradición histórica son contradictorios. Algunos satanistas modernos, por ejemplo, Disfruté diciendo que el Diablo es “realmente” un ser “bueno”. Pero la definición misma del diablo es que él es malvado. Llamar al Diablo “bueno” es como llamar caballo a un insecto que zumba. Uno es legalmente libre, por supuesto, de usar palabras en cualquier forma que elija, pero si quiere ser entendido, usa las palabras en su sentido normal. Harías el ridículo tratando de ensillar un tábano. Frases como “el diablo es”, “el diablo era”, “el diablo se convirtió” aparecen en este libro como abreviaturas de “el concepto del diablo es, era o se convirtió”. Nadie puede decir qué es o no es el Diablo en la realidad absoluta, porque no tenemos acceso proposicional a realidades más allá de la mente humana.

La teoría histórica proporciona una cierta base para el conocimiento humano limitado, pero, como la ciencia, no tiene lugar para afirmaciones sobre la realidad metafísica. De hecho, muchos teóricos de la historia argumentaron que la humanidad progresa al pasar de lo supersticioso a lo racional. Desde este punto de vista, las ideas antiguas como el Diablo y Dios tienen menos probabilidades de ser verdaderas que las nuevas, y "anticuado" reemplaza a "falso" como criterio de rechazo. Este punto de vista no tiene sentido ni para aquellos que creen en un cosmos planificado racionalmente ni para aquellos que creen que el cosmos no tiene plan. De hecho, el punto de vista progresista es fundamentalmente incoherente, ya que argumenta que no hay una meta y, sin embargo, nos estamos moviendo hacia ella. Solo si uno adopta esta visión imposible, aunque enormemente popular, puede uno lograr descartar ideas sobre la base de que están “pasadas de moda”. No obstante, vagas ideas de progreso se vinculan con vagas ideas de relativismo, a pesar de que las dos son lógicamente incompatibles, para socavar la idea de que la teología era un camino hacia la verdad.

Una nota sobre algunas palabras y nombres. No existe ninguna conexión entre la palabra "Diablo" y la palabra "mal", ni tampoco entre "Diablo" y la raíz indoeuropea dev que se encuentra en los devas indoeuropeos y el inglés "divino". El inglés “Devil”, como el alemán Teufel y el español diablo , deriva del griego diabolos. Diabolos significa "calumniador" o "perjurador" o "adversario" en la corte. Se aplicó por primera vez al Maligno en la traducción del Antiguo Testamento al griego en los siglos tercero y segundo a. EC para traducir el hebreo satan , "adversario", "obstáculo" u "adversario". El Príncipe de las Tinieblas ha tenido muchos nombres, y uso los más comunes—Satanás, Lucifer y Mefistófeles—como sinónimos del Diablo.

La razón básica para examinar al Diablo en las tradiciones judeocristianas musulmanas es que estas tradiciones esencialmente crearon el concepto. (Lamento que este libro sea demasiado corto para proporcionar un examen de la rica tradición islámica. Los lectores interesados en el diablo musulmán lo encontrarán discutido en mi Lucifer .) También hay una segunda razón importante para adoptar este enfoque. Con su énfasis en el monoteísmo, estas tradiciones tuvieron que hacer frente a la responsabilidad de Dios por el mal. ¿Cómo es reconciliable la existencia del mal con la de un Dios bueno y omnipotente? La pregunta ha sido respondida en dos líneas radicalmente diferentes. Una respuesta es que Dios es totalmente responsable del cosmos tal como es, y vivimos en un mundo determinado y “predestinado”. La respuesta alternativa es que existen algunas restricciones o limitaciones en el poder absoluto de Dios. Los filósofos han propuesto una variedad de tales restricciones a lo largo de los siglos: caos, materia, libre albedrío, aleatoriedad cuántica y un principio del mal. Esta tensión entre determinismo y libertad siempre ha sido una fuente de enorme creatividad y poder intelectual y espiritual. La tensión que opone el poder de Dios a la existencia del mal es la fuente última del concepto del Diablo.

Discutir el mal significa usar proposiciones: de dónde viene, cómo actúa, qué lo limita, etc. Las discusiones sobre el mal son necesariamente conceptuales. Pero también hay que mantener la mirada fija en la realidad subyacente del mal, que es la experiencia real del sufrimiento real.

2 *El diablo por el mundo*

Aunque el concepto del Diablo, una sola personificación del mal, no existe en la mayoría de las religiones y filosofías, el problema del mal existe en todas las cosmovisiones excepto en el relativismo radical. Si el cosmos tiene algún significado intrínseco, si existe una inteligencia moral de cualquier tipo, se necesita hacer algún esfuerzo para reconciliar esa inteligencia con la existencia del mal. La mayoría de las sociedades, que observan tanto el bien como el mal en el cosmos, perciben esa inteligencia moral como ambivalente. Su Dios tiene dos caras, el bien y el mal: es una coincidencia de opuestos.

Esta ambivalencia se expresa de manera diferente en diferentes sociedades. La mayoría de los puntos de vista politeístas asumen que los muchos dioses son las manifestaciones del único Dios, el único principio ambivalente. El hinduismo ofrece un claro ejemplo de la ambigüedad del Dios. Brahma "crea lo dañino y lo útil; los gentiles y los crueles; verdad y falsedad; vida y muerte." Este Dios se manifiesta en una variedad de formas. Según los Brahmanas , "los dioses y los demonios hablaron la verdad y ambos hablaron la mentira. Los dioses renunciaron a la falsedad, y los demonios renunciaron a la verdad." Estos demonios ahora pueden ser culpados por al menos parte del mal en el mundo. Pero dado que todos los seres son aspectos de Dios, tanto el bien como el mal se derivan en última instancia de él y son partes integrales de Dios.

¿Por qué Dios hace el mal, o hace que se haga, o permite que se haga? La teodicea es el intento de comprender la relación de Dios con un cosmos que sufre. Algunas teodiceas son esfuerzos teológicos, racionales y filosóficos para llegar a una respuesta; otros son mitológicos, intentos de explicar contando historias.

Las teodiceas mitológicas a menudo personifican los aspectos malévolos de Dios y construyen dioses, demonios u otros seres algo análogos a el Diablo, pero en general el mito tiende a no crear seres totalmente malvados. El mito está cerca del inconsciente y el inconsciente es ambivalente. Lo que viene del inconsciente es básicamente percepción de uno mismo, y sentimos ambivalencia en nosotros mismos. Por lo general, es la conciencia la que racionaliza y distorsiona, dividiendo la ambivalencia natural del bien y el mal en polaridades, absolutos opuestos. Las religiones como el cristianismo y el Islam, que enfatizan lo racional sobre lo mitológico, son más hospitalarias con la idea del diablo. Aun así, el mito no es una efusión informe del inconsciente; como la poesía, el arte o la música, surge de una

tensión creativa entre materiales inconscientes y formas conscientes. El mito, como la teología, a menudo trata de separar el bien del mal en Dios.

Tanto el bien como el mal proceden de Dios. Debido a que las personas sienten una tensión entre el bien y el mal en sí mismas, sienten una tensión comparable dentro de Dios. El bien y el mal deben estar luchando dentro de él. La gente también desea sentir que Dios es bueno y benévolo, por lo que no les gusta atribuirle el mal. Por estas razones, tienden a suponer una oposición de fuerzas dentro de la divinidad. A menudo externalizan esta oposición, hermanando a Dios en entidades separadas buenas y malas. En tales divisiones, el lado bueno del Dios a menudo se identifica con el "Dios Alto" y el lado malo con el adversario del Dios Alto. Surge una tensión adicional: la tensión entre la unidad y la diversidad en el Dios. Dado que la mayoría de las religiones han evitado asumir una pluralidad de principios últimos, la mayoría tiene un Dios último, y ese Dios único sigue siendo una coincidencia de opuestos.

La coincidencia de opuestos se expresa a veces como una guerra en el cielo entre dioses buenos y malos. Históricamente, cuando una cultura reemplaza un grupo de dioses por otro, tiende a relegar al grupo perdedor al estado de espíritus malignos. Los cristianos convirtieron en demonios a las deidades olímpicas de Grecia y Roma, tal como la religión olímpica había transformado antes a los titanes terrestres en espíritus malignos. La religión indoiraní temprana tenía dos conjuntos de dioses, los asuras (ahuras) y los devas (daevas). En Irán, los ahuras derrotaron a los daevas, y el líder de los ahuras se convirtió en el Dios Supremo Ahura Mazda, el dios de la luz, mientras que los daevas derrotados fueron degradados a espíritus malignos bajo el dominio del señor de las tinieblas. En India, los devas derrotaron a los asuras. En cierto sentido, el resultado en la India fue opuesto al de Irán, pero en un sentido más profundo el proceso fue el mismo, en el sentido de que un grupo de deidades fue vencido por otro y relegado al estado de espíritus malignos.

Los politeístas a veces expresan la coincidencia divina de los opuestos en deidades individuales que son ambivalentes, con "dos almas dentro de sus pechos." Los grandes dioses de la India, incluidos Kali, Shiva y Durga, manifiestan polos opuestos en un solo ser: benevolencia y malevolencia, creatividad y destructividad. Los politeístas también pueden expresar las dos caras de Dios en mitos sobre pares de deidades estrechamente relacionadas pero adversarias. Los dioses de cada par se ven como opuestos, pero siempre en un nivel más profundo son el mismo ser. Entre los iroqueses, la hija de la tierra da a luz hijos gemelos, que se pelean dentro de su vientre. Un gemelo nace de la manera normal, pero el segundo gemelo nace a través de la axila de su madre, matándola. El hijo menor, llamado Flint, se esfuerza incesantemente por deshacer el trabajo de su hermano constructivo. El hijo mayor crea animales; Flint intenta imitarlo, falla y, en su rabia, arroja acantilados y montañas escarpados para dividir tribu a tribu y así frustrar la unidad que su hermano ha planeado para la

humanidad. Como el yin y el yang del taoísmo, estos gemelos o dobletes son a la vez opuestos y unidos; debajo de su conflicto buscan integración y centrado.




Quetzalcóatl, 900–1250 EC , piedra caliza. El dios benévolo de la vida y el arte es también el dios de la muerte. Los lados opuestos de esta escultura independiente muestran los dos aspectos de la divinidad. Cortesía del Museo de Brooklyn, fondos de Henry L. Batterman y Frank Sherman Benson.

Los aspectos malvados de Dios a menudo se asocian con el inframundo, pero el inframundo en sí mismo es ambivalente. Es bueno, porque es de debajo de la tierra de donde brotan los cultivos y del subsuelo de donde se pueden extraer los metales ricos. Pero también es malo, porque los muertos están enterrados en la tierra, y debajo de la tierra hay una tierra oscura donde vagan en las sombras. Los dioses del inframundo, como el grecorromano Plutón o Plutón, son señores tanto de la fertilidad como de la muerte. La asociación del Diablo con el infierno proviene de su identificación con los aspectos malévolos del señor subterráneo. El resplandor rojo del fuego del infierno, junto con el tinte rojo de la tierra quemada por el fuego y con el color de la sangre, llevó a la asociación del Diablo con el color rojo.

La negrura y la oscuridad casi siempre se asocian con el mal, en oposición a la blancura y la luz asociadas con el bien. Esto es cierto incluso en el África negra. La negrura tiene una inmensa gama de asociaciones negativas y temerosas: la muerte, el inframundo, el vacío, la ceguera, la noche acechada por ladrones y fantasmas. Psicológicamente significa las temibles e incontrolables profundidades del inconsciente. También está asociado con

la depresión, la estupidez, el pecado, la desesperación, la suciedad, el veneno y la peste.

El vacío, la nada, el caos, es otro símbolo que el mito vincula con el Diablo. El caos, el vacío bostezante, es el estado informe e indiferenciado que existe en o antes del comienzo del mundo. “Al principio”, dice el Rig Veda, “solo había oscuridad envuelta en oscuridad”. Y Génesis 1.2 dice: “La tierra estaba desordenada y vacía; y las tinieblas se movieron sobre la faz del abismo.” En cierto sentido, el caos es bueno, porque es la potencia creativa sin la cual nada podría llegar a existir. Pero en en otro sentido es malo, porque debe ser vencido, formado y modelado si los dioses o los humanos han de existir. El caos aparece a menudo en el mito como un monstruo, como el Leviatán hebreo o el Tiamat babilónico, que debe ser derrotado por un dios o un héroe. Los mesoamericanos decían que el caos primigenio era algo con innumerables bocas nadando en las aguas sin forma y devorando todo lo que podía agarrar. Fue vencida por los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, quienes desgarraron su cuerpo en dos para permitir la formación del universo. El caos es un requisito previo para el cosmos, pero el cosmos solo puede formarse venciendo al caos. Al final de los tiempos, el cosmos puede volver al caos. Esto tiene el doble efecto de destruir el mundo pero también de regresar al poder creativo primitivo. La danza Tandava de Shiva expresa tanto alegría como tristeza. Aniquila el mundo ilusorio (maya), pero al hacerlo integra el mundo con Brahma. Muchos ritos tenían como objetivo la recreación del caos para recuperar y liberar la fuerza creativa. A menudo relacionados con la fertilidad, tales ritos a veces se convirtieron en una licencia desenfrenada e incontrolada y fácilmente podían percibirse como amenazantes y destructivos. Así, el Diablo pasó a vincularse con la orgía, símbolo de la aterradora informe del caos.

El caos a menudo se representa como una serpiente, una serpiente o un dragón. Los Dayak de Borneo creían que el mundo está encerrado en un círculo formado por la serpiente de agua que se muerde la cola. La serpiente primigenia persiguiéndose en círculos sin fin es otro símbolo de la coincidencia de los opuestos, la unión de principio y fin. Las serpientes ayudan y curan; el símbolo de la profesión médica es la serpiente de Esculapio. Las deidades que llevan serpientes como emblemas a menudo las llevan en forma de luna creciente, símbolo de crecimiento y fertilidad. Pero a través de la luna la serpiente también se asocia con la noche, la muerte y la sangre menstrual. A través de la serpiente, el Diablo está asociado con estos terrores y con el dragón del caos que debe ser asesinado para que la vida y el orden puedan liberarse.

La luna creciente también sugiere cuernos. Los cuernos obtuvieron un poder simbólico adicional de su conexión con el falo y con el poder procreador de los toros. Shiva puede tomar la forma tanto de toro como de falo; Vishnu y Krishna también se representan como toros. Los cuernos también se identifican con los rayos del sol: cuernos o rayos emanados de la

frente de Moisés que bajaba de su encuentro con Dios. Los sombreros en forma de cuernos, como las coronas medievales o las mitras de los obispos, indicaban el poder de quien los usaba. El signo de los cuernos (como la herradura hacia arriba) trae buena suerte, fertilidad y poder.

Por lo tanto, los cuernos del Diablo simbolizan su poder principesco, pero también tienen una poderosa connotación negativa. Los cuernos recuerdan a los peligro de fieras y del toro corneador; sugieren la otredad misteriosa y aterradora de los animales; y su asociación con la luna recuerda no sólo la fertilidad sino también la noche, la oscuridad y la muerte.

Legiones de espíritus menores en todo el mundo manifiestan los terrores de la naturaleza. Salvajes y disruptivos, exhiben la cualidad extraña y numinosa que provoca el terror no dirigido que los griegos llamaron "pánico" en honor al dios Pan. Poseen cuerpo o mente, causando enfermedad o locura. Aparecen como íncubos machos o súcubos hembras, seduciendo a los durmientes. Su fealdad y deformidad son signos visibles y externos de su naturaleza distorsionada. Pueden actuar como tentadores morales, pero con mayor frecuencia atacan a las personas de manera directa y cruda. En el Japón tradicional, donde los mundos natural y sobrenatural estaban estrechamente entrelazados, no solo los humanos, sino también los animales, las plantas e incluso los objetos inanimados tenían fantasmas. Estos fantasmas solían ser hostiles, particularmente los oni , cuyos cuernos y tres horribles ojos significaban tanto poder como malevolencia.

Los demonios tanto del Este como del Oeste frecuentemente sirven como verdugos de la justicia de Dios atormentando a las almas condenadas en el infierno. En Japón, veinticuatro mil demonios sirvientes trabajaron incesantemente para arrastrar las almas desafortunadas ante el tribunal divino de Emma-O. De apariencia grotesca y horrible, los demonios también usan horribles herramientas de tortura. En China y Japón, así como en Occidente, no siempre está claro si los demonios son empleados o internos del infierno, si sufren y causan dolor a los demás.

El espíritu maligno de la tentación aparece en algunas culturas. Lo más parecido al Diablo en el budismo es Mara, cuyo nombre significa “muerte” o “sed”, y cuyos atributos son ceguera, lobreguez, muerte y oscuridad. Con sus hijas Deseo, Inquietud y Placer, intenta obstruir el progreso del señor Gautama hacia la iluminación, pero Buda, sabiendo que el único bien verdadero radica en trascender el mundo, lo ahuyenta. Los mesoamericanos creían que el hombre-dios Quetzalcóatl fue tentado por muchos demonios que le ofrecieron vino y otras tentaciones para apartarlo del camino del deber.

Las similitudes entre las representaciones mundiales del mal son notables. Dado que muchas de estas sociedades no están conectadas históricamente, las similitudes sugieren una respuesta psicológica común e inherente a las percepciones comunes del mal. Ciertas civilizaciones, sin embargo, estuvieron directamente en el trasfondo histórico del concepto judeocristiano del diablo. Aquí las conexiones culturales son claras y

pronunciadas. Las más importantes de estas civilizaciones fueron las culturas de Egipto, Mesopotamia, Canaán y Grecia.

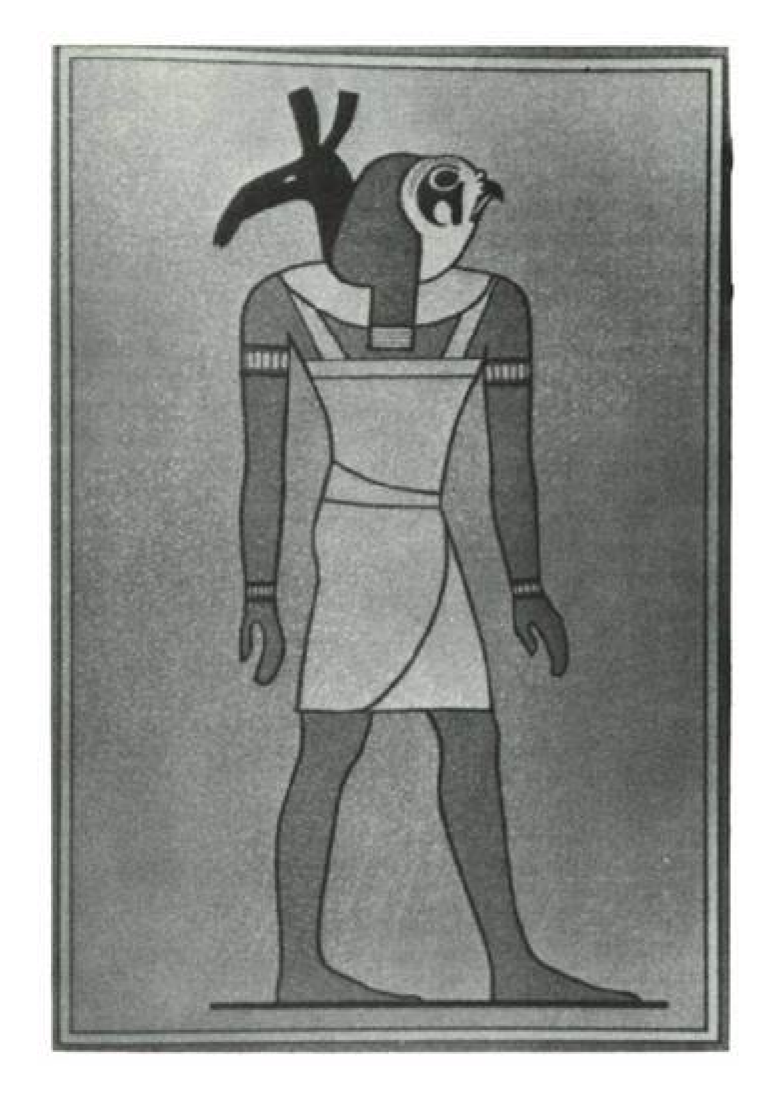
Los muchos dioses de los egipcios eran manifestaciones del único Dios. El Dios y los dioses son ambivalentes: ambos ayudan y obstaculizan a la humanidad. Dado que Dios nunca cambia, el cosmos nunca cambia. El cosmos egipcio es una coincidencia estable de opuestos, una manifestación del orden y la armonía divinos. El universo no es una cosa; esta vivo; pulsa con la divinidad. No es meramente la creación de Dios; es la manifestación exterior y visible de Dios. En tal cosmos divino no puede existir el mal absoluto. El mal individual existe, pero es limitado; es un acto aislado por el cual el individuo es responsable y por el cual será castigado en el más allá. Produce una perturbación limitada de ma'at , la justicia ordenada y armoniosa del cosmos, pero ma'at se ajusta rápidamente a través del castigo inevitable de los malvados, y la serenidad del cosmos divino continúa.

Todas las deidades egipcias son manifestaciones de todo el cosmos y reflejan tanto los aspectos constructivos como los destructivos de la armonía cósmica. Incluso el dios misericordioso Osiris es a veces un adversario del noble dios sol Re, mientras que una deidad frecuentemente destructiva como Seth es amable con sus propios adoradores. El faraón, que es la encarnación humana del Dios en la tierra, comparte la ambivalencia divina: “ese dios benéfico, cuyo temor es por todos los países como el temor de Sekhmet en un año de peste. . . . Él lucha sin fin, no escatima. . . . Es un maestro de la gracia, rico en dulzura, y vence por el amor”.

Ninguna deidad egipcia se convirtió jamás en el principio del mal, pero un dios, Seth, muestra el elemento destructivo más que los demás. Desde una época temprana en el desarrollo de la religión egipcia, Seth fue enemigo del dios del cielo Horus. Horus era un dios del norte de Egipto, el país bajo donde el Nilo se extendía en llanuras negras, fértiles y cultivables. Seth era un dios del sur seco y árido, donde los desiertos rojos se extendían sin vida hasta las montañas rocosas y ardientes en el horizonte. Debido a la asociación de Seth con el desierto, generalmente se lo representaba como un animal rojizo de identidad desconocida, y las personas pelirrojas se consideraban suyas de alguna manera especial. A medida que se desarrolló la religión egipcia, Seth llegó a identificarse cada vez más con el poder de la muerte y se vio envuelto en una lucha interminable con Horus u Osiris, dioses de la bondad y la vida.

Aún así, los egipcios no perdieron el sentido de que los dioses representaban un principio divino. Los enemigos mortales Seth y Horus también fueron percibidos como hermanos, gemelos, dobletes, a veces incluso como un dios con dos cabezas. El conflicto entre ellos fue una violación de ma'at y tenía que ser resuelto. Los egipcios estaban divididos entre dos soluciones. En uno, ellos unió a Seth y Horus como un solo dios, pero esta respuesta dejó sin explicación la persistencia de la disensión en el cosmos. Así que también consideraron otra solución, una en la que Seth

busca restaurar la unidad cósmica, pero de todas las formas equivocadas. Aquí el papel de Seth se acerca al de Satanás.



El dios Horus-Seth, Egipto. Horus y Seth son un doblete, que representa dos lados del principio divino. Los seguidores de los dos dioses a menudo eran antagónicos, pero en algunos lugares Seth, que mira aquí hacia nuestra izquierda, era adorado junto con Horus como un solo dios.

Seth busca resolver el conflicto destruyendo a su adversario, ya sea Horus u Osiris. Engaña a Osiris para que entre en un cofre grande, lo cierra con llave y lo hunde en el Nilo. Isis le da a su difunto esposo un hijo, Horus el Joven, quien toma el lugar de su padre como adversario de Seth. Seth intenta sin éxito asesinar al bebé Horus, y cuando Horus crece, Seth organiza un gran ejército para aplastar a su antiguo enemigo. Pensando siempre mal, Seth intenta restablecer la unión divina mediante un acto de fuerza grotesca: intenta sodomizar al divino Horus. Horus, resistiéndose, castra a Seth y lo priva de su poder, pero Seth, a su vez, arranca uno de los ojos de Horus y lo entierra. La lucha entre el desierto y la fertilidad, la muerte y la vida, el sur y el norte, el inframundo y la tierra, había

comenzado a prefigurar la lucha judeocristiana del bien contra el mal. Desde el punto de vista egipcio, el cosmos no podía resolverse mediante conflictos sangrientos, sino solo mediante un centrado e integración pacíficos. Fiel al estado real del mundo, el mito no relata tal reconciliación.

Las civilizaciones que surgieron en Mesopotamia, donde tanto los conflictos humanos como los desastres naturales eran mucho más frecuentes que en Egipto, veían el cosmos mucho más fundamentalmente inestable. Los egipcios tuvieron que explicar un mundo en el que el mal se entrometía en la armonía divina, los sumerios y los babilonios uno en el que la armonía apenas era visible. El mundo había sido fundamentalmente alienado del plan divino, y los dioses inescrutables podían ayudar, abandonar o simplemente ignorar a una nación, una ciudad o un individuo. Un poema babilónico similar al Libro de Job presenta un diálogo entre un justo que sufre y su amigo. El que sufre pregunta por qué sufren los que adoran a los dioses y prosperan los que los ignoran. Su amigo le ruega que se someta a su suerte de buena gana, pero la víctima se queja de que los dioses no parecen bloquear en ninguna parte a los hombres o espíritus malignos. "¿De qué me ha beneficiado", pregunta, "que me he inclinado ante mi Dios?" No recibe respuesta satisfactoria. El cosmos de los mesopotámicos estaba muy desarticulado, y estaban profundamente preocupados porque ni ellos ni los dioses podían arreglarlo.

En consecuencia, el mundo mesopotámico se llenó de demonios hostiles. Estos eran generalmente espíritus de menor dignidad y poder que los dioses. Los terribles annunaki eran los carceleros de los muertos en el infierno. Los etimmu eran los fantasmas de los muchos que habían muerto infelices. Los utukku vivían en lugares desérticos o cementerios. Había demonios de plagas, pesadillas, vendavales, sequías, guerras y todos los males humanos. Uno de los más temibles fue Pazuzu, dios de los aulladores vientos del norte que filtraban la humedad del suelo y marchitaban las cosechas. Otra era Lilitu, el prototipo ancestral de la Lilith de Isaías 34. Lilitu era una "dama de la desolación" frígida y estéril, en parte humana y en parte ave de rapiña, que vagaba por la noche drenando a los hombres de sus fluidos corporales. Tales demonios estaban en todas partes, y la gente tenía que protegerse solicitando la ayuda de un espíritu más poderoso. "Al hombre que no tiene dios, cuando anda por la calle, el demonio lo cubre como un manto".

La religión cananea o fenicia influyó en el pensamiento hebreo aún más directamente. El dios supremo de Canaán era El, el dios del cielo y el sol, a menudo representado como un toro. Su hijo fue Baal, cuyo nombre significa "el señor". Baal era dios de la vegetación y la fertilidad; sus símbolos eran el toro y los cuernos de la media luna. El mito cananeo central fue el conflicto de Baal, ayudado por su hermana Anat, contra el dios Mot, príncipe de la esterilidad y la muerte.

El señor Baal sale a pelear con Mot, pero después de una larga lucha el príncipe de la muerte lo derrota, y el señor se ve obligado a humillarse ante

su feroz enemigo, prometiéndole ser su esclavo. Mot lo mata y lo envía al inframundo. Baal se ha ido de la faz de la tierra durante siete años, durante los cuales las cosechas se marchitan y el mundo es estéril. La muerte habría reinado para siempre, pero Anat, la hermana de Baal, la terrible diosa doncella del amor y la guerra, vaga por el mundo, busca a Mot y dice: "Muerte, morirás". Ella agarra a Mot, y “con la espada lo hiende. Con abanico lo avienta, con fuego lo quema. Con molino de mano lo muele, en el campo lo siembra.” En un mismo hecho, Anat mata a Mot y fertiliza la tierra, y en efecto la muerte de la Muerte revive a su hermano Baal, que regresa triunfante del inframundo mientras la tierra florece. Mot también revive, sin embargo, y Baal y Mot están enfrascados en un combate eterno. Esta guerra eterna es la lucha de un doblete: Baal y Mot, la vida y la muerte, ambos Dios, ambos representan el cosmos, un universo en el que el bien y el mal están entrelazados para siempre.

Las cualidades éticas aparentemente contradictorias de los dioses griegos, que tanto desdeñaban los cristianos, derivan en parte del hecho de que cada dios del período clásico es una síntesis de diversos elementos de los antiguos cultos locales. Más importante aún, las ambigüedades muestran la coincidencia de los opuestos. Tanto el bien como el mal proceden de Dios, de quien los dioses individuales son manifestaciones. Se expresó ambivalencia ética ya sea dentro de la personalidad de una sola deidad o en deidades gemelas o dobles.

Unas pocas deidades grecorromanas tuvieron influencia directa sobre el diablo. Los cristianos asociaron todas las deidades paganas con demonios, pero Pan más que otras. Pan era temido por su asociación con la naturaleza, el lugar predilecto de los espíritus hostiles, y por su sexualidad. La pasión sexual, que suspende la razón, era sospechosa tanto para el racionalismo griego como para el ascetismo cristiano; un dios de la sexualidad podría identificarse fácilmente como malvado, especialmente porque la sexualidad estaba vinculada a través de la fertilidad con el inframundo y la muerte. Pan, peludo y parecido a una cabra, con cuernos y pezuñas hendidas, era hijo de Hermes. Una deidad fálica como su padre, representaba el deseo sexual tanto en su aspecto creativo como amenazador. Los cuernos, las pezuñas, el pelaje peludo y el falo descomunal de Pan se convirtieron en parte de la imagen cristiana de Satanás.

La curiosa y profunda asociación entre la fertilidad y la muerte marcó a Hades, el gobernante del inframundo, que presidía el oscuro y terrible reino de las almas muertas y que trajo la muerte a las cosechas, los animales y los humanos. El otro nombre de Hades era Plutón, dios de la riqueza, porque el inframundo produce cosechas tiernas y ofrece la esperanza de una vida renovada. La ambivalencia de Hades se reflejaba en la de su esposa, la dulce Perséfone, dama de la primavera, cuyo cruel marido la arrebataba de la faz de la tierra cada otoño. Al salir de su prisión subterránea todos los años, Perséfone hizo que la tierra se pusiera verde. Pero también fue ella

quien guió a las Erinias, los espíritus de la venganza, en su despiadada búsqueda de venganza.

Charun, el dios etrusco de la muerte, hizo su propia contribución a la forma del Maligno. Charun derivó su nombre del griego Caronte, barquero de los muertos, pero el dios etrusco era mucho más horrible que el canoso viejo barquero. Charun tenía una nariz enorme y ganchuda similar al pico de un pájaro, una barba y cabello desgreñados, orejas largas, puntiagudas y bestiales, dientes que rechinaban y labios que hacían muecas. A veces se le muestra con alas o con serpientes que crecen de su cuerpo de color azul. Comúnmente empuñaba un mazo enorme con el que golpeaba la cabeza de una persona a punto de morir. La mayoría de estas características, excepto el mazo, aparecieron en imágenes medievales y modernas del Diablo.

Cada una de las religiones discutidas hasta ahora ha sido monista, asumiendo un solo principio divino subyacente a la diversidad del cosmos. Alrededor del año 1200 a. C., el profeta iraní Zarathushtra sentó las bases para la primera religión profundamente dualista, el zoroastrismo o el mazdeísmo. La revelación de Zarathushtra fue que el mal no es un aspecto del Dios bueno sino un principio completamente separado.



Pan, marfil copto del siglo VI conservado en el ambón de Enrique II en Aquisgrán. Aquí la iconografía de Pan se fusiona con la del Diablo: pezuñas hendidas, patas de chivo, cuernos, orejas de bestia, rostro de saturnino y perilla. El contexto y las flautas de pan identifican a la figura como Pan en lugar de Satanás. Cortesía de Schwann Pädagogischer Verlag, Düsseldorf.

El monismo y el dualismo no están separados por una brecha infranqueable. Más bien, las religiones forman un espectro entre el dualismo extremo y el monismo absoluto; casi todos se encuentran en algún lugar entre los polos. El monismo extremo, que afirma la unidad absoluta y el poder absoluto del único principio divino, está representado con mayor fuerza por el judaísmo profético y rabínico y por el Islam. Los politeísmos monistas de Egipto, Grecia y la India están, a su manera, cerca del mismo polo. En la medida en que las religiones limitan el poder de Dios —por el azar, el caos, la materia, el libre albedrío o el mal— se alejan de este polo. El polo opuesto, el dualismo extremo, representado por el zoroastrismo, plantea dos principios absolutamente independientes. Las teologías cristianas se encuentran entre los dos extremos, y sus posiciones en el espectro varían según el grado en que permiten limitaciones a la soberanía

de Dios, desde Lutero y Calvino cerca de un polo, pasando por Agustín y Tomás de Aquino, hasta los maniqueos y la teología del Proceso más cerca del otro.

Sin embargo, el dualismo que se encuentra en el cristianismo difiere del dualismo extremo de Irán, no solo en grado sino también en tipo. El dualismo iraní es una división entre un principio bueno y un principio malo, ambos de naturaleza espiritual. El dualismo cristiano se basa tanto en el orfismo griego como en el dualismo mazdeísta. El orfismo suponía una oposición, no entre dos principios, sino entre espíritu (que es básicamente bueno) y materia (que es básicamente mala). El Diablo cristiano era un espíritu maligno, pero también estaba ligado a la materia en oposición al espíritu.

El dualismo de Zarathushtra fue una innovación radical en la historia de la religión. Negó la unidad y la omnipotencia de Dios para preservar su perfecta bondad. Zarathushtra fue la primera persona en proponer la idea de un principio absoluto del mal, cuya personificación, Angra Mainyu o Ahriman, es el primer Diablo real en la religión mundial. Aunque los dos principios son enteramente independientes, chocan, y en la plenitud de los tiempos el buen espíritu prevalecerá inevitablemente sobre el maligno.

Las ideas originales de Zarathushtra fueron modificadas y transformadas a lo largo de los siglos. En el siglo III de la era cristiana, los libros Pahlavi proporcionaron un relato completo de la lucha cósmica. Al principio había dos espíritus, Ohrmazd y Ahriman, y estaban separados por el vacío. Ohrmazd es bondad y luz. Él es eterno, ilimitado en el tiempo. En el espacio, sin embargo, está limitado por el vacío y también por Ahriman, que se encuentra al otro lado del vacío. Solo enfrentándose y derrotando Ahriman puede Ohrmazd superar estas limitaciones y volverse infinito y eterno. Pero dado que Ohrmazd está libre tanto de ambición como de hostilidad, no provoca ninguna lucha con su opuesto.

Ahriman es oscuridad y maldad. Está limitado en el espacio por el vacío y por Ohrmazd. Su existencia es precaria: Ahriman “no es”, o “una vez no fue y de nuevo no será”, o “él fue y es, pero no será”. Por lo tanto, los textos son ambiguos sobre el origen de Ahriman: él es desde el principio, como Ohrmazd, pero esencialmente no existe y ciertamente perecerá. Por un lado, el mazdeísmo afirmaba que los dos principios son absolutos, pero por otro lado implicaba la inferioridad de las tinieblas frente a la luz. Esta ambigüedad en el mazdeísmo nunca se resolvió; algunos teólogos enfatizaron la igualdad de los principios, otros la contingencia de la existencia de Ahriman. Este último punto de vista encajaba mejor tanto con la filosofía griega como con la revelación hebreo-cristiana, y la influencia entre éstas y el mazdeísmo era mutua. Aunque Zarathushtra vivió mucho antes del cristianismo, los libros de Pahlavi son poscristianos y pueden mostrar influencia cristiana.

Ahriman es la esencia de la destrucción. Él es “el Destructor. . ., el Espíritu destructor maldito que es todo maldad y lleno de muerte.” Ahriman

es malvado tanto por naturaleza como por elección. En el principio eterno, Ohrmazd sabe de la existencia de Ahriman al otro lado del vacío, pero Ahriman ignora la luz. Está atado por la oscuridad, la ignorancia y el odio. En el transcurso de los primeros tres mil años, Ahriman discierne gradualmente un punto de luz al otro lado del golfo y, al ver esa luz, la codicia, la anhela, la desea y decide poseerla. Ohrmazd, siempre amoroso y pacífico, trata de evitar una lucha ofreciendo paz a Ahriman. Ahriman, cegado por su naturaleza malvada, toma la oferta amorosa de Ohrmazd como un signo de debilidad y la rechaza, prefiriendo aprovechar su ventaja. Ohrmazd le revela el terrible destino que le espera en la eternidad, y Ahriman, aturdido, cae al vacío, donde permanece preso durante otros tres mil años.

Habiendo atado a Ahriman en la oscuridad, Ohrmazd ahora crea el cosmos al pensarlo. Todas las cosas brillantes y hermosas provienen de Ohrmazd. Él crea la materia, y es buena. Luego pasa a ubicar en el cosmos cuatro manifestaciones de la vida: la vegetación, el fuego, el toro (o buey) primigenio y el hombre ideal. El hombre, Gayomart, es brillante, completo y, en todos los sentidos, un microcosmos perfecto. Ohrmazd mira lo que ha hecho y ve que es bueno.

Pero Ahriman, que ha estado atado en la oscuridad exterior durante tres mil años, es revivido por los servicios de Jeh, la ramera mentirosa, y renueva su ataque contra Ohrmazd y el mundo que Ohrmazd ha creado. En su envidia y lujuria, Ahriman decide apoderarse del hermoso cosmos y moldearlo para sus propios fines, usando sus armas de oscuridad, lujuria y desorden. Durante otros tres mil años, la guerra continúa con las fuerzas casi igualadas. Casi, pero no del todo, porque la derrota del mal, aunque pospuesta, es inevitable. Desesperado, pero todavía enormemente poderoso, Ahriman surge de la oscuridad exterior y ataca el cielo, lo desgarra y se sumerge a través de la atmósfera hacia la tierra. Alcanzando la tierra en su descenso en picado, abre un gran agujero a través de ella y, emergiendo por el otro lado, ingresa a las aguas primarias que se encuentran debajo. La violencia y el desorden han entrado por primera vez en el cosmos creado. Ahriman hace que la oscuridad cubra la tierra; crea criaturas feas y repugnantes como víboras y escorpiones, y desata los poderes destructivos de la sequía, la enfermedad y la muerte. Crea toda una hueste de demonios y, volviendo la furia de su fuerza destructiva contra la joya de la creación de Ohrmazd, destruye la vida, matando el fuego, las plantas, el buey primigenio y Gayomart, el hombre perfecto. Del ordenado y benévolo cosmos Ahriman ha hecho una ruina desordenada y nociva.



Birth of Ohrmazd and Ahriman, silver plaque, eighth century B.C. The large central figure is Zurvan; emerging from him are his twin sons, the doubles Ohrmazd and Ahriman, the light and dark sides of the divine principle. Courtesy of the Cincinnati Art Museum and Photographie Giraudon, Paris.

Se prepara para regresar a la oscuridad exterior para celebrar su venganza. Pero Ohrmazd no permitirá que su creación perezca. Él crea los fravashis , las almas de los hombres aún por nacer. Estos se alistan libremente al servicio de Ohrmazd contra el antiguo enemigo, y evitan que Ahriman escape al vacío. Lo atan dentro del cosmos y dentro del tiempo, para que Ohrmazd pueda reparar su mundo en ruinas y resucitar a su amada creación. El cadáver del gran buey fertiliza la tierra estéril, y una lluvia suave moja la tierra seca, para que las plantas vuelvan a reverdecer el mundo. El fuego se reaviva. La semilla del muerto Gayomart entra en el útero de la tierra, y de esa unión brotan los ancestros de toda la humanidad, Mashye y Mashyane.

La primera pareja humana tiene libre albedrío e inicialmente eligen amar y servir a Ohrmazd. Pero Ahriman los tienta a pecar usando contra ellos la esencia misma del pecado: la mentira. La mentira es que Ahriman, no Ohrmazd, ha creado el mundo, y Mashye y Mashyane lo creen. Engañados por la falsedad, vuelven a pecar, ofreciendo un buey en sacrificio. Para los mazdeístas, el ganado era una manifestación sagrada del buey primigenio. El resultado del pecado de la primera pareja es ambivalente. Por un lado,

adquieren conocimientos y las artes de la civilización. Pero al mismo tiempo, la lucha, el odio, la enfermedad, la pobreza y la muerte se entrometen en el mundo hasta ahora perfecto. El comportamiento de la pareja humana se vuelve torcido. Aunque un Ohrmazd les desee para tener hijos, se abstienen de tener relaciones sexuales durante cincuenta años, y cuando por fin se juntan y engendran mellizos, su alienación de la armonía cósmica original se ha vuelto tan grande que devoran a sus propios hijos.

Los hijos posteriores sobreviven para convertirse en los ancestros de la raza humana, pero los efectos de la alienación original permanecen con nosotros y vivimos en un mundo distorsionado por Ahriman y por la deserción de los primeros padres. La humanidad incorpora tres naturalezas: la divina, derivada de Ohrmazd, la brutal y pecaminosa, derivada de Mashye y Mashyane, y la demoníaca, derivada de Ahriman. Nuestra esperanza radica en suprimir el mal y hacer avanzar los elementos divinos.

Mientras tanto, Ahriman continúa con sus esfuerzos por desfigurar el mundo tentándonos a abrazar la desarmonía. Príncipe del mal, comanda una gran hueste de demonios liderados por siete archienemigos que lo ayudan en su lucha contra la luz. Los demonios pueden cambiar sus formas y atributos sin cesar. El mismo Ahriman puede adoptar cualquier forma que desee, a menudo apareciendo como un león, una serpiente, un lagarto o incluso un joven apuesto. Sus innumerables disfraces son un signo de su naturaleza interior, la de mentiroso y engañador.

El fin del cosmos ocurre después de eones de guerra en los que Ahriman busca distorsionar la creación y Ohrmazd protegerla. Ohrmazd presiona las fuerzas del mal por todos lados. Sintiendo su derrota inminente, vuelven sus poderes destructivos unos contra otros, provocando la interrupción en sus propias filas. Aún más frenéticos por la muerte inminente, atormentan al mundo en un último espasmo de odio. El sol y la luna palidecen en el cielo, y las estrellas se estremecen del cielo. Por fin, el príncipe de las tinieblas y sus secuaces están exhaustos, y Ahriman cae, esta vez total y definitivamente. La opinión estaba dividida en cuanto a si fue aniquilado o encarcelado para siempre, pero en ambas versiones el mal se elimina para siempre del cosmos, y reina Ohrmazd, infinito, eterno y omnipotente.

La victoria de Ohrmazd provoca el frashkart , el fin del mundo corrompido y la restauración del cosmos a su perfección primordial, o mejor, porque ya no hay potencial para estropear el mundo brillante. Un salvador llamado Soshyans, el último de los tres seres benéficos nacidos en los últimos tiempos de vírgenes, aparece y resucita a los muertos, y finalmente todos son admitidos a la bienaventuranza eterna. Así, el mal, aunque no tenga origen, tiene un final.

Este poderoso dualismo espiritual dejó una serie de dificultades sin resolver. Si los dos espíritus son iguales, ¿por qué ha de prevalecer necesariamente el bueno? Si no son iguales, ¿qué limita el poder inicial del espíritu maligno? ¿Y por qué tarda tanto el buen espíritu en abrumar al ¿maligno? Si en la eternidad el poder de un espíritu quiere la destrucción

del otro y es capaz de destruirlo, ¿por qué no gana su batalla en ese momento eterno e intemporal?

Un tipo de dualismo muy diferente surgió en Grecia bajo el nombre de orfismo. Una tradición que se originó alrededor del siglo VI a. C. , postulaba una lucha cósmica no entre dos espíritus, sino entre el espíritu y la materia. El mito de Dionisos y los titanes se encuentra en el centro del orfismo. Al principio del mundo estaba Fanes, un ser que combinaba ambos sexos. Phanes produce a Ouranos, quien engendra a Kronos, el padre de Zeus. Cronos castra a Urano, de cuya sangre surgen los malvados titanes. Los titanes conspiran para tomar el control del cosmos y Zeus, líder de los dioses celestiales, lucha para impedirlo. Después de derrotar a los titanes, Zeus se traga a Fanes, tomando así el principio original en sí mismo, convirtiéndose en un dios creador y produciendo todas las cosas de nuevo, incluidos incluso los titanes. También es padre de un hijo, Dionysos. Odiando a Zeus y envidiosos de la felicidad del infante Dionisos, los titanes se acercan al niño, lo distraen con un espejo reluciente y lo apresan. Lo desgarran y lo devoran. Pero Atenea, diosa celestial de la sabiduría, rescata el corazón del niño y se lo lleva a Zeus, quien lo consume él mismo. Zeus ahora tiene relaciones sexuales con la niña mortal Semele, quien da a luz de nuevo a Dionysos. Satisfecho con la resurrección de su hijo, Zeus procede a castigar a sus asesinos reduciéndolos a cenizas con rayos. De las cenizas de los titanes surge la raza humana.

Este mito propone una naturaleza dual para la humanidad, tanto material como espiritual. La parte material de nuestra naturaleza deriva de los malvados titanes, la parte espiritual del dios Dionisos a quien devoraron. El alma divina está en eterno conflicto con el mal, cuerpo titánico que la aprisiona. El alma es inmortal, pero está atrapada como prisionera en el cuerpo mortal: nuestra tarea en la tierra es escapar de esta prisión corporal mediante la purificación ritual. La idea de que el alma es buena y el cuerpo malo se encontró con la idea mazdeísta de la guerra entre dos espíritus en algún momento alrededor del siglo IV a. jurisdicción del buen espíritu. La nueva idea de que el cuerpo era producto del mal cósmico se difundió ampliamente y llegó a influir en las creencias judías, gnósticas y cristianas.

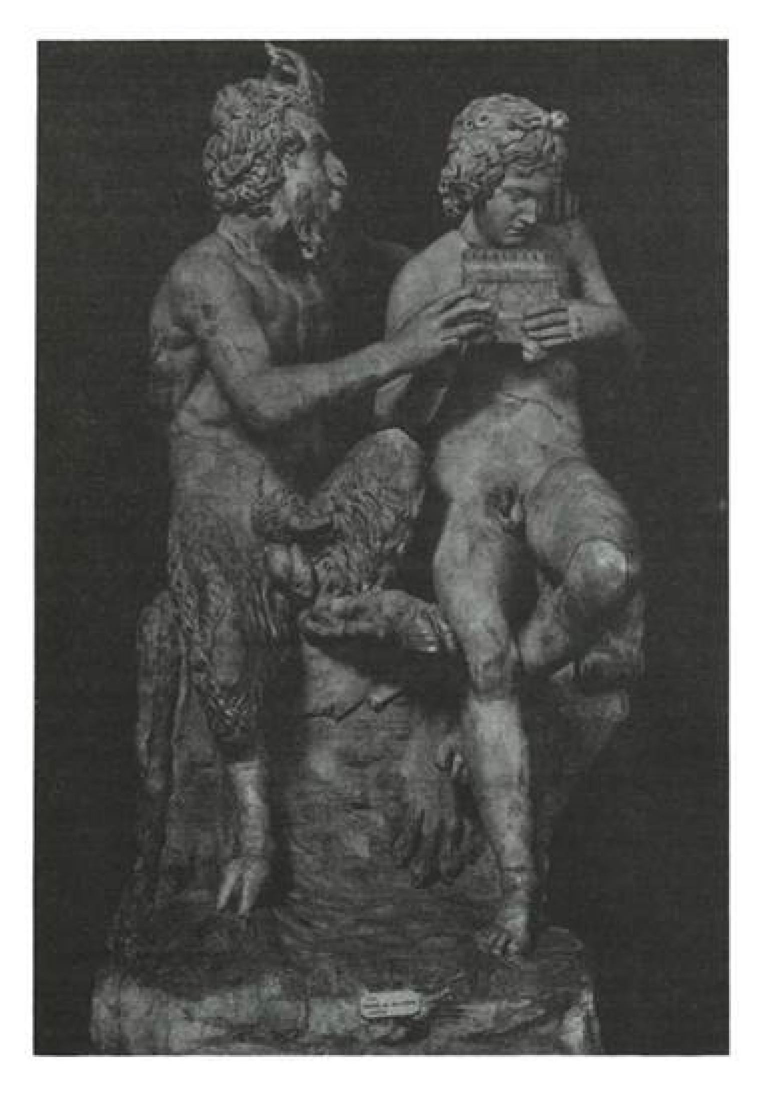
Los griegos paganos creían en una serie de espíritus malignos, aunque ninguno que se acercara al estado de un principio del mal. Aún así, las opiniones griegas sobre los espíritus produjeron una complicación lingüística. Nuestra palabra "demonio", que a veces se usa (de manera imprecisa) como sinónimo de "diablo", deriva del griego daimon , que no necesariamente connota un ser maligno. Homero frecuentemente usaba daimon como el equivalente de theos , “dios”. En los siglos posteriores a la época de Homero, generalmente se consideraba que un daimon (o daimonion) era un ser espiritual inferior a un dios. La palabra todavía era ambigua en la época de Sócrates, cuyo espíritu guía era un "demonio", pero el alumno de Platón, Xenocrates, estableció la negatividad del término al dividir a los dioses buenos de los demonios malos y cambiar las cualidades

destructivas de los dioses a los demonios. . Los estoicos y Plutarco siguieron su ejemplo. Plutarco argumentó que si la tradición dice que Apolo destruyó una ciudad, en realidad debe haber sido un demonio tomando la forma de Apolo. El significado negativo se estableció aún más en el siglo II a. C. por la traducción de la Biblia hebrea al griego en la Septuaginta, que usaba daimonion para denotar los espíritus malignos de los hebreos.

Los griegos fueron los primeros en explorar la cuestión del mal tanto racional como mitológicamente. Platón y sus seguidores oscilaron entre el dualismo y el monismo. Eran monistas en su creencia de que todo lo que existe es producto o emanación de un principio. Pero su monismo estaba limitado por su visión de que hay un elemento en el cosmos que se resiste al principio único. A veces veían este elemento como la emanación más baja del principio único, a veces como algo completamente independiente del uno. Este elemento más bajo (o independiente) generalmente se consideraba materia. Cuanto más material es una cosa, más alejada está del principio único, que es la realidad última.

En tal mundo, ¿cuáles son las fuentes del mal? Los platónicos ofrecieron una serie de sugerencias. Una era que el mal era metafísicamente necesario. Dado que el mundo fenoménico nunca puede reflejar adecuadamente el mundo real de las ideas, inevitablemente se queda corto y es menos perfecto, real y bueno. El mal metafísico estaba estrechamente relacionado en el pensamiento platónico con la idea de que el mal no tiene ningún ser real y consiste simplemente en la falta o privación de la bondad. Una vaca marchita que no da leche es un mal, pero el mal no radica en el ser de la vaca sino en su falta de vitalidad y salud. Es el no ser en la vaca, no su ser, lo que tiene la culpa. Además, si el mal no tuviera un ser real, no podría tener un principio. Sobre esta base, filósofos y teólogos posteriores argumentaron que el Diablo no podía existir o que, si existiera, no era un verdadero principio del mal sino un espíritu subordinado o un ángel cuya maldad no residía en su ser angelical sino en su falta de voluntad. perfección. Su enorme poder magnificó esta carencia, como un vacío enormemente poderoso. La frialdad absoluta del Diablo es en realidad su completa falta de calor.

Pero los platónicos nunca argumentaron que la falta de realidad última del mal significaba que no había maldad moral en el mundo. Platón conocía muy bien las guerras, los asesinatos y las mentiras. El mal existe, pero existe como falta de bien, así como los agujeros en un queso suizo existen solo como falta de queso. El mal de una mentira es la ausencia de verdad. Platón no pensó que el no ser del mal eliminaba el mal del mundo, solo que eliminaba la responsabilidad del mal del creador. El mal no surgió del Dios, sino de la materia.



Pan y el Olimpo, Pompeya, siglo I EC Pan enseña al joven dios Olimpo a tocar la siringe. Cortesía de Mansell Collection, Londres.

La invención de la filosofía como alternativa al mito como medio para describir y explicar el mundo fue la contribución más influyente de la civilización griega y helenística. Los griegos realizaron por primera vez una investigación racional del universo —la filosofía— y, al aplicar la filosofía al principio divino, inventaron la teología. La filosofía hizo de la teodicea, el esfuerzo por reconciliar la existencia del mal con la existencia de Dios, un problema para el análisis racional. A través de la reflexión filosófica y literaria, los griegos obtuvieron normas de conducta generalizadas y moralizadas a las que deben ajustarse los hombres, los dioses e incluso el principio divino. Una cosa no es buena o mala porque Dios así la nombre arbitrariamente. Más bien, si Dios desaprueba algo, es porque la cosa es intrínsecamente mala. El principio divino es perfecto tanto moral como ontológicamente (en su ser). La filosofía griega no tenía lugar para la

imperfección en el Dios, que era una perfección abstracta más allá de la culpa, más allá de la personalidad.

En la religión hebrea, donde Dios era verdaderamente una persona, con inteligencia y voluntad, que intervenía repetida y directamente en los asuntos humanos, la cuestión de la responsabilidad de Dios por el mal era más que una cuestión intelectual. Era una angustiosa necesidad de comprender una personalidad con la que uno está involucrado en los niveles más profundos de su ser.

3 *El buen Dios y el diablo*

La palabra “Diablo” proviene indirectamente del hebreo satán , “el que obstruye”, y el Diablo y Satanás son uno en origen y concepto. La religión hebrea atribuyó originalmente todo lo que hay en el cielo y la tierra, ya sea constructivo o destructivo, al único Dios. Pero el intenso deseo de los hebreos de comprender el significado del mal en un mundo gobernado por Dios los llevó a desarrollar el concepto del Maligno durante un largo período de tiempo. La evolución de la idea se puede rastrear desde el período del Antiguo Testamento a través de la era del judaísmo apocalíptico hasta el primer siglo de la era cristiana.

Aunque en el Antiguo Testamento parecen aparecer algunos rastros de un politeísmo anterior, los escritores bíblicos llegaron gradualmente a identificar al Dios de Israel con el único Dios del cosmos, convirtiendo el monismo en monoteísmo. El Antiguo Testamento se compiló durante un largo período, desde alrededor del año 1000 a. C. hasta casi el 100 a. C. La mayoría de sus libros se escribieron durante o después del período del exilio en Babilonia (586–538). Cuando en los siglos tercero y segundo a. C. las Escrituras hebreas se tradujeron al griego (la traducción de la Septuaginta), esta traducción reflejó un canon de las Escrituras (un estándar en cuanto a qué libros debían incluirse) aceptado entre los judíos educados en ese momento. Algunos de estos libros fueron rechazados del canon por los rabinos de la época del Concilio de Jamnia (90 EC) y ahora se conocen como los apócrifos ("libros ocultos").

El Dios del Antiguo Testamento era responsable de todo el cosmos y, por lo tanto, se percibía fácilmente como una coincidencia de opuestos internos que reflejaban la ambivalencia del cosmos. Era a la vez luz y oscuridad, construcción y destrucción, bien y mal. Génesis 1 puede designar el cosmos que Dios crea como "bueno", pero Jeremías 45.5 tiene a Dios diciendo: "He aquí, voy a trae el mal sobre toda carne”, e Isaías 45.7 dice: “Yo hago la luz y las tinieblas, el bien y el mal; Yo, el Señor, hago estas cosas”. (Vea el Apéndice Uno para una lista de pasajes del Antiguo Testamento que reflejan la ambivalencia de Dios.) El Dios del Antiguo Testamento es poderosamente benévolo, pero tenía un lado sombrío, y esa sombra es parte del trasfondo del Satanás hebreo.

En primer lugar, la benevolencia de Dios generalmente se limitaba a los hebreos y no se extendía a los gentiles. Dios ordenó a los hebreos que fueran justos, pero principalmente con otros israelitas. Cuando los israelitas invadieron Canaán, Josué “tomó la ciudad [de Hazor] y mató a su rey a

espada. [Los israelitas] mataron todo lo que vivía en él, y los aniquilaron a todos; no perdonaron nada que respirara, y Hazor misma la destruyeron con fuego. . . . Los israelitas saquearon todas estas ciudades y se quedaron con el ganado y cualquier otro botín que tomaron; pero ellos pasaron a espada a toda alma viviente hasta que hubieron destruido a todos; no dejaron vivo a ninguno que respirara.” Los israelitas atribuyeron esta política a la voluntad de Dios. Si los cananeos perecieron ofreciendo resistencia a los israelitas conquistadores, fue por su propia culpa. Más aún, su culpa era parte del plan de Dios. “Era el propósito del Señor que ofrecieran una obstinada resistencia a los israelitas en la batalla, y que así fueran aniquilados sin piedad y totalmente destruidos” (Josué 11).

Para los mismos israelitas, Dios apenas fue más suave. Cuando uno de ellos se había quedado con parte del botín de una ciudad capturada para sí mismo en lugar de dárselo a Dios al cuidado de sus sacerdotes, Dios castigó a todos los hijos de Israel, haciéndoles sufrir graves derrotas a manos de los cananeos. Cuando Josué le preguntó a Dios qué se debía hacer, Dios respondió que Josué descubriría al culpable echando suertes. La suerte cayó sobre Acán. Acán confesó, y los israelitas lo llevaron al valle de Acor y lo apedrearon hasta matarlo, con lo cual “la ira de Dios se calmó”. En recompensa, Dios entregó la ciudad de Hai a los israelitas, y ellos “mataron hasta el último hombre a todos los ciudadanos de Hai que estaban en campo abierto o en el desierto al que los habían perseguido”, y luego regresaron “a Ai y ponlo a espada. El número de los que fueron muertos aquel día, hombres y mujeres, fue doce mil, toda la población de Hai” (Josué 7–8). La lógica era despiadada: Dios había hecho un pacto con su pueblo Israel: cualquier gentil que se interpusiera en el camino de Israel sería destruido, así como cualquier israelita que violara el pacto.

Puesto que el Dios de Israel era el único Dios, el poder supremo en el cosmos, y puesto que, a diferencia del Dios abstracto de los griegos, tenía personalidad y voluntad, no se podía hacer ninguna obra a menos que él la quisiera. En consecuencia, cuando alguien transgredía la moralidad, Dios era responsable de la transgresión. agresión, así como para su castigo. Entonces, en Génesis 12.17, Dios hace que Abraham finja que Sara es su hermana en lugar de su esposa mientras están en la tierra de Egipto. Cuando Faraón, creyendo inocentemente la mentira de Abraham de que ella no era su esposa, la toma como propia, Dios castiga a Faraón, golpeándolo a él ya toda su casa con graves enfermedades. En Éxodo, Dios endurece repetidamente el corazón de Faraón, haciendo que rechace la petición de los hebreos de salir de Egipto. Dios visita a los desafortunados egipcios con plaga tras plaga. Cada vez que Faraón comienza a ceder, Dios endurece su corazón para resistir más y traer más desastres sobre él y su pueblo. Finalmente, Dios lo castiga matando a todos los primogénitos de Egipto, pasando por alto a los hijos de Israel y perdonándolos solo a ellos. En Deuteronomio 13.41–42, Dios suena como las deidades destructoras de los paganos. Él dice:

Cuando haya afilado mi espada reluciente,
cuando haya puesto mi mano en juicio,
entonces castigaré a mis adversarios
y me vengaré de mis enemigos.
Embriagaré de sangre mis flechas,
mi alma devorará carne,
sangre de muertos y cautivos,
cabezas de príncipes enemigos.

La naturaleza dura de Dios en la religión hebrea preprofética refleja las costumbres salvajes de los israelitas errantes y conquistadores. A medida que los hebreos se establecieron más, la enseñanza de los profetas enfatizaba la misericordia y el cuidado de los pobres, los viudos y los desamparados e insistía en la responsabilidad del individuo de evitar la promiscuidad, la embriaguez, el soborno y la mentira. El sentido hebreo del bien y el mal cambió de su anterior énfasis en el ritual y el tabú en la dirección de una ética humana de responsabilidad mutua y comunitaria. Mientras esto ocurría, el concepto hebreo de Dios cambió. Ya que no era fácil atribuir la rapiña y la destrucción a la voluntad de Dios, los hebreos cambiaron gradualmente de la creencia en un Dios ambivalente a la creencia en un Dios que es totalmente bueno. Llegaron a percibir el mal como ajeno a la naturaleza de Dios. Sin embargo, siguieron siendo los monoteístas más ardientes y, por lo tanto, se vieron obligados a enfrentar el dilema del mal en su forma más conmovedora: la reconciliación de la existencia del mal con la existencia de un Dios todopoderoso y bueno.

¿De dónde podría venir el mal? Una respuesta fue que era el resultado del pecado de la humanidad. Dios había hecho feliz a la raza humana en el Jardín del Edén, pero la primera pareja lo desobedeció y en consecuencia fueron expulsado del Paraíso. Los escritores del Antiguo Testamento no hicieron de esta historia la base de una doctrina del pecado original, como lo harían más tarde los escritores rabínicos y cristianos, sino que el tema de la perversidad humana continuó a través de Caín, el diluvio en la época de Noé, Sodoma y Gomorra, y los repetidos fracasos de los israelitas en obedecer su pacto con Dios. La idea de que la humanidad estaba alejada de Dios ya estaba firme en Génesis 6.5-6: “Cuando el Señor vio que el hombre había hecho muchos males en la tierra y que sus pensamientos e inclinaciones eran siempre malos, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra. Aún así, la alienación de la humanidad en sí misma parecía insuficiente para explicar la vasta y aterradora cantidad de maldad en el mundo.

Otra respuesta fue postular como fuente del mal a un ser espiritual opuesto al Señor Dios. En la medida en que uno enfrentó el enorme poder del mal en el mundo, uno atribuyó un enorme poder a este príncipe espiritual del

mal. El monoteísmo hebreo estaba aquí en una posición difícil. La insistencia de los hebreos en la omnipotencia y soberanía de Dios no les permitía creer que este principio opuesto era independiente de Dios, pero su insistencia en la bondad de Dios ya no les permitía ser parte de Dios. Por lo tanto, tenía que ser un espíritu opuesto y sujeto a Dios. Dios debe seguir siendo omnipotente y de alguna manera responsable de este espíritu maligno. En efecto, el Dios antiguo y ambivalente se dividió en dos partes, un Señor bueno y un Diablo malo. Cuanto más se enfrentaba uno al poder del mal, más se tendía en la dirección del dualismo, viendo el cosmos como un campo de batalla entre el bien y el mal. El resultado fue una tensión entre el monoteísmo y una especie de dualismo práctico e implícito, una tensión que se volvió típica de la religión hebrea tardía y del cristianismo.

La división gradual en el pensamiento hebreo del concepto de Dios en los dos aspectos del buen Señor y el mal Diablo procedió a lo largo de dos fallas en la idea original de Dios. La primera falla fue la de los “hijos de Dios”, los bene ha-elohim ; el segundo era el “mensajero de Dios”, el mal'ak Yahweh .

En el Antiguo Testamento, el Señor Dios de los ejércitos a veces está rodeado por un consejo celestial. Los miembros de este consejo son los bene ha-elohim, los “hijos de Dios”. “Los primeros hebreos pueden haber percibido a su Dios como rodeado por un panteón de dioses menores. A medida que los hebreos desarrollaron un monoteísmo estricto, la idea de un panteón se desvaneció y los bene ha-elohim se convirtieron en figuras oscuras e indefinidas. Sin embargo, jugaron un papel esencial en la separación del aspecto malo de la naturaleza divina del bueno.

El Libro de Génesis relata que al principio de la historia del Libro humano raza, los bene ha-elohim miraron a las hijas de los hombres y las encontraron hermosas. Tuvieron relaciones con estas mujeres, engendrando una raza de gigantes. A raíz de estos hechos, el Señor envió el diluvio sobre la tierra, aunque este castigo no se atribuyó a los pecados de los “hijos de Dios”, sino a los de los humanos, que “habían hecho muchos males en la tierra” (Gén. 6,5). . El Libro de los Salmos dice que “Dios toma su posición en la corte del cielo para dictar sentencia entre los mismos dioses” y concluye “Dioses seréis, hijos todos vosotros del Altísimo, pero moriréis como mueren los hombres; los príncipes caen, cada uno de ellos, y tú también” (Sal. 82. 1–7). El Señor juzga a los miembros de su corte celestial (por un pecado no especificado) y los castiga. Explicar la naturaleza de este pecado y esta caída se dejó a los escritores del período apocalíptico, mucho más tarde.

Durante el período apocalíptico (200 a . C. a 100 d . C.) aparecieron varios libros judíos conocidos como pseudepigrapha ("escritos falsos"). A diferencia de los apócrifos, los pseudoepígrafos nunca se incluyeron en ningún canon del Antiguo Testamento, pero sin embargo gozaron de una amplia influencia. Dado que muchos de ellos relataron visiones o revelaciones del fin del mundo, se les llamó apocalípticos, “libros de

revelación”. Escritos durante siglos cuando los judíos sufrían la opresión siria y romana, están profundamente preocupados por el problema del mal y el poder de Satanás. La miserable condición de los judíos bajo la ocupación extranjera sugería que Satanás había establecido su reinado donde una vez gobernaron reyes y profetas. Este reinado de Satanás a veces se llamaba la “edad avanzada”. Pronto vendría el Mesías, el “ungido” de Dios, un rey de Israel descendiente del linaje real de David, quebrantaría el poder del Diablo, restablecería el reino de Israel y marcaría el comienzo de una nueva era de justicia y libertad.

Los judíos del período apocalíptico no podían entender por qué Dios había abandonado a Israel y permitido que el mal gobernara el mundo en su época. Tal grado de maldad era más de lo que Dios ordenaría y más grande de lo que los simples humanos podrían causar. Por lo tanto, debe ser obra de una poderosa fuerza espiritual. Los escritores apocalípticos estudiaron el Antiguo Testamento y encontraron un indicio de tal fuerza en el pecador bene ha-elohim. Procedieron a desarrollar estas pistas en relatos completos y llenos de color, como en el Libro de Enoc. Se lleva a Enoc en un recorrido de inspección por el Seol, el sombrío lugar subterráneo de los muertos, “la tierra de destrucción, olvido y silencio”. Durante el viaje ve a los hijos de Dios en su estado caído y aprende que estos “ángeles, los hijos del cielo, vieron y codiciaron” a las hijas de los hombres. El autor afirma aquí la cercanía original de los bene ha-elohim al Señor, pues “hijos del cielo” era una metonimia judía común para Dios. Sin embargo, al degradarlos a la condición de ángeles, el autor los llevó a salvo más allá de los límites de la naturaleza divina misma, dándose las manos libres para declarar a tales seres completamente malvados.

A estos ángeles Vigilantes, como ahora se los llamaba por su interés lascivo en las mujeres mortales, el Libro de Enoc atribuía un líder llamado Semyaza. Un cúmulo de nombres de diferente procedencia —Belial, Mastema, Azazel, Satanail, Sammael, Semyaza y Satán— se condensaron durante la época apocalíptica en torno a una figura, la del Maligno, ser que personificaba el único origen y esencia del mal. El Diablo, la personificación del mal mismo, debe distinguirse de los demonios, los espíritus malignos que sirven como sus secuaces. Lo más importante es el desarrollo del concepto de un principio único —o, mejor dicho, principal— del mal.

Con este principio el nombre de Satanás estaba más estrechamente ligado. La palabra hebrea satanás deriva de una raíz que significa “oponerse”, “obstruir” o “acusar”. La denotación básica de la palabra es "oponente". En este sentido simple, la palabra satanás aparece como un sustantivo común varias veces en el Antiguo Testamento en referencia a un oponente humano, como cuando David les dice a los hijos de Sarvia: “¿Qué derecho tienen ustedes de . . . Satanás juega contra mí hoy? (2 Samuel 19.22). En otro pasaje del Antiguo Testamento, el ángel del Señor bloquea el camino por el que Balaam busca viajar. Aquí, por primera vez, se llama satanás a un ser

sobrenatural, pero de nuevo simplemente como un sustantivo común. El gel no es un ser llamado satanás; es un satanás solo mientras bloquea el camino (Núm. 22:22-35).

Sin embargo, Zacarías 3.1–2 revela un desarrollo sorprendente: “Luego me mostró a Josué, el sumo sacerdote, de pie ante el ángel del Señor, con el Adversario de pie a su diestra para acusarlo. El Señor le dijo al Adversario: 'El Señor te reprenda, Satanás, el Señor te reprenda que estás descargando tu rencor contra Jerusalén.' Empieza a surgir la idea de una personalidad, un ser sobrenatural cuya naturaleza es obstruir y acusar. Satanás como acusador se convertiría en un tema común en la literatura apocalíptica y cristiana, ayudando a confirmar la traducción de la Septuaginta de satanás como diabolos , "calumniador" o "testigo contrario". Finalmente, el pasaje de Zacarías ofrece un indicio de la oposición de Satanás a Dios así como a los humanos, porque el Señor le reprocha sus actividades. Aún así, el papel de Satanás aquí es esencialmente como la herramienta de Dios para el castigo de los pecadores, una herramienta que simplemente fue demasiado lejos en sus deberes y no entendió que Dios limita la justicia con la misericordia. Que Dios permita que Satanás se pare y hable ante él en la corte celestial indica el origen de Satanás como uno de los bene ha-elohim. Y esto a su vez vinculó a Satanás con la caída de los Ángeles Vigilantes.



Cristo exorcizando a un demonio. Evangelios armenios, 1202 dC Los poderes de exorcismo de Cristo fueron una señal de que podía vencer el reino de Satanás y reemplazarlo con el reino de Dios. Cortesía de la Galería de Arte Walters, Baltimore.

En el Libro de Enoc, el pecado de los ángeles Vigilantes es la lujuria: descienden del cielo a la tierra para seducir a las mujeres humanas. Pero como castigo, los ángeles vengadores Michael, Gabriel, Raphael y Uriel los arrojan de la tierra a los pozos de oscuridad del inframundo. El Libro Apocalíptico de los Jubileos especifica que nueve partes de los ángeles cayeron mientras que una parte permaneció sin pecado y leal a Dios. (Los escritores medievales más tarde invirtieron estas proporciones.) El Libro de los secretos de Enoc (2 Enoc) añadió al mito el elemento nuevo y significativo de que los ángeles se rebelaron a causa del orgullo. El pasaje clave es: “Y uno del orden de los ángeles, habiéndose apartado con el orden que estaba debajo de él, concibió un pensamiento imposible, poner su trono más alto que las nubes sobre la tierra, para que pudiera llegar a ser igual en rango a cualquier poder. Y lo tiré desde lo alto con sus ángeles, y volaba por los aires continuamente sobre el sin fondo”. Puede ser que este pasaje sea de origen cristiano posterior; en cualquier caso, la combinación de los

motivos de rebelión y lujuria fundió dos pecados originalmente diferentes por parte de los ángeles.

De otra manera, la idea de una caída orgullosa se asoció con el diablo. Isaías 14. 12–15 había dicho:

¿Cómo viniste a caer del cielo, brillante hijo de la mañana,
cómo arrojado a la tierra, tú que esclavizabas a las naciones?
Pensaste,
escalaré los cielos;
Pondré mi trono sobre las estrellas de Dios,
me sentaré en la montaña donde los dioses se reúnen
en las profundidades del norte.
Me elevaré sobre las nubes de trueno
y me haré semejante al Altísimo.
Ahora has caído en el Seol,
en las profundidades del abismo.

La referencia específica de Isaías fue a un rey de Babilonia o Asiria, metafóricamente comparado con la estrella de la mañana cuyos rayos son borrados por la salida del sol. Los eruditos también han encontrado rastros de la mitología cananea en el pasaje, pero nada indica que Isaías estuviera pensando vagamente en el Diablo. Sin embargo, en el período apocalíptico, el rey caído o la estrella caída de Isaías se relacionaba con el ángel caído. Además de 2 Enoc, otros pasajes en los textos de Qumran, en el Apoc La vida alíptica de Adán (14,16), y en el Nuevo Testamento (Lucas 10,18) indican que la conexión entre el hijo resplandeciente de la mañana y el Diablo se estaba realizando en ese momento.

Otro punto de vista de la caída de Satanás aparece en los Libros de Adán y Eva, donde por envidia de la humanidad rechaza el mandato de Dios de inclinarse ante Adán. Así, la literatura apocalíptica unió cinco ideas hasta ahora separadas: (1) el pecado del diablo como orgullo; (2) la ruina de los ángeles por la lujuria; (3) la caída del “resplandeciente hijo de la mañana”; (4) la envidia de Satanás por la humanidad; (5) El papel de Satanás como príncipe de los demonios.

La segunda gran falla sobre la cual se dividió el concepto de Dios fue el mal'ak Yahweh. El mal'ak es el emisario o mensajero de Dios. Como el bene ha-elohim, el mal'ak es un aspecto de la naturaleza divina. Se diferencia de los "hijos de Dios" en un aspecto importante: ellos permanecen en el cielo, pero el mal'ak vaga por el mundo al servicio de Dios. En la literatura temprana del Antiguo Testamento, el mal'ak es la voz de Dios, el espíritu de Dios, el Dios mismo. Cuando se dirige a Moisés desde la zarza ardiente en Éxodo 3.2 por el mal'ak y en Éxodo 3.4 por Dios mismo, la identidad del mal'ak y Dios es clara. El concepto de mal'ak estaba destinado a representar el lado de Dios que se vuelve hacia los humanos, o

el aspecto de Dios que los humanos perciben, o la manifestación de Dios en su relación con los humanos. La Septuaginta tradujo mal'ak como angelos , "mensajero", de donde deriva la palabra "ángel". El mal'ak, como Dios mismo, era originalmente moralmente ambivalente. En Éxodo 12.23, Dios, y el mal'ak, sacrifican al primogénito de Egipto.

La elisión del mal'ak con el bene ha-elohim y la tendencia de ambos a identificarse con el mal son más claras en el Libro de Job. Cuanto más se veían los bene ha-elohim y los mal'ak como distintos de Dios, más fácil era imponerles los elementos malos del carácter divino, dejando al Señor solo con los buenos. En Job, ese proceso aún está incompleto, porque Dios y Satanás todavía están trabajando en estrecha colaboración:

> Llegó el día en que los miembros de la corte del cielo tomaron sus lugares en la presencia del Señor, y Satanás estaba allí entre ellos. El Señor le preguntó dónde había estado. "Recorriendo la tierra", dijo, "de un extremo a otro". Entonces el Señor le preguntó a Satanás. "¿Has considerado a mi siervo Job? No hallarás a nadie como él en la tierra, un hombre de vida íntegra y recta, que teme a Dios y pone su rostro contra la maldad". Satanás respondió al Señor: "¿No tiene Job buenas razones para ser temeroso de Dios? ¿No lo has cercado por todos lados con tu protección, a él, a su familia y a todas sus posesiones? Todo lo que hace lo has bendecido, y sus rebaños se han multiplicado sin medida. Pero extiende tu mano y toca todo lo que tiene, y entonces te maldecirá en tu misma cara. Entonces el Señor le dijo a Satanás: "Así sea. Todo lo que tiene está en vuestras manos; sólo al mismo Job no debes tocar. "Y Satanás se fue de la presencia del Señor. [Trabajo 1.6–12]

La familia y las posesiones de Job son destruidas, y

> Una vez más llegó el día en que los miembros de la corte del cielo tomaron sus lugares en la presencia del Señor, y Satanás estaba allí entre ellos. El Señor le preguntó dónde había estado. "Recorriendo la tierra", dijo, "de un extremo a otro". Entonces el Señor le preguntó a Satanás: "¿Has considerado a mi siervo Job? No hallarás a nadie como él en la tierra, un hombre de vida intachable y recta, que teme a Dios y pone su rostro contra la maldad. Me animaste a arruinarlo sin causa, pero su integridad sigue intacta. Satanás respondió al Señor: "¡Piel por piel! No hay nada que el hombre guarde rencor para salvarse. Pero extiende tu mano y toca su hueso y su carne, y mira si no te maldice en tu misma cara.
>
> Entonces el Señor le dijo a Satanás: "Así sea. Él está en tus manos; pero perdónale la vida. Y Satanás se fue de la presencia del Señor, e hirió a Job con llagas supurantes de la cabeza a los pies, de modo que tomó un trozo de una olla rota para rascarse mientras estaba sentado entre las cenizas. [Trabajo 2.1–8]

En Job, Satanás ya es una personalidad con la función de acusar, oponer y dañar a los seres humanos. Todavía no es el principio del mal, porque todavía es uno de la corte celestial y no hace nada sin el consentimiento y mandato de Dios. Aún así, Job ya insinúa una oposición entre Satanás y el Señor. En lugar de simplemente actuar como un instrumento de la voluntad del Señor, Satanás persuade a Dios a obrar el mal en su fiel siervo Job. Dios accede sólo con reservas, reprochando luego a Satanás haberlo tentado. Satanás trabaja como la sombra, el lado oscuro de Dios, el poder destructivo que Dios ejerce solo a regañadientes. Además, es el mismo Satanás quien, como mal'ak, desciende a la tierra y atormenta a Job.

Un espíritu que se comporta como el mal'ak aparece en Jueces 9:22-23: "Después de que Abimelec había sido príncipe sobre Israel durante tres

años, Dios envió un espíritu maligno para abrir una brecha entre Abimelec y los ciudadanos de Siquem". En 1 Samuel 16–19, un espíritu maligno del Señor trastorna a Saúl, lo que hace que profetice en contra de su voluntad y lo incita a arrojar una jabalina a David. La función del mal'ak asesino como la sombra de Dios es aún más clara en 2 Samuel 24.13–16. "¿Serán tres años de hambre en tu tierra", pregunta Dios a David por boca del profeta, "o tres meses de huida con el enemigo pisándote los talones, o tres días de pestilencia en tu tierra?" David, desesperado, escoge la plaga como el mal menor, "así envió Jehová pestilencia por todo Israel. . . [y] setenta mil del pueblo murieron. Entonces el ángel (mal'ak) extendió su brazo hacia Jerusalén para destruirla, pero el Señor se arrepintió del mal y dijo a los ángel que estaba destruyendo a la gente, 'Basta, detén tu mano.' Aquí el mal'ak destructor casi se sale de control, y el Señor lo detiene en el último momento. En un nivel, los hebreos sabían que el mal'ak era Dios, pero en otro comenzaron a imaginarlo como una entidad separada. En ese nivel, podrían comenzar a excusar a Dios por la existencia del mal echándole la culpa al mal'ak.

La separación del mal'ak de la divinidad es más nítida en el diálogo de 1 Reyes 22:19-23. Micaías dice: "Vi al Señor sentado en su trono, con todo el ejército de los cielos a su derecha ya su izquierda. El Señor dijo: '¿Quién inducirá a Acab a atacar y caer sobre Ramot de Galaad?' Uno decía una cosa y el otro decía otra; entonces un espíritu se adelantó y se paró delante del Señor y dijo: 'Yo lo seduciré.' '¿Cómo?' dijo el Señor. 'Saldré', respondió, 'y seré un espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas'. 'Lo seducirás', dijo el Señor, 'y tendrás éxito; ve y hazlo.' El espíritu maligno aquí aparece primero en compañía de los bene ha-elohim y luego sale sobre la tierra como un mal'ak. El mal'ak no tiene que persuadir a Dios para que destruya a Acab, porque esa ya es la intención del Señor. Pero si de esta manera es menos independiente que el Satanás en Job, en otra forma es aún más distinta su independencia de Yahvé: "Saldré y seré un espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas". El malvado mal'ak no es solo un oponente de la raza humana; es príncipe de la mentira y señor del engaño.

Los hebreos eran, al menos inconscientemente, conscientes de la distinción gradual que estaban haciendo entre Dios y el mal'ak. En 2 Samuel David peca al hacer un censo de los israelitas: "Una vez más los israelitas sintieron la ira del Señor, cuando incitó a David contra ellos y le mandó que Israel y Judá fueran contados" (24,1). Dios había declarado tal censo como un pecado, pero ahora le ordenó a David que hiciera uno para que pudiera tener motivos para castigar al pueblo de Israel. El texto es comprensible en términos de la ambivalencia original de Dios. Pero el escritor de Crónicas, una obra posterior derivada de Samuel y Reyes, ya no podía comprender en su tiempo la ambigüedad. El Señor, razonó, no podía haber querido que David pecara. No pudo haber sido el Señor; debe haber sido el malvado mal'ak. Así que el escritor revisó el pasaje para que dijera:

“Entonces Satanás, poniéndose contra Israel, incitó a David a contar el pueblo” (1 Crónicas 21.1).

Gradualmente el mal'ak obtuvo su independencia de Dios; gradualmente se acentuó su aspecto destructivo; finalmente se convirtió en la personificación del lado oscuro de la naturaleza divina. El mal'ak era ahora el ángel maligno, Satanás, el obstructor, el mentiroso, el espíritu destructor.

El desarrollo crucial avanzó aún más en el período apocalíptico. En el Libro de los Jubileos, el malvado mal'ak se ha convertido en Mastema, príncipe de los malos espíritus y prácticamente independiente del Señor. Él tienta, acusa, destruye y castiga a los humanos, tomando sobre sí mismo todas las características malvadas que una vez se atribuyeron a Dios. Él y sus seguidores extravían a “los hijos de los hijos de Noé. . . para hacerlos errar y destruirlos.” Donde el mal'ak de Dios o Dios mismo había matado en el Antiguo Testamento al primogénito de Egipto, esa carnicería era ahora obra de Mastema. Donde el poder de Dios había obrado misteriosamente contra sus propios seguidores, ese poder ahora se atribuía a Mastema. Uno de los pasajes más extraños de la Biblia es Éxodo 4.24-25, donde Dios acecha en el desierto esperando a Moisés para matarlo. En Jubileos es Mastema, en lugar de Dios, quien acecha asesinamente. En Génesis, Dios pone a prueba a Abraham, pidiéndole que sacrifique a su hijo. En Jubileos, es Mastema quien es responsable: “Y el príncipe Mastema vino y dijo delante de Dios, 'He aquí, Abraham ama a Isaac su hijo, y se deleita en él sobre todas las cosas; dile que lo ofrezca en holocausto sobre el altar, y verás si cumple este mandato.

El mal ahora lo hace el mal'ak en lugar de Dios. Sin embargo, Dios ha creado a Satanás e incluso le otorga específicamente el poder de tentar y destruir. ¿Por qué? ¿Realmente resolvió el problema de la responsabilidad de Dios por el mal desviar ese mal hacia una personalidad que Dios ha creado y mantiene? La literatura apocalíptica respondió que el Señor permite el mal solo por un tiempo, y después de eones de lucha, finalmente destruirá a los ángeles malignos. En el fin del mundo vendrá el Mesías y juzgará a Mastema. El poder de los ángeles malos será aniquilado, y serán atados y encarcelados para siempre. Aún así, los escritos apocalípticos dejan una paradoja sin resolver: el mal lo hace el mal'ak; el mal'ak es creado por Dios y está sujeto a él; Por lo tanto, Dios debe querer la existencia del mal, aunque sea indirectamente. Un enfoque a este dilema fue enfatizar la libertad de voluntad del mal'ak o ángel. Dios quiere la creación del ángel, pero la maldad del ángel es una elección libre del ángel en lugar de la elección de Dios. El problema con tal solución era que Dios todavía es responsable de crear un cosmos en el que se permite que deambule una fuerza tan maligna. Otro enfoque fue ampliar la distancia entre el Señor y el Diablo hasta el punto de que el Diablo se convirtió casi en un principio separado del mal. El problema con esta solución dualista era que contradecía la premisa monoteísta fundamental de la religión hebrea.

Los más dualistas de los grupos apocalípticos fueron los esenios de Qumran, cuyas ideas el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto trajo a colación. vista completa. Los esenios creían que el conflicto psicológico dentro del individuo humano entre la inclinación al bien y la inclinación al mal refleja una lucha entre grupos de humanos buenos y malos, que a su vez refleja la guerra cósmica entre dos espíritus opuestos, uno el bien y la luz, el otro el mal. y oscuridad "Del Dios del conocimiento proviene todo lo que es y será. . . . Él ha creado al hombre para que gobierne el mundo y le ha designado dos espíritus en los cuales andará hasta el tiempo de su visitación: los espíritus de la verdad y la mentira. Los que nacen de la verdad brotan de una fuente de luz, pero los que nacen de la falsedad brotan de una fuente de oscuridad. Todos los hijos de la justicia son gobernados por el Príncipe de la Luz y caminan por los caminos de la luz, pero los nacidos de la falsedad son gobernados por el Ángel de las Tinieblas y caminan por los caminos de las tinieblas". Aquí la solución es postular dos espíritus opuestos, ambos sujetos a Dios.

Estos espíritus no son abstracciones, sino personas de terrible poder: por un lado el Príncipe de la Luz; por el otro, el Príncipe de las Tinieblas, el Ángel Destructor. Los que siguen al Señor de la Luz son los hijos de la luz; aquellos que siguen al Ángel de las Tinieblas son los hijos de las tinieblas. La guerra despiadada entre los dos espíritus es mortal y eterna. Sin embargo, por terrible que sea el conflicto, no es absoluto, porque los dos espíritus no son totalmente independientes como en Irán. Dado que, en última instancia, todo proviene de Dios, el Señor "establece todas las cosas según su designio, y sin él nada se hace". El Señor de la Luz, asimilado al Dios último, el Dios de Israel, crea y dirige todas las cosas. En última instancia, incluso el Príncipe de las Tinieblas está sujeto a él. La soberanía de Dios se conserva, aunque escasamente.

El conflicto entre los ejércitos de la oscuridad y la luz se ha desatado desde la fundación de la tierra, pero a medida que el mundo se acerca a su fin, las legiones de la oscuridad están más activas que nunca. El tiempo del fin está cerca, y Satanás incluso ahora está gastando sus máximas energías para destruir el universo antes del triunfo inevitable del Señor de la Luz. "Durante todos esos años Satanás estará desatado contra Israel. . . . Mientras dure el dominio de Satanás. . . el ángel de las tinieblas extravía a todos los hijos de la justicia." Todos los pecados de Israel son el resultado de este dominio de Satanás, quien se manifiesta en cada uno de nosotros como el yetser ha-ra , la inclinación al mal dentro de los seres humanos.

Aún así, el mensaje subyacente de Qumrán es esperanzador. Si esta es la peor de las eras, si Satanás ahora camina sobre la tierra en un triunfo descarado, estas son señales de que el Señor pronto se levantará y lo herirá y abrirá una nueva era de bondad y luz. Porque el Señor de la Luz nunca quita sus manos de la malvado mal'ak, cuyo "dominio [es] de acuerdo con los misterios de Dios . . . . [Dios], Tú has creado a Satanás, el Ángel de la Malevolencia, para el Abismo; su [reinado] está en tinieblas y su propósito

es traer maldad e iniquidad”. Habiendo creado a Satanás y usándolo como instrumento de venganza contra los pecadores, el Señor pronto lo derribará. El Mesías salvará a los justos elegidos, los hijos de la luz, y los conducirá a un reino terrenal de paz, felicidad y prosperidad. Pero los gentiles y los judíos que sean infieles al pacto serán castigados con Satanás y sus ángeles para siempre. Así llega a su fin la vejez de Satanás, pasa la maldad del mundo y amanece la nueva era del Señor.



Christ separating the sheep from the goats. This is the earliest known portrayal of the Devil, who sits at Christ's left hand with the goats, while the good angel sits at the Lord's right hand with the sheep. The Devil is blue, the color of the lower air into which he has been thrust down; the good angel is red, the color of fire and the realm of the ether in which the angels dwell. Sixth-century mosaic in San Apollinare Nuovo, Ravenna. Courtesy of Hirmer Verlag, Munich.

Aunque monoteístas, los esenios tenían mucho en común con los dualistas. En las fuentes apocalípticas, de Qumran y mazdeísta por igual, el diablo es el jefe de una hueste de espíritus malignos que, como los buenos espíritus, están dispuestos en órdenes y rangos. Las principales funciones del diablo apocalíptico, seducir, acusar y destruir, son también las de Ahriman. Tanto en el judaísmo apocalíptico como en el mazdeísmo, el cosmos se divide en dos fuerzas de luz y oscuridad enzarzadas en un combate mortal: los hijos de la luz guerrean contra los hijos de las tinieblas. Hacia el fin del mundo, el Príncipe de las Tinieblas parece incrementar su poder por un tiempo en una era oscura y miserable, pero esa era es seguida por el triunfo del Príncipe de la Luz y el encarcelamiento perpetuo o destrucción del Príncipe de las Tinieblas. . Quedaban dos diferencias fundamentales. el dualismo judío era más ético, el iraní más cosmológico; los escritores judíos siempre afirmaron la subordinación del espíritu

maligno a Dios. Aun así, el diablo apocalíptico a menudo actúa como si fuera un principio independiente de Dios. El judaísmo apocalíptico siguió siendo monoteísta, pero debido al problema del mal se inclinó hacia el dualismo radical.

Habiendo llegado a descartar la idea de que tanto el mal como el bien proceden de la naturaleza divina e insistiendo en que Dios rechaza ferozmente el mal, los judíos se sintieron atraídos a personificar el mal como un príncipe oscuro en oposición a Dios. Pero como monoteístas también se negaron a separar los dos, insistiendo en que solo puede existir un principio, un solo Dios. Ni dualismo puro ni monismo puro, la posición hebrea era ambigua. Lejos de ser un defecto, esta ambigüedad era una gran virtud: se fundaba en una tensión creativa, y no permitía eludir el problema del mal. Dios es bueno; el mal existe. No hay una solución fácil para el dilema, y la dificultad del punto de vista hebreo da testimonio de su profundidad. Fueron los hebreos, amando a Dios con tanta intensidad, los primeros que enfrentaron el problema del mal con tanta intensidad.

4 *Cristo y el poder del mal*

Las ideas del Nuevo Testamento sobre el Diablo derivan principalmente del pensamiento hebreo, especialmente de la tradición apocalíptica. La influencia griega fue secundaria. Dado que el Nuevo Testamento fue compuesto por varios escritores durante un período de medio siglo, existen diferencias de punto de vista; aún así, las variaciones no son grandes y se pueden hacer generalizaciones consistentes. El Nuevo Testamento heredó varias ideas sobre el Diablo. El diablo es un ángel caído. Es el jefe de una hueste demoníaca. Él es el principio del mal. El mal es el no ser. El Nuevo Testamento absorbió, refinó y transformó estos elementos.

Los nombres que el Nuevo Testamento da al Príncipe de las Tinieblas reflejan el doble trasfondo del helenismo y del judaísmo apocalíptico. La mayoría de las veces es “Satanás” o “el diablo”, pero también es “Beelzeboul”, un nombre derivado del rey de Ecrón en 2 Reyes 1.2–3. También se le llama “el Enemigo”, “Belial”, “el Tentador”, “el Acusador”, “el Maligno”, “el Príncipe de Este Mundo” y “el Príncipe de los Demonios” (Ver Apéndice 2). El término "príncipe" (archon) para el diablo siempre se contrasta con el término "señor" (kyrios) para Cristo.

La equiparación de Lucifer, “el portador de la luz”, con Satanás no está clara en el Nuevo Testamento. Aunque la Septuaginta había traducido la “brillante estrella de la mañana” que caía en Isaías 14 como heosphoros (“portador de la aurora”), que también se convirtió en fosforos (“portador de luz”), o lucifer en latín, y aunque se asemeja a los ángeles caídos a las estrellas caídas en Apocalipsis 12.4, el término “portador de luz” en el Nuevo Testamento está reservado a Cristo. El texto cristiano más antiguo que equipara a Lucifer con Satanás es Contra Marción (2.10) de Tertuliano (c. 170-220). No obstante, la suposición era común en los escritos apocalípticos, y la declaración de Jesús en Lucas 10.18–“Vi a Satanás caer del cielo como un rayo”–indica que los primeros cristianos lo compartían.

La lucha entre Dios y el Maligno está en el corazón del Nuevo Testamento. En la visión del mundo del Nuevo Testamento, o sigues a Dios o estás sujeto a Satanás. A causa del pecado, el mundo está bajo el poder del Diablo; Cristo viene a romper ese poder ya sanar la alienación entre la humanidad y Dios. Satanás extiende su odio de Dios a Cristo ya la humanidad. El Diablo es mentiroso y pecador desde el principio (1 Juan 3–8) y tiene la muerte a su disposición (Heb. 2:14). Es el adversario de Cristo (Mc 8,33, 22,3; Jn 13,2, 13,27), una función más clara en las tentaciones que ofrece al Salvador para inducirlo a abandonar su misión redentora (Mt

4,1-11; Mc 1,13; Lc 4,1-13).). En esto, Satanás continúa con su papel del Antiguo Testamento de frustrador y obstructor, como lo hace más tarde contra Pablo (1 Tes. 2:18).

El Diablo está asociado con la carne, la muerte y este mundo, todo lo cual obstruye el reino de Dios. Dos palabras griegas han sido traducidas como “mundo” en las Biblias en inglés: una es aion , usada por Pablo; el otro es kosmos , usado por Juan. Tienen significados similares, y el Diablo es llamado tanto señor del aion como señor del kosmos (Mateo 9:34, 12:24–28; Marcos 3:22–26; Juan 12:31, 14:30, 16:11; 2 Corintios 4:4; Efesios 2:2; 1 Juan 4.3–4). El reino del Diablo, que es de este mundo, se contrasta con el reino del Señor, que no es de este mundo. Desde el momento del pecado original; el Diablo ha ido aumentando su poder sobre este mundo, hasta ahora, en este último día, su dominación se ha vuelto casi completa. Pero ahora Dios envía a Cristo para romper el poder de la era antigua y reemplazarlo con la nueva era, el reino de Dios.

Aunque el significado de “el reino de Dios” no está claro, lo que significa “este siglo” o “este mundo” es más claro. Kosmos puede significar el mundo natural; puede significar sociedad humana; o puede significar aquellas personas que son pecadores. Aion puede significar el tiempo asignado al mundo material; el mundo material mismo; o el tiempo presente, asolado por el pecado, en oposición al reino de Dios venidero. El Diablo es señor del mundo natural en su poder para causar muerte, enfermedad y desastres naturales; es señor de la sociedad humana por su tendencia al pecado. Es en el sentido de sociedad humana pecaminosa que los términos kosmos y aion se usaban más a menudo, porque el Nuevo Testamento enfatiza el problema del mal moral más que el del mal natural.

El mundo de la naturaleza es creado por el buen Dios para buenos propósitos. Sin embargo, el Señor le ha permitido a Satanás el poder temporal sobre el mundo. Como resultado, “el mundo entero yace en el Maligno” (1 Juan 5.19). La lucha entre la vieja era del mundo gobernado por Satanás y la nueva era del reino de Dios se expresa a veces como la oposición entre el espíritu y el cuerpo, a veces como la oposición entre la luz y las tinieblas.

El diablo es príncipe de una hueste de espíritus malignos. Los orígenes del Diablo y de los demonios son bien distintos. Los demonios derivan de los espíritus malignos menores del Cercano Oriente, mientras que el Diablo deriva del hebreo mal'ak, la sombra del Señor, y el principio mazdaísta del mal. Los demonios son espíritus menores, el Diablo la personificación del mal mismo. El Nuevo Testamento mantuvo la distinción al diferenciar entre los términos diabolos y daimonion , pero era una distinción que a menudo se confundía, y muchas traducciones al inglés la confunden aún más al traducir daimonion como “diablo”.

Detrás de esta confusión de vocabulario yacía una confusión de concepciones. La tendencia a mezclar al Diablo con los demonios tenía dos fuentes. Una era la tradición filosófica helenística tardía de que existía un

nivel de espíritu entre Dios y la humanidad. Algunos de estos espíritus eran buenos, otros malos. En el primer siglo de la era cristiana, los espíritus malignos solían recibir el nombre de daimonia , "demonios". Esta clasificación helenística agruparía a Satanás con los demás espíritus malignos en la categoría de daimonia .

La segunda fuente de fusión fue la tradición hebrea tardía de los ángeles caídos. Los malakim o ángeles hebreos ocupaban un espacio en la cadena entre Dios y la humanidad, al igual que los daimonia griegos. La mezcla de malakim con daimonia fue alentada por la traducción de la Septuaginta de una amplia variedad de palabras del Antiguo Testamento para espíritus malignos al griego daimonia . Finalmente, la literatura apocalíptica comenzaba a percibir al Diablo como la cabeza de la hueste de los ángeles malignos. El cristianismo adoptó esa tradición para sí mismo e hizo del Diablo el príncipe de los ángeles caídos en su lucha contra Dios (Mat. 9.34, 12.24-28, 25.41; Marcos 3.22-26; Lucas 11.14-15, 13.16; Hechos 10.38; 2 Cor. 5.5, 11.4, 12.7; Efesios 2.2, 6.12; Col. 1.13).

El cristianismo, como el judaísmo apocalíptico, tenía que mantener un cuidadoso equilibrio: no podía hacer del Diablo un principio del mal independiente de Dios, pero tenía que ser más que simplemente uno entre una multitud de demonios. Tenía que ser el príncipe (o principal) del mal sin ser el principio del mal.

La función esencial de Satanás en el Nuevo Testamento es obstruir el reino de Dios tanto tiempo como pueda. Una de sus armas favoritas es la posesión. Por lo general, los demonios, los sirvientes de Satanás, son quienes realmente poseen, aunque en la literatura joánica Satanás mismo lo hace. exorcizando a los demonios y curando las enfermedades enviadas por ellos, Jesús hace la guerra contra el reino de Satanás y así hace saber a la gente que ha llegado la nueva era. “Si por el poder de Dios expulso a los demonios, es porque el reino de Dios ha llegado entre vosotros” (Mt 12,28). El exorcismo de los demonios no representa ninguna peculiaridad aquí, ninguna acumulación irrelevante de superstición, sino que es fundamental para la guerra contra Satanás y, por lo tanto, para el significado de los evangelios. Cada acto de exorcismo representó una parte de la destrucción de la vejez, un paso más hacia el momento en que Satanás ya no controlará el mundo.



Cristo sana a un demoníaco mientras Satanás, con alas negras en la cabeza, mira con asombro horrorizado. Evangelios de Stuttgart, siglo IX. Cortesía de Bildarchiv Foto Marburg.

El Diablo es el príncipe de los humanos malvados así como de los demonios. Los malhechores son llamados seguidores o hijos del Diablo (Mat. 5.37, 16.23; Marcos 8.33; Lucas 22.3; Juan 8.44, 13.2, 13.27; Hechos 13.10; Cor. 5.5; 1 Tim. 1.20, 3.6–7, 8.15; 1 Juan 3.8) –12). Cristo llama a Judas el Diablo por actuar para provocar la crucifixión, y eso es claramente obra de Satanás. Cristo también llama a Pedro el Diablo por tentar a Jesús a eludir la cruz; tratar de evitar la crucifixión también es obra de Satanás, porque Cristo necesita morir para reconciliar a la humanidad con Dios.

La tentación es el arma más eficaz de Satanás (Mateo 6.13; Marcos 4.15; Lucas 8.12; 1 Corintios 7.5; 2 Corintios 2.11; Efesios 4.27, 6.11; 2 Timoteo 2.26; 1 Pedro 5.8). Pero la idea de que el Diablo es la serpiente que tentó a Adán I y Eva no aparece en el Nuevo Testamento. El Maligno está conectado con una serpiente solo en Juan 8.44, 1 Juan 3.10 y Apocalipsis 12–13, y la identificación parece ser más con Leviatán (sal. 74.13) y Rahab Gob 26.12) que con la serpiente del Edén. La idea de que yo, el Diablo, era el tentador original de la humanidad puede estar implícita en el Nuevo Testamento, pero solo más tarde se convirtió en una parte firme de la fe cristiana.

El Diablo también conservó algunas de sus antiguas características como agente de Dios en su papel de tentador y acusador y castigador de los pecadores (Lc 22,3; Cor 5,5; 1 Tm 1,20; Santiago 4,7). El Diablo también puede dañar físicamente a las personas (Lucas 13:11–16; 2 Corintios 12:7). En la tradición cristiana posterior, Satanás gobernó el infierno y sufrió allí él mismo, pero ningún punto está claro en el Nuevo Testamento. Las dos palabras comunes del Nuevo Testamento para infierno son hades y geenna .

En la Septuaginta, hades generalmente traducía el hebreo Sheol , y la comprensión del Nuevo Testamento de este lugar es similar al hebreo: debajo de la tierra, es la morada de las almas separadas temporalmente de sus cuerpos hasta el momento de la resurrección. Geena es un lugar mucho más terrible de fuego eterno y castigo para los malvados. Sheol y Geenna, originalmente distintos, se fusionaron en el pensamiento cristiano primitivo como el infierno.

El infierno está relacionado con la escatología: el fin del mundo. El Libro de Apocalipsis dice que el Diablo está atado con cadenas como resultado de la acto redentor, sino que será desatado sobre el mundo nuevamente cuando se acerque el tiempo del fin. Pero aquí las cosas estaban confusas hasta que Dante y Milton, siglos más tarde, intentaron aclararlas. Varias interpretaciones diferentes de la ruina de Satanás y sus compañeros ángeles se han presentado en un momento u otro. El primer grupo de diferencias tiene que ver con la naturaleza de su caída: ha sido vista como (1) un lapsus moral; (2) una pérdida de dignidad; (3) una expulsión literal del cielo; (4) una salida voluntaria del cielo. El segundo conjunto de diferencias tiene que ver con la geografía de la caída: (I) del cielo a la tierra; (2) del cielo al inframundo; (3) de la tierra (o del aire) al inframundo. El tercer conjunto es cronológico: Satanás cayó (I) al principio del mundo antes de la caída de Adán: (2) por envidia de Adán; (3) con los ángeles Vigilantes en la época de Noé; (4) en el advenimiento de Cristo; (5) en la Pasión de Cristo; (6) en la segunda venida de Cristo; (7) mil años después de la segunda venida.

El mismo Nuevo Testamento admite una amplia gama de interpretaciones sobre estas cuestiones. (1) Al principio del mundo hubo una guerra en el cielo, y Miguel echó fuera al diablo y a sus ángeles. Fueron sumergidos en el inframundo, del cual, sin embargo, salieron para tentar a la humanidad. (2) Los ángeles cayeron mucho después de Adán, cuando codiciaron a las hijas de los hombres; fueron arrojados del cielo al inframundo, pero volvieron a salir para hacernos daño. (3) El reino de Dios llegó a la tierra con el advenimiento de Cristo, y su exorcismo de demonios es prueba de su poder sobre Satanás. (4) La misma Pasión de Cristo arrojó a Satanás. (5) El reino de Satanás ha sido debilitado pero no finalmente derribado por la venida de Cristo. Cristo vendrá de nuevo, y en el último juicio Satanás será destruido, o al menos arrojado para siempre al infierno. Esta última cronología, que se encuentra en Apocalipsis, indica el cambio de fe de la comunidad cristiana después del primer siglo, cuando quedó claro que la primera venida de Cristo no había quitado el mal del mundo. A medida que su reaparición se demoró, la ruina de Satanás se pospuso aún más. (6) En la segunda venida, Cristo atará a Satanás por mil años, y al final de los mil años saldrá una vez más y finalmente será destruido.

La inconsistencia de estos relatos se hereda del judaísmo apocalíptico. Permitió un amplio alcance en los puntos de vista cristianos posteriores, particularmente entre aquellos involucrados en especulaciones milenarias sobre la base del Libro de Apocalipsis. Aún así, hay total consistencia en el

punto esencial, que es que la nueva era traída por Cristo está en guerra con la vieja era gobernada por Satanás.

Otros adversarios escatológicos del reino de Dios estaban vinculados con el Diablo: el Anticristo, las bestias y el dragón (Ap. 11–19). La iconografía de las bestias tuvo solo una influencia limitada en la iconografía de Satanás. Tanto el dragón como la bestia del mar tienen diez cuernos y siete cabezas; estos no coinciden con la aparición del Diablo en la tradición posterior. Apocalipsis 13.11 asigna dos cuernos a la bestia de la tierra. El diablo posterior rara vez tiene más de una cabeza, aunque a menudo tiene una cara en el vientre o las nalgas, y nunca tiene más de dos cuernos. La imagen de dos cuernos prevaleció porque la bestia de la tierra encajaba con las asociaciones de Satanás con los animales salvajes con cuernos, con Pan y los sátiros, y con la luna creciente. Además, tradicionalmente se asignan dos cuernos de poder a Moisés y otras figuras numinosas. Los demonios en el Nuevo Testamento están asociados con varios animales: langostas, escorpiones, leopardos, leones y osos. El diablo mismo tiene asociaciones directas solo con la serpiente, el dragón y el león. El león no se convirtió en un símbolo duradero del diablo porque se usó para el evangelista Marcos y para el mismo Cristo.

A pesar de sus inconsistencias, el Nuevo Testamento fijó el concepto general del Diablo en un patrón más coherente que el que había hecho la literatura apocalíptica. El Diablo es una criatura de Dios, un ángel caído, pero como jefe de los ángeles caídos y de todos los poderes malignos, a menudo actúa casi como un principio opuesto a Dios. Él es el señor de este mundo, jefe de una vasta multitud de poderes espirituales y físicos, angélicos y humanos, que se alinean contra la venida del reino de Dios. Satanás no es solo el principal oponente del Señor; él es el príncipe de toda oposición al Señor. Cualquiera que no sigue al Señor está bajo el poder de Satanás. Así como Satanás era el oponente del buen Señor de los hebreos, ahora es el oponente de Cristo, el Hijo del buen Señor. Así como Cristo manda a los ejércitos de la luz, Satanás manda a los de las tinieblas. El cosmos se debate entre la luz y la oscuridad, el bien y el mal, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo, la nueva era y la vieja, el Señor y Satanás. El Señor es el creador de todas las cosas y el garante de su bondad, pero Satanás y su reino han torcido y corrompido este mundo. Cristo viene a destruir el eón antiguo y malo ya establecer el reino de Dios en su lugar. Al final, Satanás y sus poderes serán derrotados y el reino de Cristo será establecido para siempre.

Aquí hay un toque de dualismo, primero en la extensión del poder de Satanás como señor de este mundo y segundo en la intensa oposición entre el espíritu y la carne. Pero estas tendencias dualistas estaban sujetas a la creencia fundamental de que el buen Dios creó el mundo, el cual, aunque corrompido, sigue siendo esencialmente bueno. Satanás mismo es una criatura de Dios. Al final del tiempo todo mal es desterrado y las ambigüedades y dualidades son resueltas en la victoria final de Cristo.



Demons lead a damned soul toward the gates of hell; inside the prisoners are being tortured. Stuttgart Gospels, ninth century. Courtesy Bildarchiv Foto Marburg.

Mientras tanto, los males naturales, como las enfermedades y las tormentas, podrían atribuirse al Diablo, ya sea que se nos envíen como aflicciones diabólicas o que sean como castigo por nuestros pecados. Dios hizo bueno el cosmos; sus fallas son culpa del Maligno. El mal moral sin duda existiría en la humanidad sin Satanás, pero él lo instiga constantemente a través de la tentación, y todos los que pecan caen bajo su poder. Cada día, en cada lugar y en cada individuo, Satanás y sus fuerzas se esfuerzan por bloquear el reino de Dios. El Diablo del Nuevo Testamento no es tangencial al mensaje fundamental, no es un mero símbolo. La misión salvadora de Cristo sólo puede comprenderse plenamente en términos de oposición al Diablo. Ese es el punto central del Nuevo Testamento: el mundo está lleno de dolor y sufrimiento, pero más allá del poder de Satanás hay un poder mayor que le da significado a ese sufrimiento.

Mientras que el cristianismo primitivo prestaba considerable atención al diablo, el pensamiento judío se movía en la otra dirección. Después de la caída de Jerusalén ante los romanos en el año 70 EC , el Templo fue derribado y los judíos fueron exiliados de Palestina. En la diáspora, la “dispersión”, se asentaron por todo el Mediterráneo y Europa. Con la

desaparición del centro de culto, la religión judía entró en una nueva etapa. El centro de la vida religiosa judía era ahora la sinagoga más que el Templo; sus líderes eran los rabinos o “maestros” en lugar de los antiguos sacerdotes y profetas. El judaísmo rabínico rechazó las tendencias dualistas de los escritores apocalípticos e insistió en la unidad del único y benévolo Señor. El mal resulta, argumentaban los rabinos, del estado imperfecto del mundo creado (mal metafísico) y del mal uso humano del libre albedrío (mal moral), no de las maquinaciones de un enemigo cósmico. La mayoría de los rabinos rechazaron el concepto de un ser personificado que lideraba las fuerzas del mal y prefirieron hablar del Diablo solo como un símbolo de la tendencia al mal dentro de los humanos.

Según la enseñanza rabínica, dos espíritus antagónicos habitan en cada individuo: uno con tendencia al bien (ietser ha-tob) y el otro con tendencia al mal (ietser ha-ra). Los rabinos argumentaron que el Señor había creado ambas tendencias, pero le dio a la humanidad la Ley para que pudiéramos vencer el yetser malvado siguiendo la Torá. El Diablo fue percibido como una personificación del yetser ha-ra: el rabino Simon ben Lakish escribió que “Satanás y el ángel de la muerte son uno”. Los rabinos descartaron la tradición de la rebelión de los ángeles, ya que los ángeles aún no tienen maldad y no pueden pecar. Aún así, algunas de las antiguas tradiciones persistieron en la aggadah (historias morales, leyendas y sermones) donde el Diablo, llamado Sammael con más frecuencia. que Satanás, es un ángel alto que cae de la gracia, usa la serpiente para tentar a Adán y Eva, y actúa como tentador, acusador, destructor y ángel de la muerte. Muchas leyendas cristianas sobre demonios tienen su origen en la aggadah. Pero incluso en la aggadah, Satanás no tiene existencia independiente del Señor, quien lo usa como un probador de corazones, un agente para denunciar nuestros pecados en alto y un oficial a cargo de castigarlos.

La cábala, la literatura del movimiento mágico y místico judío que alcanzó su apogeo en el siglo XIII de la era cristiana y siguió siendo popular hasta el siglo XVIII, prestó mucha más atención al Diablo que los rabinos. Influenciada por la filosofía griega, el gnosticismo y el cristianismo, la cábala enseñaba que todas las cosas proceden del ser divino en una serie de emanaciones, cada una inferior a la anterior. Originalmente Dios era bueno y malo: su mano derecha era amor y misericordia y su mano izquierda ira y destrucción. El aspecto destructivo de la personalidad de Dios se separó del aspecto bueno y en adelante fue conocido como Satanás. El rabino Isaac Luria ofreció el argumento de que Dios se contrajo en sí mismo para dejar espacio a la Creación; por lo tanto, el mundo creado sufre de incompletud, ausencia de Dios, maldad. Una interpretación posterior de las ideas de Luria dice que Dios contiene dentro de sí mismo un grano diminuto de mal llamado la "raíz del juicio estricto". Las leyendas judías informan detalles sobre Satanás o Sammael: tiene doce alas; está cubierto de ojos; es peludo como una cabra; puede cambiar su forma a voluntad; es

un ángel rebelde a quien la humanidad solo puede derrotar siguiendo la Torá.

En general, el lugar del Diablo en el pensamiento judío después del período apocalíptico fue pequeño y, como tal, se derivó en gran medida del cristianismo, cuya preocupación por el Maligno fue grande desde el principio.

Antes del año 150 d. C. , los cristianos eran una pequeña minoría en el mundo mediterráneo, un entorno todavía mayoritariamente pagano, aunque los judíos eran un elemento importante en muchas ciudades mediterráneas. Pero la hostilidad entre cristianos y judíos aumentó después de la caída de Jerusalén en el año 70, cuando los saduceos, zelotes y esenios fueron derrotados y los fariseos emergieron como la facción dominante entre los judíos. Los fariseos, luchando por lograr la unidad judía y resentidos por el fracaso de los cristianos en apoyar la revuelta contra los romanos, excluyeron a los cristianos de las sinagogas.

Hasta el momento, el cristianismo no poseía un cuerpo de doctrina definida. En los primeros años del siglo segundo no había ningún canon del Nuevo Testamento, y varios de los libros que circularon como inspirados eventualmente fueron excluidos de las Escrituras cuando finalmente se estableció el canon a fines del siglo IV. Aún así, se estaba formando un conjunto de actitudes y creencias entre los escritores cristianos que siguieron a los apóstoles. Las obras de estos escritores, conocidos como “los padres apostólicos”, incluyen “la Epístola de Bernabé” y las obras de Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía, Policarpo y Papías. Clemente, obispo de Roma, al escribir alrededor del año 95, percibió al Diablo como una personalidad distinta que intentaba dividir a la comunidad cristiana sembrando la tentación y la disensión. San Ignacio, obispo de Antioquía, que iba a ser martirizado en vio al Diablo como “gobernante de este siglo”, cuyo poder ha sido sacudido recientemente 107 por la Encarnación y finalmente será quebrantado por la segunda venida de Cristo. La nueva era se caracterizará por una transformación radical de la naturaleza misma del mundo y sus habitantes. En este nuevo reino el mal no tendrá cabida.

Mientras tanto, dijo Ignacio, el mundo está gobernado por el malvado arconte, cuyo diseño es frustrar la obra de salvación de Cristo desviando al pueblo cristiano de la búsqueda de la meta del reino de Dios. El Diablo se enfrenta personalmente a cada cristiano. Ignacio sintió que el príncipe malvado trabajaba dentro de él para alejarlo de su fe inquebrantable y persuadirlo de que eludiera el martirio. “Deseo sufrir”, escribió, “pero no sé si soy digno. . . . Necesito la mansedumbre en que se deshace el príncipe de este mundo.”

La imagen del martirio nunca estuvo lejos de la mente de Ignacio, y vio el mundo como un escenario sangriento en el que Cristo y sus seguidores están enfrascados en un combate mortal con el Diablo y los suyos. La raza humana está dividida entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Los que no son miembros del cuerpo de Cristo son miembros del diablo. En

este martirio de guerra, el testimonio que un cristiano da de Jesús bajo la persecución, es el arma más importante de los atletas de Cristo contra los siervos de Satanás. La persecución proviene del diablo, que es responsable de la hostilidad tanto del gobierno romano como de la turba romana, pero el martirio en sí mismo es un don de Dios, una señal de la providencia de Dios que convierte el mal en bien. Así como un atleta ordinario se esfuerza en la arena por una victoria material, el atleta de Cristo se esfuerza por una victoria espiritual sobre Satanás al preservar su fe hasta la muerte.

La persecución romana de los cristianos es una señal de que el imperio es la manifestación visible de la vejez, el reino de Satanás en la tierra. Pero los seguidores más peligrosos del Diablo no son los paganos, sino los cristianos que perturban la comunidad cristiana. El Diablo alienta a los cismáticos, que dividen la comunidad con su faccionalismo, y a los herejes, que la dividen con falsas doctrinas. Siendo él mismo obispo, Ignacio argumentó que los obispos, como sucesores de los apóstoles, tenían la autoridad que podía garantizar la estabilidad organizativa y la ortodoxia doctrinal. Cuando se obedece al obispo, reina la tranquilidad y Satanás se debilita, pero cualquiera que desobedece al obispo es culpable de adorar al Diablo.

La “Epístola de Bernabé”, obra de un autor desconocido, fue escrita alrededor del año 118 en la comunidad judeo-cristiana de Egipto. “Bernabé” escribió desde la perspectiva del pensamiento judío helenístico y alegorizado que los rabinos tendían a rechazar. Estaba profundamente imbuido de dualismo ético, particularmente por la imagen de los "dos caminos", el camino de la luz y el camino de la oscuridad. En el Antiguo Testamento, el Señor eligió a Israel de entre las naciones y eligió de entre los israelitas a los que son fieles a la Torá. El cristianismo amplió la elección salvadora de Dios de Israel a la raza humana en su conjunto, pero el cristianismo continuó insistiendo en que Dios eligió solo a aquellos que le eran fieles. Puesto que el centro de la salvación se ha desplazado de la Torá a Cristo, argumentó Bernabé, la iglesia, la comunidad de personas fieles a Jesús, reemplaza al remanente salvador de Israel fiel a la Torá.

Para Bernabé, el reino de este mundo bajo el dominio de Satanás está en guerra con el reino de los cielos. Aunque debilitado por la Encarnación, Satanás mantiene su control sobre la era actual hasta el inminente regreso de Cristo. Hasta ese momento, los ángeles y los humanos del lado de la luz están enfrascados en una terrible lucha contra los ángeles y los humanos del lado de la oscuridad. Los poderes de las tinieblas pueden atacar el cuerpo de un individuo desde afuera (“obsesión”) o desde adentro (“posesión”). Pero aunque la obsesión y la posesión pudieran causar enfermedad o locura, no podían corromper el alma, porque ocurrían contra el libre albedrío de las víctimas. Un arma más eficaz del Maligno fue la “opresión” o tentación, que asalta la voluntad. Satanás no puede forzar la voluntad ni obligar a nadie a pecar, porque el Espíritu Santo está obrando en nuestros corazones protegiéndonos. Cualquiera que cede a las tentaciones que “el Negro” introduce en el alma, se separa de Cristo y se pone del lado de las tinieblas.

Bernabé hizo la conexión simbólica explícita entre el mal, la oscuridad y la negrura, simbolismo que iba a tener una larga y siniestra historia en la civilización cristiana.

Policarpo, que murió a manos de los paganos alrededor del año 156, advirtió de las muchas conjuras que Satanás urde contra los mártires. El Diablo incita a los paganos a torturar a los cristianos y al mismo tiempo se cuela en el alma de los cristianos para tentarlos a negar su fe. Tanto los herejes como los apóstatas estaban vinculados con Satanás. “Cualquiera que no crea que Jesucristo vino en carne es un anticristo, y cualquiera que no crea en el testimonio de la cruz de que Jesús realmente sufrió y murió es del Diablo. Policarpo distinguía claramente entre los cristianos ortodoxos, que eran “la comunidad de los primogénitos de Dios”, y los herejes, “los primogénitos de Satanás”. La oposición entre ortodoxos y herejes —aquellos que creían diferente a la comunidad cristiana— no era una simple diferencia de opinión sino parte de la lucha cósmica entre el bien y el mal. Los dos temores más profundos de Policarpo eran que la iglesia fuera socavada por la persecución desde afuera y que fuera desgarrada por la herejía desde adentro. La herejía era el mayor peligro, porque en estas primeras etapas el cristianismo aún no tenía un credo o una doctrina establecidos y el peligro de que la comunidad se fragmentara y disipara era real.

El autor desconocido de “El pastor de Hermas”, el primer libro cristiano de cuidado pastoral, añadió a la imagen de los dos caminos el de las dos ciudades, una la comunidad de los que sirven al Señor, la otra la comunidad de los que sirven a Satanás. . Correspondientes a los dos caminos, los dos reinos, las dos ciudades, son dos ángeles que luchan entre sí en el corazón humano. Papías combinó la antigua historia de los ángeles Vigilantes con otra tradición apocalíptica judía que sostenía que Dios había designado ángeles para gobernar la tierra y sus naciones. Cada nación tenía su ángel regente, pero estos ángeles habían abusado de su poder y caído bajo el dominio del malvado príncipe de este mundo, circunstancia que explica las guerras y persecuciones de las naciones. Hasta el momento, el pensamiento cristiano seguía siendo en gran medida figurativo y mítico y estaba profundamente influido por la especulación apocalíptica.

5 *Satanás y la herejía*

A mediados del siglo II, el cristianismo experimentó un cambio significativo. El pensamiento mítico e intuitivo que había prevalecido entre los padres apostólicos comenzó a ser acompañado por la teología, reflexión lógica y analítica sobre la revelación. Los nuevos escritores, conocidos como “apologetes”, reconocieron que el cristianismo, que tenía que competir intelectualmente tanto con el pensamiento rabínico como con la filosofía griega, necesitaba una base intelectualmente coherente. Esto significaba que las fronteras entre la ortodoxia y la herejía (y entre el bien y el mal) debían trazarse con mayor claridad. La disensión dentro de la comunidad cristiana era un problema creciente. Surgieron diferencias radicales de opinión sobre una serie de cuestiones. Cuando se resolvía cada problema, el lado ganador se consideraba ortodoxo y los perdedores herejes.

La oposición más significativa al consenso emergente de los padres fue el gnosticismo. Los eruditos modernos usan el término "gnóstico" en una variedad de sentidos. La “gnosis” generalmente se define como una actitud general que aparece en el pensamiento hebreo tardío y en el cristianismo y que se deriva del mazdeísmo, el platonismo y el mitraísmo. Esta actitud general encontró gradualmente expresión en un movimiento, primero entre los judíos y los cristianos judíos y más tarde entre los cristianos griegos. Este movimiento, en contraste con la actitud general llamada Gnosis, se conoce generalmente como Gnosticismo. El pensamiento gnóstico entre los primeros cristianos judíos no estaba muy alejado del dualismo ético de los primeros padres. Luego, después de alrededor del año 150 dC , el gnosticismo se volvió más mitificado, más helenizado y más radicalmente dualista. Algunos escritores cristianos ya habían percibido el gnosticismo como una amenaza a la unidad cristiana; ahora los padres comenzaron a pensar en el gnosticismo como una herejía peligrosa, obra del Maligno.

El conflicto entre los gnósticos y los padres ayudó a definir los límites de la tradición cristiana. Como cualquier movimiento, el cristianismo se vio amenazado por dos dificultades opuestas. Si sus límites se definían con demasiada estrechez, corría el riesgo de volverse demasiado rígido, demasiado exclusivo, tan pequeño y poco atractivo que cortejaba la destrucción. Pero si definía sus límites con demasiada amplitud, de modo que cualquiera pudiera llamarse cristiano aunque creyera en algo, podría enfrentar divisiones y subdivisiones interminables o, de lo contrario, eventualmente evaporarse en tópicos sin sentido. Instintivamente, la

comunidad buscó un camino intermedio, abriéndose a todas las naciones y clases, pero al mismo tiempo excluyendo a aquellos cuyas opiniones eran demasiado diferentes para reconciliarse o acomodarse dentro del creciente consenso. Gradualmente, el consenso excluyó el gnosticismo.

La tendencia ortodoxa a trazar fronteras actuó en contra de los gnósticos, pero las debilidades inherentes al gnosticismo mismo fueron la razón esencial de su exclusión. Las mitologías del Gnosticismo se volvieron sobrecargadas, complicadas, increíbles; su atractivo era elitista, su organización incoherente; se dividió en una amplia variedad de sectas con una fantástica diversidad de mitos y teologías. Aunque su influencia continuó reapareciendo esporádicamente durante siglos, el gnosticismo se había convertido en un callejón sin salida intelectual en el siglo IV.

No obstante, los temas centrales del gnosticismo produjeron puntos de vista sobre el mal que son importantes tanto en sí mismos como en las respuestas que evocaron de los ortodoxos. El atractivo del gnosticismo radica en su defensa de la teodicea dualista radical: Dios no es responsable del mal porque el mal surge de un principio malévolo independiente de Dios. Los gnósticos argumentaron que cada individuo experimenta un mundo extraño, aterrador, lleno de muerte, enfermedades, guerras y enemigos. Este mundo está tan plagado de maldad que debe ser solo una sombra de algo mejor y más allá. Los gnósticos fusionaron la visión mazdeísta de una batalla cósmica entre espíritus con la visión órfica de una lucha entre la bondad del espíritu y la maldad de la materia. El cuerpo humano, carne material, es una miserable prisión construida por Satanás para encarcelar el alma. El buen Dios nunca habría creado un mundo tan burdo, por lo que debe ser el artefacto de uno o más espíritus ciegos e inferiores. Los gnósticos llamaron a estos espíritus malignos arcontes o eones, recordando la doctrina apostólica del arconte malvado de este mundo, pero con la gran diferencia de que los apostólicos ni siquiera insinuaron que el cosmos pudiera haber sido creado por algún espíritu inferior a Dios.

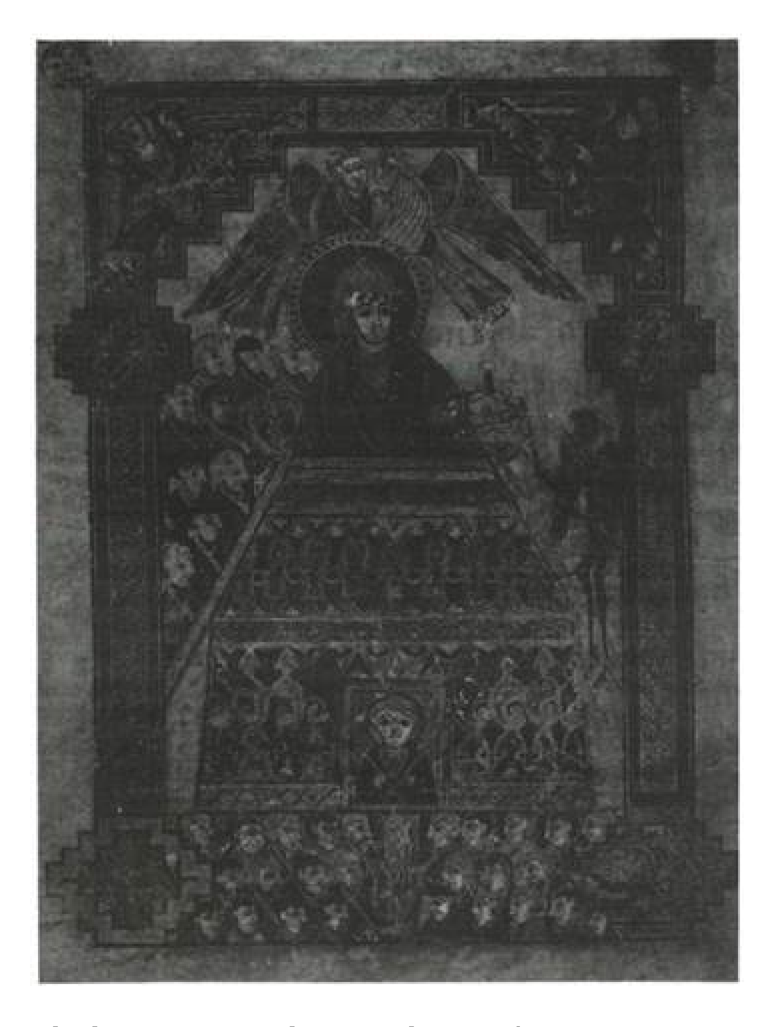
Tanto el cristianismo ortodoxo como el gnosticismo absorbieron algunos elementos del dualismo, pero el gnosticismo estaba mucho más cerca del extremo dualista del espectro que el cristianismo. Para los cristianos, el Diablo tenía grandes poder para obstruir la obra de Cristo, pero Dios siempre lo limitó y lo mantuvo bajo control. La providencia de Dios convirtió todo mal en bien, porque el cosmos que creó es esencialmente bueno. Los gnósticos también creían en la victoria final del bien sobre el mal, pero su creencia de que el cosmos creado es esencialmente malo le dio al Diablo mucho más alcance y poder.

Los gnósticos discrepaban entre ellos en cuanto a la naturaleza del malvado creador del cosmos. El más extremo afirmaba que existían dos principios espirituales independientes; la más moderada que el creador de este mundo era un poder subsidiario, una criatura a la que Dios había creado buena pero que había caído en el mal. Este espíritu ignorante, ciego

y corrupto fue identificado con el Diablo. Como el Antiguo Testamento atribuía la creación del universo material a Dios, y como el creador del cosmos era en realidad Satanás, se deducía que el ser que el Antiguo Testamento llamaba Dios era en realidad Satanás. En consecuencia, los gnósticos rechazaron el Antiguo Testamento (o la mayor parte) y condenaron a los judíos —ya los cristianos que creían en el Antiguo Testamento— por adorar al Diablo.

La visión gnóstica de la condición humana era oscura: un ser humano es un espíritu atrapado en un cuerpo denso como una perla enterrada en el barro. La humanidad es el microcosmos: tanto el pequeño mundo de la humanidad como el gran mundo del cosmos son campos de batalla en la guerra entre el buen espíritu de la luz y el mal espíritu de la materia. Originalmente, los seres humanos fueron creados por Dios como espíritu puro, pero el Maligno nos atrapó en la materia. Es nuestro deber liberar nuestro espíritu de esta prisión de la carne. No tenemos manera de hacer esto por nosotros mismos, pero Dios nos capacita para hacerlo al enviarnos un salvador, Cristo, para enseñarnos nuestro verdadero ser, origen y destino. Dios rescata las chispas de luz aprisionadas en la carne enseñándonos a vencer las fuerzas que nos empujan hacia la sensualidad y el pecado. Satanás lucha constantemente en cada individuo con el propósito opuesto, tentándonos a buscar placeres materiales groseros en lugar de nuestra verdadera herencia espiritual.

Uno de los principales gnósticos del siglo II, Marción, presentó una teodicea gnóstica típica. Marción percibió un contraste impactante entre el Dios duro del Antiguo Testamento y el Dios amoroso del Nuevo. No podían, pensó, ser una y la misma deidad. El Dios que tentó a las personas a pecar y luego las castigó por lo que las tentó a hacer, el Dios que endureció los corazones y devastó las tierras, no podía ser el Señor misericordioso revelado por Cristo. Profundamente perturbado por esta discrepancia, Marción preguntó cómo Dios puede ser todo bueno y todopoderoso en un mundo en el que el mal es manifiesto. Su respuesta fue que Dios es todo bueno pero no todopoderoso. El buen Dios del Evangelio es limitado en su poder por la existencia y las actividades del Dios de la Ley, que es el Príncipe de las Tinieblas.



Satanás, a la izquierda de Cristo, trata de persuadir a Jesús para que se arroje desde el pináculo del Templo, mientras los ángeles revolotean por encima y una multitud observa. Iluminación, Libro de Kells, c. AD 790. Junta de cortesía del Trinity College, Dublín.

El Dios de la Ley es justo, pero también es duro y belicoso, cortando con frialdad la letra de una ley severa. Este es el Dios del Antiguo Testamento, el creador del mundo material corrupto, el "autor de males". Por otro lado, el buen Dios es bondadoso y cálidamente misericordioso. Antes de la misión de Cristo, este Dios nos era totalmente desconocido e incluso ahora permanece oculto a nuestro entendimiento. La maravilla de Cristo es que por primera vez nos dio un vistazo de este Dios verdadero y escondido. El Dios verdadero es el padre de Jesús, a quien nos envió con el propósito de revelarnos la verdad oculta sobre el cosmos frente a las mentiras difundidas por el Maligno. Aunque cada uno de los dos dioses es un principio independiente, el dios maligno es (por razones inexplicables) más débil y eventualmente perecerá. Sus días han sido contados por Cristo, y al final será vencido por el buen Dios y desaparecerá junto con el mundo material que ha creado. Sólo quedará el espíritu, y con él el amor y la misericordia.

Mientras tanto, el mundo material y el cuerpo humano en particular aprisionan, contaminan y corrompen nuestro espíritu. El Dios verdadero

evita y desprecia la materia, por lo que es inconcebible que su Hijo haya tomado esta carne grosera. El cuerpo de Cristo fue una ilusión, una mera apariencia que adoptó para poder comunicarse con nosotros de una manera que pudiéramos entender. Como Cristo no tenía cuerpo, no murió en la cruz y no nos redimió con su Pasión. Más bien, su misión fue revelar la gnosis, el conocimiento salvador que nos enseña a liberar nuestros espíritus de nuestros cuerpos.

No está claro si Marción consideraba a Satanás como el propio dios maligno o simplemente como una criatura del dios maligno, una posición que asumieron algunos otros gnósticos. Aquí yace uno de los numerosos embrollos de la mitología gnóstica, pues si el Diablo tiene un superior en el mal, entonces ese superior debe ser el verdadero Diablo. La única definición útil del Diablo es "jefe de las fuerzas del mal". El dios creador del mal de Marción, como quiera que Marción decidiera llamarlo, es el verdadero Diablo.

Las complicaciones innecesarias del gnosticismo se multiplicaron con Valentine, un gnóstico egipcio del siglo II. Valentine y su discípulo Ptolomeo construyeron una mitología desordenada en la que Dios, el "ser primordial", emana ocho "eones superiores" que a su vez emanan veintidós eones inferiores, todos los eones juntos forman el "pleroma", la plenitud de la naturaleza divina. . Así, los valentinianos explicaron el mal postulando no dos principios separados, sino más bien una degradación gradual del uno. principio a través de la serie de emanaciones. Aunque cada una de las treinta emanaciones del pleroma es parte de lo divino, cada una de las sucesivas está más alejada de su fuente y por lo tanto menos perfecta. Tal imperfección produce ignorancia, error y miedo. La más baja de las treinta emanaciones, Sophia, es la más deficiente porque está más alejada del Ser perfecto, y el vacío de su deficiencia engendra orgullo (hubris). El pleroma rechaza su orgullo, arrojándolo al vacío, donde se convierte en un ser llamado Achamoth, que vaga miserablemente en el vacío. El mal tiene así dos fuentes: un mal metafísico construido en la degradación de las emanaciones, y un mal moral resultante de la elección pecaminosa hecha por la emanación más baja.

Achamoth ahora produce al Dios del Antiguo Testamento, quien crea el cosmos a partir del alma, la mente y la materia. Los seres humanos somos una mezcla de estos elementos. Existen tres clases de personas, cada una dominada por uno de los tres elementos: los dominados por la carne e incapaces de ser salvos; aquellos dominados por la mente, que sólo pueden salvarse con dificultad; y aquellos en quienes el alma domina y que alcanzan la salvación respondiendo al verdadero conocimiento (gnosis) que les dio Cristo.

Debido a que el Dios creador no es el Dios verdadero en absoluto, sino un ser subsidiario y corrupto, en la visión valentiniana la rebelión de Adán y Eva adquiere un significado moral inverso. La rebelión contra el Creador era una virtud, y la serpiente era un benefactor enseñando a la humanidad

un cierto grado de gnosis: los principios del bien y del mal que el malvado creador había estado tratando de mantener ocultos. La obra de la serpiente, por tanto, fue ampliada y cumplida más tarde por Cristo. En la mayoría de las mitologías gnósticas, sin embargo, la serpiente del Edén permaneció negativa y fue identificada con el Diablo. Los valentinianos y otros gnósticos introdujeron todas estas complejidades para preservar la bondad de Dios protegiéndolo de este mundo denso mediante una espesa nube de emanaciones. Pero el emanacionismo no logra eximir a Dios de la responsabilidad por el mal, porque la elección de Dios de emanar y disiparse implica la elección de permitir la ignorancia y el mal que inevitablemente resultan de las emanaciones.

Antes de que finalmente se estableciera el canon del Nuevo Testamento en el siglo IV, una cantidad de libros que pretendían ser inspirados disfrutaron de una amplia circulación. Los que finalmente fueron excluidos del canon se conocen como los apócrifos cristianos. Muchos de estos libros eran gnósticos; otros ocuparon la amplia frontera entre la ortodoxia y la herejía. Muchas leyendas y tradiciones populares del cristianismo tienen su origen en libros apócrifos como La Ascensión de Isaías y Los Hechos de Pedro. La Ascensión de Isaías , por ejemplo, cuenta una historia, popular desde hace siglos, en el cual el rey israelita Manasés abandonó a Dios y adoró a Beliar, el príncipe de la iniquidad que gobierna este mundo. Beliar insta a Manasés a la brujería, la magia, la adivinación, el adulterio y la persecución de los justos, así como al pecado fundamental de abandonar al verdadero Dios. Beliar está furioso con el profeta Isaías por haberle anunciado la venida del Mesías, pero el diablo no puede impedir el triunfo del Señor, que "vendrá con sus ángeles. . . y arrastrará a Beliar con sus huestes a Gehena."

Contra los libros heréticos y las ideas heréticas, la comunidad cristiana construyó gradualmente una defensa intelectual, trazando fronteras cada vez más claras más allá de las cuales las ideas ya no podían considerarse cristianas. Justin Martyr (c. 100-165), uno de los primeros teólogos cristianos, fue el primero en discutir el problema del mal en términos racionales y teológicos. Para Justino, Cristo y la comunidad cristiana estaban en guerra con los ángeles malos dirigidos por Satanás. Los ángeles viven en el cielo o en el aire. La ubicación "geográfica" o cosmográfica de los ángeles era una parte importante de la visión del mundo de los padres, una visión que compartían con otros filósofos helenísticos.

En primer lugar, la suya era una cosmología verdadera y completa, que abarcaba en un sistema unificado un cosmos físico, moral y espiritual. En segundo lugar, era tanto física como espiritualmente jerárquico. En el centro del cosmos está la tierra material y pesada, la más alejada de Dios (y algunas veces, aunque no en este período, se cree que encierra el infierno). Cuando miramos hacia arriba desde la tierra, miramos hacia el cielo, que es tanto física como espiritualmente el más elevado y el más alejado de la tierra. Entre la tierra y el cielo hay una serie de esferas (ver Figura 1). Justo encima de la tierra está el aire. Aquí habitan los ángeles más materiales, a

quienes la mayoría de los padres identificaron con los ángeles caídos. Sobre el aire está la esfera de la luna. Más allá de la esfera de la luna, el espacio es penetrado por un medio más fino, el éter. Aquí habitan los ángeles buenos, más finos, más altos, más etéreos. Más allá de la esfera de la luna están las esferas de los planetas: Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, y más allá de los planetas, la esfera de las estrellas fijas. Cada esfera es más alta, más cercana a Dios, menos material, más espiritual, buena y hermosa. La gloria de las estrellas fijas refleja la del cielo. Más allá de las estrellas está el primum mobile, la esfera que mueve todo el universo, y más allá de esa esfera final, más allá de todo, está la inimaginable pureza, belleza y luz del cielo de Dios. En tal mundo, la fuerza del mal nos pesa, como la gravedad, hacia el centro pesado y lejos de esa ligereza y luz que se abre a la gloria celestial.

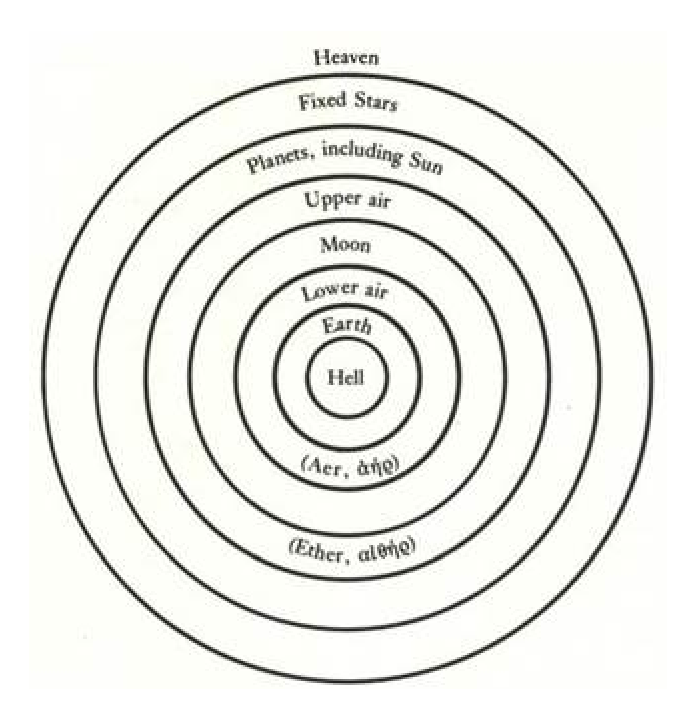


Figura 1 . Concepciones cosmológicas de los primeros padres.

Justin organizó los poderes espirituales del mal en tres categorías. Primero fue el Diablo, un ángel de gran poder creado por Dios. Cayó de la gracia al pecar, ya sea en la creación del cosmos o en el momento en que decidió corromper a Adán y Eva. Tomando la identificación de Satanás con una serpiente o un dragón en el Libro de Apocalipsis para referirse a la serpiente del Génesis en lugar de a los monstruos Leviatán y Rahab, Justino estableció la conexión entre el Diablo y la serpiente del Edén para siempre. La segunda categoría consistió en los otros ángeles caídos, que no pecaron hasta el tiempo de Noé, cuando engendraron hijos con mujeres humanas con lujuria. El tercero consistía en los demonios, los hijos de esta unión ilícita. La triple división de Justin entre el Diablo, los ángeles caídos y los

demonios fue posteriormente abandonada por la tradición, junto con toda la historia de los ángeles Vigilantes. Después del siglo V, los ángeles caídos y los demonios se unieron en una misma categoría. Satanás, un ángel caído en sí mismo, fue absorbido solo parcialmente en esa categoría, por su función intrínseca. lo mantuvo al margen. Fue él, no los ángeles menores que lo siguieron, el único responsable de introducir el mal en el cosmos.

Justin creía que Dios castigó a la humanidad por el pecado original de Adán y Eva al darle al Diablo un poder temporal sobre el cosmos. La función principal de Cristo es destruir el poder de Satanás sobre nosotros. Este punto de vista, adoptado por la mayoría de los padres, planteó un problema perenne para los cristianos. Supongamos que el pecado original nos sumergió en el poder de Satanás y que el sacrificio de Cristo nos salvó de ese poder. ¿Cómo es que no observamos el colapso de ese poder en el momento de la Encarnación o al menos inmediatamente después? Los primeros cristianos presumieron que Cristo vendría de nuevo pronto, pero a medida que se retrasaba la segunda venida, la pregunta se agudizó. Justin buscó a tientas una respuesta. El diablo tuvo pleno poder sobre el mundo desde la época de Adán hasta la época de Cristo. Cristo socavó la vejez, el reino de Satanás, a través de su Encarnación y Pasión, pero no completará su destrucción hasta la segunda venida. La nueva era, el reino de Dios, también comenzó a surgir con la Encarnación, pero no estaría completo hasta la segunda venida. Justin no sabía por qué Dios permitió que el proceso tomara tanto tiempo, pero sugirió que la destrucción final del reino de Satanás se pospone hasta que suficientes cristianos mueran en la fe para llenar las filas celestiales que dejaron vacantes los ángeles caídos.

También se pospone por la determinación de Satanás de preservar su propio poder tanto tiempo como sea posible. Desde el momento de la Pasión de Cristo, Satanás supo que su destino era seguro, pero continúa luchando con saña y en vano contra su destino socavando a la comunidad cristiana. Sus esfuerzos son incesantes, porque es incapaz de arrepentirse. Su castigo final es tan seguro como su derrota final. Él y sus ángeles ya han sido arrojados del cielo, pero en la actualidad todavía vagan por el mundo y lo harán hasta su caída final al final de los tiempos. Entonces serán consumidos por el fuego y perecerán para siempre. El punto de vista de Justino de que el castigo del diablo se reservaba hasta el fin de los tiempos fue seguido por algunos de los padres, pero finalmente prevaleció el punto de vista opuesto de que los ángeles malos fueron castigados desde el momento de su pecado. La doctrina prevaleciente dejaba una extraña contradicción, pues implicaba que el Diablo estaba al mismo tiempo siendo castigado en el infierno y vagando por el mundo buscando la ruina y destrucción de las almas. Esfuerzos posteriores para resolver la contradicción produjeron algunos pasajes coloridos en la literatura.

En el momento de la Encarnación, dijo Justin, el Diablo tentó a Cristo pero no logró corromperlo, por lo que la atención del Maligno ahora se centra en la comunidad cristiana. El Diablo juega con nuestras debilidades,

nuestras irracionalidad y nuestros apegos a los placeres y comodidades mundanos. Una de sus estratagemas favoritas es disuadir a los gentiles de aceptar la salvación persuadiéndolos de que los demonios son dioses. Los demonios moraban en los ídolos paganos y consumían los sacrificios ofrecidos en los templos. Los dioses paganos no eran ilusiones sino demonios reales, un hecho que explica el notorio comportamiento cruel, inconstante y adúltero de los dioses. El sacrificio a un ídolo no era tonto sino pecaminoso, un acto de adoración al Diablo, una blasfemia contra Cristo, un acto digno de condenación.

El Diablo estimula sueños y visiones para confundirnos y corrompernos. Los demonios promueven la magia, las falsas doctrinas, las leyes injustas y sobre todo la persecución. Aun así, los cristianos no deben emprender ninguna acción violenta para defenderse de los romanos, porque la violencia es una capitulación moral ante el Diablo. Satanás ama la guerra y la violencia, e incluso la violencia contra los perseguidores, incluso la guerra contra el reino de Satanás, es obra de Satanás. Justin demostró ser fiel a sus ideales al morir él mismo como mártir.

Hacia fines del siglo segundo, dos teólogos llevaron la preocupación por la moralidad, el pecado y la expiación al frente de las discusiones sobre el mal: Ireneo y Tertuliano. Ireneo (c. 140-202) rechazó firmemente la afirmación gnóstica de que el mundo era producto de un creador malvado. Más bien, el creador fue el Logos, la “Palabra” del buen Dios. Los ángeles son parte del cosmos que Dios ha creado; todo lo que Dios crea es bueno; por lo tanto, el Diablo fue creado bueno. El Diablo pecó por voluntad propia por envidia de Dios, queriendo ser adorado como su hacedor, y por envidia de la felicidad de la humanidad. Este escenario señala la dificultad cristiana primitiva con la cronología de la caída de Satanás. ¿Pecó por envidia de Dios y entró al Edén con el corazón ya corrompido, o pecó en el momento en que tentó a Adán y Eva? Ireneo desdibujó los dos, al igual que muchos de los otros primeros padres. La cuestión no se resolvió hasta la época de Juan Casiano (360-435), quien escribió que todos los cristianos ahora estaban de acuerdo en que Satanás había caído por el orgullo y la envidia de Dios y que cuando Adán fue creado, el Diablo simplemente extendió su anterior odio a Dios a odio a la humanidad también, agravando así su pecado.

Ireneo, siempre más interesado en la responsabilidad humana que en los demonios, se detuvo en la historia del Edén. Dios creó buenos a Adán y Eva y los colocó en el Paraíso para vivir felices en estrecha relación con él. Pero Satanás, envidioso de los favores de Dios para con ellos y conociendo su debilidad, entró en el Jardín. Usando la serpiente como su herramienta, los tentó a pecar, acercándose primero a Eva como la más débil de los dos (Gén. 3:1–6). Dios había creado a los primeros padres con completo libre albedrío; no estaban obligados a obedecerle; tampoco podían ser obligados a pecar. tenía el Si el diablo no existiera, todavía habrían tenido la libertad de elegir el mal. El diablo, por lo tanto, no es necesario para explicar los

orígenes del pecado humano. La humanidad es responsable de su propia situación. Ireneo fue más allá y dijo que si uno busca poner la responsabilidad en alguien que no sea la humanidad, Dios mismo debe cargar con parte de la culpa, porque Dios permitió que el Diablo tentara a Adán y Eva, y podría haber hecho a los primeros padres más fuertes contra la tentación.



En La tentación de Cristo , el artista revivió la tradición medieval temprana de retratar al diablo en forma semihumana en lugar de bestial. Meister de Schloss Lichtenstein, óleo sobre lienzo, siglo XV. Cortesía de Oesterreichische Galerie, Viena.

La libre elección de Adán y Eva de pecar borró la libertad de la humanidad y la entregó a la esclavitud de Satanás ya la muerte. Ya que nos entregamos libremente al poder de Satanás, Dios justa y correctamente permite que el Príncipe de las Tinieblas nos sostenga hasta que seamos redimidos. En estricta justicia, Dios podría habernos dejado en las garras de Satanás para siempre, pero en su misericordia envió a su Hijo para salvarnos. Fue el sufrimiento de Cristo, su Pasión, lo que rompió nuestras cadenas. La Pasión comenzó con la tentación de Satanás de Cristo, el segundo Adán, en el desierto. Esta tentación fue una recapitulación de la del primer Adán, excepto que esta vez el Diablo falló. La Pasión culminó en el juicio, condenación y crucifixión de Jesús.

La tradición cristiana ha interpretado la obra salvífica de la Pasión de cuatro maneras diferentes. Según la primera interpretación, la naturaleza humana es santificada, dignificada, transformada y salvada por el hecho mismo de que Cristo se hizo hombre. Según la segunda, la “teoría del sacrificio”, Jesús, tanto hombre como Dios, se ofreció a sí mismo como sacrificio a su Padre en nombre de la humanidad. La tercera interpretación, propuesta más adelante, fue que la Pasión fue un puro acto de amor, la elección de Dios de compartir el sufrimiento humano y tomar sobre sí todo el dolor del mundo. La cuarta interpretación, “teoría del rescate”, enfatiza el papel del Diablo. Su primer defensor fuerte fue Ireneo. De acuerdo con la teoría del rescate, Satanás legal y justamente nos retuvo en sus garras. Para liberarnos, Dios necesitaba pagarle un rescate. Solo Dios podía pagar el precio, porque solo Dios podía elegir libremente pagarlo. Bajo el poder del Diablo, los humanos no tenían ni la libertad de elegir ni los medios para pagar. Así Dios entregó a Jesús al Maligno para obtener la liberación de la humanidad prisionera. El Diablo aceptó ansiosamente el rescate, pero cuando lo hizo sobrepasó los límites de la justicia, porque Jesús, al estar sin pecado, no podía ser retenido con justicia. Al quebrantar las reglas de la justicia, el Diablo perdió sus derechos y ya no pudo retener ni a Jesús ni a la raza humana.

En última instancia, la teoría del rescate tuvo sus raíces en el énfasis apostólico sobre la batalla cósmica entre Dios y Satanás. Mientras que la teoría del sacrificio pone el énfasis en la relación de la humanidad con Dios, la teoría del rescate saca a la humanidad del centro del escenario y establece la guerra entre los dos grandes poderes sobrenaturales en su lugar. Algunos padres preferían la teoría del sacrificio; otros siguieron a Ireneo al preferir el rescate. Su elección dependía de si enfatizaban la teodicea o la expiación al tratar el problema del mal.

La teodicea racional es un esfuerzo filosófico por reconciliar la existencia de Dios con la del mal. La teología de la expiación, por otro lado, enfatizando la destrucción del mal por parte de Dios a través del triunfo de Cristo, dependía de la fe y sólo podía convencer a los creyentes. Los padres a menudo combinaron los enfoques, pero esencialmente no encajan. La teodicea es de tendencia monista y explica el mal como una parte necesaria del plan cósmico general de Dios; la expiación tiende al dualismo, reconociendo la existencia de un mal irreconciliable tan radical que Dios mismo debe morir para sacar su aguijón. La teodicea enfatizaba la soberanía de Dios, la expiación, la lucha de Dios contra el mal. La tensión entre teodicea y expiación se refleja en la tensión entre sacrificio y rescate. Aquellos padres más inclinados a la teodicea tendieron hacia la teoría del sacrificio porque enfatiza la bondad básica del cosmos de Dios. El cosmos ha sido distorsionado por el pecado, pero puede enderezarse mediante la reconciliación entre Dios y la raza humana. Desde este punto de vista, el mal es menos radical, menos una fuerza última en oposición a Dios, por lo que el Diablo juega un papel menor en este esquema. Por otro lado,

aquellos padres inclinados a la expiación tendieron a la teoría del rescate y vieron el poder de Dios enfrentado al poder de Satanás en una batalla cósmica tan terrible que Dios triunfó solo a costa de ofrecer a su único Hijo al Príncipe de las Tinieblas.

Ireneo observó que incluso después de la Encarnación, el Diablo todavía se esfuerza vigorosamente por frustrar la salvación fomentando el paganismo, la idolatría, la hechicería, la blasfemia, la apostasía y la herejía. Los herejes y otros incrédulos son soldados del ejército de Satanás en su guerra contra Cristo. Esta doctrina tuvo un efecto nefasto, porque sugirió que los cristianos no solo tienen el derecho sino también el deber de luchar contra los incrédulos, y sentó las bases para futuras guerras santas y persecuciones. Los ejércitos de Satanás continúan su guerra vana contra la comunidad cristiana, y cuando se acerque el tiempo del fin realizarán un último ataque coordinado dirigido por el Anticristo, un apóstata, asesino y ladrón que tendrá “todo el poder del diablo” detrás de él. Los pecadores y los incrédulos se unirán al estandarte del Anticristo, pero será derrotado y el mundo llegará a su fin. El Anticristo es un ser humano, no un ángel caído, pero su función en el fin del mundo es la misma que la de Satanás: ambos representan el último y desesperado esfuerzo de los poderes del mal para bloquear el plan salvífico de Dios.

La diabología de Tertuliano fue tan influyente como la de Ireneo. Nacido alrededor de 170 en una rica familia literaria, Tertuliano se convirtió al cristianismo a los veinte años, se unió a la secta ascética montanista y murió alrededor de 220. Tertuliano, el primer gran teólogo latino, ayudó a establecer el vocabulario teológico latino. La vieja corriente del dualismo ético judío era fuerte en su pensamiento, e insistía en que una vida moral disciplinada era parte de la campaña contra el Diablo, mientras que una vida inmoral y mundana era un servicio a Satanás. Este énfasis en la moralidad llevó a Tertuliano a argumentar que el mal no es obra de Dios o de un principio maligno, sino del pecado y solo del pecado. Su refutación del dualismo gnóstico fue directa y convincente. Un principio del mal separado de Dios es imposible, pues su existencia equivaldría a la de dos dioses. Dios es por definición un ser todopoderoso. Dos dioses todopoderosos no pueden existir. El principio de que la explicación más simple que se ajusta a los hechos es la mejor también excluye el dualismo, porque uno nunca debe asumir dos entidades cuando una es suficiente. Además, si el cosmos estuviera en estricto equilibrio entre dos fuerzas iguales y opuestas, no observaríamos cambios, pero observamos que se producen cambios. Por otra parte, si existiera el más mínimo desequilibrio entre las dos fuerzas, no serían iguales; uno tendría superioridad, por leve que fuera. Pero cualquier superioridad en una lucha entre dos principios cósmicos traería la victoria inmediata a uno, porque si en la eternidad una balanza se inclina hacia un lado, se inclina para siempre. La victoria de una fuerza sobre la otra sería eterna, y no observaríamos lucha entre el bien y el mal en el mundo. Las dos fuerzas opuestas no podían crecer ni menguar con el tiempo, porque el

tiempo no existe en la eternidad. En este mundo material, donde el tiempo sí existe, cualquier principio que fuera victorioso en la eternidad no le permitiría al otro principio ni siquiera un momento realizar sus esquemas. Finalmente, si existe el Ser absoluto, debe ser uno; la alternativa al Ser no es otro ser, sino sólo el no ser. El dualismo es una respuesta lógicamente imposible al problema del mal.

Habiendo derribado la casa de los dualistas, Tertuliano se vio obligado a defender la suya propia. Si el mal no viene ni de Dios ni de un principio independiente, ¿de dónde viene? De dos fuentes, respondió Tertuliano, el pecado de los ángeles y el pecado de los humanos. Dios concede la libertad tanto a los ángeles como a los humanos, porque la libertad es el mayor bien. Pero usamos esta libertad para provocar el mal. La esencia del pecado es la preocupación por los bienes limitados de este mundo en lugar del bien infinito de Dios. El mundo en sí mismo es bueno, pero inherente a él está el peligro de la mundanalidad, la tendencia a preferir sus placeres limitados a la alegría infinita. “El mundo viene de Dios, pero la mundanalidad viene del diablo.” La creación es buena, pero nuestro apego a los bienes mundanos es pecaminoso.

La existencia del mal en el mundo es tan obvia, dijo Tertuliano, que la gente puede captar la existencia del Diablo por experiencia directa. La mente intuye la existencia del Diablo a partir de su experiencia del mal, así como intuye directamente la existencia de Dios en virtud de su experiencia de la belleza y la bondad. “Aprendemos y comprendemos al Señor y a su rival, el Creador y el Destructor, al mismo tiempo”.

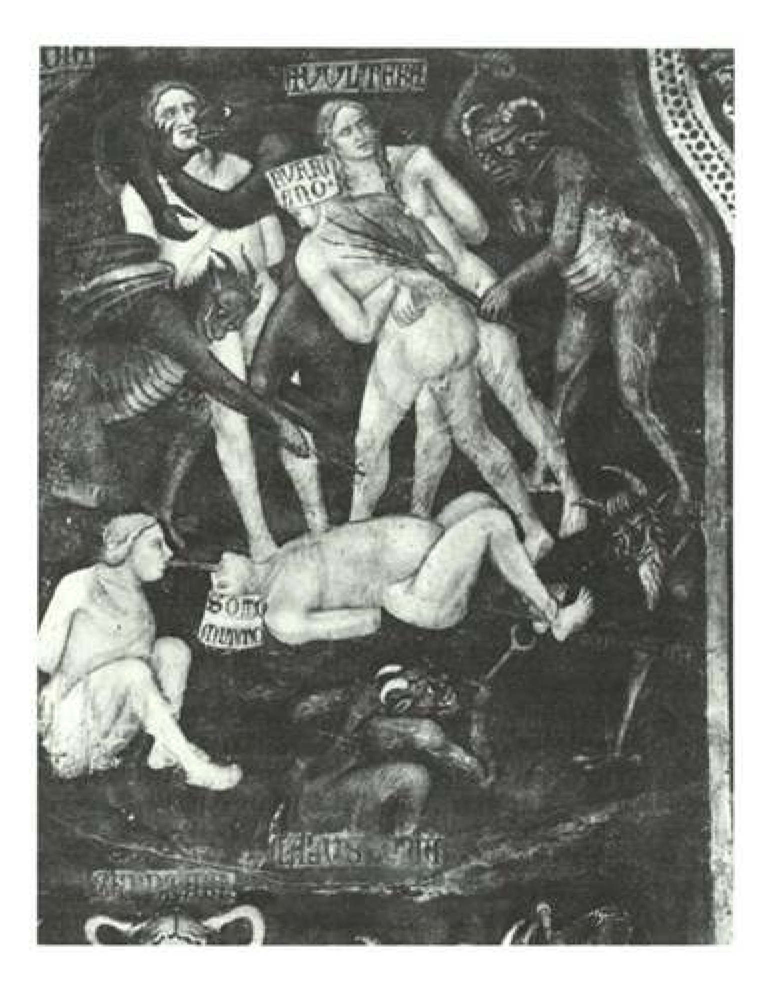
Tertuliano ayudó a formar la visión cristiana de que la razón por la que Dios les dio a los ángeles y a los humanos libertad para pecar fue que un mundo sin libre albedrío sería un mundo de meros títeres. Dios creó el mundo para extender o expandir la suma total de la bondad, y la bondad solo podía aumentarse haciendo que las criaturas fueran libres para elegir libremente el bien. Dios no podría prever así el bien sin permitir también el mal, ya que el verdadero libre albedrío implica la posibilidad real de elegir el mal.

Antes de su caída, Satanás había sido el ángel principal. La opinión de Tertuliano sobre este tema fue generalmente aceptada, pero no universalmente, ya que algunos padres argumentaron (ilógicamente) que solo los ángeles inferiores estaban sujetos al pecado. Tertuliano difería de la mayoría de los padres al considerar a los ángeles inferiores a los humanos sobre la base de que la Biblia especifica que los humanos, no los ángeles, están hechos a la imagen de Dios; la mayoría de los padres consideraban a los ángeles ontológicamente superiores a los humanos. Tertuliano creía que los ángeles tenían cuerpos, aunque de una sustancia tan maravillosamente tenue y refinada que era imperceptible para nuestros sentidos. Sin embargo, tenían el poder de asumir cualquier forma que eligieran y cambiar sus formas a voluntad. La capacidad de Satanás para transformarse en un

aparente ángel de luz explica su capacidad de persuasión para llevar a la gente a la idolatría y la herejía.

La esencia del mal de la idolatría y la herejía es que son mentiras. Todo lo que Dios crea bueno, el Diablo busca pervertirlo, distorsionando así la hermosa creación de Dios. Así como la mentira es el peor de los pecados, así el Diablo es la encarnación de la Mentira misma, el mono burlón de Dios. La mentira se cuela en la vida cotidiana todos los días y en todas partes, advirtió Tertuliano. Satanás gobierna la astrología, la magia, las carreras de caballos, los baños, las tabernas y los teatros. El teatro es el lugar especial de congregación de Satanás. "Quien entra en comunión con el diablo yendo a espectáculos, se separa del Señor". Los espectáculos son idólatras; provocan pasiones que desbordan nuestra razón; lo peor de todo es que son mentiras vacías, porque un actor finge ser algo que no es. Lo mismo se aplica al maquillaje de las mujeres: es una mentira que una mujer se maquille para verse diferente de lo que es, una blasfemia para tratar de mejorar la obra de Dios.

Satanás, creía Tertuliano, usa una combinación letal de mentiras y miedo para incitarnos a tales pecados, así como a la ira, la lujuria, la avaricia y todos los demás. vicios Él es también la causa, con el permiso de Dios, de los males naturales como la enfermedad, la sequía, el hambre, los malos sueños y la muerte misma. Algunos de estos desastres son enviados por Satanás bajo el mandato de Dios para castigarnos por nuestros pecados. Así, Dios le permite a Satanás dos funciones: le permite tentarnos y luego lo usa como una herramienta para castigarnos. Satanás tiene sus propios motivos para hacernos daño, pero no parece comprender que cada uno de sus actos se convierte en bien por la Providencia.



Los demonios atormentan a los pecadores según sus vicios, aquí el adulterio y la lujuria. Fresco de Taddeo di Bartolo (1362–1422) en San Gimignano, Italia. Cortesía de Soprintendenza alle Gallerie e Opere d'Arte, Siena.

Contra los constantes ataques del Maligno el cristiano tiene una sola protección: Jesucristo. Así como Dios había arrojado al Diablo del cielo en el momento de su primera rebelión, la Pasión de Cristo envía a Satanás por segunda vez. Un tercer castigo final le espera al final de los tiempos.

Los cristianos pueden usar el nombre de Cristo y la señal de la cruz para ahuyentar a los demonios, pero es el bautismo el que nos asegura la protección de Cristo, enfatizó Tertuliano, porque el bautismo nos hace miembros del cuerpo de Cristo. “Si el Hijo de Dios se ha aparecido. . . para destruir las obras si el Diablo las ha destruido entregando el alma por el bautismo.” El bautismo recapitula el milagro de Dios para Moisés en la división del Mar Rojo. Los creyentes pasan por las peligrosas aguas de este mundo por medio de la gracia del bautismo mientras el Diablo se ahoga como Faraón en el diluvio. “Cuando hemos entrado en el agua” del bautismo, “confesamos nuestra fe según las palabras de la ley divina, y declaramos que hemos renunciado al diablo, a sus pompas y a sus ángeles”. Una “pompa” era originalmente una procesión pagana en honor a una deidad. “Esto es lo que son las pompas del Diablo”, explicó Tertuliano:

“dignidades mundanas, honores, solemnidades y, en el fondo de todas ellas, la idolatría. Los espectáculos, los lujos y todas las vanidades de este mundo tienen su raíz en la idolatría, la veneración de las obras de Satanás en lugar de las obras del Señor”. Si la principal preocupación de uno es la riqueza o algún otro valor mundano, uno es un idólatra, adorando una cosa mundana en lugar del Señor.

Tertuliano ayudó a estandarizar los procedimientos bautismales. Hasta aproximadamente el año 200, el bautismo solía ir precedido de un rito separado de exorcismo, pero a partir de esa época, el exorcismo y la renuncia formal a Satanás se incorporaron al rito bautismal. La confrontación del cristiano con el Diablo en el bautismo tenía tres elementos: (1) la expulsión de los demonios del candidato por medio del exorcismo; (2) la renuncia voluntaria del candidato al Diablo; (3) medidas contra 2 futuros ataques demoníacos al nuevo cristiano. El exorcismo en sí tenía dos dimensiones: el exorcismo del agua y el aceite usados en el bautismo, y el exorcismo del propio candidato. El exorcismo del candidato se convirtió en práctica estándar. aunque conllevaba la dudosa implicación teológica de que el candidato no sólo estaba sujeto a Satanás a través del pecado original, sino que también estaba realmente poseído por él. La renuncia voluntaria a Satanás se convirtió en el núcleo del rito bautismal, simbolizando la transición del candidato del ejército de Satanás al de Cristo. La fórmula más antigua que se conoce es: “Renuncio a ti, Satanás, a tus ángeles ya tus vanidades [“pompas”]. En la mayoría de los ritos, la renuncia fue seguida por la recitación de una declaración de fe, haciendo clara y nítida la conversión de Satanás a Cristo.

Los padres alejandrinos Clemente y Orígenes construyeron una diabología cristiana sofisticada y detallada con la ayuda de ideas extraídas del estoicismo y el platonismo. Tan abiertos estaban al pensamiento platónico en particular que la diabología cristiana del siglo III no puede entenderse sin hacer referencia a la filosofía neoplatónica.

Para los neoplatónicos, cuyos puntos de vista pronto serían claramente formulados por Plotino (205-270), el principio del cosmos era el Uno. El Uno es perfecto y comprende todo lo que es. Sin embargo, percibimos multiplicidad en el universo. ¿Cómo es esto? El Uno, deseando un cosmos lleno de formas, emana el Ser. El ser, a su vez, emana nous , "mente", que contiene todas las ideas que son las formas, los patrones, sobre cuyo modelo se construirá el universo. Estas emanaciones son buenas porque el Uno las produjo y porque completan el mundo de formas que el Uno deseaba. En ningún sentido son malas estas emanaciones; sin embargo, por necesidad lógica, el nous es menos perfecto que el Ser que lo emana. El nous produce psyche , el alma del mundo, que es el nous pensante mismo (como la Trinidad cristiana en la que el Hijo es el pensamiento del Padre sobre sí mismo). La psique emana el universo físico al imprimir las ideas y formas sobre la materia prima. El mundo material es una emanación que en

última instancia procede del Uno y, por lo tanto, es bueno en última instancia.

Pero aquí el neoplatonismo se encontró en una contradicción, porque la materia también es mala. Sólo el Uno es infinitamente perfecto y bueno, y cada emanación sucesiva declina un grado más de ese bien. La última y menor emanación es la materia, que es la más alejada del Uno y la menos parecida al Uno. Como la materia está lo más alejada posible del bien, se puede decir que la materia carece de todo bien. Los objetos de los sentidos están al menos remotamente relacionados con el mundo superior porque al menos poseen formas, pero la materia sin forma es una deficiencia total, una privación total, un no-ser total, un no-bien total. La palabra para la falta total de bien es maldad. Y Plotino va más allá. No sólo la materia es mala porque está totalmente desprovista de bien; actúa positivamente para el mal en cuanto impide el designio del Uno y atrae al alma individual al error.

Así, la visión neoplatónica de la materia es como una de esas ilusiones ópticas que cambia de forma cuando la miras. Por un lado, Plotino es monista e insiste en que incluso la más baja emanación del Uno, por privada que esté de ser, aún retiene al menos un elemento infinitesimal de ser y bondad. Por otro lado, está cerca de ser un dualista al percibir en la materia algo opuesto al Uno y, por lo tanto, malo.

Un ser humano, como cualquier otro objeto, es una emanación de la psique. Pero hay dos elementos en cada individuo: el alma, que es espíritu y relativamente próxima a la psique, y el cuerpo, que es materia, alejada de la psique y tendiente al mal. El cuerpo actúa como un lastre sobre el alma, agobiándola y reteniéndola en su búsqueda de unión con el reino espiritual. Dos fuentes principales del mal existen, pues, en el mundo. Uno es la materia misma, cuyo mal radica en su falta de bien. La otra es la elección equivocada del alma humana, ignorante y corrompida por su unión con el cuerpo. La privación inherente a la materia explica los males naturales como los terremotos y las enfermedades; la ceguera humana explica males morales como el asesinato y la guerra.

La cosmología neoplatónica es jerárquica, con un espectro que se extiende de mayor a menor, con seres individuales en el universo que encajan en la escala en diferentes puntos. Este patrón de una gran cadena de ser dominó el pensamiento occidental a través de Clemente y Orígenes y Agustín y Tomás de Aquino hasta Charles Darwin. Sus supuestos jerárquicos penetraron todos los aspectos del pensamiento, desde la religión hasta la economía, pasando por el derecho y la política. Pero en la gran cadena descrita por Plotino acechaba una contradicción que obsesionó a la teología cristiana durante siglos. La contradicción surgió del esfuerzo por combinar dos escalas de valores incompatibles: la ontológica y la moral.

La primera escala es ontológica, basada en grados de ser o realidad. Aquí el Uno es más real y la materia menos real:

El Uno = Perfección = Más Ideal o Espiritual = Realidad Infinita

Siendo
Chirumen
Psique
El Universo Material
humanos
animales
Plantas
Objetos inanimados
Materia informe = No ser = Menos real = Privación infinita

Cuanto más elevado es un ser, más participa del espíritu y más cerca de la perfección está. Cuanto más bajo es un ser, más material es, más desprovisto de espíritu y más cercano al no-ser. Los seres más altos en la escala son más reales, los seres más bajos en la escala son menos reales. La materia, en el fondo, es tan irreal que se tambalea al borde de la nada total. En la escala ontológica, el mal es privación, falta de bien, y “existe” sólo en el sentido de carecer de verdadera existencia, como agujeros en un queso suizo. La escala procede hacia abajo desde una puntuación infinita en la parte superior hasta una puntuación de cero en la parte inferior.

La segunda escala no está calibrada por ontología sino por valor moral:

El Uno = Perfección = Bien Infinito
Siendo
Chirumen
Psique
El universo material
humanos
animales
Plantas
Objetos inanimados
Materia informe = Imperfección total = Maldad infinita

Aquí el valor asignado en la parte superior de la escala es el bien infinito en lugar de la realidad infinita. Cada escalón descendente es más malvado, hasta que el fondo de la escala es totalmente malvado. En esta escala es posible concebir un principio del mal, el absoluto negativo de la materia informe que resiste el poder formativo del bien. Las dos escalas, aunque similares, son lógicamente distintas, pero la distinción no estaba clara para los neoplatónicos. Para ellos, Ser = Bien y No ser = Mal.

Clemente de Alejandría (c. 150-210) intentó una explicación cristiana del mal incorporando ambas escalas. Dios existe absolutamente; su ser es total y perfecto, y es total y perfectamente bueno. Aunque completo en sí mismo, Dios desea compartir su bondad y extenderla a otros seres, por lo que crea el cosmos. Dado que solo Dios es perfecto, todo lo que crea debe ser necesariamente menos real y menos bueno que él mismo. El mundo creado

es real, pero no del todo real; es bueno, pero no del todo bueno. El cosmos es sólo una copia deficiente de la verdadera realidad.

No todo es igualmente deficiente. Una gran variedad de formas componen el cosmos, y las diferencias entre estas formas hacen inevitable que algunas sean más deficientes que otras. Debajo de Dios en la parte superior de la escala son los ángeles, a su vez divididos jerárquicamente entre sí, siendo los ángeles más grandes los más reales, los más buenos, los más cercanos a Dios. Debajo de los ángeles vienen los humanos, luego los animales, las plantas, las piedras, etc., hasta llegar a la materia primaria e informe, que es la menos real, la menos buena, la menos espiritual, la más privada de ser y, por lo tanto, la más mala. Esta es una forma de la teoría metafísica de que cualquier cosmos creado es necesariamente menos perfecto que su creador.

Esta teoría combinó las dos escalas incompatibles de realidad y bondad, confundiendo términos ontológicos y morales. Un hombre es ontológicamente superior a una vaca. Entonces, ¿qué es "mejor", una vaca sana y productiva o un sádico humano degenerado? Un genio es ontológicamente superior a un retrasado. Entonces, ¿qué es “mejor”, un retrasado amable o un genio cruel? Las preguntas parecen absurdas porque son absurdas: lo ontológico y lo moral no pueden encajar en la misma escala. La confusión toca directamente a la diabología. El Diablo, siendo uno de los ángeles, está ontológicamente muy alto en la escala, pero moralmente es el más bajo y degradado de todos los seres. Ontológicamente, la materia informe está más alejada de Dios; moralmente el Diablo está más lejos; sin embargo, cualquier identificación entre el Diablo y la materia informe es tanto tenue como ilógica.

Una confusión aún más básica se relaciona con la naturaleza del ser y el no ser. Al equiparar el mal con el no ser, Clemente parecía estar diciendo que el mal no existe. Pero estaba al tanto de la violación, el asesinato, la tortura y la guerra. Lo que quiso decir es que el mal no participa del ser de Dios, que es realidad absoluta y bien absoluto. Por lo tanto, no se puede decir que el mal sea . Es mera ausencia de bien, así como los agujeros en el queso son mera ausencia de queso. Sin embargo, al mismo tiempo el mal ejerce un poder real, así como el frío, que es mera ausencia de calor, puede matar.

El Diablo gobernó el mundo sin control hasta la Encarnación, cuando Cristo rompió los lazos que nos mantenían en esclavitud. Clemente integró el descenso de Cristo a los infiernos en el acto de expiación. La Pasión consistió en todo el curso de la agonía de Cristo desde el Huerto de Getsemaní hasta el momento de la resurrección. En el Nuevo Testamento aparecen indicios del descenso a los infiernos, pero su significado quedó mal definido. Para el segundo siglo, la creencia se había vuelto ampliamente aceptada como la explicación de lo que Cristo estaba haciendo entre su crucifixión el viernes por la tarde y su resurrección el domingo por la mañana. Al morir, Cristo quiso decir muerte para morir, y fue a buscar a sus enemigos, la Muerte y el Diablo, en el inframundo donde moraban.

El descenso a los infiernos se convirtió en vehículo de una teología que abrazaba tanto la justicia como la misericordia. Dado que Dios había retrasado la Encarnación durante siglos después del pecado original, millones de humanos podrían haber sido privados de la oportunidad de la salvación únicamente porque resulta que vivieron y murieron antes de la venida de Cristo. La idea de tal injusticia parecía escandalosa, y la comunidad cristiana buscó la forma de extender la salvación a los muertos. Si durante su descenso a la prisión de la muerte Cristo predicó a los que habían muerto previamente, entonces todos podrían sentir los efectos de la expiación.

El punto de discusión en la época de Clemente era la cuestión de a quién favorecía Cristo con esta predicación ya quién liberaba del infierno. Eran posibles tres respuestas generales: (1) predicó al pueblo del Antiguo Testamento, a los profetas, a los patriarcas ya todos los judíos que habían sido fieles al pacto; (2) predicó a todos los justos muertos, tanto judíos como gentiles; (3) predicó a todos los muertos sin excepción. La tradición nunca resolvió la cuestión, pero Clemente, con su comprensión cosmopolita de la cultura griega, optó por la salvación de todos los justos, tanto gentiles como judíos.

A medida que la leyenda comenzó a divergir de la teología, el Infierno y la Muerte a menudo se personificaban. El propio Tertuliano introdujo la vívida imagen de Cristo rompiendo los cerrojos y derribando las puertas del infierno. A principios del siglo III, el autor anónimo del libro visionario llamado “Las Enseñanzas de Silvanus” describió una historia elaborada: Cristo desciende al inframundo, pero el Infierno, temiendo la pérdida de sus prisioneros, le cierra el paso. Cristo rompe las barras de bronce y los cerrojos de hierro de la puerta del Infierno, y cuando el Infierno intenta atarlo con cadenas, el Salvador rompe sus ataduras. Al encontrar el Infierno y la Muerte alineados con el Diablo contra él, "rompe el arco del Infierno" para mostrar que los tres poderes malignos han sido vencidos para siempre. Para el siglo IV, el mito se expresaba con frecuencia en un diálogo dramático entre Cristo y los poderes de las tinieblas, y en el “Evangelio de Nicodemo” apócrifo del siglo VI, esa forma quedó firmemente establecida.

En “Nicodemo”, Satanás o Beelzebub le informa al Infierno que él ha instigado la crucifixión del Salvador, que Cristo ahora es prisionero de la Muerte y que los poderes malignos deben vigilar para asegurarse de que no escape. El infierno es escéptico de su capacidad para tener al Señor divino en sus manos, pero Satanás se burla de su cobardía. El infierno se queja de que si Cristo pudo liberar a Lázaro de la sombra de la Muerte, podría robarle todas sus preciosas presas. Satanás exige que el Infierno lo ayude a resistir a Jesús, pero el Infierno malhumorado le dice que detenga al Salvador si puede. El infierno atranca sus enormes puertas, pero en un momento demoledor de gloria triunfante, Cristo pronuncia una sola palabra y se desmoronan, dejando que la luz atraviese la antigua oscuridad. Cristo ordena a los ángeles que aten a Satanás y lo entrega al infierno para que lo

retenga hasta la segunda venida. El infierno, el antiguo aliado de Satanás, ahora se ha convertido en su guardián.

Clemente sospechó que con el tiempo incluso Satanás podría salvarse. el admite Sabía que el Maligno había persistido en su pecado desde el principio, pero una serie de consideraciones impulsaron a Clemente hacia el universalismo, la idea de que la plenitud de los tiempos traería la salvación a todos sin excepción. Primero, la naturaleza ilimitada de la misericordia de Dios parecía llamar a la salvación final de todos los seres libres e inteligentes. En segundo lugar, la indelebilidad del libre albedrío sugería que el Diablo podría retener la capacidad de arrepentirse en cualquier momento. Tercero, la teoría de Clemente de ser llamado para el cumplimiento último de la bondad potencial de parte de cada criatura. Cuarto, Cristo en su segunda venida desearía extender la buena nueva de su salvación a todos. Clemente dejó el desarrollo de esta tesis universalista a su compañero alejandrino Orígenes.

Orígenes (c. 185-254), el diabólogo más inventivo de toda la tradición cristiana, declaró que "nadie podrá conocer el origen de los males si no ha captado la verdad sobre el llamado Diablo y sus ángeles, y quién era [antes] de convertirse en el diablo, y cómo se convirtió en el diablo. El diablo es la fuente de todo mal, pero todas las cosas provienen de Dios. ¿Cómo se pueden reconciliar estas declaraciones? Dios creó el cosmos, decía Orígenes, para añadir a la suma total de bondad. Dado que la bondad moral requiere libertad de elección, Dios creó seres con verdadera libertad. Sin ellos, el mundo sería incapaz de hacer el bien y, por lo tanto, no tendría sentido. Tal libertad implica la capacidad de hacer el mal. Si cualquier ser libre se viera constantemente obligado a hacer el bien en lugar del mal, su libertad, el propósito de su existencia, sería negada. Las criaturas verdaderamente libres elegirán naturalmente el mal en algunas ocasiones. Luego el mal moral está implicado en la creación. El argumento de Orígenes fue la primera declaración explícita de lo que se conoce como la "defensa del libre albedrío" de la bondad de Dios. Dios no podría, según el argumento, crear un mundo en el que exista el bien real sin crear uno en el que también exista el mal real.

Según Orígenes, Dios primero creó un número de seres inteligentes, un número que permanece fijo para siempre. Estas inteligencias fueron todas creadas iguales y libres. Haciendo uso de la libertad que Dios les ha querido, todos eligieron apartarse de la unidad divina. Las inteligencias se apartaron así de la perfección, pero en diferentes grados, de modo que cada una se hundió tanto como quiso de Dios. Los que menos se hundieron permanecieron en los reinos etéreos cerca del cielo y poseían cuerpos puramente etéreos; aquellos que se hundieron más cayeron en el aire inferior y adquirieron cuerpos de aire materiales más densos. Estos seres etéreos y aéreos, llamados ángeles, permanecieron como finas inteligencias.

Otras inteligencias se hundieron hasta la tierra, donde adquirieron cuerpos materiales burdos y se convirtieron en humanos. Todavía otros cayeron

hasta el final para el inframundo y se convirtieron en demonios. Así, para Orígenes, la caída no fue una caída de ángeles que fueron arrojados al infierno, sino una caída de inteligencias prístinas en tres categorías: ángeles, humanos y demonios. Además, la caída fue una diversificación del ser más que un lapsus moral.

Serias dificultades estropean esta teoría. La Escritura y la tradición hicieron que Orígenes complementara la diversificación del ser con una elección moral del mal por la que algunas de las inteligencias que se convirtieron en ángeles luego pecaron y fueron degradadas, unas a la condición de humanos, otras a la de demonios. Esta confusión de las escalas ontológica y moral socavó irremediablemente la coherencia del esquema de Orígenes. Y la confusión empeoró. No todos los humanos eran pecadores, Orígenes se tropezó en explicar. Elías, Juan el Bautista y, por supuesto, el mismo Cristo asumieron cuerpos humanos para lograr el bien. Pero la mayoría de las inteligencias que se hicieron humanas eran pecadoras. Como humanos, confirmaron su grosería carnal con más pecado, algunos incluso se hundieron en el estado de demonios.

Debido a que todas las inteligencias eran originalmente iguales, todas tienen el potencial tanto de caer como de ascender. La posición de uno en el cosmos es su propia elección, y uno puede elegir subir hacia arriba o hundirse más. Todos los que respondan a Cristo y acepten su gracia se elevarán en la cadena del ser. Los humanos pueden convertirse en ángeles. Los ángeles también pueden cambiar: un arcángel puede convertirse en demonio y Satanás puede resucitar para recuperar su lugar en el cielo. Esta línea de pensamiento aumenta el embrollo, ya que prevé ascensos y descensos ontológicos sobre la base de la elección moral. En general, la tradición cristiana prefirió mantener que el estatus ontológico no cambia: los ángeles siguen siendo ángeles y los humanos siguen siendo humanos.

La elección moral de Satanás, dijo Orígenes, fue preferir el no ser y la falta de propósito al ser real y al verdadero propósito. Fue la primera inteligencia en caer por falta moral, “el primero de todos los seres que estaban en paz y vivían en bienaventuranza que perdió sus alas y cayó del estado bienaventurado”. El gran ángel que había cantado entre los serafines optó por envilecerse. Dado que la caída de las inteligencias ocurrió antes de la creación del mundo material, la envidia de la humanidad no jugó ningún papel en ella. El motivo de las inteligencias era pura soberbia: preferían su propia voluntad a la de Dios.

Este orden de los acontecimientos permitió a Orígenes confirmar la identidad de Satanás con Lucifer. Reuniendo diversos pasajes del Antiguo Testamento de Job, Ezequiel e Isaías, argumentó que el Rey de Babilonia, el Príncipe de Tiro y el Dragón eran todos el Diablo. Usó estas escrituras para subrayar el orgullo de Satanás y su precipitada caída en desgracia. El Rey de Babilonia, el brillante hijo de la mañana de Isaías, es Lucifer, y Lucifer es Satanás. El Príncipe de Tiro también es Satanás:

Tú sellas la suma, lleno de sabiduría y perfecto en belleza. Has estado en Edén, el jardín de Dios. . . . Tú eres el querubín ungido y así te he puesto. . . . Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. . . . Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor; te arrojaré por tierra. . . . Sacaré fuego de en medio de ti, [y] te consumirá. [Ezequiel. 28.12-19]

El Dragón Leviatán es lo mismo que el Dragón del Apocalipsis, que durante mucho tiempo se ha equiparado con Satanás:

¿Puedes sacar a Leviatán con un anzuelo? . . . ¿Puedes ponerle un gancho en la nariz? [Job 41.1–2]

El uso que hace Orígenes de estos coloridos pasajes estableció firmemente la tradición de que el Diablo había estado entre los ángeles más grandes, bellos y sabios, que su orgullo lo había llevado al comienzo del mundo a rebelarse contra Dios y que había sido expulsado de él. cielo y esperaba el castigo en el fuego. Muchas de las elaboraciones posteriores de la leyenda y la literatura se derivan de la fusión de estos textos por parte de Orígenes.

Orígenes intentó reconciliar las teorías del sacrificio y el rescate de la expiación a través de la alegoría, explicando que el sacrificio era un medio para derrocar los poderes del mal, pero lo que enfatizó fue el rescate. Se refirió al truco divino que Dios le había jugado a Satanás al ofrecerle un premio que no tenía derecho a poseer, de modo que cuando intentó poner las manos sobre el Salvador violó la justicia y perdió tanto al Salvador como a la raza humana. Orígenes admitió que este engaño divino del Diablo parecía indigno, pero señaló que es análogo al endurecimiento del corazón de Faraón por parte de Dios para que pudiera castigarlo. La crucifixión tenía un doble significado. A los ojos del mundo significó la derrota de Jesús, pero en el mundo real de Dios significó la destrucción del Diablo.

Aunque la Pasión golpeó la torre orgullosa de Satanás, no la derribó de inmediato; más bien, puso en marcha un proceso que culminaría en la segunda venida. Mientras tanto, a Satanás se le permite continuar agrediéndonos. Tal punto de vista, común entre los padres, corría el riesgo de representar la Pasión como una etapa en el proceso de salvación más que como el acto mismo de la salvación, pero se enfrentaba al hecho demostrable de que el pecado y el mal no cesaban en el tiempo de Cristo. Si el reino del Diablo no será finalmente derrocado antes de la segunda venida, ¿cuál es su condición actual? Varias cuentas estaban vigentes en la época de Orígenes. (1) Satanás y los demonios fueron encarcelados en el infierno en el momento de la Pasión y serán confinados allí hasta que se les permita emerger y ayudar al Anticristo en la última batalla. (2) Algunos demonios están incluso ahora en el infierno, mientras que a otros se les permite, bajo el permiso de Dios, vagar por el mundo buscando la ruina y destrucción de las almas. (3) Los demonios trabajan por turnos, cambiando periódicamente de lugar entre el infierno y la tierra. (4) Los demonios son carceleros de los condenados así como también prisioneros. Orígenes se inclinó por la opinión de que su castigo estaba reservado hasta el fin del mundo y que

hasta entonces los espíritus malignos pueden vagar por la tierra oprimiendo a la humanidad.

Influenciado por Clemente, Orígenes abogó por la salvación de Satanás, basando su creencia en la idea de que todas las cosas eventualmente regresarán al Dios que las creó. En la plenitud de los tiempos, Dios será todo en todos. “La destrucción del último enemigo puede entenderse de esta manera”, escribió Orígenes, “no que su sustancia, que fue hecha por Dios, perezca, sino que el propósito y la voluntad hostiles que no procedieron de Dios sino de sí mismo vendrán hasta el fin. Será destruido, por tanto, no en el sentido de dejar de ser, sino de dejar de ser enemigo y ya no de muerte.” Todo lo que Dios crea al final se reunirá con él. El Diablo perecerá porque dejará de ser Diablo, porque la maldad en él será quemada, y su naturaleza angelical será restaurada y reunida con el Señor.

La visión de Orígenes del retorno de todas las cosas a Dios tenía dos bases no del todo compatibles, y esto produjo una confusión en cuanto a si la salvación de Satanás era una necesidad o sólo una posibilidad. Una base era ontológica. El ser esencial de todo lo que existe procede de Dios; el mal es meramente el no ser. El ser del diablo, por muy erosionado que esté por el pecado, debe derivar de Dios y, por lo tanto, eventualmente debe volver a Dios. En este argumento, la salvación de Satanás es una necesidad. La otra base es la misericordia de Dios. Dado que la misericordia de Dios es ilimitada, permite que toda inteligencia se arrepienta, mientras perdure el cosmos. En este argumento, la salvación de Satanás es una posibilidad. El hecho de que no se haya arrepentido hasta ahora no es prueba de que no pueda hacerlo en el futuro. Solo cuando el cosmos deje de existir y el tiempo llegue a su fin, se podrá eliminar la esperanza del arrepentimiento.

La idea del retorno universal no ganó gran aceptación. Además de sus inconsistencias subyacentes, su afirmación de que todo el cosmos se reuniría con Dios parecía encajar mal con la idea del Nuevo Testamento de la unión final de los creyentes con Cristo. Aún así, la idea de Orígenes de la reunión universal ha surgido repetidamente en diferentes formas entre los místicos cristianos, y el universalismo —el llamado a la misericordia de Dios para la salvación de todos— ha sido revivido con frecuencia en la historia posterior de la teología. En general, la diabología de Orígenes fue la más completa e influyente de las de los primeros padres.

6 *El dualismo y el desierto*

A medida que la seguridad de la vida en el Imperio Romano decaía en los siglos tercero y cuarto, el poder del diablo parecía aumentar. La inseguridad y el miedo incitaron al resurgimiento del dualismo, que encontró nuevas expresiones en la teología de Lactancio (c. 245-325), en una nueva herejía, el maniqueísmo, y en la penetrante psicología del monacato.

Lactancio exigió entender por qué los justos sufrían tanto en la vida como los injustos. El cosmos parecía estar lleno de polaridades desconcertantes: la tierra contra el cielo, el infierno contra el cielo, la oscuridad contra la luz, la muerte contra la vida, la noche contra el día, el frío contra el calor. ¿Por qué Dios, cuya mente y propósito son la unidad, construiría el cosmos con estas oposiciones? La dualidad del bien y el mal era especialmente desconcertante: "¿Por qué el Dios verdadero permite que existan estas cosas en lugar de quitar o eliminar el mal?" ¿Por qué desde el principio hizo un príncipe de los demonios que corrompería y destruiría todo? . . . ¿Cuál es la causa y el principio de los males?" Las respuestas de Lactancio fueron asombrosamente originales.

Primero, el mal es lógicamente necesario. Este argumento fue más allá de la visión metafísica de que cualquier mundo creado es imperfecto. El mal es una necesidad absoluta, argumentó Lactancio, porque "no se puede entender el bien sin el mal, ni el mal sin el bien". El bien y el mal se definen solo por oposición entre sí, de modo que el bien no podría existir si el mal no existiera.

En segundo lugar, y aún más sorprendente, es positivamente deseable que exista el mal: "En resumen, os digo que Dios quiere que así sea". Dios lo desea porque no podríamos comprender la virtud a menos que comprendiéramos la alternativa del vicio. Si Dios hubiera creado un mundo sin mal, habría creado un mundo sin las alternativas que hacen posible la libertad. "No podríamos percibir la virtud a menos que también existiera el vicio opuesto, ni podríamos lograr la virtud a menos que fuéramos tentados a su opuesto; Dios quiso esta distinción y distancia entre el bien y el mal para que pudiéramos captar la naturaleza del bien contrastándola con la naturaleza del mal. . . . Excluir el mal es eliminar la virtud."

Estos son argumentos atractivos. Es lógicamente imposible que exista sólo el bien, y aunque existiera, eso sería indeseable, porque eliminaría la verdadera libertad de elección. Además, argumentó Lactancio, el mal debe existir de manera poderosa y convincente. Si sólo nos atrajeran los vicios mezquinos, ejerceríamos sólo virtudes mezquinas. Si no se cerniera en

nuestras mentes ningún vasto y aterrador poder del mal, no tendríamos idea del vasto y glorioso poder del Señor. La grandeza del contraste revela la grandeza de nuestra oportunidad de humillar el mal uniéndonos a Cristo. “Dios quiso esta oposición porque quería que asumiéramos la responsabilidad del combate y que estuviéramos preparados en la línea de batalla”. Sólo nuestra experiencia del poder de la tentación y del espejismo del mal puede hacernos darnos cuenta de nuestra necesidad de la gracia de Cristo.

Hasta este punto, Lactancio se mantuvo monista, atribuyendo valientemente el mal al plan de Dios. Pero ahora, rehuyendo la idea de que el mal procede del mismo Señor, se refugió en el dualismo ético cósmico. Al principio, “antes de hacer cualquier otra cosa, Dios hizo dos fuentes de cosas, cada fuente opuesta a la otra y cada una luchando contra la otra. Estas dos fuentes son los dos espíritus, el espíritu justo y el espíritu corrompido, y uno de ellos es como la mano derecha de Dios, mientras que el otro es como su izquierda”. Dios a sabiendas creó al Diablo, sabiendo que es corrupto e injusto. Todo bien procede del Señor, todo mal del Diablo.

En un nivel, este cambio del mal de Dios al Diablo no funciona, porque Lactancio admite que Dios sigue siendo el responsable final. Además, la idea de una guerra entre un espíritu bueno y uno malo desde el principio de los tiempos se inclina hacia el dualismo de una manera que no solo contradice la tradición cristiana sino que también socava el valiente monismo inicial de Lactancio. En otro nivel, la teodicea de Lactancio es un antecesor esquemático de la idea de las dos voluntades de Dios presentada por los nominalistas de la Baja Edad Media y por Lutero: el mal debe existir en el plan general de Dios, pero Dios también lo odia y desea que luchemos con él. él en contra.

Desafortunadamente, los esfuerzos de Lactancio para aclarar sus puntos de vista solo los confundieron aún más. Si el “Buen Espíritu” no es Dios mismo, ¿es el Hijo de Dios? Lactancio era inconsistente, pero a veces pensaba en Cristo y Satanás como ángeles gemelos, uno amado y el otro rechazado, las contrapartes celestiales de Caín y Abel. Aunque Lactancio se refería a este gemelo de Cristo y Satanás metafóricamente, fue más allá en la dirección del dualismo de lo que la tradición cristiana podía tolerar.

Lactancio argumentó que la experiencia nos enseña que el principio del mal está activo en el mundo como un "anti-Dios, [el] enemigo del bien y el enemigo de la justicia, que quiere lo contrario de lo que Dios quiere". Este poder pervertido envidia a Dios y dirige su malevolencia contra Cristo y contra la humanidad, a quienes insta a renunciar a la esperanza del cielo y servirle en su lugar. Todos sus esfuerzos son vanos, porque la Providencia de Dios convierte cada mala acción de Satanás en un bien supremo. Al final, Satanás y sus seguidores, los ángeles malos, serán derrotados. Ya han soportado una “primera muerte” cuando cayeron del cielo, perdiendo sus formas puras y hundiéndose con cuerpos densos en el aire inferior. En esta

primera muerte perdieron su ser puramente espiritual y su inmortalidad, pérdida que los preparó para la “segunda muerte” venidera.

La “muerte segunda” de los ángeles malos, el castigo eterno en el infierno, no ocurrirá antes del fin del mundo. Aunque roto por la Pasión de Cristo, el Maligno mientras tanto está reuniendo sus fuerzas. Dios permite que transcurra el tiempo entre la primera y la segunda venida de Cristo a fin de preparar a los humanos para el cielo, pero Satanás usa ese tiempo para sus propios propósitos malvados. A medida que se acerque el tiempo del fin, aparecerá el Anticristo, y todos los espíritus malignos y los humanos se levantarán en un ataque final contra la comunidad cristiana. Por un corto tiempo, el Maligno prevalecerá, pero luego Cristo regresará a la tierra y lo sumergirá en el fuego eterno, devolviendo el resto del cosmos a la eterna armonía con Dios. El uso que hace Lactancio del Libro del Apocalipsis contrasta marcadamente con la lectura alegórica de Orígenes. La alegoría permitió a Orígenes defender el regreso de todos a Dios, pero Lactancio, al igual que la mayoría de la iglesia, insistió en el castigo eterno de los condenados.

El dualismo de Mani y sus seguidores fue mucho más allá de los límites del cristianismo que el de Lactancio. Mani, nacido en una familia principesca cerca de Babilonia en 216 y ejecutado por los mazdeístas en Irán en 277, fue el fundador del maniqueísmo, una doctrina ecléctica influenciada por el judaísmo, el mazdeísmo y el budismo. Sus afinidades más cercanas estaban con el gnosticismo, y se convirtió en una de las herejías cristianas más influyentes y longevas. Mani enseñó la existencia de dos principios eternos, el del espíritu, la luz y la verdad, y el de la materia, la oscuridad y la falsedad. Estos dos principios están personificados como Dios y el Príncipe de las Tinieblas, y aunque ambos son eternos, solo el principio de la luz es divino. El reino de Dios consiste en luz, fuerza y sabiduría trabajando juntas en serena armonía; el reino de las tinieblas es caótico, ruidoso, y confundido Dios crea a la Madre de la Vida, quien a su vez crea al Hombre Primigenio; los tres existen en una Trinidad Padre/Madre/Hijo. El Príncipe de las Tinieblas ataca y derrota al Hombre Primigenio, quien en su miedo reza a su Padre y Madre en busca de ayuda. El Padre envía un Mensajero divino, el Espíritu de la Luz, para rescatar al Hombre Primigenio, pero su alma aún permanece atrapada en la conmoción de la oscuridad, y el Padre envía un nuevo Mensajero, el Espíritu Viviente, para derrotar a los demonios o arcontes. El Espíritu Viviente rescata el alma del Hombre Primigenio y limpia y purifica la luz, formando el sol y la luna. Sin embargo, algunas partículas de luz quedan atrapadas en la oscuridad, por lo que el Padre envía un Tercer Mensajero. El Tercer Mensajero se presenta como una hermosa virgen a los arcontes masculinos quienes, codiciándola, eyaculan la luz que habían estado reteniendo cautiva como esperma, y esta esperma/luz cae sobre la tierra, haciendo que crezcan los vegetales.

Mientras tanto, los demonios femeninos perciben al Tercer Mensajero como un apuesto joven que los impregna. Sus hijos cobran vida como monstruos y devoran las plantas jóvenes, aprisionando así de nuevo la luz. Los arcontes también producen a Adán y Eva, un acto malvado que atrapa aún más espíritus dentro de cuerpos materiales densos. El acto en sí mismo es repulsivo: el Príncipe de las Tinieblas produce un demonio masculino y uno femenino, y el demonio masculino consume a los monstruos que se han comido las plantas portadoras de luz y luego se aparea con el demonio femenino. Adán y Eva son los hijos de esta sucia unión, el producto nauseabundo de una combinación diabólica de canibalismo y lujuria. El Padre de la Luz, horrorizado pero sin inmutarse, envía al Tercer Mensajero una vez más, esta vez bajo la apariencia (aunque no la realidad) de la carne y en la persona de "Jesús el Resplandeciente".

Jesús va a Adán y le dice la verdad: el cuerpo de Adán es una impostura maligna inventada por los demonios, por lo que debe tratar de rescatar su alma para el mundo de la luz. Adán, Eva y sus descendientes solo pueden salvarse si captan este mensaje y liberan nuestras almas de sus repugnantes prisiones. Al final de los tiempos, después de una gran guerra final, el espíritu será liberado de la materia, Jesús gobernará el cosmos por un tiempo y luego toda la materia finalmente será destruida. Mientras aquellos que han liberado sus espíritus ascienden al cielo, aquellos que han morado en la oscuridad serán enrollados en una masa densa y oscura y enterrados en el pozo eterno.

Las complejidades mitológicas del maniqueísmo, que superan con creces este esquema, estaban diseñadas para quitarle a Dios la responsabilidad del mal interponiendo una intrincada serie de figuras mitológicas entre él y el mundo de la experiencia. Al igual que los mitos gnósticos, no lo hicieron. Aun así, las ideas maniqueas influyeron en los pensadores ortodoxos (el propio Agustín fue maniqueo durante un tiempo) y reaparecieron a lo largo de los siglos entre grupos heréticos como los bogomilos y los cátaros. La presencia de este dualismo extremo más allá del borde del cristianismo ejerció una atracción gravitatoria dentro del mismo cristianismo, agudizando la tensión entre el alma y el cuerpo y realzando el papel del Diablo como señor de la materia y la carne.

La lucha entre el alma y el cuerpo fue prominente en el pensamiento monástico primitivo. El propósito del monasticismo cristiano era proporcionar una vida de soledad y reflexión en la que un individuo pudiera dedicar todo su tiempo a la contemplación de Dios sin ser perturbado por las distracciones de la vida en el mundo. El monaquismo comenzó con San Antonio (251–356), el primer ermitaño, y San Pacomio (286–346), quien fundó el monaquismo comunitario.

Ermitaños y monjes se retiraron a lugares remotos y despoblados para escapar de las tentaciones de la sociedad. En Egipto y Siria, donde comenzó y floreció el monacato, generalmente buscaban las montañas secas de los desiertos. Allí los monjes se encontraron con el poder del Diablo de frente.

El desierto era un lugar predilecto de Satanás, porque fue allí donde tentó a Cristo y allí más tarde reagrupó sus fuerzas demoníacas después de haber sido expulsado de las ciudades del Imperio Romano por la expansión de las iglesias cristianas. El Maligno era particularmente hostil con los monjes porque se adentraron en el desierto para desafiarlo deliberadamente y porque su fe parecía ponerlos fuera de su alcance. Los relatos de las batallas de los monjes con el Diablo agregaron una rica capa de experiencia, detalle y color a la personalidad de Satanás.

Una de las obras más influyentes de la diabología monástica fue la Vida de Antonio , compuesta por Atanasio, el obispo de Alejandría, alrededor del año 360. Atanasio pinta la vida del gran ermitaño como una lucha constante contra el Diablo y sus demonios. En su caída del cielo, Satanás y sus seguidores se habían separado del resto del cosmos, condenándose a sí mismos a una vida de nada, oscuridad e inexistencia. Los demonios, que por naturaleza carecen de forma, pueden tomar formas visibles y crear imágenes y fantasías en la mente de sus víctimas. El Diablo puede aparecer como un gran gigante que vive en el aire, o como un niño negro, signo de su oscuridad vacía y de su pueril impotencia frente al poder de Cristo. Él y sus demonios a menudo toman la forma de bestias como señal de su brutal estupidez o de monstruos como señal de que no tienen un verdadero lugar en el cosmos. La descripción de Atanasio se convirtió en un patrón para la iconografía: los “ojos del Diablo son como la estrella de la mañana. En su boca se abren lámparas encendidas, y se arrojan fogones de fuego. El humo de un horno ardiendo con el fuego de las brasas brota de su nariz. Su aliento es de brasas, y de su boca sale llama.”



Cernunnos, the Celtic horned god of the wilderness, was incorporated into the iconography and folklore of the Devil. Detail from the Gundestrup cauldron, second or first century B.C., excavated in Denmark. Courtesy Nationalmuseet, Copenhagen.

Atanasio tuvo que enfrentarse al hecho de que, a pesar del sacrificio de Cristo, los demonios aún rondaban por el mundo. Explicó que Cristo había hecho añicos el poder de los demonios excepto en la medida en que les dio permiso para actuar como tentadores o acusadores. Cristo ha puesto el anzuelo en la nariz de Leviatán y lo conduce, domado. Al asociarnos con el sacrificio de Cristo y confiar con fe en su gracia, aceleramos el ron final del diablo. Atanasio pone esta historia en boca de Antonio:

Alguien llamó a la puerta de mi celda, y al abrirla vio a una persona de gran tamaño y estatura. Pregunté: "¿Quién eres?", y él respondió: "Satanás". Cuando se le preguntó, "¿Por qué estás aquí?" él respondió: “¿Por qué los monjes y otros cristianos me culpan inmerecidamente? ¿Por qué me maldicen cada hora? Yo respondí: “¿Por qué los molestas?”. Él respondió: “Yo no los molesto, porque me he vuelto débil: ellos se molestan a sí mismos. ¿No han leído que 'las espadas del Enemigo están acabadas y las ciudades destruidas para él'? Ya no tengo un arma ni una ciudad. Los cristianos están repartidos por todas partes, e incluso el desierto está ahora lleno de monjes. Que se cuiden y dejen de maldecirme. Me maravillé de la gracia de Dios y le dije a Satanás: “Aunque eres un mentiroso y nunca dices la verdad, has dicho la verdad aquí, aunque en contra de tu voluntad. Porque la venida de Cristo os ha debilitado, y Él os ha derribado y os ha despojado”. Pero cuando escuchó el nombre del Salvador, no pudo soportar su quemazón y desapareció.

El Diablo tiene el poder de tomar la forma de un ángel de luz, como dijo San Pablo. Puede cantar maravillosamente, citar la Biblia, repetir oraciones o asumir la apariencia de un monje. Aún así, fingir el bien es un esfuerzo tan grande para los demonios que por lo general vuelven a adoptar formas feas que emiten hedores repulsivos. En su realidad más íntima son sustancias pesadas e invisibles que se hunden hacia la oscuridad y la ruina.

Cuanto más se acercaba la vida de Antonio a la imitación de Cristo, más lo odiaba el Diablo. En cada decisión crucial de su vida, Satanás lo atacó con vehemencia: primero cuando se retiró a una tumba cerca de su pueblo, luego cuando se fue a vivir a un fuerte en ruinas en el desierto cerca del río, y finalmente cuando se adentró en las profundidades del desierto mortal cerca del Mar Rojo. Los ataques demoníacos suelen ser manejados por demonios subsidiarios, pero el mismo Diablo se hace cargo si la resistencia del monje es lo suficientemente grande. Cuando Antonio decidió salir a la tumba abandonada, el Diablo, odiando su bondad juvenil y temiendo su potencial espiritual, susurró en su mente tentaciones de actos que eran buenos en sí mismos. El diablo sugirió todas las donaciones benéficas que Anthony podría hacer si conservaba su dinero y le recordó la responsabilidad que tenía por el cuidado de su hermana menor. Más tarde, cuando Antonio estaba más avanzado en la vida espiritual, Satanás lo tentó a medidas de ascetismo que harían de su vocación monástica una carga intolerable.

Al ver que tan sutiles tentaciones estaban fallando, el Diablo se volvió más crudo. Cuando el joven Antonio no cedió a los pensamientos sobre su patrimonio y su hermana, el Príncipe de las Tinieblas inculcó en su mente imágenes de riqueza, banquetes y gloria. Levantó una nube de dudas sobre la vocación monástica al introducir imágenes de los peligros y las incomodidades de la vida en el desierto. Sugirió pensamientos lascivos y tomó la forma tentadora de una joven sensual. Los demonios siempre ajustaban sus tentaciones a la edad y circunstancias de sus víctimas. A los monjes mayores propusieron comodidades tranquilas; a los más jóvenes lujos sexuales:

> Una tarde, un demonio tomó la forma de una hermosa mujer que viajaba por el desierto. Llegó a la puerta de la cueva de un monje, fingiendo estar cansada y exhausta por su viaje. Cayó a las rodillas del monje para suplicarle. “La noche me alcanzó mientras vagaba por el desierto, y ahora tengo miedo. Solo déjame descansar en un rincón de tu celda para que no caiga presa de los animales salvajes. El monje, sintiendo lástima, la recibió dentro de la cueva, preguntándole por qué viajaba sola por el desierto. Ella comenzó a conversar con bastante normalidad, pero poco a poco endulzó sus palabras y jugó con sus simpatías. La dulzura de su discurso se apoderó gradualmente de su mente hasta que ella la convirtió por completo en pensamientos de lujuria. Ella comenzó a mezclar bromas y risas en su discurso, llegando a tocarle la barbilla y la barba como en reverencia y luego acariciando su garganta y cuello. El monje empezó a arder de deseo, pero justo cuando estaba a punto de consumar su pasión, el demonio soltó un grito terrible con voz ronca, se escapó de su abrazo y se fue riendo suciamente de su vergüenza.

Si los halagos no tienen éxito, Satanás usa ataques demoníacos (obsesiones) para aterrorizar al monje y que abandone su vocación. A

veces, el Diablo envía sueños y alucinaciones para asustar a los monjes mientras duermen, y a veces los demonios se presentan externamente a los sentidos, exudando olores repugnantes y creando un estruendo que destroza los nervios. Anthony una vez fue despertado por horribles chillidos y las paredes de su choza temblando; luego los demonios irrumpieron en formas aterradoras como leones, osos, leopardos, toros, serpientes, áspides, escorpiones y lobos, emitiendo ruidos guturales y chirriantes. San Hilarión escuchó el llanto de los bebés, el mugido del ganado, el llanto de las mujeres, el rugido de los leones y los sonidos apagados de los ejércitos ignorantes que se enfrentaban en la noche; fue testigo de una terrible lucha de gladiadores ante sus propios ojos, uno de los cuales cayó muerto a sus pies antes de que se diera cuenta de que era Todo era un espectáculo mudo de demonios. Los demonios descienden de lo horrible a lo tonto para distraer al monje de la contemplación. Bailan, cantan, silban, se tiran pedos, hacen cabriolas y hacen cabriolas. A veces escenifican comedias: Pacomio observó a diminutos demonios atar con cuidado una cuerda a una hoja y luego pretender estirarla en un vano esfuerzo por moverla. Por lo general, se suponía que tales manifestaciones no tenían el poder de dañar físicamente al monje, pero ocasionalmente se registraron agresiones físicas. Satanás una vez saltó sobre la espalda de Hilarión y lo azotó; una manada de demonios acechó a Anthony, golpeándolo y dejándolo inconsciente en el suelo. En su vejez, Antonio solía relatar a sus hermanos jóvenes cómo a menudo había repelido al Maligno con golpes físicos. Es ocioso especular sobre lo que “realmente” sucedió en tales ocasiones; lo que importa es que estas historias fueron ampliamente percibidas como relatos literales del comportamiento demoníaco.

Para combatir tales ataques, los monjes usaron la señal de la cruz y el nombre de Jesús. A estas defensas ordinarias añadían su especial perspicacia espiritual y experiencia. La vida ascética, el ayuno y las vigilias de Antonio amortiguaron los ataques del Enemigo. Otras armas eran el exorcismo, el desprecio mostrado al ignorar a los demonios o soplar o silbarles, y el simple coraje. Cuando un espíritu se acerca, uno debe enfrentarlo con valentía y preguntarle qué es. Si es un ángel, se revelará; si es un demonio, huirá de tal coraje en balbuceo de miedo.

Los monjes no siempre estaban seguros de poder distinguir un demonio de un ángel, y la capacidad de discernir la acción de un espíritu bueno de la de uno malo se convirtió en la base de una psicología sofisticada. Todos tenemos estados de ánimo e impulsos cambiantes, y sabemos que lo que parece correcto un día puede parecer incorrecto al siguiente. Podemos cometer errores graves porque nos dejan engañar por impulsos pasajeros. Ejerciendo el discernimiento, los monjes podían saber si un determinado impulso procedía en última instancia de Dios o del Diablo. Aprendieron a hacer esto tanto por sí mismos como por los demás, por lo que con frecuencia eran visitados por personas comunes en busca de consejo. El discernimiento de espíritus dotó a los monjes de habilidad para interpretar

los sueños y lo que Freud llamaría, siglos después, la psicopatología de la vida cotidiana.

El más grande de los psicólogos monásticos fue Evagrio de Ponto (nacido en 345). Llevó una vida ascética en el desierto, llegando incluso a pasar una noche de invierno de pie en el agua de un pozo. Influenciado por la Vida de Antonio , Evagrius dio a los demonios un papel importante en el mundo. De los cien capítulos de sus Consejos prácticos , los demonios juegan un papel importante en sesenta y siete. También influenciado por Orígenes, Evagrius imaginó filas de demonios, los inferiores habiendo caído más en desgracia que los más altos. Como ángeles que moraban cerca de Dios, los demonios poseían gran conocimiento y poder, pero habían perdido estas cualidades cuando cayeron. No tienen verdadero conocimiento, sólo inteligencia superficial, y carecen de toda comprensión de que la verdad procede de Dios y apunta hacia él. Incapaces de ver más a Dios oa los ángeles buenos, todavía son capaces de discernir el mundo material. Examinan la vida cotidiana de hombres y mujeres en busca de oportunidades para atacarnos. Incapaces de penetrar nuestras almas, que están protegidas por la presencia de Dios en el interior, los demonios se ven obligados a confiar en su observación de nuestras acciones, nuestras palabras e incluso nuestro lenguaje corporal. Nunca entienden la verdad o el amor y constantemente los malinterpretan, pero son inmensamente astutos en su comprensión de la debilidad y el pecado humanos. Han dominado los lenguajes y las ciencias humanas, y constantemente usan sus habilidades para engañarnos y engañarnos.

Los demonios moran en el aire, donde viajan con alas. Pueden hacerse lo suficientemente pequeños como para entrar en nuestro cuerpo por el aire que aspiramos por la nariz (una explicación de la superstición de decir "bendita sea" a alguien que estornuda). Tienen voces finas, sibilantes y aflautadas. Su tamaño, color y forma son apropiados para su bajo estatus en la cadena del ser, pero aunque pueden vernos, nosotros nunca podemos verlos a menos que tomen formas falsas para engañarnos.

Como cada demonio ocupa un lugar diferente en la jerarquía del mal, cada uno tiene su propia personalidad. Algunos son más viciosos, algunos más persistentes, algunos más rápidos, algunos más cobardes que otros. El monje usó su discernimiento tanto para distinguir un espíritu bueno de uno malo como para determinar a qué tipo de espíritu maligno se enfrentaba. Dado que el propósito de los demonios es destruir la imagen y semejanza de Dios en nuestras almas, dijo Evagrius, intentan abortar toda virtud y nos asedian con más determinación cuando sospechan que contemplamos alguna buena acción. Mártires, monjes, santos y ermitaños constituyen una especie de pararrayos sagrado que atrae la atención hostil del Príncipe de las Tinieblas lejos del resto de la comunidad, una élite armada por Dios con una fortaleza especial.

Los demonios atacan tanto la mente como el cuerpo. Aunque no pueden entrar en nuestras almas, sugieren miedos y tentaciones a nuestras mentes al

manipular nuestros sentidos. Tientan a la mayoría de las personas con sexo, riqueza y poder. Con los monjes, señaló Evagrius, tienen una tarea más sutil: "Cuanto mayor es el progreso que hace el alma, más temerosos son los adversarios que se hacen cargo de la guerra contra él". Demonios sofisticados desvían sutilmente a los monjes sofisticados de su contemplación de Dios con ilusiones y obsesiones de tal delicadeza que sólo el monje perspicaz especialmente protegido por Dios la gracia puede encontrar fácilmente los medios para resistir. Los monjes menos avanzados tenían que enfrentarse a los asaltos más crudos de los demonios que les hacían cosquillas en la nariz, los adormecían durante la oración, les hinchaban el vientre con flatulencia o incluso les causaban enfermedades o lesiones graves.

La psicología de la tentación de Evagrius derivó sus supuestos iniciales de Orígenes. Nuestras almas, habiendo caído del cielo y ahora incrustadas en el cuerpo, están torcidas, su visión de Dios borrosa. Están dominados por torbellinos emocionales que no pueden sacudir. Es esta agitación, esta absorción en uno mismo, lo que debemos trascender por la gracia de Cristo si queremos ascender de nuevo al cielo. De la agitación surgen los deseos mundanos, que abren puertas para que los demonios que acechan nos ataquen. Observándonos cuidadosamente, Satanás ve cuando estamos debilitados por un deseo en particular y luego envía a la brecha tropas demoníacas preparadas y entrenadas para explotar esa tentación en particular. Alerta a cada pequeña brecha, los demonios se vierten a través del agujero y agrandan la cabeza de playa. El deseo por una mujer puede acelerarse en el corazón de un hombre, por ejemplo; los demonios se precipitarán, inundando la mente con imágenes lascivas hasta que su alma sea un caldero hirviendo. Una mujer puede comenzar a pensar demasiado en las inversiones que planea para su seguridad financiera; los demonios la obsesionarán con el dinero, convirtiendo la necesidad en codicia y esclavizándola a la avaricia.

Nuestra única protección contra los ataques demoníacos es responder a la gracia divina con fe. Si lo hacemos, Cristo nos ayuda a discernir entre los buenos y los malos espíritus y entre las variedades de los malos espíritus, para que sepamos qué armas son las más apropiadas para volvernos contra nuestros enemigos espirituales. Evagrius prescribió una vida moralmente buena, la oración, el ascetismo y el recurso frecuente al nombre de Jesús. También instó a la resistencia activa y asertiva a los malos espíritus. Uno no debe ser pasivo cuando es tentado por los demonios, sino más bien expulsarlos furiosamente de la mente y luego pasar a tomar contramedidas de distracción. Un monje que se despierta por la noche con pensamientos lujuriosos, por ejemplo, debe levantarse rápidamente e ir a la enfermería para hacer un acto de bondad, burlándose así de Satanás al convertir una tentación en una ocasión para la virtud.

La lucha monástica contra los demonios prestó al concepto del Diablo particularidad, inmediatez y una cercanía intensamente amenazante. El

Maligno está presente en cada momento, listo y ansioso por atacarnos con todas las armas, desde la falsa sofisticación intelectual hasta las distracciones menores, pasando por pensamientos lascivos y agresiones físicas. Detrás de estos ataques se esconde una presencia fría, pesada y monstruosa, astuta pero idiota, que pesa sobre el mundo hacia la oscuridad.

7 *La visión cristiana clásica*

San Agustín de Hipona (354-430) sintetizó y desarrolló la diabología de los padres. Agustín vivió en el norte de África romana y escribió en latín. El Occidente latino y el Oriente griego ya habían comenzado a divergir durante su vida, y la influencia de Agustín en Oriente no se compara con su inmenso impacto en el pensamiento occidental, tanto católico como protestante. El pensamiento agustiniano occidental tiende a la "teología positiva", utilizando la razón para construir una visión detallada, lógicamente organizada y estructurada del mundo. Típicamente comienza usando la filosofía —"teología natural"— para avanzar lo más lejos posible en el camino de la verdad sin recurrir a la revelación; luego introduce la revelación (principalmente la Biblia) como el siguiente paso hacia la verdad; y finalmente usa la razón nuevamente para construir sobre la revelación en la "teología revelada".

El monje sirio conocido como Dionisio el Areopagita, escribiendo alrededor del año 500, tipificó la tradición de la "teología negativa" más típica en Oriente. La teología negativa afirma que la grandeza de Dios está más allá de los poderes de la razón humana que los sistemas racionales tienen un valor muy limitado. La verdad se persigue menos a través de la lógica que a través de la oración y la contemplación. Aun así, muchos de estos elementos "místicos" contemplativos existen en el pensamiento occidental, y la ortodoxia oriental no es ajena a la teología positiva. Los dos enfoques son más complementarios que competitivos. En conjunto, las opiniones de Agustín y Dionisio completaron la estructura básica de la diabología cristiana durante más de un milenio.

Agustín y Dionisio basaron su formulación de la teología cristiana en la tradición del Nuevo Testamento, los padres y los credos. Esta teología tradicional comienza con Dios, el eterno y atemporal. Dios no tiene principio ni fin; no tiene causa; él es el Ser mismo. Dios es uno e indivisible. Pero esta unidad eterna e intemporal no es estática; es dinámico, lleno de poder. El dinamismo se expresa en las tres Personas de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estos no son tres dioses o incluso tres funciones de un Dios, sino tres aspectos del Dios único y unificado. El Hijo es el Pensamiento del Padre en Sí mismo, el Verbo; el Espíritu Santo es el Amor que el Padre y el Hijo se tienen el uno al otro.

El dinamismo hirviente de Dios se derrama más allá de sí mismo en el cosmos. Esta es una efusión tanto de la Palabra como del Espíritu, de la razón y del amor. Si el cosmos hubiera sido creado sólo con amor, sería

informe; aunque sólo sea con razón, sería una máquina. Pero el cosmos se crea con razón y amor y late con ambos.

El universo no fue creado a partir de ninguna sustancia preexistente, porque no había nada más que Dios para crearlo. Dios crea el cosmos porque está en su naturaleza hacerlo; también lo crea para aumentar la suma total de bondad en la existencia. Para aumentar la bondad, crea seres con libre albedrío, porque sin libre albedrío no puede haber elección moral del bien. La creación del cosmos fue una creación tanto del espacio como del tiempo. Lo que en términos modernos se llama continuo espacio/tiempo tiene un principio y un final. No tiene sentido hablar de espacio y tiempo excepto dentro del continuo. Dios no existe en el espacio ni en el tiempo; el espacio y el tiempo son propiedades del cosmos que Dios crea. Dios no estaba "haciendo nada" "antes" de que existiera el cosmos, porque no había tiempo "antes" del cosmos. El cosmos existe eternamente en la mente de Dios; en este sentido no tiene fin. Sin embargo, desde el punto de vista de las criaturas que habitan en el cosmos, el mundo tiene tanto un principio como un final.

Los primeros seres que Dios creó son los ángeles, criaturas enormemente poderosas e inteligentes, a quienes Dios les dio libre albedrío. Inmediatamente después de su creación, los ángeles usaron su libre albedrío para tomar una decisión moral. La mayoría de ellos eligió amar a Dios; algunos, guiados por Satanás, eligieron poner su propia voluntad en lugar de la de Dios. Estos ángeles pecadores fueron arrojados del cielo. Dios entonces creó el mundo material, incluyendo a los seres humanos, a quienes también les dio el don del libre albedrío. Satanás, envidiando la felicidad de Adán y Eva, fue y los tentó. Los primeros padres de ninguna manera fueron obligados a pecar por Satanás; ejercieron su libre albedrío al ceder a su tentación. Su pecado alejó a la humanidad de Dios y nos dejó bajo el dominio del Diablo.

Desde el momento del pecado original de la humanidad hasta la Encarnación, Satanás gobernó el mundo. La Encarnación quebró su poder, restauró la libertad humana y abrió el camino a la reconciliación con Dios. Cristo y su están librando ahora una lucha difícil pero finalmente victoriosa contra el poder del Diablo, que será quebrantado final y permanentemente en la segunda venida, cuando todas las cosas volverán a estar en armonía con Dios. Este fue el esquema de la teología cristiana que heredaron Agustín y Dionisio; los dejó con una serie de problemas sin resolver, el más importante de los cuales fue el problema del mal.

Agustín estuvo profundamente ocupado con ese problema desde su juventud; fue su sensibilidad lo que lo impulsó a aceptar el maniqueísmo por un tiempo; y la pregunta continuó absorbiéndolo después de que se convirtió en un cristiano establecido. Aunque siempre estuvo más preocupado por la pecaminosidad de la naturaleza humana y su redención por Cristo que por Satanás, el Diablo era una parte integral de su teología.

Agustín comenzó su diálogo La libre elección de la voluntad con la cuestión del mal. Evodius, su compañero en el diálogo, pregunta: "Dime, por favor, si Dios no es la causa del mal". La idea del mal en el cosmos era desconcertante. Agustín consideraba el cosmos como un libro de un poeta perfecto que ha dado forma a su trama desde el principio hasta el final y ha elegido perfectamente cada palabra, sílaba y letra. El universo existe eternamente en la mente de Dios; nada de lo que sucede en el cosmos es desconocido para su Creador. Dios, por así decirlo, cantó el universo a la existencia y lo sostiene en contrapunto a través de su coda. El poema de Dios es armonioso, hermoso, lleno de alegría, la expresión del amor perfecto de Dios y digno de toda nuestra admiración, gratitud y disfrute. Entonces, ¿por qué y cómo el poeta perfecto introdujo, o al menos permitió, el mal en esta armonía?

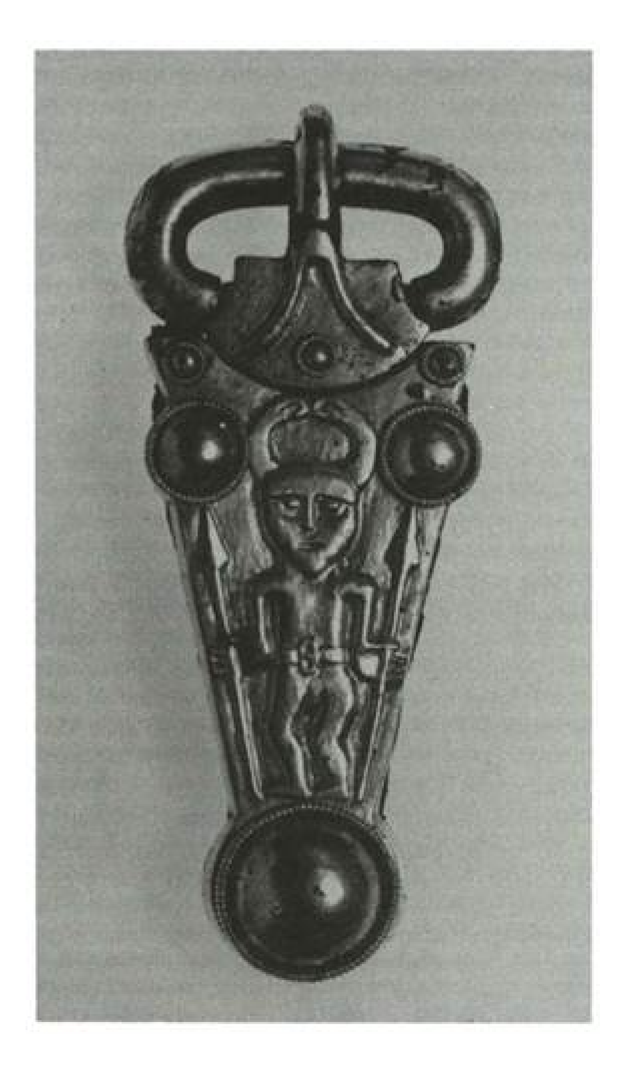
Las respuestas de Agustín variaron a lo largo de su vida. Después de su temprana obsesión por el mal y su maniqueísmo temporal, se convirtió al cristianismo y desde entonces hasta la mediana edad expresó en general una visión confiada y optimista. La narración de Dios se mueve en majestuosas medidas desde el alfa hasta el omega, del principio al fin. El tiempo tiene un significado intrínseco. Dios podría haber redimido a la humanidad inmediatamente después de nuestra caída; Cristo pudo haber regresado al momento de su ascensión. El hecho de que Dios permitió que pasara tiempo entre la caída de Adán y la primera venida de Cristo significaba que estaba usando el tiempo con un propósito: preparar a la humanidad hasta el punto de que al menos algunos pudieran reconocer y aceptar a su Salvador. Él tiene un propósito similar al permitir que transcurra el tiempo entre la primera y la segunda venida del Señor: permitir que tantas personas como sea posible acepten a Cristo y se reconcilien con Dios antes de que llegue el fin.

En esta visión optimista, el dolor y el sufrimiento son misericordias enviadas por Dios a enséñanos la sabiduría, la humildad y la bondad que necesitamos para superar nuestra alienación y ayudar a Dios a construir una comunidad cristiana. Debido a que el dolor es parte del proceso de aprendizaje que prepara el camino de Dios, Dios permite que los demonios aflijan a los humanos, incluso a los niños, con tentaciones y sufrimiento. En esta etapa, Agustín estaba ofreciendo dos explicaciones básicas del mal. Primero, el libre albedrío es la razón más importante de la creación del cosmos, ya que es el mayor bien; pero el libre albedrío implica que algunos elegirán el mal; así que el mal es un corolario necesario de la creación. Segundo, Dios usa tanto el mal moral como el natural para refinar nuestras almas enseñándonos sabiduría a través de la experiencia. Esta teodicea de “edificación del alma”, supone que la humanidad hace un progreso constante (aunque dolorosamente difícil) hacia el punto omega, cuando todos se reconciliarán con Dios.

La caída de la ciudad de Roma ante los visigodos en el año 410 conmocionó a todas las personas civilizadas del imperio, entre ellas

Agustín. Además, estaba cada vez más horrorizado y deprimido por las persistentes herejías y cismas de la iglesia. A medida que crecía, el antiguo pesimismo y el miedo al mal que lo habían acosado desde la adolescencia resurgieron y se volvieron dominantes. Ahora veía el cosmos como incurable. La humanidad había sido totalmente corrompida por el pecado original y puesta bajo el dominio del Diablo. Ninguna comunidad intrínsecamente buena podría construirse en un mundo tan plagado de maldad. El sufrimiento parecía ahora menos una instrucción que un castigo, un preludio de las penas del infierno. El mundo estaba perdido en la oscuridad, y negarse a enfrentar las vastas dimensiones de la sombra era una evasión. “Esta es la visión cristiana”, escribió hacia el final de su vida, “una visión que puede mostrar a un Dios justo en tantos dolores y en tales agonías de bebés diminutos”. La mirada que Agustín dirigió resueltamente al dolor y la muerte se volvió tan oscura y sombría que Peter Brown, su biógrafo, habla de “la temible intensidad con la que había llevado el problema del mal al corazón del cristianismo”.

Esto es un mal radical y espantoso. ¿De dónde viene? ¿Cómo se puede reconciliar con un Dios bueno? La solución dualista que Agustín había adoptado una vez como maniqueo había dejado de interesarle hacía mucho tiempo. Un principio del mal, un ser absolutamente malo en sí mismo, un señor del mal independiente de Dios, tal cosa no podría existir, pues constituiría una limitación de Dios, Dios eterno, omnisciente y omnipotente. Ningún aspecto del cosmos, ya sea espíritu o materia, ningún demonio, ninguna materia primaria sin forma, podría resistir, desviar, alterar o diferir el plan de Dios. El libro está escrito, el poema completo. Dios ha ideado su final como su principio, en toda la eternidad, y ni una letra puede ser alterada. Todo lo que Dios hace es bueno y según su plan de amor.



El casco con cuernos que usaban los guerreros para obtener poder mágico convertía al guerrero en un símbolo de ferocidad que se fusionaba con el Diablo. La hebilla de Finglesham del Kent anglosajón, siglo VI. Cortesía del Instituto de Arqueología de Oxford.

Pero si todo lo que Dios hace es bueno, ¿cómo puede existir el mal? Porque no se crea en absoluto; no existe verdaderamente; es esencialmente privación, falta de ser; no tiene realidad intrínseca. Nada es malo por naturaleza, y nada es malo por naturaleza: se aplican ambos significados de la frase. El mal es simplemente falta de bien. Sí, pero ¿por qué existe esta carencia? ¿Por qué Dios hizo el cosmos con agujeros? Agustín distinguió desde el principio entre el mal natural y el moral. Si bien los males naturales —tornados o cáncer— son verdaderamente dolorosos y aterradores, son parte de un plan divino cuyos contornos están ocultos a nuestra limitada visión. Los males naturales parecen malos porque no podemos entender completamente el cosmos. Si pudiéramos, veríamos cómo estas aparentes brechas en el ser encajan en el plan divino. Y, aunque lo vemos imperfectamente, tenemos algún indicio de las razones del sufrimiento y el dolor: existen para enseñarnos sabiduría, para advertirnos de los peligros del pecado o para asegurarnos un castigo justo por el

pecado. Para los pecadores, la adversidad es un castigo; para los inocentes, es don divino de amonestación; Agustín no sabía qué es para los bebés o los animales, pero la providencia de Dios convierte los peores males, incluso el pecado moral, en un bien supremo.

El mal moral es mucho peor que el mal natural, porque no solo daña a sus víctimas sino que también devora el alma del pecador. ¿Cuál es la causa del mal moral? Agustín sugirió que es el resultado de la elección del libre albedrío por parte de seres inteligentes como los ángeles o los humanos. Desafortunadamente, pasó a explorar la cuestión de qué podría causar tal elección del mal, desafortunadamente, porque cualquier respuesta a esa pregunta es inherentemente ilógica, ya que nada puede causar una elección de libre albedrío.

El esquema de Agustín sólo tiene un lugar anómalo para el Diablo. Si nos preocupamos por explicar el mal moral en el mundo, lo que observamos es el mal humano, y el mal humano puede explicarse por el pecado original. Dado que Adán y Eva eran libres de pecar sin la intervención del Diablo, y dado que el Diablo no tenía poder para obligarlos a pecar, el papel del Diablo es innecesario para explicar el pecado humano. Además, si tratamos de atribuir el mal al Diablo, nos quedamos con la responsabilidad de Dios de crear un cosmos con el Diablo en él. Postular el papel del Diablo para quitarle a Dios la responsabilidad del mal falla. Agustín no reconoció estas anomalías, porque se las impuso la Escritura y la tradición. Si la revelación no atestiguara la existencia de Satanás, el sistema de Agustín no lo habría necesitado.

La contribución más importante de Agustín a la diabología fue su discusión sobre el libre albedrío y la predestinación. El problema es este. Experimentamos la sensación de que somos libres de elegir, y la Biblia parece implicar que somos responsables de elegir. Sin embargo, tanto la razón como la revelación también indican que Dios es el omnisciente y todopoderoso soberano del cosmos. Si Dios es omnipotente, ¿cómo pueden los ángeles y los humanos ser realmente libres para elegir o ser responsables de sus elecciones? Agustín fue el primero en plantear explícitamente la cuestión en toda su complejidad, aunque nunca la resolvió, y el debate continúa hoy entre filósofos, físicos, biólogos y psicólogos, así como entre teólogos. Einstein observó: “Lo que realmente me interesa es si Dios pudo haber hecho este mundo de una manera diferente; es decir, si la necesidad de la simplicidad lógica deja alguna libertad”.

Agustín siempre afirmó la verdad de ambas proposiciones: que los humanos y los ángeles son libres, pero que el poder de Dios es ilimitado por cualquier principio, incluida nuestra libertad. A veces es difícil ver alguna libertad real en el uso que hace Agustín del término. En su juventud, cuando era maniqueo, Agustín tendía hacia el determinismo típico del dualismo gnóstico. Luego, después de su conversión, escribió La libre elección de la voluntad , afirmando contra maniqueos y paganos un papel real para el libre

albedrío. Más tarde, cuando se enfrentó a los pelagianos, que exageraban el libre albedrío, volvió a una postura más determinista. Hacia el final de su vida, Agustín afirmó la predestinación con tanta severidad que sus oponentes lo acusaron de volver al fatalismo pagano.

Afirmó la predestinación por tres razones. Primero, la absoluta soberanía de Dios implica un cosmos totalmente determinado. Segundo, aunque Agustín admitió (algo inconsistentemente) que la elección original de Adán y Eva fue verdaderamente libre, una vez que la humanidad eligió el mal, estábamos atados al pecado y carecíamos de verdadera libertad. Tercero, dado que no somos libres, no tenemos forma de elegir cambiar sin la intervención de la Encarnación, de la cual brota la gracia para liberarnos del pecado; pero como la gracia nos une irresistiblemente a Cristo, tampoco tenemos verdadera libertad de elección. Sin embargo, Agustín continuó insistiendo en que el libre albedrío debe existir de alguna manera, incluso en el contexto de un universo totalmente determinado, una incoherencia de la que solo podía escabullirse declarándola un misterio impenetrable para el intelecto humano. Por lo tanto, abarcó todo un espectro de puntos de vista sobre el tema, pero sus ideas predestinadoras posteriores fueron más influyentes con los teólogos posteriores, incluidos Tomás de Aquino, Lutero y Calvino.

Las opciones lógicas más importantes sobre la libertad y el determinismo, entonces como ahora, son las siguientes. (1) El cosmos no tiene sentido, es aleatorio, se mueve sin una dirección planificada o perceptible. (2) El cosmos está determinado por leyes naturales fijas que surgen de la estructura del espacio/tiempo. (3) El cosmos está determinado por una o más fuerzas misteriosas e inexplicables, como el “destino” o la “historia” marxista. (4) El cosmos es predeterminado minado y completamente cartografiado por Dios. (5) Las criaturas inteligentes tienen al menos un poder limitado para dar forma a sus propias vidas. Las opciones cuatro y cinco estaban abiertas para Agustín y la tradición cristiana.

En el marco de estas dos opciones es posible una variedad de posiciones, dependiendo de la visión del tiempo.

(1) **Todo el tiempo y el espacio existen eternamente en un todo de cuatro dimensiones que no cambia.** El tiempo parece moverse; las cosas parecen estar cambiando. En cierto sentido sí cambian, porque los percibimos y nuestras percepciones son en sí mismas reales. Pero para Dios, todo el tiempo y el espacio existen a la vez; pasado y futuro son igualmente reales y presentes. En esto, las opiniones de Agustín son similares a las de la relatividad moderna y la física cuántica. En ambos puntos de vista, el continuo espacio/tiempo existe como un todo; sus coordenadas se pueden mapear en cuatro dimensiones; pasado y futuro son simplemente nuestros términos perceptivos para algo que, en un sentido más amplio, no cambia.

(2) **El futuro no existe**, pero, como dijo el filósofo Brian Hebblethwaite, “cada estado del universo determina de manera única el próximo estado, de modo que si uno conociera todas las causas que operan en un momento

dado, sabría con precisión qué su resultado sería en el futuro.” Este punto de vista, que prevaleció en las ciencias naturales hasta hace muy poco tiempo, está teológicamente solo ligeramente alejado del primer punto de vista, porque con un “universo determinista estructurado temporalmente”, observó Hebblethwaite, Dios sabrá “precisamente lo que sucederá, ya que un universo determinista el universo está... presente en sus causas.” Teológicamente, esta visión es más débil que la primera, porque parece confundir el espacio/tiempo con la eternidad, como si Dios estuviera aprisionado en el espacio/tiempo y no pudiera ver lo que llamamos el futuro.

(3) **La omnisciencia de Dios es condicional**. Puede saber todo lo que hay que saber sin conocer un futuro que aún no existe. Esta posición permite tanto la libertad de los seres inteligentes como la verdadera aleatoriedad en los eventos físicos. Como dice Hebblethwaite, Dios conoce “todas las posibilidades y qué hacer con respecto a cada eventualidad”, pero deja este “un mundo genuinamente estructurado y abierto”. Aunque esta tercera posición también confunde un poco el tiempo y la eternidad, proporcionó a Agustín y a los teólogos posteriores la única forma de reconciliar la predestinación y el libre albedrío.

Aunque Agustín tendía a la predestinación, a veces tanteaba el camino hacia una reconciliación que dice así: Nada podría existir que pudiera limitar la omnipotencia de Dios, es decir, nada excepto Dios mismo. Dios elige libremente, en la eternidad, suspender su omnipotencia en ciertas áreas del continuo para permitir el libre albedrío. Lo hace porque su propósito al crear el cosmos es aumentar el bien, y puede aumentar solo si algunas criaturas lo eligen libremente. Dios retiene o con extrae su omnipotencia de los actos de libre albedrío, por lo que no los causa. Cuando te enfrentas a una elección moral genuina, tienes libre albedrío genuino para elegir el bien o el mal. Aún así, Dios sabe en toda la eternidad cuál es tu elección y ha diseñado eternamente el cosmos para dar cuenta de ello. En términos contemporáneos, Dios “programa” el cosmos para incluir tanto el libre albedrío como los ajustes a las elecciones del libre albedrío. El esquema es factible si el tiempo y la eternidad no se confunden. Dios no se apresura como un plomero tapando frenéticamente las fugas cada vez que ocurren. Dios conoce cada fuga en toda la eternidad; en el acto mismo de la creación ajusta el cosmos para cuidar esas fugas. Él no puede prevenir el pecado sin abrogar el libre albedrío, pero se ajusta al pecado para que cada evento se ajuste a su propósito providencial. El conocimiento eterno de Dios de las elecciones libres que hacemos no nos hace tomar esas decisiones. Dios concede libre albedrío a las criaturas inteligentes —humanos y ángeles— y las apoya en su búsqueda del bien otorgándoles una energía especial llamada gracia.

El estado original de Satanás y el de Adán eran similares en que antes de pecar ambos eran completamente libres. Ambos poseían un carácter básico y una voluntad libre y sin distorsiones. Pero mientras que el pecado original

de Adán doblegó su voluntad y la de sus descendientes hasta que Cristo nos liberó de nuestra esclavitud, el pecado original de Satanás fue peor, pues lo ató al pecado ya la ruina para siempre. Una vez que han pecado, el Diablo y sus ángeles están atados para siempre a las sombras; no existe ninguna posibilidad de que alguna vez se arrepientan. Su castigo es más duro que el de los humanos porque originalmente eran seres superiores a los que se les confió una mayor responsabilidad. Su gran inteligencia y conocimiento no permitieron las circunstancias atenuantes de debilidad e ignorancia que se aplicaron a los primeros humanos.

Los teólogos y poetas cristianos posteriores intentaron profundizar en esta explicación, pero ninguno tuvo un éxito total. La idea básica es que el pecado original, ya sea angélico o humano, tuerce la voluntad de tal manera que no se puede enderezar sin la gracia de Dios. Pero no hay ninguna razón convincente por la que Dios deba extender esa gracia salvadora a la humanidad y retenerla para siempre de los ángeles caídos. No obstante, la tradición cristiana, sustentada por la gran mayoría de los teólogos, es que el pecado de los ángeles caídos es indeleble.

¿Por qué cayeron los ángeles? Agustín ofreció dos explicaciones. El primero es ontológico. Solo Dios es perfecto e inmutable. Los ángeles no son coeternos con Dios sino criaturas que él hizo al principio de los tiempos, y todos los seres creados están sujetos a cambios y corrupción. La segunda es moral. Los ángeles eligieron libremente, sin ninguna causa de su elección, preferir el bien limitado de su propia voluntad al bien infinito de La voluntad de Dios. Estas explicaciones le parecieron suficientes a Agustín en su etapa moderada, pero a medida que se volvió más predestinatario hacia el final de su vida, consideró la posibilidad de que Dios hubiera creado dos clases diferentes de ángeles. Su dilema era este: por un lado, ambos conjuntos de ángeles (es decir, todos los ángeles) deben haber sido creados absolutamente iguales, o de lo contrario Dios sería responsable de su desigualdad y, por lo tanto, la causa última del pecado de los que cayeron. . Pero por otra parte, si no hubiera diferencia inicial entre ellos, no podría discernirse la causa de su caída, y la única explicación sería la libertad absoluta. En su fase predestinadora Agustín no podía permitir esto, ya que parecía limitar la soberanía absoluta de Dios.

Intentó explicar el asunto de la siguiente manera. Los ángeles, siendo limitados y falibles así como libres, son capaces de pecar si se los deja a su suerte. Pero Dios no quiso que cayeran. Por eso decidió fortalecerlos, confirmarlos en su bondad por un acto de gracia gratuito. Esta confirmación trajo a los ángeles una comprensión profunda de Dios, el cosmos y su propia condición. Como comprendieron tan completamente la realidad, se volvieron incapaces de violar sus principios, de pecar. Estos ángeles formaron un grupo. Otro grupo también fue creado bueno en naturaleza y con libertad de elección, pero a este grupo Dios le quitó la gracia que confirma en la bondad, dejándolos capaces de pecar. Eligieron libremente pecar y por lo tanto se convirtieron en demonios. Dios no causó este defecto

de voluntad, pero lo permitió. Pudo haber confirmado a todos los ángeles en la bondad, pero prefirió dejar a algunos a su suerte.

Un problema con este escenario es que el hecho de que Dios decida salvar a algunos de los ángeles y no a otros es un acto inexplicable de aparente injusticia. Además, el análisis no consigue desviar de Dios la responsabilidad del mal, como pretendía Agustín. Incluso si Dios en realidad no creó dos variedades de ángeles, el efecto es el mismo si Dios elige discriminar entre dos grupos de modo que por su elección llegaron a existir dos variedades.

Todo el argumento metedura de pata podría haberse evitado si Agustín se hubiera ceñido a la explicación más simple y elegante: algunos ángeles eligieron a Dios y otros eligieron el pecado, ambos con un movimiento absolutamente libre de la voluntad que no tenía causa. El error surgió de la falta de consistencia de Agustín sobre cuál de las dos posiciones fundamentales sobre el mal tomar. O se considera absoluta la omnipotencia y la soberanía de Dios, o bien se intenta poner distancia entre Dios y el mal moral postulando la libertad real por parte de las criaturas inteligentes. Agustín trató de tenerlo ambos sentidos. Aún así, hay una manera de reconciliar la soberanía de Dios con el libre albedrío. Agustín vio el camino —el omnipotente retiro de Dios de su propia omnipotencia de la esfera de la libertad de las criaturas— pero lo abandonó por una visión más predestinadora que transfirió la responsabilidad del mal moral directamente a Dios, y luego se negó a hacer explícita esa responsabilidad.

Cuando el ángel llamado Lucifer cayó, continúa la explicación de Agustín, se convirtió en el Diablo, y los otros ángeles caídos se convirtieron en demonios. Los ángeles buenos, permaneciendo con Dios, conservaron su inteligencia natural realzada por la iluminación, pero los ángeles malos, ensombrecidos por el pecado, perdieron la luz de la inteligencia junto con la luz del amor. Los poderes racionales que retuvieron fueron oscurecidos por la locura. Los demonios se volvieron estúpidos además de malos, providencialmente para nosotros, porque Dios se aprovecha de su estupidez para protegernos de ellos. Cuanto más alto estaba un ángel en las filas del cielo, más se sumergía en el infierno; así Lucifer, príncipe de los ángeles, se hundió hasta el punto más bajo del universo. De esta ruina no puede levantarse. “Ningún Demonio nuevo surgirá jamás de entre los buenos ángeles”, escribió Agustín. “Este Diablo presente nunca volverá a la compañía de los buenos”.

Ya sea que se pueda decir o no que el pecado del Diablo tuvo una causa, sí tuvo un carácter específico: el orgullo. Cuando la voluntad de Satanás pecó, el primer pecado que tomó fue el orgullo. Su orgullo consistía en el amor a sí mismo por encima del amor a Dios: Satanás no deseaba deber nada a Dios, prefiriendo ser el agente de su propia gloria. Del orgullo brotó la envidia de Dios y, después de la creación de la humanidad, de la feliz relación con Dios que los humanos disfrutaban en el Paraíso. De la soberbia y la envidia siguió la mentira y todos los demás pecados.

Antes del pecado original de la humanidad, el Diablo no tenía poder sobre nosotros. Pero después de que elegimos libremente alejarnos de Dios, Dios permitió que el Diablo ejerciera ciertos derechos sobre nosotros. El Diablo no podía reclamar estos derechos por sí mismo, porque como el más grande de los pecadores, no poseía derechos de ningún tipo. Pero Dios en su justicia le dio poder al diablo para tentarnos, probarnos y castigarnos. En estricta justicia, Dios podría habernos dejado en el poder del Diablo para siempre, porque fue nuestra propia elección libre alejarnos de la felicidad. No en la justicia obligada sino en la misericordia sostenida, Dios asumió la naturaleza humana para reconciliarnos con él. Lo hizo por amor, no por necesidad. Él nos había entregado en las manos de Satanás y podría habernos tomado de vuelta por cualquier medio que él escogiera. Pero prefirió la justicia a la fuerza; prefirió pagar al Diablo lo que le correspondía; y así se entregó a Satanás, quien precipitadamente y con avidez se apoderó de él.

Pero Jesús, siendo divino así como sin pecado, de ninguna manera era el diablo. adeudado. Al apoderarse de él, Satanás transgredió la justicia, violó el contrato que tenía con Dios, y así perdió su derecho sobre nosotros. Dios conoce eternamente toda la historia. Agustín produjo una imagen tan colorida como el cebo y el anzuelo: Cristo era el queso en la trampa para ratones, colocado allí por Dios para inducir al diablo a agarrarlo y así perder el premio. No era tanto que Dios planeara engañar a Satanás sino que sabía que Satanás estaría tan abrumado por el odio y la envidia al pensar en el amor de Dios por la humanidad que se arrojaría sobre Cristo con furia innecesaria. El ataque de Satanás a Cristo fue el resultado inevitable de la decisión de Dios de tomar sobre sí la naturaleza humana.

Agustín mezcló esta expresión de la teoría del rescate con la teoría del sacrificio. El sacrificio de Cristo fue un acto de infinita generosidad que tuvo infinitos efectos potenciales. Sin embargo, esos efectos fueron inmediatamente limitados, porque el acto salvó a algunos humanos y no a otros. Dos ciudades existen en la tierra. Una es la ciudad de Dios, la comunidad cuyos habitantes anhelan a Dios y al bien. Los habitantes de esta ciudad ven el mundo como un alojamiento temporal en el camino hacia su verdadera tierra natal. La otra es la ciudad mundana, cuyos habitantes, gobernados por la codicia, la lujuria y la avaricia, se escabullen tras el poder, engañándose a sí mismos pensando que una comida tan pobre proporciona el verdadero alimento. La ciudad mundana está ocupada por ángeles malvados y humanos malvados; la ciudad celestial por buenos ángeles y buenos humanos. El mundo y la sociedad en la que vivimos es una mezcla. Algunos de nosotros somos ciudadanos del cielo y otros del infierno, y es difícil distinguir a los santos de los pecadores, difícil incluso estar seguros de a qué ciudad pertenecemos.

Aunque Cristo murió por todos y desea que todos habiten en la ciudad celestial, a nadie obliga a entrar, y muchas personas son tan perversas que eligen no vivir allí, prefiriendo los placeres de la ciudad mundana. Por

tanto, decía Agustín, la Pasión de Cristo no realiza todo su potencial: no agota la ciudad terrena y llena la celestial. Dios ofrece repetidamente la oportunidad a la humanidad; la mayoría siempre ha rechazado la ciudadanía en la ciudad celestial y sigue sin ser salva.

Jesús, un hombre, murió por su hermano y hermana humanos, pero no murió por los ángeles caídos, quienes estaban inconmovibles en su pecado. Aunque su muerte eliminó algunas de las consecuencias de la caída de los ángeles, no eliminó su propia alienación de Dios. Tampoco salvó a los humanos que se niegan a participar en el sacrificio salvador de Cristo. Los pecadores, incluidos los infieles y los herejes, son ciudadanos de la ciudad mundana, que caminan por el camino descendente. Son células del cuerpo de Satanás. Sobre estos Satanás no perdió sus derechos; los retiene firme, justamente y mientras dure su pecado. Los ángeles caídos y los humanos caídos pueden saber que Cristo es Dios, pero si lo hacen, su conocimiento engendra miedo en lugar de amor, y no obtienen ningún beneficio de ello. Conocen el cosmos solo para odiarlo a él ya su creador.



Un ángel y un demonio se disputan el alma de un muerto, que está siendo pesada en la balanza. El ángel advierte al demonio que no haga trampa. Cortesía Museu d'Art de Catalunya, Barcelona.

El poder, la intensidad y la cantidad del trabajo de Agustín aseguraron que la mayoría de sus ideas quedarían fijadas en la diabología de la iglesia occidental. Sin embargo, la incoherencia de algunos de sus argumentos ilustra la dificultad de tratar de encapsular la verdad en un enfoque puramente racional. La teología mística del monje sirio conocido como pseudo-Dionisio el Areopagita (para distinguirlo de la persona cuya conversión se registra en Hechos 17:34) trajo otra dimensión a la diabología.

Dionisio, escribiendo alrededor del año 500, distinguió entre teología positiva y negativa, enfatizando el camino negativo hacia Dios a través de la contemplación y la oración sobre el camino positivo de la razón. La forma negativa combina la idea del parentesco del individuo y la intensa cercanía con Dios con la idea de que Dios es intelectualmente incognoscible. No podemos saber nada acerca de Dios a través de la razón, porque Dios está completamente más allá de cualquier cosa que podamos entender acerca de él. "Mis caminos no son vuestros caminos, y mis pensamientos no son vuestros pensamientos", dice el Señor; "Como los cielos sobre la tierra, mis pensamientos sobre vuestros pensamientos, y mis caminos sobre vuestros caminos" (Isaías 55:8–9). Nuestra propia razón es infinitamente pequeña y restringida en comparación con Dios. Una hormiga tiene más comprensión de Platón que la mente humana puede tener de Dios. Más importante aún, Dios es en sí mismo más grande que la razón misma e ilimitado por cualquier categoría racional. Si queremos tener un destello, debemos comprender a Dios con un entendimiento que supera la razón, un entendimiento dado por Dios y que nos atrae irresistiblemente por el deseo hacia lo que es la fuente de todo.

Dionisio no rechazó del todo la razón, pues aunque la esencia de Dios —Dios en sí mismo— está oculta para siempre, las "energías" de Dios —sus manifestaciones o acciones, o su extensión en el cosmos— pueden conocerse parcialmente. Dios se puede ver en las cosas de este mundo, aunque refracten o distorsionen su imagen. Además, la razón nos dice que algunas afirmaciones son más falsas que otras. El primer paso de la teología negativa es negar las cualidades de Dios que más difieren de su infinidad. "Ciertamente es más cierto afirmar que Dios es vida y bondad que que es aire o piedra", dijo Dionisio, "y más cierto es negar que se le pueda atribuir la embriaguez o la furia que negar que se le puedan aplicar las categorías del pensamiento humano." El pensamiento puede llevarte un poco del camino. Pero el próximo paso de la teología negativa es comprender que ninguna cualidad puede asignársele a Dios, ya que las cualidades son invenciones del limitado ser humano. mente. Incluso las declaraciones negativas son ilegítimas. Por ejemplo, no se puede decir que Dios es grande o Dios es pequeño, ni tampoco que Dios es grande o pequeño, pues esas afirmaciones imponen limitaciones a Dios, limitaciones derivadas de

nuestra razón falible. La esencia de la teología negativa es que ninguna categoría puede comprender a Dios. La teología de Dionisio es mínima, experiencial y limitada a las manifestaciones de Dios en el cosmos, sin atreverse a hablar de Dios en sí mismo.

Dios-en-sí, la esencia de Dios, produce sus acciones o manifestaciones, que son el cosmos. Las cosas no son externas a Dios. Dios conoce todo lo que existe, pero no en el sentido de que las cosas existen antes o separadas de su conocimiento y luego él las conoce. Todo lo que existe tiene existencia por la razón de que Dios lo conoce. Todo lo que no existe carece de existencia por la misma razón de que él no lo sabe. Las cosas existen verdaderamente porque existen en Dios, como parte de su energía.

Dios produce el mundo de la nada en el sentido de que no lo produce de nada que le preexista. No hay nada más que Dios; nada más que Dios del que pueden venir las cosas; Dios produce el cosmos a partir de su propio ser. Los teólogos posteriores, al no comprender el punto de Dionisio, pensaron que sus puntos de vista eran panteístas, pero malinterpretaron tanto el panteísmo como la teología ex nihilo. El panteísmo es la doctrina de que el cosmos es Dios y Dios es el cosmos; Dios y el cosmos son coextensivos, idénticos. Esto estaba lejos de la percepción de Dionisio: no era panteísta sino panenteísta. El panenteísmo es la opinión de que el cosmos es Dios en el sentido de ser la manifestación de Dios de sí mismo, pero que el cosmos es infinitamente trascendido por Dios en sí mismo. El cosmos está en Dios como una esponja en un vasto mar. La teología ex nihilo fue inventada por los padres para rechazar la idea de que cualquier materia prima u otro principio o sustancia existiera independientemente de Dios; no fue inventado para negar que Dios produjo el cosmos de su propia materia. Los teólogos posteriores han argumentado a menudo como si Dios existiera, y también existiera la Nada, y Dios hizo el cosmos a partir de esa Nada. La imagen es de Dios sentado en medio de una gran Nada y luego creando el mundo a partir de ella. Pero esto implica que Dios está sujeto al tiempo y que la Nada es realmente una especie de algo. De hecho nada no es nada. No es nada en absoluto. Hay Dios; eso es todo lo que es; no hay nada en absoluto fuera de Dios, ni siquiera la Nada. El cosmos es la manifestación de Dios de sí mismo.

Dios es lo que es. Todo lo que es viene de él, y todo anhela volver a él. “Todas las cosas se mueven por un anhelo de lo Bello y lo Bueno”, dijo Dionisio. Las cosas sin voluntad o inteligencia lo buscan naturalmente a través de procesos naturales; seres con voluntad y la inteligencia lo buscan a través del deseo consciente. Todo el cosmos anhela unirse a Dios, y Dios anhela reunirlo con él. El primer acto creador de Dios es un acto de deseo que derrama el cosmos; su último acto creativo es recuperar en el deseo lo que ha producido en el deseo. El universo se origina en la infinita energía creativa inherente a la naturaleza de Dios. Explota con energía, irradiando en abandono una generosidad ilimitada. Con la misma energía y deseo atrae el cosmos hacia sí mismo. El cosmos existe en un estado de tensión creativa

entre la energía que lo exhala y la energía que lo vuelve a atraer. El propósito del cosmos es la expresión dinámica de la energía de Dios.

El cosmos consiste en una jerarquía brillante que se extiende desde las entidades más cercanas a Dios hasta las más alejadas de él. La jerarquía no es estática, sino una escala o escalera dinámica y móvil en la que las inteligencias pueden ser arrastradas hacia arriba en su camino hacia la unión con Dios. Dionisio es la primera descripción detallada de la jerarquía celestial, en la que los ángeles están dispuestos en tres niveles de tres rangos cada uno. La tríada más alta, los Serafines, los Querubines y los Tronos, reciben iluminación directa del principio divino que ilumina el cosmos. La tríada intermedia, las Dominaciones, Virtudes y Potestades, recibe la iluminación divina de la primera tríada y, a su vez, la transmite a la tríada inferior: Principados, Arcángeles y Ángeles. Los arcángeles y los ángeles transmiten entonces la voluntad de Dios a la humanidad. Este arreglo jerárquico fue ampliamente adoptado tanto en las iglesias orientales como occidentales.

La idea de que los serafines están en el pináculo de la jerarquía angélica combinada con la idea de que el Diablo había sido el ángel más alto llevó a muchos escritores a suponer que Lucifer había sido un serafín. Dionisio no podía adoptar por sí mismo el punto de vista, ya que en su sistema las más altas órdenes de ángeles no tenían contacto con la tierra; el gran tentador tenía que ser de una de las órdenes inferiores de ángeles, pues eran estos los que se comunicaban con los humanos. De hecho, el Maligno jugó un papel pequeño en este sistema. Dionisio no construyó una jerarquía maligna para reflejar la celestial.

Entonces, ¿cómo, en un mundo hecho con deseo divino, un mundo en el que todas las cosas tienen su ser en Dios, puede existir el mal? La respuesta, pensó Dionisio, residía en comprender la naturaleza de la bondad. Dios es amor, pero es lo más alejado de manso o manso. Dios es amor, pero su amor es como el viento frío del invierno que muerde y penetra y sacude y aterroriza. Dios es lo que es; lo que es, es. No es una limitación para Dios que no sea como preferiríamos que fuera; es nuestra limitación que deseamos que Dios se conforme a lo que deseamos. Dios es amor, pero Dios es también el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de Moisés, cuyo rostro no se puede mirar y En Vivo. Dios es ambos, y más. El amor de Dios y la bondad de Dios están más allá de toda concepción humana del amor y la bondad.

Dionisio tuvo que enfrentarse a un dilema. Su sistema es esencialmente monista, porque en él no hay lugar para nada más que Dios. Ahora bien, una posición monista cabal debe sostener que incluso el mal es parte de Dios. La consistencia exigía que Dionisio argumentara que el mal procede de Dios y, por muy transformado que sea, vuelve a él. Pero Dionisio no pudo afrontar esto; tenía que encontrar una manera de preservar la bondad de Dios. Encontró su salida en la teoría de la privación. El mal es sólo falta de bien; no tiene un ser sustancial sino sólo una sombra del ser. En una de

sus grandes lluvias de palabras, Dionisio dice que el mal es “una carencia, una deficiencia, una debilidad, una desproporción, un error, sin propósito, sin amor, sin vida, imprudente, irrazonable, imperfecto, irreal, sin causa, indeterminado, estéril, inerte, impotente, desordenado, incongruente, indefinido, oscuro, insustancial y nunca en sí mismo poseído de existencia alguna.”

Todas las cosas son Dios, pero el mal no es Dios, ya que el mal no es nada, sólo falta de ser, falta de Divinidad. Ese es el argumento de la privación. Es un noble esfuerzo intelectual y una valerosa defensa lógica del Dios bueno y todopoderoso. La mayoría de los padres, incluido Agustín, habían defendido esa defensa. Pero para Dionisio y sus seguidores fue aún más necesario. Dado que el universo no solo es creado por Dios, sino que es Dios mismo, la pregunta era cómo puede existir el mal en Dios mismo. Lo que es, es Dios; el cosmos es Dios; pero hay maldad en el cosmos. ¿Cómo resolver este doloroso problema? Al negar la existencia real al mal. Es una solución elegante, lógicamente bella. Pero no funciona, no da cuenta del sufrimiento de innumerables hombres, mujeres, niños y animales; el verdadero dolor no es mera privación. Además, aunque el mal sea falta de bien como el frío es falta de calor, todavía debemos preguntarnos de dónde ese frío, de dónde esa falta, de dónde ese mal, en el cuerpo de Dios que es el cosmos.

Aun así, el cosmos de Dionisio nos recuerda que el mundo no puede verse como totalmente malo, que la bondad es más fundamental, más real y más poderosa. También nos recuerda la intensidad de nuestro anhelo de armonía, como si fuéramos arrastrados hacia una unidad que de alguna manera escapa para siempre a nuestro alcance. El cosmos de Dionisio es un orden sagrado, inmutable, absoluto. Ninguna cosa desordenada puede existir en él. La armonía es la concordia de todas las criaturas con este cosmos, cuya unidad se realiza progresivamente a medida que todas las criaturas son atraídas gradualmente hacia Dios.

Por lo tanto, el mal no es inherente al cosmos ni a nada de lo que existe. Pero “¿cómo es que los demonios, si han salido de los buenos, no son buenos ellos mismos?” pregunta Dionisio. Los demonios la naturaleza es real y buena, ya que es creada por Dios. Pero en la medida en que el Diablo desvía su voluntad de la realidad de Dios hacia la irrealidad de sus propios deseos egoístas, se aleja de la bondad, el ser y la realidad hacia la privación de la realidad. De todas las criaturas, el Diablo es el que se ha alejado más de Dios y el que más se ha acercado al vacío. La ortodoxia oriental siguió a Dionisio al explicar el mal mediante esta combinación de privación y libre albedrío, al igual que la teología occidental siguió la explicación similar de Agustín. Así, la teología racional y la teología mística propusieron respuestas similares que teólogos posteriores, como Santo Tomás de Aquino, intentaron entretejer en un tejido coherente.

La tradición cristiana clásica ya se había establecido. El marco había sido construido y el lienzo estirado. Los siglos siguientes pintarían en los

detalles. Y, sin embargo, la metáfora no es del todo correcta, porque el marco estaba sujeto a tensión y tensión; necesitaba reparaciones y eventualmente reconstrucción. La estructura clásica carecía de la consistencia de una visión puramente monista o puramente dualista; su naturaleza semidualista contenía inconsistencias que desafiaron constantemente a los pensadores cristianos. La mayoría de los cristianos ignoraron o evadieron estas inconsistencias, consciente o inconscientemente. Los mejores y más reflexivos lucharon con ellos, liberando un enorme poder creativo en el proceso. Porque la inconsistencia de la visión clásica es su fuerza última. Los sistemas más simples y consistentes no logran lidiar con la ambigüedad del mundo real tal como lo experimentamos; son más frágiles, más fáciles de romper. Las inconsistencias de la estructura clásica le dieron flexibilidad, sutileza, elasticidad; permitieron un tirón y una tensión continuos, una lucha incesante por comprender que hace que el esfuerzo cristiano para hacer frente al mal sea creativo, abierto y liberador.

Aunque este libro no se ocupa de la tradición musulmana, debe señalarse que la visión musulmana del mal y el Diablo ofrece una tensión creativa similar. Aunque el Islam es más monista que el cristianismo, los teólogos musulmanes también enfrentaron el problema del mal en un mundo creado por un Dios infinitamente bueno y poderoso, y el Islam adoptó muchos de sus enfoques del problema de los primeros padres cristianos. Los teólogos musulmanes desarrollaron enfoques tanto racionales como místicos similares a los que aparecen en la tradición cristiana. La teodicea musulmana tiene una rica textura y comparte con el cristianismo y el judaísmo la misma fidelidad a la experiencia humana y el mismo coraje para enfrentar el desafío del mal.

8 *Lucifer Popular y Élite*

Popular —la religión de los ignorantes— consistía en ideas teológicas que se habían filtrado (por lo general con distorsiones) de la élite, combinadas con elementos legendarios y folclóricos.

A principios de la Edad Media, la teología, el aprendizaje y la educación estaban dominados por los monasterios. Los monjes, que entrenaban al clero en las escuelas monásticas y enseñaban a los laicos a través de homilías, derivaron su diabología del feroz y colorido énfasis de los padres del desierto en la ubicuidad y tangibilidad de los demonios. Los homilistas insistieron en los demonios con el propósito expreso de asustar a sus congregaciones para que eviten el pecado. La tendencia monástica de enfatizar el poder del Diablo se equilibró con la tendencia opuesta del folclore y la leyenda de hacer que Satanás pareciera ridículo e impotente. Esta fue una reacción psicológica natural contra los terrores de la visión monástica. Cuanto más amenazador era el poder de Satanás, más comedia se necesitaba para domarlo y aliviar la amenaza. En la tensión entre estas tendencias contradictorias, la opinión popular osciló entre percibir a Satanás como un señor de poder oscuro y terrible y percibirlo como un tonto.

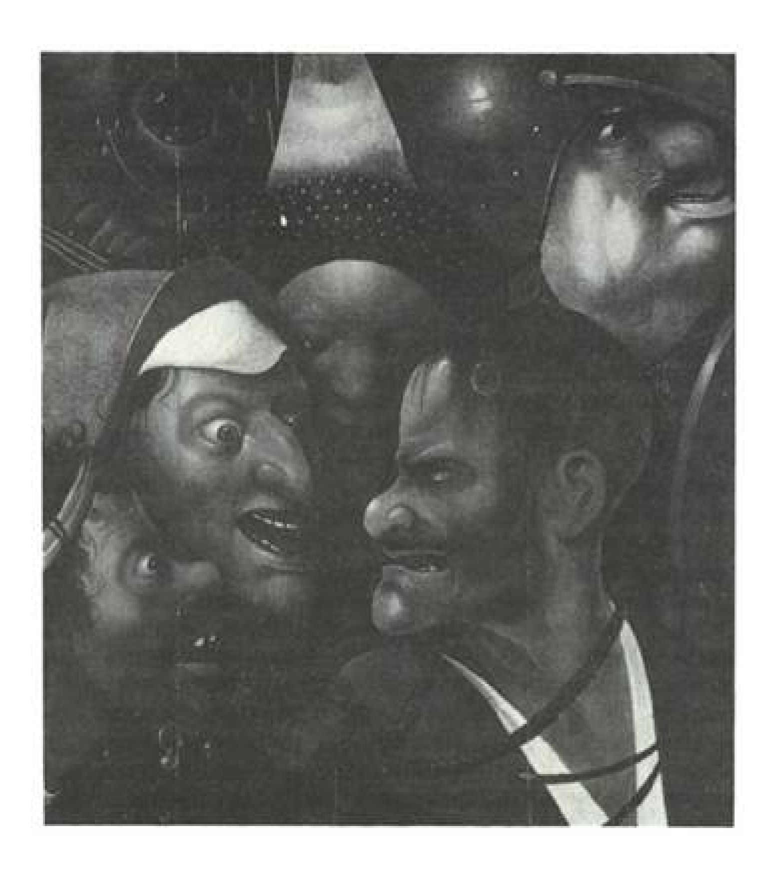
Las creencias populares y folclóricas se definieron con menos precisión que las de la teología; el Diablo del folclore se transforma en otras figuras de poder negativo como gigantes, dragones, fantasmas, monstruos, hombres animales y "la gente pequeña". Durante generaciones, el folclore suministró a la tradición muchos detalles triviales: qué ropa usa el Diablo, cómo baila, qué tan frío y peludo es, y cómo puede ser engañado o evadido. Algunos de estos detalles ganaron gran credibilidad y se establecieron en el arte y la literatura. Sin embargo, pocos se convirtieron en elementos importantes de la tradición, ya que ninguno abordó la cuestión central de la naturaleza del mal. Trato serio del mal se filtró desde la religión de élite mucho más de lo que surgió de lo popular. De hecho, la banalización popular del Príncipe de las Tinieblas desdibujó y socavó el esfuerzo humano por comprender y hacer frente al poder de la destrucción.

El folclore a menudo divide al diablo en más de una personalidad. Desde la época de la literatura apocalíptica judía, el diablo tenía muchos nombres, como Satanás, Sammael, Asmodeus, Satanael, Belial y Beelzebub, y las historias apocalípticas a veces asignaban estos nombres a diferentes personajes. El folclore y la literatura medieval reviven a veces este recurso dramático: por ejemplo, el personaje de Lucifer puede aparecer como príncipe del infierno y Satanás como su secuaz. Pero tales distinciones

carecían de consistencia y coherencia; ignorados en la mayoría de las leyendas y la literatura, fueron rotundamente rechazados por la teología. La percepción teológica y psicológica más profunda y clara siempre ha sido que el Diablo es una sola personalidad que dirige las fuerzas del mal.

Además de los nombres antiguos derivados de las tradiciones judeo-cristianas-gnósticas, el Maligno atrajo una gran cantidad de apodos populares que aumentaron con el tiempo en número y variedad. Era Old Horny, Old Hairy, Black Bogey, Lusty Dick, Dickon o Dickens, Gentleman Jack, the Good Fellow, Old Nick y Old Scratch, con nombres comparables en otros idiomas. Dichos nombres se asemejan a los de demonios menores, identificados a su vez con los duendes o "pequeñas personas" del paganismo: espíritus como trolls, duendes, duendes y kobolds. Existen cientos de estos nombres, como Terry top, Charlot, Federwisch, Hinkebein, Heinekin, Rumpelstiltskin, Haussibut, Hämmerlein, Robin Hood, Robin Goodfellow y Knecht Ruprecht. Darle al Maligno un nombre absurdo fue un antídoto popular contra el terror que infundió.

La apariencia de Satanás, según la tradición del folclore, variaba tanto como su nombre. Con frecuencia se lo identificaba o asociaba con animales, en parte porque los animales habían sido sagrados para los dioses paganos, a quienes los cristianos identificaban con demonios. El Diablo podía aparecer como casi cualquier animal excepto el cordero, el asno o el buey (porque Cristo es el “Cordero de Dios” y el buey y el asno estaban por tradición en el pesebre). Con mayor frecuencia aparecía como una serpiente, un dragón, una cabra , o perro. También asumió una variedad de formas humanas: un anciano o una anciana, un joven o una niña atractivos, un sirviente, un pobre, un pescador, un comerciante, un estudiante, un zapatero o un campesino. Con frecuencia aparecía como sacerdote, monje, peregrino u otro hombre santo. Podía ser teólogo, matemático, médico o gramático, y demostró ser muy hábil en la persuasión y el debate. Podía aparecer como un ángel de luz, como lo había hecho San Pablo. advertía, y en ocasiones incluso se atrevía a disfrazarse de Cristo o de la Santísima Madre de Dios. Puede aparecer como un gigante amenazante, un ídolo o un torbellino. Su forma propia es invisible o amorfa, pero puede cambiar su forma para adaptarse a su propósito.



Hieronymus Bosch, Cristo cargando la cruz , detalle. Los rostros de las personas que se burlan del Cristo sufriente son demoníacos. Óleo sobre madera. Cortesía del Museo voor Schone Kunsten, Gante.

A menudo, el Diablo aparece monstruoso y deforme, su forma exterior revela su defecto interior. Está cojo a causa de su caída del cielo; sus rodillas están hacia atrás; tiene una cara extra en el vientre, las rodillas o las nalgas; es ciego; tiene cuernos y cola; no tiene fosas nasales o sólo una; no tiene cejas; sus ojos como platillos lanzan fuego; tiene pezuñas hendidas; emite hedores sulfurosos; está cubierto de pelo negro y áspero; tiene alas deformes, parecidas a las de un murciélago. En la representación artística se parecía al dios pagano Pan, con cuernos, pezuñas, cubierto de pelo de cabra y equipado con una nariz y un falo de gran tamaño.

El Diablo suele ser negro, simbolizando la ausencia de luz y bondad. Su piel es negra, o es un animal negro, o su ropa es negra. A veces es un jinete negro sobre un caballo negro. Su siguiente tono más común es el rojo, el color de la sangre y el fuego; viste de rojo o tiene una barba roja o llameante; los hombres y mujeres pelirrojos están más sujetos a su influencia que otros. Ocasionalmente es verde, debido a su asociación con los poderes de la vegetación, del bosque salvaje y de la caza. Lleva una espada de fuego o una barra de hierro, o lleva cadenas resonantes. A veces regala dinero, pero inevitablemente tarde o temprano se convierte en algo asqueroso. Lo mismo ocurre con sus otros dones: un caballero invitado a un

misterioso banquete descubrió que los suculentos platos y los finos vinos que se le ponían delante se convertían repentinamente en excrementos.

El Diablo viene del norte, dominio de las tinieblas y del frío castigador. Existen curiosas conexiones entre Satanás y Santa Claus (San Nicolás). El Diablo vive en el extremo norte y conduce renos; viste un traje de piel roja; baja por las chimeneas disfrazado de Black Jack o del Hombre Negro cubierto de hollín; como Black Peter, lleva un gran saco en el que mete pecados o pecadores (incluidos los niños traviesos); lleva un palo o bastón para azotar a los culpables (ahora sólo trae bastones de caramelo); vuela por los aires con la ayuda de extraños animales; se le deja comida y vino como soborno para asegurar sus favores. El apodo del Diablo (!) "Viejo Nick" deriva directamente de San Nicolás. A menudo se asociaba a Nicolás con los cultos a la fertilidad y, por lo tanto, con las frutas, las nueces y el pastel de frutas, sus dones característicos. Esta extraña conexión indica cuán libremente asociativo se vuelve el folclore y cuán tangencial al punto esencial. Las permutaciones del Diablo folklórico son casi ilimitadas; en su mayor parte hacen poco para penetrar el problema del mal.

Todo lo que había sido consagrado a los dioses paganos se convirtió en sagrado para Satanás. Los templos paganos fueron sus lugares de residencia: los cristianos los derribaron o los santificaron como iglesias. Árboles, manantiales, montañas, torres, cuevas y ruinas (especialmente megalitos), arboledas, arroyos y bosques eran lugares predilectos del Príncipe de las Tinieblas. Al diablo le gustan las horas del mediodía y de la medianoche, pero también le gusta el crepúsculo; huye de madrugada cuando canta el gallo. El aire está tan lleno de demonios que una aguja lanzada desde el cielo a la tierra necesariamente lo herirá a uno; pululan en el aire como moscas. El Diablo suele habitar en el inframundo, a menudo en el centro de la tierra; una tradición menor ubicaba el infierno en Islandia, cuyo frío extremo, glaciares rugientes y volcanes activos sugerían un lugar de tormento.

Lucifer y sus seguidores están activos siempre y en todas partes. Causan enfermedades mentales y físicas; roban niños, disparan flechas a las personas, las atacan con garrotes o saltan sobre sus espaldas. Entran al cuerpo a través de todos los orificios, especialmente la boca durante el bostezo y la nariz durante el estornudo. Ellos frecuentan cementerios, ruinas y casas. Los fantasmas aparecían en el folclore medieval como almas que salían del purgatorio, pero la teología cristiana asumía más comúnmente que en realidad eran demonios que tomaban la forma de los muertos.

El Diablo cabalga por la noche como líder de una cacería salvaje. Rodeado de perros demoníacos que aúllan, Satanás y sus seguidores montan caballos fantasmales a través de los bosques, haciendo girar sus cuernos huecos. Cualquiera que tenga la mala suerte de escuchar el espantoso sonido en el desierto por la noche debe caer de bruces de inmediato, porque ver la caza salvaje es morir. La cacería también puede aparecer como una huida de mujeres salvajes dirigida por un demonio (una antigua diosa de la

fertilidad), un motivo que se convirtió en uno de los elementos de la tradición de las brujas. Como su manifestación, el dragón, Satanás guarda tesoros subterráneos. Él y sus seguidores montan animales al revés. Habiendo tomado el lugar de los gigantes teutónicos, que construyeron enormes monumentos, los demonios construyen artificios gigantescos. Se suponía que cualquier objeto enorme y misterioso de piedra había sido derribado, construido o excavado por el Maligno. Hay fosas del diablo, diques, puentes, gargantas y torres. Lucifer lanza meteoritos; amontona bancos de arena en los puertos para que los barcos encallen. Construye muelles, casas, caminos, incluso torres de iglesias. Sus proezas de ingeniería favoritas son los puentes. La siguiente historia es típica. Jack y el Diablo construyen un puente cerca de Kentmouth. Todo lo que construyen de noche se derrumba de día. Finalmente, Satanás completa el puente con el entendimiento de que obtendrá el alma de la primera criatura viviente en cruzar el puente, pero Jack lo engaña arrojando un hueso a la calzada, de modo que la primera criatura en pasar es un perro.

La teología insistía en que el Diablo solo podía ser derrotado invocando a Cristo, pero el folclore domó el terror al permitir que los humanos engañaran al Príncipe de las Tinieblas con ingenio y astucia nativos. El Diablo construyó una casa para un zapatero después de que el zapatero prometiera que podría tener su alma tan pronto como una vela encendida se apagara, pero el zapatero apagó la vela antes de que se consumiera. Lucifer podía ser derrotado en combates de lucha libre, concursos de siega o siembra, borracheras, apuestas o debates. A veces, la humillación de Satanás era satisfactoriamente grotesca, como cuando intentó impedir que San Teobaldo asistiera a un concilio quitando una rueda de su carro. El santo lo obligó a tomar el lugar de la rueda y siguió su camino contento con Lucifer rodando en el camino debajo de él. Colegiales, granjeros, zapateros, herreros, peones, sirvientas, zapateros y monjes son héroes comunes de tales cuentos; rara vez el vencedor es un sacerdote o un caballero. Las historias transmiten la idea de que los pobres y humildes son más sabios que los ricos y orgullosos. Derriban a los arrogantes, incluido el mismo Lucifer, con su ingenio práctico y sentido común. El punto de contacto entre esta religión popular y la teología es que el Diablo, por astuto que sea, es en el fondo un tonto que no entiende nada.

Las historias populares generalmente tenían como objetivo reducir al Maligno a su tamaño, pero algunos cuentos aterradores revelan el otro lado de la ambigüedad popular: el verdadero terror del poder oscuro. Jack de Francia se encontró con un monje que estaba de pie junto al camino recitando los nombres de los que morirían el año siguiente; Jack escuchó su propio nombre llamado; horrorizado, miró debajo de la capucha del monje y vio el rostro horrible y lascivo de Satanás. Uno nunca debe invocar al Diablo con ira, ya que puede sorprenderlo respondiendo. Un hombre irritado por su hijita llorona exclamó que deseaba que el diablo se la llevara;

Él hizo. Un posadero que juró “Que el diablo me lleve si esto no es cierto” pronto deseó haberse quedado callado.

El Diablo es casi siempre masculino. Tiene una abuela poderosa, probablemente un avatar de una antigua diosa de la fertilidad; también tiene una esposa y siete hijas que representan los siete pecados capitales. Es el padre del Anticristo, a quien engendra con una ramera babilónica; también engendra otras figuras malignas o numinosas como Merlín, Atila, Calibán y gigantes. La fecundación del Diablo de una mujer mortal, en particular su paternidad del Anticristo, es una parodia de la Encarnación divina. Dado que el Diablo como ángel no tiene sexo y puede adoptar cualquier forma que le plazca, "ella" podría haberle dado un hijo a un hombre, pero eso habría pasado por alto la burla de la aparición del Espíritu Santo a la Santísima Madre. La mayoría básica es la suposición sexista de que cualquier figura de tan enorme poder tiene que ser masculina. La madre de Lucifer, a veces llamada Lilith, está orgullosa de “su hijo, el Diablo”. En una parodia de María y los ángeles, ella y los demonios se unen para cantar alabanzas alrededor del trono de su hijo. En el infierno como en la tierra, el papel de la mujer es seguir y admirar al hombre. El folclore reflejaba no solo la sociedad contemporánea, sino también los supuestos milenarios de supremacía y dominación masculina.

La línea entre el Diablo, el príncipe del mal, y sus seguidores, los demonios menores, en ocasiones borrosa incluso en la teología, es más confusa en el folclore. El más importante de los muchos cómplices de Satanás es el Anticristo, que vendrá al fin del mundo para liderar las fuerzas del mal en una última y desesperada batalla contra el bien. Los herejes, los judíos y (a finales de la Edad Media) las brujas son los ayudantes humanos más prominentes de Satanás. Los judíos y los herejes pueden al menos ignorar que están sirviendo a Satanás, pero las brujas se alistan a sabiendas en sus filas, adorándolo y ofreciéndole sacrificios.

Uno puede invocar deliberadamente al Diablo de varias maneras, pero la más efectiva es mediante un encantamiento para que Satanás aparezca, de forma análoga a una oración a Dios. También se podría obligar al Diablo a venir a través de la magia, para lo cual no hay analogía con lo divino. A Dios sólo se le puede pedir; al Diablo se le puede pedir u obligar. Satanás es convocado más seriamente con el propósito de hacer un pacto formal. La idea de pacto se remonta a una historia sobre San Basilio que circuló en el siglo V ya una historia aún más influyente sobre Teófilo de Cilicia que data del siglo VI.

Como Hincmar de Reims volvió a contar la historia de Basilio en el siglo IX, un hombre que desea obtener los favores de una chica bonita acude a un mago en busca de ayuda y, como pago, acepta renunciar a Cristo por escrito. El mago, complacido por complacer a su Maestro Oscuro al hacer un nuevo recluta, redacta una carta para Satanás y le ordena al lujurioso que salga por la noche y lance el mensaje al aire. Esto lo hace, invocando los poderes del mal. Los espíritus oscuros descienden sobre él y lo guían hasta

la misma presencia de Lucifer. "¿Crees en mi?" pregunta el Señor Oscuro desde su trono. "Sí, creo". “¿Renuncias a Cristo?” “Renuncio a él”, responde el lujurioso en una parodia blasfema del bautismo. Entonces Satanás se queja: “Ustedes, los cristianos, siempre vienen a mí cuando necesitan ayuda, pero luego tratan de arrepentirse, confiando en la misericordia de Cristo. Quiero que prometas lealtad por escrito. El hombre accede, y el Diablo, satisfecho con el trato, hace que la chica se enamore del lujurioso y le pida permiso a su padre para casarse con él. Su padre, que desea que ella hacerse monja, se niega. La niña lucha contra las tentaciones del Diablo pero finalmente no puede resistir más. Pero justo antes de que ella entregue su virtud, el pacto sale a la luz y, con la ayuda de San Basilio, el hombre se arrepiente y la niña se salva de un destino peor que la muerte.

La otra historia, la leyenda de Teófilo, una de las más populares de todas las historias europeas, eventualmente engendró la leyenda de Fausto. A Teófilo, un clérigo de Asia Menor, se le ofreció un obispado a la muerte del obispo anterior. Teófilo declinó, pero luego se arrepintió, porque el nuevo obispo lo privó de sus oficios y dignidades. Enfurecido, Teófilo planeó recuperar su influencia y vengarse. Consultó a un mago judío, quien lo llevó de noche a un lugar secreto donde se encontraron con el Diablo rodeado de sus adoradores que portaban antorchas y velas. El Diablo le preguntó qué quería y Teófilo accedió a convertirse en su sirviente a cambio de sus gratificaciones perdidas. Haciendo un juramento de lealtad a Lucifer, renunció a su lealtad a Dios y prometió llevar una vida de lujuria, desprecio y orgullo. Firmó un pacto formal al efecto y se lo entregó al Diablo, dándole un beso en señal de sumisión. El Diablo le dio grandes riquezas y poder, pero al fin llegó para reclamar el pago. Aterrorizado, Teófilo se arrepintió y pidió ayuda a la Santísima Madre. María descendió a los infiernos, arrebató el contrato a Satanás y se lo devolvió a Teófilo, quien lo destruyó.

La leyenda, que contenía reflejos infernales tanto del bautismo cristiano como del homenaje feudal, se extendió rápidamente por Europa y estableció firmemente la noción de pacto. Es uno de los pocos ejemplos de una idea popular que cambia el curso de la teología de élite. Los padres habían argumentado que todos los malhechores habían aceptado implícitamente ser siervos de Satanás, pero la idea de un pacto explícito con el homenaje al Diablo era nueva. En el siglo XV, el pacto era la acusación central contra las supuestas brujas, y en el siglo XVII, los documentos que supuestamente constituían tales pactos formales se presentaban como prueba ante los tribunales de justicia.

El pacto fue una de las piedras angulares en la demonización de las minorías: la transformación en la mente cristiana de herejes, judíos y musulmanes en secuaces conscientes del Príncipe de las Tinieblas. La incomprensión total de la religión de los demás llevó a los cristianos a hacer las suposiciones más improbables. Se creía que los judíos, que no creían en la Encarnación ni en la Eucaristía, robaban las hostias eucarísticas, se las llevaban a casa y las apuñalaban hasta que sangraban; Se creía que los

musulmanes rígidamente monoteístas adoraban ídolos. La versión alemana de La canción de Roldán es explícita: los musulmanes son paganos que adoran 700 ídolos, los principales de los cuales son Apolo y Mahoma. Mahoma, un profeta humano para el musulmanes, era en la mente cristiana el dios principal de los musulmanes idólatras, apenas distinto del mismo Satanás. De ello se deducía que los cristianos tenían tanto el derecho como el deber de acabar con estos monstruos. Lo mismo ocurrió con los judíos, porque los judíos no solo profanaron la hostia sino que secuestraron y sacrificaron a los niños cristianos. Sus sinagogas eran templos de Satanás; practicaron magia maligna; el Anticristo sería un judío de la tribu de Dan. La relativa tolerancia hacia los judíos que existía a principios de la Edad Media fue reemplazada a partir del siglo XI por un feroz antisemitismo que se expresó en masacres, asesinatos y expulsiones en masa.



Teófilo le entrega al Diablo el pacto escrito (izquierda) ya la derecha coloca sus manos entre las de Satanás en señal de homenaje feudal. Iglesia abacial de Souillac, siglo XII. Cortesía Lefevre-Pontalis/© Arq. Foto París/ SPADEM

Un papel mucho más constructivo que jugó el Diablo en la religión popular fue el de vehículo para la crítica irónica de la propia sociedad cristiana. Las cartas del diablo se convirtieron en un género popular a

finales de la Edad Media. Su propósito era triple: satirizar a los eclesiásticos corruptos, particularmente en la corte papal; para divertir; y finalmente ofrecer instrucción en retórica. La forma de la carta era a menudo una concesión o carta legal en la que Lucifer otorgaba recompensas por los servicios prestados. Agradeció al clero por su codicia, embriaguez y ambición mundana, todo lo cual le trajo muchos reclutas al infierno. Los saludos de tales cartas parodiaban las cartas legales: “Satanás, emperador de todos los reinos del infierno, rey de las sombras, duque de los condenados, a su fiel servidor John Dominici, arzobispo de Ragusa y cómplice de todas nuestras obras, le envía buena salud. y orgullo eterno.” “La Carta de Lucifer”, compuesta en 1351, fue ampliamente copiada y adaptada. Después del saludo a “todos los miembros de nuestro reino, los hijos del orgullo, particularmente los príncipes de la iglesia moderna”, continúa diciendo, “estamos enviando algunos de los eminentes demonios y nobles del infierno para aconsejarlos y ayudarlos. ; vuestra astucia sabe muy bien cómo consentir sus sugerencias y aumentar sus traicioneras invenciones.” Después de una larga sátira sobre el estado de la iglesia, la carta concluye, “fechada en el centro de la tierra en nuestro sombrío reino, en presencia de hordas de demonios especialmente convocados para este propósito en nuestro traicionero consistorio”.

La liturgia cristiana estaba ligada a la religión popular porque la mayoría de la gente encontraba el cristianismo en los ritos de la iglesia más que en la teología. El Diablo, sin embargo, jugaba un papel pequeño en la liturgia, con la gran excepción del rito del bautismo. En el siglo III, la iglesia occidental comúnmente administraba el bautismo en Pascua. Una serie de escrutinios —misas durante las cuales se administraron exorcismos a los catecúmenos que buscaban la admisión a la iglesia— se llevaron a cabo en las semanas previas a la Pascua. El exorcismo se convirtió en una parte invariable del bautismo. Antes de candidato podía ser recibido en la comunidad cristiana y el Cuerpo de Cristo, el señor oscuro tenía que ser exorcizado de su alma.

El término “exorcismo” tuvo su origen en el paganismo griego y deriva del griego exorkizo , “asegurar con juramento” o “pedir u orar profundamente”. En su significado de raíz, era un discurso solemne e intenso para alguien o algo y no estaba necesariamente relacionado con los demonios. Entre los griegos paganos e incluso entre los primeros cristianos, el exorcismo podía dirigirse tanto a los poderes buenos como a los malos. El Nuevo Testamento usa la palabra “exorcizar” dos veces para caracterizar las súplicas fervientes a Jesús.

Para el siglo III, el significado de exorcismo se había reducido: era una oración indirecta a Cristo para expulsar espíritus dañinos de personas u objetos. El agua, el incienso, la sal y el aceite utilizados en el bautismo necesitaban exorcismo: “Te exorcizo, criatura sal. . . que esta criatura, la sal, en nombre de la Trinidad, se convierta en sacramento eficaz para poner en fuga al Enemigo.” También se podría abordar directamente al Diablo oa los

demonios, y las dos modalidades combinadas, como en este exorcismo del agua: “Yo te exorcizo, criatura agua; Os exorcizo, huestes todas del Diablo. Las personas no bautizadas necesitaban ser exorcizadas porque Satanás ejerció el señorío sobre la humanidad desde la época de Adán y Eva. El exorcismo subyacente es la suposición de que, incluso después de la Encarnación, Satanás retiene ciertos poderes sobre el mundo material, así como sobre los seres humanos caídos.

Además del exorcismo, los escrutinios bautismales incluían otros enfrentamientos con el Maligno. El Diablo fue severamente advertido de que reconociera la justicia de la sentencia condenatoria dictada sobre él, que rindiera homenaje a la Trinidad y que se apartara del catecúmeno. La fórmula habitual era “Por lo tanto, diablo maldito, apártate”, pero algunas expresiones como la siguiente, de la liturgia galicana, eran obras maestras de anatema.

> ¡Te abordo, espíritu maldito e impuro, causa de la malicia, esencia de los crímenes, origen de los pecados, que te deleitas en el engaño, el sacrilegio, el adulterio y el asesinato! Os conjuro en el nombre de Cristo que, en cualquier parte del cuerpo que escondáis, os declaréis, que huyáis del cuerpo que estáis ocupando y del cual os expulsamos con látigos espirituales y tormentos invisibles. Os exijo que dejéis este cuerpo, que ha sido limpiado por el Señor. Que te baste que en edades anteriores dominaste casi todo el mundo a través de tu acción en los corazones de los seres humanos. Ahora día tras día tu reino se destruye, tus brazos se debilitan. Tu castigo ha sido prefigurado desde la antigüedad. Porque fuiste derribado en las plagas de Egipto, ahogado en Faraón, derribado con Jericó, abatido con las siete tribus de Canaán, subyugado con los gentiles por Sansón, muerto por David en Goliat, ahorcado por Mardoqueo en la persona de Amán, derribado en Bel por Daniel y castigado en la persona del dragón, decapitado en Holofernes por Judit, subyugado en los pecadores, quemado en la víbora, cegado en el vidente y deshonrado por Pedro en Simón el Mago. A través del poder de todos los santos, eres atormentado, aplastado y enviado a las llamas eternas y las sombras del inframundo. . . . Partid, partid, dondequiera que estéis al acecho, y nunca más busquéis cuerpos dedicados a Dios; que os sean prohibidas para siempre, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Los escrutinios incluían la “exuflación”, en la que el sacerdote soplaba en la cara del candidato para expresar su desprecio por los demonios y ahuyentarlos. El sacerdote también tocó los oídos del catecúmeno con saliva a imitación de la curación de Jesús. Hizo la señal de la cruz en la frente del candidato para mantener alejados a los demonios. Durante la vigilia pascual, el catecúmeno miraría hacia el oeste, la región de las tinieblas y la muerte, y haría una triple renuncia formal a Satanás. Luego se volvió hacia el este, la dirección de la luz y la resurrección, y transfirió formalmente su lealtad a Cristo. Fue ungido con aceite sagrado como sello contra nuevos ataques del Príncipe de las Tinieblas. En el acto central del bautismo, el descenso al agua simbolizaba el descenso al inframundo de la muerte, y la salida del agua simbolizaba el renacimiento y la resurrección. El bautismo, la culminación de la liberación del individuo de Satanás, tenía poderes para curar la enfermedad del cuerpo y la mente, así como la corrupción del alma.

Aparte de su poder general sobre la humanidad, el Diablo o sus demonios podían poseer a cualquier individuo en particular. La víctima de tal

posesión se llamaba energumen. Su cuerpo estuvo bajo el control temporal de un demonio, que podía ser expulsado por exorcismo. Tal posesión no fue de ninguna manera voluntaria; la víctima no había usado su libre albedrío para invitar al Diablo a entrar, por lo que un energúmeno no era de ninguna manera un pecador; él era totalmente diferente de alguien que llama voluntariamente a los demonios con encantamientos. Una vez expulsado el demonio, el energúmeno volvía a su vida normal, normalmente sin recordar el periodo en el que su cuerpo estuvo fuera de su control.

La teología de élite del Diablo a principios de la Edad Media siguió a la de los padres. El único teólogo completamente original de la época fue John Scottus Eriugena (c. 820–c. 877), cuya obra más importante, La división de la naturaleza , compuesta entre 862 y 867, se mantuvo en la tradición de la teología negativa. Dios es absolutamente incomprensible tanto para nosotros como para él mismo. Conocer algo es definirlo, pero Dios no puede ser definido. Más que eso: Dios no es nada en absoluto. Es absurdo decir que Dios es algo, porque eso lo pone en la misma categoría que las cosas creadas. Nada se puede afirmar acerca de Dios, pues todo lo que se afirma acerca de él niega su contrario. Si decimos que Dios es grande, eso niega que sea pequeño; si decimos que es luz, eso niega que sea oscuridad. De hecho, Dios está más allá de todas las categorías, trasciende todas las categorías y reconcilia todas las categorías. Cualquier afirmación sobre Dios no puede ser más que una metáfora.

Dios no es ninguna sustancia o ser. Incluso es absurdo sostener que Dios “existe”, como si Dios ocupara el continuo espacio/tiempo con otras cosas que “existen”. Puede existir un perro, una mesa, una estrella o una mujer, pero Dios no existe si por existencia entendemos algo presente a los sentidos. Si existe una camisa, entonces Dios no existe. Pero si por existencia entendemos un ser no contingente, un ser eterno que no depende de ningún otro ser, entonces Dios existe y la camisa no. Cualquiera que sea el “ser” para Dios, es totalmente diferente de lo que es el “ser” para una camisa.

Eriugena, como Dionisio, era panenteísta. El cosmos es Dios, pero Dios también trasciende el cosmos. Todas las cosas están en Dios, y todas las cosas son Dios, pero Dios también está más allá de todas las cosas. Cada criatura que existe existe en razón de que Dios la piensa y actúa en ella; su existencia está en Dios. Si pudiéramos penetrar hasta el nivel más profundo de cualquier criatura, encontraríamos que ese nivel más profundo es Dios: “No debemos entender a Dios y la criatura como dos cosas separadas una de la otra, sino como una sola y misma cosa”. Dios está arriba y abajo, dentro y fuera de todas las cosas; él es el principio, el medio y el fin. El cosmos es Dios en el sentido de que existe dentro de Dios, pero Dios trasciende infinitamente el cosmos.

Toda criatura vive en Dios,

y Dios mismo es creado en cada criatura

de una manera que no podemos comprender.
Inalcanzable, se ofrece a nosotros,
Invisible, se muestra,
Impensable, entra en nuestra mente,
Oculto, se descubre,
Desconocido, se da a conocer,
El Nombre indecible pronuncia la Palabra en que cada cosa es.
Infinito y finito, complejo y simple,
Él es naturaleza sobre naturaleza, ser sobre ser.
Hacedor de todo, se hace en todo,
Inmóvil, entra en el mundo,
Intemporal en el tiempo, ilimitado en el espacio limitado,
Y el que no es cosa se convierte en todas las cosas.

Nunca hubo un tiempo en que el cosmos no existiera. Dios crea el espacio y el tiempo cuando crea el cosmos. No tiene sentido imaginar a Dios esperando un rato con cosas en potencial antes de actualizarlas. Dios está en la eternidad; lo que hace, lo hace eternamente. Por lo tanto, el universo es a la vez creado y eterno. Tiene un verdadero principio y un verdadero fin para las criaturas que en él habitan, pero es verdaderamente eterna en la Palabra de Dios. La Palabra, Cristo, es el vínculo entre Dios y la creación. En Cristo la Palabra yacen todas las causas, esencias, ideas, predestinaciones y semillas de todo el cosmos. ¿Cuándo hace Dios este acto de creación? Al principio de los tiempos, desde nuestro punto de vista; en toda la eternidad, de Dios. ¿De qué lo hace? De la nada, es decir, de sí mismo, pues no hay nada más que él.

El mundo físico es Dios, pero en un sentido menos directo que el mundo ideal: está nublado, sombreado e ignorante. Esta es la naturaleza del mal: falta de conocimiento, falta de ser. El mal tiene efectos reales, pero en el sentido más profundo de la existencia no existe. No es nada. Todo lo que tiene ser real lo tiene porque Dios lo sabe. Dios no conoce el mal, por lo que el mal no tiene un ser real. Si Dios conociera el mal, entonces el mal vendría de Dios, y esta no era una alternativa para Eriugena. La maldad en las criaturas brota de su deseo de aferrarse a lo que proviene de la ignorancia en lugar de lo que proviene de la realidad.

La tentación de Adán y Eva por parte de Satanás fue un evento histórico que ocurrió en el tiempo. Para Eriugena, la presencia del Diablo era innecesaria. La humanidad era libre de elegir la ignorancia sobre la realidad y probablemente lo habría hecho incluso si el Diablo no la hubiera tentado. El sentido de un Diablo inquietante, poderoso y omnipresente que dominó gran parte del pensamiento medieval no está presente en Eriugena. Al final del mundo, todo volverá a Dios y las ilusiones del mal, la privación y la

ignorancia desaparecerán. Incluso el Diablo será purgado del pecado, y su verdadera naturaleza creada será devuelta a Dios. No dejará de ser, pero dejará de ser el Diablo. Se dibuja el aguijón del mal, y el mundo se completa.

El arte cristiano pudo penetrar en el carácter de Lucifer de una manera que ni el folclore ni la teología pudieron hacer. Los momentos más dramáticos de la historia de Lucifer —su rebelión original, su expulsión del cielo, la tentación de Cristo, el descenso de Cristo a los infiernos y el fin del mundo — se prestaban a tratamientos artísticos que exploraban la psicología del ángel caído. Irónicamente, tales exploraciones llevaron a un grado de empatía. La rica literatura del inglés antiguo, que introdujo las ideas teutónicas en la historia judeo-cristiana, presentó al héroe germánico luchando solo, a menudo contra obstáculos abrumadores. Orgulloso e indiferente a nadie, el héroe teutón no encajaba del todo en el patrón de Cristo o un santo. La figura más apropiada en la tradición cristiana fue Lucifer, orgullosamente de pie solo en una batalla desesperada, inflexible hasta el final contra un enemigo implacable. Por primera vez, Lucifer parecía digno de una especie de admiración a regañadientes. La concepción teutónica del señorío, en la que un líder militar está rodeado de sirvientes vinculados a él por lealtad, honor y compromiso mutuos, también se adaptó a la diabología. Cristo era el señor legítimo del cielo, cuya confianza violaron Lucifer (y Adán). El castigo teutónico por la negación del señor de uno era aislar al traidor de la comunidad para que deambulara como un forajido sin señor y sin protector. Cristo empujó a Lucifer solo a un mundo sin señor: los pueblos teutónicos pudieron captar tanto la justicia de su castigo como el patetismo de su miseria. El Diablo también proporcionaba una ilustración invertida de los valores del feudalismo germánico: los lazos de lealtad entre el señor y los sirvientes se tuercen y pervierten en el infierno, donde Satanás gobierna a sus vasallos.

El poema en inglés antiguo Génesis (siglo XI en su forma final) presenta un relato dramáticamente detallado de la rebelión y caída de los ángeles que va mucho más allá de la historia bíblica. Dios creó a los ángeles antes de crear el universo material y sus habitantes. Dio a los ángeles libre albedrío, esperando que fueran sus leales vasallos. Pero uno de los ángeles, lleno de orgullo y envidia, se jactaba de que no necesitaba servir a Dios. Admirando el brillo y la belleza de su propio rostro, dirigió sus pensamientos de la contemplación de Dios a la contemplación de sí mismo. Vasallo rebelde, imaginó que podía renunciar a su legítimo señor y establecer un feudo en el cielo para sí mismo. "¡Puedo convertirme en Dios como él!" se jactó. En el noroeste del cielo estableció una fortaleza rebelde y construyó un trono para sí mismo, convocando a los otros ángeles para que se reunieran alrededor de su estandarte. Pero Dios, cuyos derechos como señor habían sido violados, arrojó a Lucifer y sus seguidores a los valles oscuros. Los ángeles rebeldes cayeron durante tres días y tres noches en el pozo, donde perdieron su dignidad angelical y se convirtieron en miserables forajidos.

Satanás, una vez el más hermoso de los ángeles, ahora se encontraba en las sombras apestosas del infierno. Sin desanimarse, el héroe rebelde levantó un castillo en la oscuridad. Allí, levantándose de su trono maldito, pronunció un discurso desafiante a sus criados, informando que había oído que el Señor estaba planeando injustamente dar los asientos vacíos que los rebeldes habían dejado vacantes en el cielo a una raza de despreciables villanos, meros humanos hechos de tierra base y suelo. Ya Dios había preparado el Edén para la primera de estas miserables criaturas. ¡Oh, exclamó Satanás con angustia, si tan solo pudiera liberarme por una hora de invierno, qué podría lograr con esta hueste del infierno!

En su corazón, Satanás sabía que no tenía ninguna esperanza de derrotar a Dios en una batalla abierta. Por lo tanto, sugirió un nuevo plan a sus thanes. Si no podemos atacar directamente, al menos podemos pervertir a estos humanos, ponerlos en contra de su Señor y traerlos aquí al infierno para que sean nuestros esclavos. Descansaré más cómodamente en mis cadenas sabiendo que los humanos también han perdido el reino de Dios. Uno de los demonios se ofreció como voluntario para la misión, se puso su casco de guerra y se aventuró hacia el Edén, donde crecían dos árboles, uno de la vida y el otro de la muerte. (Dos árboles inequívocamente buenos y malos encajaban mejor con las sensibilidades teutónicas que las ambigüedades de la flora bíblica).

Tomando la forma de una serpiente, el demonio tentó primero a Adán. La audiencia anglosajona se sentía mucho más cómoda con la idea de que un gran señor (bueno o malo) se acercaba al amo y señor de la humanidad en lugar de a su esposa en asuntos importantes. El demonio le dijo a Adán que llevaba el mensaje de que Dios de hecho deseaba que Adán recogiera el fruto del árbol de la muerte y lo comiera. Adam, observando astutamente que este thane se parecía poco a un mensajero angelical, declinó, y el demonio dirigió su atención al sexo débil. Al quejarse con Eva de que Adán lo había entendido mal, insistió con engaño: “No soy como el Diablo”. Él hábilmente apeló al amor de Eva por Adán para persuadirla de que ayudaría a su esposo al comer la fruta. Eva comió e inmediatamente recibió lo que ella interpretó como una hermosa visión del cielo. El mensajero la felicitó por su cambio de apariencia, y su engaño ahora era tan profundo que se imaginó a él ya ella misma brillando con una belleza angelical. Luego persuadió a Adán para que se uniera a ella para comer la fruta, y las esperanzas del demonio se cumplieron. Entre risas y cabriolas, se preparó para volver al infierno con la noticia de su éxito. Adán y Eva, humanos, falibles, inexpertos, habían creído las mentiras, pero ahora que la obra estaba hecha, se dieron cuenta de que habían traicionado a su Señor. Es extraño que Dios “permita que tanta gente sea engañada por mentiras disfrazadas de sabiduría”, desconcertó el poeta.

Otro poema en inglés antiguo, Cristo y Satanás , avanza rápidamente a través de la historia hasta el momento en que los ángeles caídos se encuentran establecidos en el infierno. Aquí el discurso de Satanás desde el

trono es tan patético como desafiante. Hemos perdido nuestra gloria, le dice a sus criados, y la hemos cambiado por las sombras del infierno, atados en tormento entre fuegos que no dan luz. Una vez cantábamos en medio de los gozos del cielo; ahora languidecemos en este lugar venenoso. Los otros espíritus crueles culpan a su señor por conducirlos a la desastrosa rebelión. Mentiste, se quejan, al hacernos pensar que podíamos convertirnos en nuestros propios señores y no servir al Salvador. Bueno, aquí estás ahora, un forajido atado rápidamente al fuego, y nosotros, tus seguidores, tenemos que sufrir contigo. A lo largo de su miserable coloquio, Satanás y sus caudillos se enfurecen contra la realidad del mundo tal como está construido; su rabia es una expresión artística perfecta del temperamento demoníaco y de la situación de Satanás. Los espíritus miserables se niegan a aceptar el mundo tal como Dios lo ha creado, pero nunca podrán cambiarlo. La negativa del Diablo a aceptar la realidad produce la miseria eterna en la que habita: construye su propio infierno. Derrotado pero orgulloso, el héroe se enfrenta a su wyrd , su destino implacable.



La boca del infierno se traga a los condenados, que son atormentados por los demonios mientras Cristo los encierra. Cotton MS Nero IV fol. Cortesía de la Biblioteca Británica.

Provocando fuego y veneno mientras habla en la caverna oscura, Satanás presenta su informe a sus thanes, ensayando sus razones para rebelarse. Solía ser un ángel alto en el cielo, se lamenta, pero conspiraba para derribar la luz de la gloria. Ahora Dios me ha arrojado aquí abajo; muy bien: simplemente me ha confirmado en mi odio. No hay lugar en esta profunda oscuridad para que nos escondamos de Dios, porque aunque ya no podemos verlo, él puede vernos. Mejor sería que nunca hubiera conocido el resplandor del cielo, que ahora me ha sido quitado y dado a Cristo. Dios al menos me conceda el poder de volar de esta prisión y visitar la tierra para tentar a los humanos, pero solo a aquellas almas que Él no quiera guardar para sí, porque ha dado toda la autoridad del cielo y de la tierra a su Hijo. Satanás termina pronunciando un canto fúnebre de pura miseria: “¡Ay de la miseria del señorío, ay de la protección del poder de Dios, ay del poder del Hacedor, ay de la tierra, ay de la luz del día, ay del gozo de Dios, ay del ejército angelical, ay del cielo! ¡Ay de que me vea privado del gozo eterno!” El pasaje concluye con una descripción de Cristo resplandeciente en la gloria que Lucifer había anhelado para sí mismo.

La segunda parte de Cristo y Satanás trata de los horrores del infierno, donde los santos muertos esperan que Cristo venga a liberarlos. Derriba las puertas, y una gran luz traspasa las tinieblas, acompañada del canto de los ángeles como si fuera el amanecer. La tercera parte trata de la tentación de Cristo por parte de Satanás. El diablo levanta burlonamente a Jesús sobre sus hombros para mostrarle el mundo entero. Os daré dominio sobre pueblos y tierras, promete: recibid de mí ciudades, amplios palacios, y hasta el reino de los cielos. La teología de Satanás es defectuosa, porque no tiene derecho ni poder para ofrecerle a Cristo el dominio en el cielo; los relatos bíblicos tenían a Satanás ofreciendo a Cristo solo la tierra, sobre la cual Dios le había dado poder temporal al Diablo. Cristo responde con desdén, encomendando a Satanás la tarea de volver a las tinieblas y medir con sus propias manos la longitud y la anchura del infierno. Satanás obedece hoscamente e informa a sus barones que el sombrío sepulcro mide cien mil millas, probablemente el número más grande que el poeta podría concebir.

En conjunto, las tres partes de Cristo y Satanás toman a Lucifer de sus orgullosas jactancias en la primera a través de su impactante derrota en la segunda a su total humillación en la tercera. Es un drama histórico de la victoria progresiva de Cristo sobre el poder del mal. La literatura medieval temprana llenó la tradición con ricos detalles. Los teólogos podrían basarse en esta tradición más rica y completa en sus propias especulaciones.

9 *Escolásticos, poetas y dramaturgos*

Comenzando en el siglo XI, la rápida difusión de la alfabetización condujo a un amplio cambio en las actitudes culturales, incluido el crecimiento de la autoconciencia individual y la conciencia crítica. La vida intelectual de 1050 a 1300 estuvo dominada por la escolástica, un método caracterizado por una aplicación estricta y formal de la razón a la teología, la filosofía y el derecho. En el siglo XII, la escolástica desarrolló su método dialéctico característico: se planteaba una pregunta, se citaban pasajes de la Escritura y la tradición en ambos lados y se recurría a la lógica para resolver la pregunta. En teología, la escolástica agudizó las doctrinas a fin de establecer límites bien definidos entre la verdad y el error, la ortodoxia y la herejía. Aunque los grandes escolásticos como Tomás de Aquino conocían las limitaciones de la razón, el impulso de la escolástica como un todo era construir cierto conocimiento como una fortaleza intelectual desde la cual se pudiera defender la ortodoxia.

La interpretación analítica de las Escrituras y la tradición utilizando la lógica y la filosofía griega cambió la diabología al liberar a la teología de la dependencia de la tradición que había caracterizado la mayor parte del período medieval temprano. Al mismo tiempo, planteó nuevos peligros. Construyó elaboradas superestructuras racionales sobre bases epistemológicas débiles y finalmente se alejó demasiado de la experiencia.

Amplios cambios en las actitudes hacia el diablo a veces se movieron en direcciones contradictorias. Satanás continuó volviéndose cada vez más colorido e inmediato en el arte, la literatura, los sermones y la conciencia popular. Este cambio fue parte de una tendencia general a solidificar las figuras religiosas: tanto Cristo como María se hicieron más presentes e inmediatos durante este tiempo, y María se convirtió en la oponente más vigorosa de Satanás en la leyenda popular. En general, la gente parece preferir creer en una fuente consciente del mal antes que en el destino o la casualidad ciegos. Sin embargo, la función del Diablo en la teología declinó. El humanismo, el ataque escolástico al dualismo cátaro, la teoría de la satisfacción de San Anselmo (1033-1109) y el renacimiento de la ética aristotélica disminuyeron el papel de Lucifer en la teología hasta el punto de que a veces degeneró en una caricatura de la retórica o la propaganda, como cuando los papalistas se refirieron al antipapa Clemente III como un “mensajero de Satanás y lacayo del Anticristo”, o como cuando se entablaban debates triviales: “¿Debemos odiar al Diablo tanto como amamos a Cristo?”

Anselmo hizo mucho para reducir el papel del Diablo en la teología. En su libro La Caída del Diablo , se concentró en la caída de Lucifer más que en la de Adán porque la caída de Adán puede explicarse indirecta y parcialmente por la tentación ofrecida por la serpiente, pero no existió ningún mal preexistente para tentar a Lucifer. Así, el análisis de su caída es esencialmente una discusión sobre el origen y la naturaleza del mal.

Anselmo creía que Dios es el responsable del mal natural, pues creó un cosmos con deficiencias ontológicas: existen vacas ciegas y bebés lisiados. Incluso si tal privación es de alguna manera necesaria para el bien último del cosmos, Dios todavía tiene la responsabilidad por ello. Cuando un bebé carece de extremidades o una mujer con cáncer carece de salud, estas privaciones causan verdadero sufrimiento. El mal moral, que también causa sufrimiento real, puede atribuirse a una elección libre oa una causa. Pero si al mal moral se le asigna una causa, entonces es simplemente otra variedad de mal ontológico, y Dios es de nuevo directamente responsable de él. Las acciones de la voluntad del Diablo son parte del cosmos que Dios construye y hace conocer en toda la eternidad cada detalle, cada acontecimiento. Podemos decir que solo quiere el bien y simplemente permite el mal, pero este permiso en sí mismo parece implicar que Dios creó las condiciones que causaron la caída de Lucifer.

Así, Anselmo investigó la responsabilidad de Dios por el mal analizando la caída de Lucifer. Si el Diablo inventó el mal, Dios se lo permitió. Pero, ¿cómo podría Lucifer hacer algo incorrecto? Dado que Dios le dio su voluntad, ella misma no podía ser mala. El análisis de Anselmo siguió las líneas de la teoría medieval de la justicia. Cuando la voluntad de Lucifer se desvió de lo que debía desear a lo que no debía, desequilibró la armonía del cosmos, introduciendo la injusticia, y en esta injusticia consiste el mal. Dios tiene su plan para el cosmos. Los humanos y los ángeles deben actuar de acuerdo con este plan. Cuando las leyes y las acciones concuerdan con la armonía divina, prevalece la justicia; cuando no lo hacen, prevalece la injusticia. Al introducir la disonancia de su egoísmo en el cosmos, Lucifer torció la armonía original en un estado de injusticia. Cómo evaluar la responsabilidad relativa de Satanás y de Dios? Anselmo enfrentó la pregunta con más resolución que nadie antes de Lutero.

Al explicar la caída del Diablo, Anselmo cortó el viejo nudo que se había atascado en el centro de la cuestión desde la época de Agustín. Las condiciones que rodean una mala acción no son en modo alguno su causa. Ninguna condición previa causó la caída de Lucifer, ninguna en absoluto. ¿Por qué pecó Lucifer? Por la razón que él quiso. Si existiera alguna condición que causara una elección de libre albedrío, la elección no sería del todo libre. El libre albedrío no es una mera apariencia; no está obligado; no es causado; es real, verdadera y absolutamente gratis. La respuesta es psicológicamente satisfactoria, porque experimentamos tener libertad de elección, y también experimentamos la sensación de que a veces tomamos

malas decisiones. Se convirtió en la clásica defensa del libre albedrío que libera a Dios de la responsabilidad de causar el mal moral.

En retrospectiva, la respuesta de Anselmo parece la invención de la rueda, pero los teólogos anteriores se perdieron la solución debido al gran peso de las ideas predestinadoras de Agustín. Anselmo argumentó que los términos "predestinación" y "presciencia" eran nombres inapropiados, porque Dios no está situado en el tiempo mirando hacia el futuro. Más bien, todos los momentos son un ahora eterno para Dios: él ve todo el cosmos desde alfa hasta omega. Dios es omnisciente, conoce cada detalle de su cosmos, y es omnipotente, responsable de cada detalle. La propia libertad de Dios es completa. Su responsabilidad en la mayoría de las cosas es directa: las órbitas de los planetas, el vuelo de los pájaros, incluso males ontológicos como el cáncer. Para las elecciones de libre albedrío, él es solo indirectamente responsable. Dado que Dios construye el cosmos no como un juguete mecánico sino como un foro para criaturas moralmente responsables, quiere que ciertas criaturas, como los humanos y los ángeles, por ejemplo, tengan verdadera libertad para elegir entre el bien o el mal. Dios destina todo el cosmos a ser lo que es. Pero él quiere algunas cosas para sí mismas; otras cosas, como el mal moral, las quiere sólo indirectamente en el sentido de que crea un cosmos en el que son inherentes. “Aunque Dios destina estas cosas causadas por la acción del libre albedrío, no las causa obligando a la voluntad o restringiéndola, sino dejándola a su propio poder. . . . Algunas cosas están predestinadas a ocurrir a través de la libre elección”.

Esta respuesta, que anticipó la doctrina de Lutero de las dos voluntades de Dios, logra una resolución de la antigua contradicción entre la predestinación y el libre albedrío y elimina la responsabilidad de Dios por el pecado. Sin embargo, no hace nada para eximir a Dios de la responsabilidad del mal ontológico: de hecho, lo hace directamente responsable del cáncer y la ceguera. Además, no explica por qué, si debe existir el mal moral, debe causar la cantidad y el grado de sufrimiento que provoca.

Habiendo introducido la injusticia en el mundo, Satanás tentó a Adán y Eva para propagar la injusticia. Debido a que Adán y Eva son totalmente responsables de su propia elección, el pecado original pudo haber ocurrido sin ninguna intervención de Satanás. Anselmo, respetando la tradición, nunca pensó en sacar a Satanás de la escena, pero en otro lugar pudo describir el pecado original y sus efectos sin ninguna referencia al Diablo. Dios crea la naturaleza humana para conformarse a la justicia y estar en armonía con el cosmos y con él. En efecto, existía una especie de contrato, donde Dios nos prometía la felicidad si actuábamos de acuerdo con la justicia. Pero rompimos el contrato por el pecado original, al no dar a Dios lo que le corresponde. Aunque no tenemos poder para dañar a Dios en sí mismo, sí tenemos el poder para dañarlo alejándonos del orden justo que Dios quiere para nosotros.

Aunque Dios le permite a Lucifer ciertos poderes sobre la humanidad debido a nuestro pecado, el Diablo no tiene ningún derecho sobre nosotros. Todo lo que debemos como resultado de nuestro pecado se lo debemos a Dios y no al diablo. Rechazando la teoría del rescate, Anselm formuló una variante original de la teoría del sacrificio conocida como teoría de la satisfacción. En esta teoría Lucifer juega un pequeño papel. Debido a que violamos nuestro contrato injustamente, Dios en justicia no tiene la obligación de salvarnos. Pero su misericordia y amor hacen que sea adecuado y adecuado que lo haga. Por lo tanto, Dios elige salvarnos. Pero no puede restaurar la humanidad enajenada por la fuerza o por decreto sin violar la justicia él mismo. Los humanos habíamos desequilibrado la balanza de la justicia; ahora teníamos que restablecer el equilibrio ofreciendo una compensación. Pero no tenemos nada que ofrecer a Dios, porque todo lo que tenemos es su propio regalo para nosotros. La humanidad tiene pues con Dios una gran deuda que no tiene medios para pagar; Dios tiene los medios para pagar pero no tiene deudas. De ello se deduce que el único ser que puede hacer el sacrificio apropiado es el que es a la vez Dios y hombre. Como hombre que representa a toda la raza humana, Cristo tiene la deuda; siendo Dios, puede pagarlo. El sacrificio de Cristo satisface las exigencias de la justicia.

Aunque era legalista, la teoría de la satisfacción presentaba una teoría coherente de la redención. Gradualmente llegó a reemplazar por completo la teoría del rescate entre los teólogos (aunque no en la literatura o la leyenda). A medida que se desvanecía la teoría del rescate, disminuía el papel del Diablo en la teología.

Los argumentos escolásticos aclararon otros problemas de la diabología. ¿Cuándo cayó Lucifer? Las Escrituras y la tradición coincidían en que era corrupto “desde el principio”, pero Pedro Lombardo (1100-1160) y otros observaron que si realmente hubiera sido malo desde el momento de su creación, Dios lo habría creado malo, lo cual es absurdo. Por otro lado, Lucifer no pudo haber demorado mucho en hacer su elección, porque las inteligencias angélicas captan el naturaleza del cosmos intuitiva e inmediatamente; no aprenden con el tiempo mediante la observación sensorial y la razón, por lo que ninguna información nueva puede entrar en sus mentes para cambiarlos. Por lo tanto, un retraso, aunque muy pequeño, debe haber intervenido entre la creación de Lucifer y su caída.



La parábola de Lázaro y el hombre rico. Lázaro se salva mientras el alma del rico es sacada de su ataúd por dos demonios negros como el carbón. Iluminación manuscrita del Libro Pericope de Enrique II, Alemania, siglo XI. Cortesía del Dr. Ludwig Reichert Verlag, editor de la edición facsímil de 1981.

Los escolásticos establecieron por qué el Diablo no puede salvarse. Primero, a diferencia de Adán y Eva, no puede alegar la atenuación de haber sido tentado por otra persona. En segundo lugar, dado que su intelecto natural era mucho mayor que el de los humanos, su falta fue proporcionalmente mayor. Tercero, dado que los ángeles no pueden aprender nada nuevo, no pueden cambiar de opinión ni arrepentirse. Cuarto, después de su caída, sus cualidades angelicales disminuyen. Retienen sus intelectos sólo en una forma deteriorada y disminuida, y aunque no pierden su libre albedrío, pierden el poder real de elegir entre el bien y el mal. Quinto, Lucifer y sus ángeles no obtienen ningún beneficio del sacrificio de Cristo, porque no son humanos. Se necesitaría uno de su propia especie para redimir a Lucifer, pero esto es imposible, porque cada ángel constituye su propia especie. Sexto, ya que el Diablo cayó sin ser tentado, tendría que volver a la gracia sin ayuda, lo cual es imposible.

El renacimiento del dualismo por parte de los herejes cátaros tuvo un impacto importante en la diabología. Los cátaros, cuyas profundas raíces

estaban en el gnosticismo, entraron en Occidente en la década de 1140 y se extendieron desde el norte de Italia hasta el sur de Francia, Aragón, Renania y los Países Bajos. El dualismo cátaro, el desafío herético más peligroso a la iglesia medieval, fue finalmente exterminado solo por la cruzada y la inquisición. Esencialmente, el punto de vista de los cátaros sobre el diablo pretendía salvar la bondad de Dios limitando el poder de Dios y dar cuenta y responder al conflicto entre el bien y el mal que observamos en nosotros mismos y en los demás. El catarismo era un anhelo conmovedor de trascender este mundo irremediablemente arruinado en un mundo hermoso y perfecto más allá.

Las doctrinas dualistas de los cátaros variaban de un grupo a otro; la mayor diferencia general estaba entre los dualistas absolutos, que sostenían que el Diablo era un principio completamente independiente de Dios, y los dualistas mitigados, que creían que era una criatura que había usurpado los poderes de Dios. Los dualistas absolutos argumentaron que debe haber dos principios independientes, ya que observamos tanto el bien como el mal en el mundo. Si solo existe un principio, debe ser bueno o malo, ya que un principio no puede abarcar opuestos. Si el único principio es el mal, ¿de dónde viene el bien? Si es bueno, ¿de dónde viene el mal? Es imposible que un Dios que es todo bien y todopoderoso construya un cosmos tal que se arrepienta de lo que ocurre en él. Este enfoque fue tan abstracto que muchos cátaros adoptaron puntos de vista más moderados y más concretos. Uno de esos puntos de vista era que Lucifer era un hijo de Dios, un hermano de Cristo; otra era que Lucifer era hijo del principio abstracto del mal. Ninguno de estos puntos de vista verdaderamente exonera a Dios de responsabilidad. Sólo la vista absoluta parecía ofrecer una respuesta consistente.

Cualquiera que sea el origen del diablo, los cátaros acordaron que él es el príncipe de este mundo material, su hacedor y gobernante. Todos coincidieron en que el Dios verdadero creó sólo espíritu. Los absolutistas decían que el Diablo creó el mundo material al mismo tiempo que Dios creó el mundo espiritual o antes; los dualistas mitigados decían que Dios creó primero el cosmos espiritual y luego el Diablo lo imitó toscamente haciendo materia informe y moldeándola en criaturas; no podía dar vida a estas cosas desafortunadas, por lo que fue al cielo para seducir a los ángeles para poder convertirlos en materia inanimada y procurarse una población cautiva para sí mismo en la tierra.

El Dios del Antiguo Testamento no es el verdadero Dios bueno, pues es cambiante, cruel y, sobre todo, el creador de este mundo material malvado. El personaje que encaja con las cualidades del Dios del Antiguo Testamento no es Dios en absoluto, sino Satanás. La misión salvadora de Cristo fue venir en la apariencia de un cuerpo para advertirnos que para volver a Dios debemos liberar nuestro espíritu de la carne grosera en la que el falso Dios, Satanás, lo ha aprisionado.

La respuesta católica al dualismo se resumió en el influyente Cuarto Concilio de Letrán de 1215, que trató la amenaza de los cátaros con tanta seriedad que la abordó en su primer canon. Los obispos reunidos declararon que el Dios bueno y verdadero creó todas las cosas de la nada. El Diablo y los demás demonios fueron creados buenos por naturaleza, pero se hicieron malos por su propia voluntad. En la resurrección al final del mundo todas las personas recibirán su justo merecimiento, los malos humanos y los ángeles sufrirán el tormento perpetuo con el Diablo, mientras que los buenos disfrutarán de la eternidad con Cristo.

El concilio y los escolásticos argumentaron contra los dualistas que el mal es no-ser y que dos seres opuestos son lógicamente imposibles:

(1) Dado que el mal no tiene esencia, no puede ser la fuente de nada.

(2) El mal puede disminuir el bien pero no puede consumirlo, porque de lo contrario no quedaría nada real, nada en lo que pudiera residir el mal, y se eliminaría a sí mismo.

(3) Dado que el mal no tiene ser, no puede causar nada sino “accidentalmente”, en cuanto reside en un bien que causa algo.

(4) No puede existir un principio de incoherencia y desorden, ya que estos son meras negaciones de la coherencia y el orden.

(5) Si dos principios eternos estuvieran absolutamente equilibrados, el cosmos estaría en estasis entre ellos, pero si no estuvieran absolutamente equilibrados, uno excluiría eternamente al otro.

(6) No puede existir un ser absolutamente malo, porque el mal absoluto es la nada absoluta; además, tal ser sería contradictorio consigo mismo, ya que odiaría y anularía su propia esencia; si amara y apreciara algo en sí mismo, entonces no sería del todo malo.

Los argumentos católicos y cátaros se cruzaron, nunca en contacto excepto para disparar salvas. Los cátaros insistieron en la realidad última del mal; los católicos lo negaron sobre la base de que el mal era mera privación. Los católicos insistían en que nada podía limitar la soberanía de Dios; los cátaros creían que Dios estaba limitado por algo externo a él: la materia y el mal. Sin embargo, curiosamente, estos puntos de vista convergieron en un nivel más profundo. Ambos lados estaban afirmando, cada uno a su manera, la no-divinidad del mal, totalmente ajena. Para los cátaros, no es Dios porque es un dios diferente. Para los católicos, no es Dios porque carece del ser de Dios. Los dos bandos eran demasiado hostiles para encontrar un terreno común y, a medida que la doctrina y la organización católicas se volvían más rígidas, tendía cada vez más a asociar a los herejes con Satanás. Habiendo sido demonizados, los herejes estaban sujetos a enjuiciamiento legal y persecución sancionada por la sociedad.

A mediados del siglo XIII, cuando estos disturbios estaban temporalmente en suspenso, apareció el más influyente de los escolásticos, Tomás de Aquino (1225-1274). Tomás distinguió entre cuatro tipos de maldad. De estos, descartó el mal absoluto como una abstracción que no tiene referente en la realidad, ya que el mal absoluto es absolutamente nada. También se

opuso a llamar al mal "metafísico" un mal en absoluto, porque la inferioridad de la creación con respecto a Dios es una necesidad lógica. Esto lo dejó con el mal natural y el mal moral. En el mal natural Tomás distingue entre privación y negación. Algunas carencias de las criaturas no son propiamente privaciones y, por tanto, no son males naturales. Que a un cerdo le falten alas o a una piedra le falten branquias no es privación , sino negación , y en ningún sentido maldad. La privación real, el mal natural, sólo se produce cuando una criatura es privada de algo que le pertenece propiamente: “El mal es el fracaso de un sujeto dado para alcanzar su plena actualidad”. Cada criatura es atraída a realizarse plenamente en Dios/ser/bondad, y el mal es la medida de hasta qué punto esta realización es obstaculizada. Una mujer sorda no es una mujer plenamente realizada, por lo que la sordera de la mujer es un mal natural.

Ahora bien, ¿cómo conciliar la existencia del mal natural con la de un Dios bueno? ¿Por qué hay mujeres sin oído, hombres sin vista, niños sin extremidades? Al comienzo de su Summa theologiae Thomas admitió que la existencia del mal es el mejor argumento contra la existencia de Dios. Después de emprender la refutación del ateísmo con sus famosas cinco pruebas de la existencia de Dios, se volvió hacia el problema del mal de frente.

Dios es responsable de todo el cosmos. No puede existir ningún otro principio, ninguna causa independiente del mal, ningún summum malum . El mal total es la privación total y el no ser. Dios hace todas las cosas buenas. Todo lo que existe, incluido Satanás, es bueno porque Dios lo creó. El mal no podría existir sin el bien, porque el mal no existe en sí mismo y, por lo tanto, debe ser un defecto en un ser inherentemente bueno. ¿Hasta qué punto es Dios responsable de las privaciones del mal natural y del mal moral?

Todo mal tiene una causa. Usando términos aristotélicos, Tomás argumenta que el mal carece de una causa formal o final, ya que no es nada en sí mismo, pero sí tiene una causa material, el bien en el que reside, y una causa eficiente, el agente que produce el defecto. El mal natural siempre tiene una causa natural. Cualquier defecto en la naturaleza es causado por algún defecto anterior. Podría pensarse que Dios es la causa original de tales defectos, aunque sólo sea porque él debe haber introducido el primero. Pero los defectos son solo subproductos accidentales de un bien. Las bacterias causan sufrimiento a otras criaturas sólo “por accidente”: son buenas en sí mismas. Un canto rodado, bueno en sí mismo, causa dolor “por accidente” cuando cae rodando sobre un transeúnte. Dios nunca quiere el defecto, sino el bien en que reside el defecto. Por lo tanto, se puede decir que Dios es la causa del mal natural solo "por accidente". El crea al hombre y crea las bacterias; ambos son buenos; las bacterias privan al hombre de la salud sólo “por accidente”.

Al no tener defecto él mismo, Dios no puede ser la causa de ninguno. No quiere el mal. Es cierto que tampoco erradica los males; permite que

ocurran por un bien mayor; su providencia extrae el bien de todo mal. A veces esto es obvio, como cuando el dolor nos hace retirar la mano de la estufa caliente. Muchas veces no está nada claro, como cuando atropellan a un niño. Pero la caducidad y la corruptibilidad de las criaturas son necesarias en un cosmos lo suficientemente diverso como para expresar y reflejar plenamente a su creador divino. Un cosmos en el que nada fuera perecedero sería estático y monolítico. El defecto y el mal son contingentes y están subordinados al bien mayor. La araña no podría vivir sin comerse la mosca; la comadreja perecería a menos que devorara al ratón. "Díselo al ratón" no es una réplica adecuada, porque la teoría tiene plenamente en cuenta el sufrimiento del ratón. Es lógicamente imposible construir un cosmos rebosante de vida y vigor sin la corrupción y la caducidad y el sufrimiento que conllevan.

El Dios de Tomás, pues, no quiere el mal natural sino que lo acepta como precio necesario para la existencia del cosmos. ¿Vale tanto la pena esa existencia? tanto sufrimiento, o tanto sufrimiento es compatible con la existencia de un Dios bueno? Tomás supuso que sí, pero el argumento de que los males son solo "aparentes" ya que son parte de un gran orden cuya bondad perfecta se nos oculta nunca ha sido satisfactorio. Aún así, incluso si se negara la existencia de Dios, el problema permanecería; el argumento en contra de la existencia de Dios sobre la base de que el mal existe ataca no solo a Dios sino a cualquier idea de cualquier cosmos racional, ordenado o intencional. El argumento del mal, si es válido, destruye la noción de todo orden y de todos los principios cósmicos, no sólo el que llamamos Dios. Al destruir el orden y el principio, hace que todos los juicios de valor sean completamente subjetivos. En el siglo XVIII el Marqués de Sade lo vería muy claro. Pero entonces sucede algo curioso: el argumento original es destruido por una paradoja. Si no existe un orden o un propósito, entonces todos los valores y aspiraciones humanas son absurdos y, en consecuencia, el bien y el mal son solo construcciones subjetivas. Pero como el mal no puede existir objetivamente, no puede aducirse contra la existencia de Dios. Aún así, cualquiera que mantenga la existencia de Dios debe enfrentar honestamente el mal natural.

El mal moral planteó otros problemas. Por un lado Tomás quería afirmar que todo en un cosmos ordenado tiene una causa, pero por otro lado quería afirmar el libre albedrío, tanto para proporcionar una razón para la creación del cosmos como para restringir la responsabilidad de Dios por el pecado. Tomás usó la privación para restringir la responsabilidad de Dios por el mal natural, y usó el libre albedrío para restringir la responsabilidad de Dios por el mal moral. En su solución, Dios no es responsable del mal moral, porque el mal moral es la elección libre y directa del agente. La predestinación y la providencia de Dios gobiernan todo el cosmos, pero su plan providencial abarca el libre albedrío y sus consecuencias.

Al igual que Eriugena, Anselmo y otros destacados escolásticos, Santo Tomás de Aquino pudo abordar el problema del mal sin asignar al Diablo

un papel necesario. Aún así, asumió la existencia del Diablo como un hecho de la revelación, y ayudó a refinar algunos puntos de la diabología. Al comienzo del cosmos, Dios ofreció a Lucifer un don de gracia sobrenatural que le habría conferido la bienaventuranza si lo hubiera aceptado. Satanás entendió que este era el bien supremo, mejor que cualquier felicidad natural, pero optó por dejar de lado esa consideración. El pecado de Satanás tiene contenido y calidad. El contenido es su elección de rechazar la bienaventuranza para buscar lo que creía que era su felicidad natural. Con su inteligencia y conocimiento angelicales, no podía creer que pudiera realmente igualar a Dios, pero quería ser como Dios en el sentido de ser libre para comandar su propia felicidad por sus propios recursos y así no tener ninguna deuda de gratitud con el Señor. El pecado de Satanás ocurrió poco después del momento de la creación, en el momento en que se dio cuenta de que no era Dios, que dependía de Dios y que tenía la opción de aceptar o no este estado de dependencia.

La acción del Diablo sobre nosotros es sólo externa. Él puede persuadirnos y tentarnos, pero nunca puede infringir nuestra libertad haciéndonos pecar. Puesto que puede tentar, es causa indirecta del pecado, pero el pecador mismo es siempre la causa directa.

Si el Diablo no es necesario para explicar ni el pecado ni la tentación, ¿cuál es su función? La respuesta de Thomas es que él es la cabeza, el jefe, el príncipe, el gobernante y el señor de todas las criaturas malvadas, incorporándolas en una sola entidad con él. Así como los fieles son miembros del cuerpo místico de Cristo, así los pecadores son miembros del cuerpo místico de Satanás, unidos a él en la alienación.

Los escolásticos refinaron así ciertos puntos de la diabología pero encontraron en sus sistemas estrictamente lógicos poca necesidad de la figura del Príncipe de las Tinieblas. Teológicamente, Satanás estaba en decadencia. En la cultura europea en su conjunto, sin embargo, en la leyenda y la literatura, la figura de Satanás se fortaleció. En el esfuerzo por crear una unidad artística, por hacer que la historia de la salvación sea más dramática y el desarrollo de la trama más convincente, los escritores de literatura construyeron un escenario elaborado más apasionante que el de los teólogos.

Una de las representaciones más poderosas de Satanás se produjo en las visiones del otro mundo, un género literario que se remonta al siglo III y que en el XI produjo La visión de Tundale . Esta obra maestra menor, que influyó en las representaciones artísticas y literarias posteriores del Maligno, incluida la de Dante, describe los tormentos de los condenados en el pozo de fuego. Presenta dos sorprendentes cuadros de demonios y uno del mismo Lucifer. Tundale vio “una bestia de un tamaño increíble y un horror indescriptible. Esta bestia excedía el tamaño de cualquier montaña que hubiera visto. Sus ojos brillaban como carbones encendidos, su boca se abría de par en par y una llama inextinguible brotaba de su rostro”. Vio a otro demonio que tenía dos pies y dos alas, con un cuello largo, pico de

hierro y garras de hierro. La bestia se sentó sobre un charco de hielo, devorando tantas almas como pudo atrapar en sus garras. Estas almas, tan pronto como eran digeridas en su vientre, eran excretadas sobre el hielo, donde eran revividas para enfrentar nuevos tormentos. Y finalmente Tundale vio al mismo Satanás:

el príncipe de las tinieblas, el enemigo de la raza humana, que era incluso más grande que cualquiera de las bestias que había visto antes en el infierno. . . . Porque esta bestia era negra como un cuervo, y tenía la forma de un cuerpo humano desde la cabeza hasta los pies, excepto que tenía una cola y muchas manos. De hecho, el horrible monstruo tenía miles de manos, cada una de los cuales tenía cien codos de largo y diez codos de grueso. Cada mano tenía veinte dedos, cada uno de cien palmas de largo y diez palmas de ancho, con uñas más largas que las lanzas de los caballeros, y uñas de los pies muy parecidas. La bestia también tenía un pico largo y grueso, y una cola larga y afilada provista de púas para herir a las almas condenadas. Este horrible ser yacía boca abajo sobre una rejilla de hierro sobre carbones encendidos avivados por una gran multitud de demonios. . . . Este enemigo de la raza humana estaba atado en todos sus miembros y articulaciones con cadenas de hierro y bronce ardientes y gruesas. . . . Cada vez que respiraba, exhalaba y dispersaba las almas de los condenados por todas las regiones del infierno. . . . Y cuando volvió a inspirar, succionó todas las almas y, cuando hubieron caído en el humo sulfuroso de sus fauces, las masticó. . . . Esta bestia se llama Lucifer y es la primera criatura que hizo Dios.



Satanás, rey del infierno, tortura a los condenados mientras está atado a una parrilla de fuego como en la Visión de Tundale . Iluminación de las Très riches heures du Duc de Berry , Borgoña, siglo XV. Cortesía de Musée de Condé, Chantilly y Photographie Giraudon.

El desarrollo más importante del Diablo en la literatura apareció en la obra de Dante (1265-1321), el más grande poeta medieval y teólogo laico. Su Divina Comedia , escrita en los últimos quince años de su vida, es un poema místico complejo en el que el Diablo, aunque rara vez “en el escenario”, es una fuerza poderosa que opera tanto en el infierno como en la tierra. Dante no pretendía escribir un tratado científico sobre el universo físico. Más bien, deseaba retratar el cosmos de acuerdo con su diseño moral. Para Dante y sus contemporáneos, el significado más profundo del cosmos era ético, no físico, aunque como artista cuidadoso deseaba que este mundo ético fuera análogo al universo físico tal como se entendía en su época. En la Comedia , el universo físico es una metáfora del cosmos ético y no al revés.

Como el de Ptolomeo, el universo de Dante estaba dispuesto en una serie de esferas concéntricas, siendo la tierra la esfera en el centro. Encima y alrededor de la tierra estaba la esfera de la luna y luego en orden las de Mercurio, Venus, el sol, Marte, Júpiter, Saturno, las estrellas fijas, y el primum mobile , la esfera que mueve todo el universo. Más allá y por encima de estos estaba el cielo, la morada de Dios, los ángeles y las almas benditas. En el centro de la tierra estaba el infierno, y en el mismo centro del infierno, aprisionado en la oscuridad y el hielo, estaba Satanás.

Dante elaboró una visión mística no muy diferente a la de Dionisio. Cada ser en el cosmos se mueve hacia Dios o hacia el Diablo. En última instancia, Dios está muy arriba y afuera; el Diablo está en última instancia muy abajo y adentro. Cuando estamos llenos de nuestra verdadera naturaleza humana, que está hecha a la imagen de Dios y animada por la acción del Espíritu Santo dentro de nosotros, nos elevamos naturalmente hacia Dios, nos extendemos, ampliar nuestra visión, abrirnos a la luz, la verdad y el amor, con amplias vistas en el aire fresco, limpio, hermoso y verdadero. La rosa mística en el umbral del cielo se abre para nosotros. Pero cuando estamos desviados por la ilusión y agobiados por el pecado y la estupidez, nos hundimos hacia abajo y hacia adentro, lejos de Dios, cada vez más estrechamente confinados, nuestros ojos cerrados con gomas y nuestra visión vuelta hacia nosotros mismos, hundidos, pesados, cerrados de realidad, atados por nosotros mismos a nosotros mismos, encerrados y apagados, envueltos en tinieblas y ceguera, enojados, odiados y aislados. Cada círculo del infierno a medida que descendemos es más estrecho y más oscuro. No hay nada en esa dirección, literalmente nada: silencio, carencia, privación, vacío. Dios es expansión, ser, luz; Satanás, atraído sobre sí mismo, es la nada, el odio, la oscuridad y la desesperación. Su aislamiento contrasta totalmente con la comunidad de amor en la que Dios une nuestras mentes con la primera estrella.

En un nivel, este sistema coloca al diablo en lugar de a Dios en el centro del universo. Sin embargo, en un nivel más profundo, Dante pretendía colocar a Dios en el centro moral real del cosmos, aunque no podía representar esto en términos espaciales. De hecho, se esforzó en insistir en que el centro moral no puede ubicarse en el espacio o el tiempo. No está en el espacio y no tiene polo; el cielo no tiene otro "dónde" que en la mente de Dios; es el punto en el que todos los tiempos están presentes, el punto en el que convergen todo "dónde" y todo "cuándo". Como Nicolás de Cusa en el siglo XV y como los físicos del siglo XX, Dante podría decir que el universo tiene su centro en todas partes y su circunferencia en ninguna. Dante representó su cosmos según el único esquema disponible para él, el modelo ptolemaico y patrístico que colocaba la tierra en el centro, pero sabía que el verdadero centro es la vida y la luz de Dios, que está en todas partes. El patetismo y el horror del Satán de Dante es que siempre está ciego a esa luz, aislado del amor de Dios.

Dante abordó el problema de la ubicación geográfica de Satanás en el centro del universo refiriéndose a la física aristotélica, en la que todo en el universo busca su lugar natural (ver Figura 2). Desde la esfera de la luna hacia arriba, el movimiento natural es curvilíneo, orbital; debajo de la luna, y sobre y dentro de la tierra, el movimiento es rectilíneo. El fuego se mueve naturalmente hacia arriba, el agua naturalmente hacia abajo. Cuando este punto de vista de la física se traduce a términos éticos, se ve que el amor se eleva naturalmente hacia arriba y el pecado se hunde naturalmente hacia abajo. El amor que gobierna el cosmos lo eleva con su luz. El centro del cosmos es el punto hacia el cual se hunden todas las cosas pesadas y pecaminosas. Es el punto más alejado de Dios, el lugar lógico para que habite el Diablo.

Como resultado de su pecado de soberbia, Satanás y sus ángeles fueron exiliados de su tierra natal arriba; llovieron del cielo, una tripulación despreciada empujada hacia abajo de la dicha. La décima parte de los ángeles cayó en ruina, número que Dios completa con la creación de la humanidad y la salvación de los santos. Satanás había sido el más alto de los ángeles, un poderoso serafín de seis alas. Pero cayó como un rayo del cielo, atravesando las esferas y precipitándose hacia la tierra. Cuando golpeó la tierra, el impacto abrió una enorme grieta en la que se precipitó hasta el centro del globo. Satanás fue tan pesado con el pecado que se hundió en la creación como una plomada en el budín. Una cueva o "tumba" fue excavada por su caída, una tumba que se convirtió en un infierno. La tierra de esta gigantesca excavación salió a la superficie, donde formó la montaña del purgatorio.

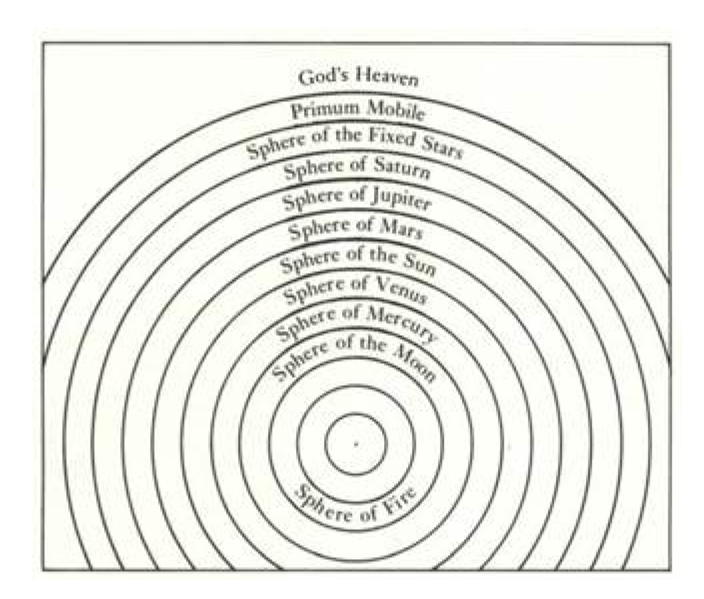


Figura 2 . Las esferas celestiales (adaptado de William Anderson, Dante the Maker , 1980)

Satanás está en el centro mismo del universo, su cabeza sobresaliendo hacia Jerusalén y el norte, sus nalgas congeladas en el hielo, sus enormes y peludas piernas alzándose hacia el purgatorio y el sur. Vergil, el guía de Dante, se ve obligado a girar laboriosamente con Dante sobre su espalda mientras se aferra a la piel peluda de Satanás, para que estos dirijan su curso hacia las claras estrellas de arriba.

El poder frío y pesado del Diablo es una cosa terrible en el cosmos, pero cuando vemos al mismo Satanás en el centro del infierno, parece más patético que aterrador. Dante pretendía específicamente que Satanás fuera vacío y despreciable, un contraste fútil con la energía de Dios. La ausencia de acción dramática aquí expresa la esencial falta de ser de Satanás. Está congelado en el punto muerto del mundo que gira, donde todos los pecados más graves se han hundido y convergido. En ese punto no puede haber más movimiento; los pesos más pesados se aplastan en una masa eternamente inmóvil, donde Satanás es comprimido por todo el peso del cosmos. Si todas las cosas son atraídas por Dios, ¿qué queda por ser atraído por Satanás? Nada: sólo la nada y el sinsentido del pecado. Así como nos encerramos en nosotros mismos cuando nos alejamos de Dios hacia la irrealidad, así el centro del infierno es una masa oscura replegada infinitamente sobre sí misma, separada por completo y para siempre de la realidad. Satanás, el símbolo de esta nada, no puede tener ningún carácter real más que la negación, y su fútil inmovilidad es precisamente lo que Dante quiso retratar. El lago helado que lo mantiene inmóvil está demasiado congelado para romperlo, un signo de muerte y una antinomia de las aguas vivificantes del bautismo. La inmovilidad de Satanás es lo opuesto a la libertad de los ángeles, su odio helado es lo opuesto al amor de Dios, que vivifica la creación. Su inmovilidad forzada contrasta con la serenidad voluntaria de Dios que, sin moverse, mueve el mundo.

La nada de Satanás impregna todas partes, una fría contrapartida de la cálida presencia de la Paloma. Vacío e idiota, emana del centro muerto, filtrándose a través de todas las grietas del infierno hacia la tierra pecaminosa, filtrando el calor y la luz. La fuerza de Satanás actúa como la gravedad, empujando a hombres y mujeres hacia el infierno. Esta ponderación es exactamente lo contrario de la fuerza que ejerce Dios, que atrae hacia sí las cosas en la medida en que son luz, espíritu y bien.

El abismo más bajo del infierno está destinado a los traidores, y allí mora Satanás, el traidor de Dios Padre y la apoteosis de toda traición. Con sus tres horribles bocas mastica a Bruto y Casio, que traicionaron a su soberano, ya Judas, que traicionó a Cristo. Debajo de cada uno de sus tres rostros grotescos, Satanás tiene un par de enormes alas, seis en total para mostrar que una vez fue un serafín. Estas no son las alas plumosas de los ángeles, que arden con oro vivo, sino alas de murciélago coriáceas, que baten en vano el aire helado, incapaces de despegar, levantando vientos que congelan las corrientes del infierno y se filtran a través de la tierra para agitar las mentes mortales a pecado. Este viento helado es lo opuesto al fuego de amor que respira el Espíritu Santo.

El Diablo es una masa imponente de materia moribunda. La teología sostenía que los ángeles siguieron siendo ángeles después de su caída. Pero Dante presentó a Satanás como una burda encarnación burlándose de la verdadera Encarnación de Cristo y como el opuesto absoluto del espíritu. Dante interpretó la tradición platónica cristiana de que la materia pura es lo más alejado de Dios y lo más cercano al no ser para hacer de su Satán, con su cuerpo peludo y bestial, casi materia pura.

La fealdad impotente de esta criatura descomunal y patética contrasta completamente con la belleza de Dios. La eterna masticación de los tres traidores es tan fútil como espantosa. Mientras mastica a su presa humana, llora lágrimas de rabia frustrada, y las lágrimas se mezclan con la sangre de los traidores y le caen por la barbilla. El llanto sangriento del horrendo gigante no sirve para salvar; sólo repele y parodia la sangre, el agua y las lágrimas derramadas por el Señor celestial en su cruz.

El diablo también fue un personaje importante en otras obras literarias de la Baja Edad Media y en el teatro. Las obras de misterio y milagros fueron escritas principalmente por clérigos con el propósito de edificar (o aterrar) y entretener a una gran audiencia sin educación para quienes el diablo había adquirido una inmediatez absoluta en esta época de peste, hambruna y guerras. Los esfuerzos de estos dramaturgos por lograr la unidad dramática produjeron los primeros relatos cronológicos coherentes de las actividades del diablo desde su creación hasta su ruina final. El resto de este capítulo sigue esta cronología y la ilustra con citas de varias obras de teatro.

La historia del mundo comienza en el instante en que se crean el espacio y el tiempo. Inmediatamente después, según el drama medieval, Dios hizo nueve órdenes de ángeles y creó a Lucifer, el ángel más alto del orden más alto, segundo en gloria solo después de Dios mismo. “Te hago más cercano

a mí de todos los poderes, maestro y espejo de mi poder; Te creo hermoso en la dicha y te nombro Lucifer, el portador de la luz”. Cuando Dios nombra a Lucifer el "gobernador" de todo el ejército de los cielos, la cabeza del ángel brillante se vuelve. Vemos el escenario central del trono de Dios, con los ángeles agrupados a su alrededor cantando sus canciones de alabanza. Cuando Dios se levanta y procede a salir, Lucifer contempla el trono vacante y reflexiona sobre su propia gloria:

Ajá, que soy maravillosamente brillante. . .

Todo en este trono si yo fuera eso,

entonces debería ser tan sabio como él.

Lucifer desprecia las debidas alabanzas a Dios de los ángeles y les pide que, en cambio, lo miren a él y “vean la hermosura que tengo. ¿Le cantarás tu canción a Dios o a mí? Porque soy el más digno que jamás haya existido.”

Los ángeles buenos retroceden horrorizados: “No nos confabularemos con tu orgullo”. Lucifer no se deja intimidar:

Un señor más digno en verdad soy yo

y cada vez más digno que él.

En evidencia de que soy más digno,

iré a sentarme en el trono de Dios.

El cómplice de Lucifer, el ángel Lightborne, lo alienta con groseras halagos: “El brillo de tu cuerpo claro es más brillante que Dios mil veces”. Los ángeles buenos hacen un último esfuerzo: Detente, gritan, o “Ay, que belleza derramarás”. Despreciando su cautela, Lucifer toma el trono, saboreando la plenitud de su orgullo: “Todo el gozo del mundo está marcado en mí, porque los rayos de mi resplandor están ardiendo tan brillantes. En glorioso júbilo mis resplandecientes destellos: seré como aquel que es el más alto en lo alto.” Estos ángeles antropomórficos peleándose en torno al trono de Dios contrastan con la idea teológica de un único momento de fría elección hecha al principio de los tiempos por un gran poder cósmico. El intento de Lucifer por el poder era demasiado colorido, demasiado familiar para la naturaleza humana, para que los dramaturgos se resistieran.

Lucifer, resplandeciendo espléndido en la silla de Dios, invita a los ángeles a adorarlo: “Ángeles todos, vuélvanse a mí, les aconsejo, y a su soberano doblen la rodilla”. Los ángeles buenos se niegan, pero los más débiles caen a sus pies, y Satanás, Beelzebub, Astaroth y los demás lo reciben como su líder. La literatura a veces se apartó de la teología al aplicar los diferentes nombres del Maligno a personajes separados, borrando la distinción esencial entre el Diablo y sus demonios subordinados. Tal separación permitió a los escritores expresar tensiones dramáticas dentro del Diablo a través de diálogos. Cuando Lucifer y

Satanás se distinguían entre sí, Lucifer generalmente ocupaba el lugar de honor, porque ese era el nombre que el Diablo había llevado antes de su caída.

Lucifer ahora pronuncia su blasfemia más orgullosa: "Si Dios regresara, no me iré, sino que me sentaré aquí mismo ante su rostro". Eso sella su destino. Cuando Dios aparece, está furioso:

Lucifer, ¿quién te puso aquí mientras yo no estaba?
¿Cómo te he ofendido?
te hice mi amigo; te convertiste en mi enemigo;
¿Por qué me ofendiste así?

“Lucifer, por tu gran orgullo te condeno a caer del cielo al infierno, y contigo a todos los que se ponen de tu parte; nunca más morarán en bienaventuranza conmigo.” La abrupta e indigna expulsión del cielo de Lucifer acentúa la transformación de hermoso ángel a feo demonio: “Ahora haré mi camino para ser arrojado a un tormento sin fin. Por miedo al fuego me tiro un pedo”.

Dios procede a moldear el mundo material mientras los ángeles caídos en el infierno, conmocionados por su repentina ruina, lamentan su destino. Se horrorizan al descubrir que se han convertido en “demonios negros”, y uno de ellos grita:

¡Ay, ay y ay!
Lucifer, ¿por qué caíste así?
Nosotros, que éramos ángeles tan hermosos
y nos sentábamos tan alto sobre el aire,
ahora nos hemos vuelto tan negros como el carbón,
feos y andrajosos como un tonto.

Lucifer mismo lamenta su destino en un canto fúnebre que es una inversión patética de la letanía angelical en Daniel 3.52–92:

> A vosotros me quejo, viento y aire, a vosotros me quejo, lluvia, rocío y niebla, a vosotros me quejo, calor, frío y nieve, a vosotros me quejo, flores y verdes prados. . . . Me quejo a vosotros, dulce canto de las aves, me quejo a vosotros, cerros y valles profundos, me quejo a vosotros, rocas y piedras, me quejo a todo el mundo que Dios ha creado. Les ruego que oren por mí al Todopoderoso.

La opinión del Diablo es que Dios lo arrojó injustamente del cielo y lo humilló al crear a la humanidad para que ocupara su lugar en las filas celestiales. Dios, además, ha intensificado el insulto al crear a la humanidad a su propia imagen y tomar una forma humana en lugar de angelical. Satanás se queja: “Como éramos hermosos y brillantes, pensé que tomaría nuestra forma; pero yo estaba desilusionado; él planea tomar forma humana en su lugar, y eso me da envidia”. ¿Por qué una criatura tosca hecha de arcilla debería disfrutar de tal dicha?

Mientras los ángeles caídos discuten su situación en un consejo o parlamento infernal, sus pensamientos se vuelven hacia la venganza. Deciden intentar destruir la nueva creación con sus joyas preciosas Adán y Eva. Satanás dice que lo hará

mostrar a la humanidad una gran envidia.

Tan pronto como Dios lo cree,

enviaré a uno de mi orden

para destruirlo,

para hacer que la humanidad haga el mal.

El parlamento elige a uno de ellos, en la mayoría de las versiones, Satanás, para subir al Edén. Planea su estrategia: “Tomaré el rostro de una virgen y el cuerpo y los pies de una serpiente”.

Iré a semejanza de gusano.

Una especie de víbora está en este lugar,

que tiene alas como de pájaro,

pies como una víbora, cara de doncella;

su apariencia tomaré.

El Diablo tienta a Adán sin éxito antes de probar a Eva. Primero le ofrece conocimiento a Adán. Se acerca a su víctima prevista con una pregunta espontánea: "¿Cómo estás, Adam?" Adam responde que se está llevando muy bien. Ah, responde el tentador, pero podrías estar haciéndolo aún mejor, y puedo decirte cómo. Adán admite que no sabe por qué Dios ha prohibido el fruto, y el Diablo explica que da conocimiento de todas las cosas. Si lo comes, te volverás igual a Dios, miente. Luego pasa a tentar a Adán con poder, diciéndole que si come la fruta ya no necesitará un señor. El Adán medieval reconoce fácilmente la locura de perder la protección de un señor. Al darse cuenta de la identidad del tentador, lo acusa del peor de los crímenes feudales, deslealtad y traición. “Fuera de aquí”, grita Adam, “¡eres Satanás!”.

El diablo luego dirige su atención a Eva. Eve también lo reconoce, pero ingenuamente no logra comprender que es malvado. Él le ofrece un ramo de tentaciones: quiere ayudarla a ella ya su marido; Dios les ha negado egoístamente el fruto porque si lo comen se volverán sus iguales; Adam es demasiado insensible para entender lo que es bueno para ambos; no es lo suficientemente bueno para su hermosa y delicada esposa; es estúpido y necesita su ayuda; como ella es más capaz que su marido, debe volverse su igual; puede satisfacer su curiosidad consumiendo la fruta; ella llegará a ser reina del mundo si tan solo lo gustara; cuando todo está dicho y hecho, tiene un sabor maravilloso. Dios “inteligentemente evita que comas la fruta porque no quiere que nadie más disfrute de los grandes poderes que

otorga”. Al igual que Adán, Eva comenta que parecen ser felices tal como son, pero Satanás lo ignora:

A un mayor estado puede ser llevado.

¡Sí, dioses seréis!

del bien y del mal para tener conocimiento,

y así ser tan sabio como él.

Satanás invita a Eva precisamente al mismo pecado de orgullo que lo había derribado a él mismo. “Si muerdes esta manzana, serás como Dios” y llevarás la corona del cielo como igual al Creador.

En desvergonzada adulación, Satanás admira el rostro de Eva, su figura, sus ojos, su cabello; se comporta como un amante cortés insinuándose entre marido y mujer. Con Eva aún indecisa, el Diablo parte, solo para regresar en forma de serpiente. Ella va hacia la serpiente, la escucha en silencio y luego muerde abruptamente la fruta. Después de comer, Eva experimenta una visión que la audiencia debe reconocer como un engaño enviado por el Diablo, y luego regresa a Adán, repitiendo los argumentos de Satanás: “Muerde con valentía, porque es verdad: seremos dioses y lo sabremos todo. .” Adam cede rápidamente.

Dios regresa, reprochando a Adán y Eva y maldiciendo rotundamente a Satanás: “¡Tú, malvado gusano lleno de orgullo!” El diablo trata de explicarse ante Dios:

Porque estoy lleno de gran envidia,

de ira y de odio perverso

porque el hombre debe vivir sobre el cielo

donde una vez yo solía habitar.

Dios lo envía de regreso al infierno, pero Satanás está complacido de haber cumplido su misión: “He hecho bien mi papel y puedo irme a casa, porque ningún diablo hará un día de trabajo tan bueno como el mío”. Cuando regresa al infierno para presentar su informe a Lucifer, su recompensa es de acuerdo con los valores invertidos del infierno: solo un castigo adicional. “Alábame, Lucifer”, exclama Satanás, “porque acabo de causar el peor desastre que jamás haya existido”. Espléndido, responde Lucifer, te haremos una corona. ¿De qué lo haremos, rosas? pregunta Astarot. "Por qué no", responde Lucifer, "de hierros gruesos que arden como un rayo".

¿Cómo se convirtió el aterrador príncipe de este mundo, el poderoso enemigo de Dios, en una figura de parodia, sátira e incluso humor vulgar? Una tendencia hacia el Diablo cómico comenzó en el teatro ya en el siglo XII bajo la influencia del folclore y las representaciones populares de mimos, malabaristas y enmascaradores. La función del demonio divertido era producir un alivio cómico, tanto para entretener a la audiencia como para relajarla y prepararla para la próxima acción trágica. Las obras

medievales de demonios tenían varios niveles de comedia. El más bajo era el slapstick, en el que los demonios corrían por el escenario saltando, tirando pedos, gritando juramentos e insultos, haciendo gestos obscenos y ejecución de caídas. El segundo nivel era una amplia sátira reservada para los demonios superiores. Lucifer bendice a sus demonios colocando su mano sobre sus ingles mientras los insulta en parodia de bendición sacerdotal. El infierno es el lugar donde todos los valores se invierten: cada alabanza es una maldición, cada canción una cacafonía. El tercer nivel era la sátira del comportamiento humano demoníaco. Ship of Fools (1484) de Sebastian Brandt retrató un barco capitaneado por un tonto con tontos como pasajeros, lo que representa las locuras y los vicios de la humanidad, los vicios se identifican con los demonios. El cuarto nivel fue la ironía elevada. El Diablo es verdaderamente poderoso y aterrador, pero Dios anula sus grandiosos planes. Cuando se presenta a Satanás como el gran adversario de Dios, su ruina provoca una especie de hilaridad mística, una sensación de liberación y alegría. Sabemos que su perdición es segura, que su torcedura de la justicia finalmente pasará en la noche sin dejar rastro. La broma cósmica siempre recae sobre el Diablo, y él se niega a aceptarlo de otra manera.

La dramática historia del Diablo continúa con la historia del Antiguo Testamento, en la que Dios y Satanás se enfrentan en una serie de incidentes. El Diablo afirma que debido al pecado original su poder sobre la raza humana es absoluto y eterno, pero la tensión dramática crece continuamente durante las escenas del Antiguo Testamento, porque la audiencia sabe que Lucifer está equivocado y que el Salvador pronto vendrá para liberar a todos los hijos de Dios. de su alcance.

La Anunciación del ángel a María es el primer indicio que tienen los demonios de que el Salvador puede estar a punto de aparecer, y cuando escuchan la noticia convocan a otro oscuro concilio para discutir sobre su significado. El parlamento del diablo es una ocasión perfecta para una comedia de inversión. “Dios te maldiga”, le grita Lucifer a Satanás, y Ashtaroth grita: “¡Saca al diablo de aquí!”. Lucifer lamenta los efectos de la inversión: “Mi nobleza y hermosura se han convertido en deformidad, mi canción en lamento, mi risa en desolación, mi luz en sombra, mi gloria en dolorosa ira, mi gozo en luto incurable”. Satanás insulta a Lucifer, observando que cada vez que intenta cantar o reír, aúlla como un lobo hambriento. Lucifer ordena a sus lugartenientes que lo entretengan con canciones, y Ashtaroth, Satan, Beelzebub y Berich inventan una pequeña canción sobre la muerte y la condenación. Su canto es tan espantoso que incluso el Señor Oscuro no puede soportarlo: “Oigan, payasos”, grita, “me están matando con ese ruido. ¡Por el diablo basta! Estás desafinado.

Finalmente, los demonios se ponen manos a la obra para discutir la Anunciación, y Lucifer pregunta si creen que alguien podría arrebatarles. las almas encarceladas de su alcance. Ashtaroth y Berich le aseguran que esto nunca podría ser, mientras que la audiencia sonríe sombríamente,

sabiendo que el horror del infierno está reservado. Berich insiste en que las almas perdidas nunca escaparán, pero Satanás no está tan seguro, porque recuerda las profecías del Antiguo Testamento sobre el Mesías, y Lucifer reflexiona que el embarazo de María puede tener algo que ver con la cuestión. El consejo envía a Satanás para tentar a la Virgen, pero después de fallar cien mil veces, le informa a Lucifer que ella es incorruptible. Y, advierte, "simplemente empeora". Esta virgen ha tenido un hermoso hijo que nos causará aún más problemas, porque corre el rumor de que él es el Mesías mismo que vino a redimir a la humanidad. Lucifer ordena que Satanás sea castigado por traer tan malas noticias, y Satanás suplica misericordia. Pensando rápido, propone salvar la situación y su propio pellejo volviendo a subir para tentar al rey Herodes a masacrar a los niños, y el estado de ánimo de Lucifer cambia de inmediato. "¡Qué excelente idea!" el llora. Más tarde, el Maligno anima al joven Herodes a ejecutar a Juan el Bautista y tienta a María Magdalena a una vida de prostitución.

Los demonios aún no están seguros de si Jesús es un mago, un profeta, el Mesías o Dios mismo. "¿Qué diablos de hombre es este Jesús?" exclama Berich. "Esto me está dando dolor de estómago", gime Satanás. "Estoy muy preocupado por este Cristo. Me gustaría saber quién es su padre. Si es un hijo de Dios y nació de una virgen, entonces nos han superado en maniobras y nuestro éxito será breve". El parlamento demoníaco discute la Encarnación con estupidez desesperada: los profetas predijeron que Cristo vendría, pero no se preocupen, porque el hijo de María se llama Jesús, no Cristo.

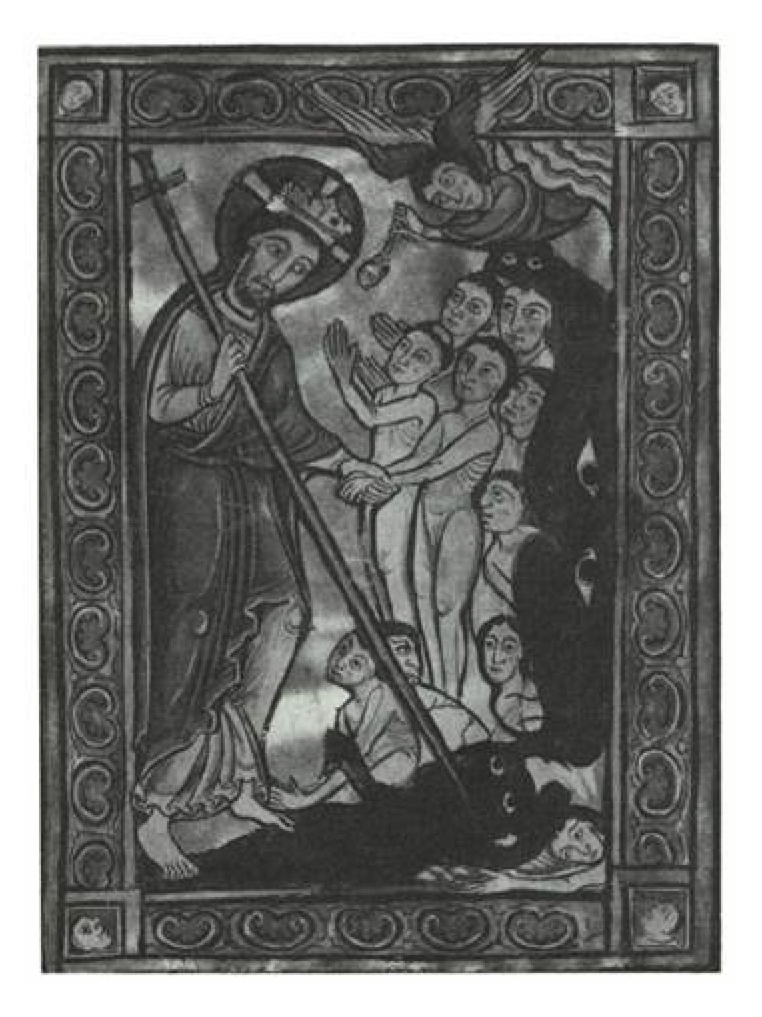
Belial y Beelzebub suplican a su príncipe que vaya y tiente a Cristo para saber quién es realmente. Satanás tienta al segundo Adán de la misma manera que tentó al primero, pero con el resultado opuesto. Cristo se niega a permitirle aprender la verdad. Si el Diablo persuadiera a Jesús para que se arrojara desde el pináculo del templo, Jesús moriría, demostrando que no era Dios, o sería sostenido por los ángeles, demostrando que lo era. Al negarse a responder, Jesús muestra su desprecio por el Diablo y lo mantiene en vilo. Satanás se esconde en el infierno:

Lo que es no lo puedo ver;

si es Dios u hombre,

no puedo decirlo en grado alguno;

De pena me dejo un pedo.



La angustia del infierno. Cristo lanza al bestial Satanás mientras saca a los justos de la boca del infierno. De las Miniaturas de la Vida de Cristo, Francia, c. 1200. Cortesía de la Biblioteca Pierpont Morgan, Nueva York.

Cuando regresa, Lucifer se enfurece con él: "¡Vete, Satanás! ¡Que Dios te maldiga! ¡Que el Diablo se los lleve!" Astaroth todavía se jacta de que Jesús no es más que un falso profeta, pero el miedo de Lucifer, que se originó en el momento de la Anunciación, está creciendo lentamente. La estupidez monstruosa de los demonios cuando intentan provocar y luego detener, la crucifixión ilustra su incapacidad para comprender que, hagan lo que hagan, la voluntad y la providencia de Dios no pueden ser frustradas.

Cuando Jesús comienza su ministerio, los demonios no pueden seguirle la pista; parece estar en todas partes a la vez. Lucifer pregunta: "Satanás, dime dónde está Jesús ahora". Satanás responde: "El diablo lo conozco: está empeorando cada día con su enseñanza y predicación". La resurrección de Lázaro y su liberación del infierno sirven para advertir a los demonios que el poder de Cristo puede ser imparable, pues si puede salvar un alma del infierno, puede salvar a todas. Sin embargo, el imperio del Diablo en la tierra ha durado tanto tiempo que él realmente no puede creer que su ruina esté ahora a la mano.

Cada vez más desesperados y aún inseguros sobre la naturaleza de su adversario, los demonios planean matarlo. Envían a la hija de Lucifer, Desesperación, a Judas para persuadirlo de que traicione a su amo y luego provocar su suicidio. Mientras tanto, Cristo está siendo llevado ante el Sanedrín y Pilato para ser juzgado, un evento que deleita a Satanás. Se precipita al infierno para contarle a Lucifer las buenas noticias. Pero Lucifer ha sido golpeado por dudas: si Jesús realmente es divino, entonces su plan para matarlo solo traerá peor ruina sobre sus cabezas. “Falso Satanás”, brama desagradecido, “lo has arruinado todo”. Lucifer envía a Satanás de regreso a la tierra en un intento desesperado por detener la crucifixión; Satanás se le aparece a la esposa de Pilato en un sueño y le dice que una calamidad le espera a su esposo si condena a este hombre inocente. La esposa de Pilato advierte a Pilato, pero él responde que no puede vacilar en el servicio de César.

Los demonios no aparecen en la crucifixión, porque los dramaturgos consideraron que el lado cómico de su personaje era demasiado pronunciado para introducirlo en un momento tan solemne. Pero están justo allí después de la muerte de Cristo, llevándose el alma del ladrón impenitente. Satanás también intenta apoderarse del alma de Jesús, pero el arcángel Gabriel lo repele con una espada de fuego. Este es un punto de inflexión. Hasta ahora, el Diablo ha estado a la ofensiva; de ahora en adelante está en ignominiosa retirada.

Conducidos de regreso a la bodega del infierno, los demonios despliegan sus defensas. Sin embargo, todavía se jactan estúpidamente. Satanás exclama: “Si Jesús baja aquí y se atreve a decir una sola palabra, le quemaré el pelo”. Todavía se niega a comprender quién es Jesús: “Conocí de vista a su padre; se ganaba la vida como artesano; Entonces, ¿qué hace que este Jesús sea tan alto y poderoso? el no es nada pero un hombre de verdad, así que adelante, demonios, atrapad a ese jactancioso y atadlo en el infierno. Lo colgamos en la cruz y ahora nos ocuparemos de él. Ve a buscarlo y derriba a ese cobarde. Pero en las profundidades de las tinieblas del infierno brilla una gran luz, y el sonido desacostumbrado de las almas regocijándose penetra en el oscuro concilio. "¿Que es ese ruido?" Lucifer exige, y Berich responde: “Es la raza humana; su salvación está cerca.” Lucifer gime: “Lo sabía; Siempre supe que ese hombre vendría y robaría nuestra herencia”.

Se acerca el momento decisivo en la historia de la salvación. El alma de Jesús llega a las puertas del infierno y pronuncia las grandes palabras del Salmo verdad para 24:7–10: ¡ ABRE TUS PUERTAS ! Por fin los demonios saben lo seguro. “Ay, oh no”, gime Belial, “debemos inclinarnos ante tus órdenes; ahora sabemos que tú eres Dios.” El diablo trata de evitar la ruina discutiendo con Jesús. ¡Esperar! el llora. ¡Mira, me prometieron que podría quedarme con las malditas almas! Está bien, responde Jesús, adelante y quédate con Caín, Judas y todos los pecadores e incrédulos. Sí, Satanás persigue, pero si consigues robar mis otras almas, entonces podré seguir vagando por el mundo y corromper a tus sirvientes. La majestad de Cristo

rechaza este trato: No, demonio, no lo harás, porque te ataré firmemente en el infierno. Miguel encadena a Satanás, y el Señor saca triunfantes del pozo a las almas felices.

La crisis ya pasó. En el momento de la resurrección de Jesús, los demonios todavía correteaban tontamente tratando de recuperar el control de los acontecimientos, pero la condenación del Diablo es segura. El acto final en la historia de la salvación es el juicio final. Justo antes de la segunda venida de Cristo, Satanás lanza un último asalto al reino de Dios. Los demonios celebran un consejo final y deciden que su única esperanza es que el Diablo engendre un hijo, el Anticristo. Cuando oyen que ha nacido el Anticristo, el oscuro parlamento se regocija. El Diablo visita a su joven hijo en la tierra y le ofrece los reinos de este mundo, tentación a la que el falso mesías, a diferencia del verdadero, asiente con avidez. El anticristo vaga por el mundo, obrando falsos milagros, engañando a la gente, persiguiendo a los santos, animando a gobernantes injustos y preparándose para la batalla final.

La batalla es rápida y decisiva. El Anticristo grita en vano:

Socorro, Satanás y Lucifer,

Belcebú, orgulloso caballero!

Estoy sufriendo un dolor terrible. . .

Temo por mi cuerpo y mi alma,

y ahora todo se va al Diablo.

Cuando muere, dos demonios lo bajan al inframundo. “Con Lucifer su señor por mucho tiempo mentirá; en silla de dolor se sentará.” La reacción de los demonios al descenso del Anticristo es irónicamente mixta. Se alegran de ver a su camarada; se complacen en verlo condenado, porque aumenta su tesoro de almas; sin embargo, saben que su ruina acerca cada vez más la de ellos.

Ahora es el día del juicio final, y aún los demonios están confundidos. Están felices porque el infierno ahora estará eternamente lleno de todas las almas condenadas. Corriendo de aquí para allá con libros que enumeran a los pecadores y bolsas llenas de documentación, dan la bienvenida a la llegada de cada prisionero. Es un momento emocionante, una fiesta navideña invertida. Sin embargo, es ahora cuando Satanás está atado finalmente y para siempre. Dios lo anuncia: “Lucifer, nunca has estado dispuesto a asumir la responsabilidad de tus pecados. En cambio, has persistido diariamente en tu malevolencia. . . . Por eso te maldigo.” Los demonios están horrorizados. Perdido es su reino, perdido su poder para obstruir el reino de Dios. El cosmos es restaurado a la armonía; la muerte, el dolor y el pecado ya no existen. La última acción en el escenario del mundo es abrupta y definitiva: Cristo cierra la puerta del infierno, la pone llave y le quita la llave.

10 *Nominalistas, místicos y brujos*

Los siglos XIV, XV y XVI, tradicionalmente llamados finales de la Edad Media y la Reforma, se toman mejor como un solo período, algunas de cuyas características en la literatura, la leyenda popular, la homilética y la locura de las brujas alentaron la creencia en Satanás, mientras que otras , como el nominalismo, debilitó su influencia. El nominalismo, la tendencia intelectual dominante, se basaba en el rechazo de la creencia platónica e idealista —conocida como realismo— de que las ideas abstractas tienen una realidad intrínseca por encima de la realidad de los individuos. Guillermo de Ockham (c. 1285-1347), el líder nominalista y franciscano de Oxford, sostuvo que el realismo no solo era falso sino también una fuente de complicaciones innecesarias. La “navaja” de Ockham, el principio de que la explicación más simple que concuerda con la evidencia suele ser la mejor, cortó las “realidades” abstractas que los filósofos anteriores habían inventado. Sabemos que Sócrates y Platón son humanos, observó Ockham, por experiencia directa e intuición. No necesitamos referirnos a una cualidad abstracta “humanidad” para saber esto. La gente podía distinguir a un hombre de un rorcual común antes de que Platón inventara el realismo. No tenemos evidencia de que exista la "humanidad", solo humanos individuales; no hay evidencia de que exista la "ballena de aleta", solo ballenas de aleta individuales. El conocimiento de las cualidades abstractas es, por tanto, una creación de los seres humanos más que un reflejo del propio mundo exterior.

Cuando se aplicó a Dios mismo, el nominalismo tuvo varios efectos. Primero, significaba que todo lo que decimos acerca de Dios es una proposición humana que no se puede suponer que describa la verdadera naturaleza de Dios. Todas las categorías humanas, incluyendo “ser”, “poder” y “conocimiento” son equívocas , es decir, significan algo muy diferente aplicado a Dios de lo que significan aplicado a un ser humano, un caballo o una estrella. Podemos conocer a Dios por experiencia e intuición, pero tan pronto como tratamos de construir una teología racional para llegar a la naturaleza de Dios, nos vemos obligados a usar términos equívocos y, por lo tanto, no nos acercamos más a Dios racionalmente que las concepciones racionales humanas de él.

Para Ockham, las ideas universales son construcciones humanas. No hay ideas en la mente de Dios, no hay prototipos entre los que la Deidad haya tenido que elegir para usarlos como patrones. La libertad de Dios es absoluta, no está limitada por ninguna necesidad, incluida la lógica. Cada

evento en el cosmos depende inmediatamente de Dios. Los nominalistas distinguieron entre el “poder absoluto” de Dios para hacer lo que quiera y su “poder ordenado”: la forma en que de hecho ha establecido el cosmos. Dios podría haber hecho las leyes físicas y morales del cosmos muy diferentes; él tiene el poder absoluto de hacer cosas que nunca ha hecho y nunca hará: está en el poder absoluto de Dios hacer que el hidrógeno y el oxígeno se combinen en un pastel de frutas. Sin embargo, no está en su poder ordenado hacerlo. Su poder absoluto es ilimitado, pero su poder ordenado es lo que Dios realmente elige para el cosmos. Es limitado y fijo, no por alguna limitación inherente a Dios, sino porque Dios eterna y libremente elige que así sea. El mal es malo porque Dios declara que es malo, no porque Dios reconozca una cualidad intrínseca del mal que existía antes de que él lo declarara así.

El nominalismo condujo a dos posiciones bastante diferentes sobre el libre albedrío y el determinismo. La absoluta libertad e inescrutabilidad de Dios llevó a algunos nominalistas a enfatizar el determinismo. Dios puede salvar o condenar según cualquier principio que elija o según ningún principio en absoluto. El punto de vista predestinatario responsabilizaba a Dios por el mal, porque podría haberle dado al diablo la gracia de confirmarlo en la bondad y decidió no hacerlo. La mayoría de los nominalistas, sin embargo, enfatizó la fidelidad de Dios al “poder ordenado”, el orden que de hecho crea, un orden en el que incluye el libre albedrío. El propio Ockham creía firmemente en el libre albedrío, aunque enfatizaba que de ninguna manera limitaba el poder absolutamente ilimitado de Dios. El mal es mal porque Dios así lo ordena; Dios podría haber hecho buena la mentira y mala la amistad. Pero si Dios crea así las alternativas del bien y del mal, debe ser al menos la causa parcial del mal. Aun así, Ockham nos recuerda que lo que los humanos llamamos "maldad" no es necesariamente "maldad" para Dios; no debemos imaginar que cualquier categoría de este tipo que inventemos corresponda a la realidad última.

Nicolás de Cusa (1401-1464) estuvo más cerca de imputar el mal a Dios. Los supuestos centrales de Nicolás eran nominalistas, y también se basó en la tradición mística derivada de Dionisio. Los humanos no pueden conocer nada en sí mismo. La verdad absoluta, sea lo que sea, es para siempre más allá de nuestro alcance. De Dios sólo sabemos que es máximo , superando totalmente todo objeto de experiencia y por tanto incomprensible en sí mismo, aunque podemos saber un poco del cosmos, que es una manifestación de Dios. “Todas las afirmaciones que se hacen sobre Dios por la teología son antropomórficas”. Ni siquiera podemos decir que Dios es el ser máximo , porque trasciende nuestra concepción del ser. Dado que Dios no tiene una relación proporcional con nada finito, todo lo que digamos sobre él es meramente equívoco, y la única forma en que podemos captar algo sobre Dios es entender que debemos negar cualquier proposición disyuntiva sobre él, cualquier proposición que niegue su opuesto. No

podemos decir que Dios es el principio si por eso excluimos el fin, o que es grande, si por eso excluimos lo pequeño.

Dado que Dios es absolutamente ilimitado, no hay cualidad que su naturaleza excluya. Todos los opuestos están unidos en Dios. Dios existe y no existe; es ser y no ser; es el más grande y el más pequeño; es trascendente e inmanente; él es principio y fin; crea el cosmos de la nada, pero se extiende de sí mismo; es unidad y diversidad; es simple pero abarca todas las distinciones. Dios es una “coincidencia de opuestos”, una unión de contrarios, más allá del alcance de la razón humana, y Nicolás afirmó que es lo único que tenemos derecho a decir sobre Dios. Nunca podemos definir a Dios, porque Dios es su propia definición y es por él que todas las cosas son definidas. Somos completamente ignorantes de Dios. “Sin embargo, de una manera que no podemos comprender, la verdad absoluta ilumina la oscuridad de nuestra ignorancia”. Porque aunque Dios no puede ser conocido intelectualmente, puede ser experimentado, directamente intuido, tanto por los simples como por los eruditos. Como Dios nos da la mente, debemos usarla para tratar de comprenderlo, pero el amor nos acerca infinitamente más a Dios que el razonamiento más sutil.

Esto está cerca de una visión absolutamente monista, que no permite limitaciones a Dios, no permite nada fuera de la totalidad que es Dios. Pero ¿qué pasa entonces con el mal? Nicolás estuvo a punto de dar el paso final y percibir el bien y el mal como otra coincidencia de opuestos inherente a Dios. Podría haberlo hecho dejando en claro que el “bien” y el “mal” son meras categorías humanas. Decir que Dios incluye tanto lo que llamamos bien como lo que llamamos mal permitiría que Dios sea completamente bueno con una bondad que difiere de la nuestra y la trasciende. Nuestro odio al mal y nuestra valiente voluntad de vencer el mal también serían parte de la coincidencia de los opuestos en Dios, parte de su “poder ordenado”. Esta teoría habría sido consistente con la tradición hebrea y cristiana que siempre percibió al Diablo como la criatura y siervo de Dios, así como también como la criatura de Dios. enemigo. Pero Nicholas miró esta consecuencia lógica de su teoría, se estremeció y se retiró a la antigua visión del mal como privación.

El renacimiento del misticismo cristiano en los siglos XIV, XV y XVI se fortaleció con el surgimiento del nominalismo. El nominalismo y el misticismo compartían la suposición de que se podía llegar a Dios a través de la experiencia, la intuición y el amor más que a través de la razón. La intuición mística es que todo vive, se mueve y tiene su ser en Dios. Aquel que comprende, observó Ray C. Petry, “ solo tiene a Dios y piensa solo en Dios, y todo es nada más que Dios para él. Revela a Dios en cada acto y en cada lugar. Todo el negocio de su persona suma a Dios.”

La intuición de los místicos de que el cosmos es un aspecto de Dios mismo, producido por Dios en amor y atraído amorosamente hacia Dios, plantea la cuestión del mal de manera más conmovedora que cualquier otra tradición cristiana. Si todo es Dios, y el cosmos está rebosante de amor

divino, parece que no hay lugar para el mal y el Diablo. Los místicos se sintieron tentados a explicar el mal en términos de privación. Para Meister Eckhart (c. 1260-1327), solo Dios es el ser absoluto; las criaturas tienen ser sólo en cuanto existen en Dios; de lo contrario, son una "nada pura". Si el mal no tiene su ser en Dios, puede ser considerado como una pura nada. En otra parte, sin embargo, Eckhart enfrenta el problema de manera más directa. No podemos suponer que la bondad de Dios es lo mismo que nuestra bondad, porque no tenemos derecho a imponer concepciones humanas sobre Dios. El que llama bueno a Dios está tan equivocado como el que llama malo a Dios. La existencia de lo que llamamos el mal "es exigida por la perfección del universo, y el mal existe en el bien y se ordena al bien del universo".

El contemplativo del siglo XIV Julián de Norwich también vio que la bondad de Dios trasciende nuestra capacidad de comprender el bien y el mal: "Porque el hombre considera algunas obras como bien hechas y otras como malas, y nuestro Señor no las considera así, porque todo lo que existe en la naturaleza es creación de Dios, de modo que todo lo que se hace tiene la propiedad de ser obra de Dios. Nuestro Dios hace todo lo que es bueno, y tolera lo que es malo. No digo que el mal sea honorable, pero digo que la tolerancia [del mal] de nuestro Señor Dios es honorable". En última instancia, Dios incluye en sí mismo lo que llamamos el mal, pero Dios mismo sufre el mismo mal que nos pide que suframos. La Encarnación y la pasión de Jesucristo son signos de la voluntad de Dios de compartir con nosotros los terribles efectos del mal. Nuestras mentes limitadas no pueden captar el sentido de esto, pero Dios arregla todas las cosas: "Mira, yo soy Dios. Mira, yo estoy en todas las cosas. Mira, yo hago todas las cosas. Mira, nunca quito mis manos de mis obras, ni lo haré sin fin. Ver, Yo guío todas las cosas al fin para el cual las ordené, antes de que el tiempo comenzara, con el mismo poder y sabiduría y amor en que las hice; ¿Cómo debería estar mal algo?"

La visión fundamental de los místicos era unitiva: todas las cosas, incluidas todas las criaturas pecaminosas, están unidas a Dios. El Diablo no puede tener un significado último en el cosmos. En última instancia, el Diablo es nada, vacío. El vacío tiene tres significados para los místicos. Un significado es positivo: el vaciado de todos los apegos del alma para que el alma pueda encontrar a Dios. El segundo es ontológico: el no ser de lo que no es Dios. El tercero es moral: el no ser y la falta de sentido de todo lo que se aleja de Dios. Para los místicos, el Diablo es un vacío moral que nos aleja de la realidad. El deseo de los contemplativos de evitar las definiciones y su vacilación en presionar por explicaciones racionales los disuadió de insistir intelectualmente en el diablo. Sin embargo, en la práctica sintieron su presencia más a menudo y más inmediatamente que la mayoría.

Los contemplativos creían que el Diablo ponía su malvada atención sobre ellos más que sobre los demás, porque la unión del alma con Dios es lo que

el Diablo odia más intensamente. El Diablo era la fuente de todo lo que obstruía la contemplación. El Diablo sugiere que no tenemos tiempo para la oración y la contemplación, que son ilusiones, que no llevan a ninguna parte, que son una pérdida de tiempo, que no somos dignos de ellas, que es mejor hacer buenas obras, que parecemos tontos a los demás cuando oramos. O, peor aún, nos enorgullece de nuestros logros espirituales, haciéndonos sentir superiores y dándonos falsas sensaciones de calidez o ligereza o alucinaciones visuales o auditivas. Cuanto más superamos los obstáculos espirituales, más severamente se esfuerza él por bloquearnos el camino unitivo. Sus ataques a los contemplativos iban desde la tentación espiritual hasta el asalto físico: Julián de Norwich ofrece una descripción detallada del demonio que intentó estrangularla hasta la muerte. Las tentaciones espirituales fueron peores. Como observó Julian, “todo lo que se opone al amor y la paz proviene del Demonio”.

Los contemplativos instaron a aquellos que sintieran tentaciones demoníacas a que no trataran de resistir directamente, sino que apartaran sus pensamientos y oraran por la gracia de Dios, porque el diablo no tiene ningún poder real contra nosotros. Como dijo uno: “Para un hombre, dejar que el Diablo se apodere de él es como un soldado bien armado que deja que un insecto lo pique hasta matarlo”. Protegidos por la gracia de Dios, nos defendemos del Diablo con fe y alegría. Walter Hilton (muerto en 1396) dijo: “Nos produce la hilaridad y el gozo de alguien que ve el mal vencido al ver al Diablo, el jefe de todos los males, mostrado como un torpe sinvergüenza atado por el poder de Jesús, a quien no puede vencer. lesionar." Y Julián vio “nuestro Señor despreciar su malicia y lo despreciemos como nada, y el Señor quiere que lo hagamos. Debido a esta vista me reí mucho. Veo diversión, que el Diablo es vencido, y veo escarnio, que Dios lo desprecia, y será escarnecido, y veo seriedad, que es vencido por la santísima Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo.” La respuesta definitiva al mal no es machacar el cerebro sino vivir una vida de amor y risas.

La experiencia directa del Diablo también podría tomar una forma bastante diferente. Aunque el nominalismo y el misticismo tendían a minimizar el poder del Diablo, otro fenómeno mucho más popular de los siglos XIV, XV y XVI elevó sus poderes a alturas sin precedentes. Esto fue brujería. “Brujería” tiene tres significados bastante diferentes. A veces significa hechicería simple, los encantamientos o hechizos utilizados en muchas sociedades en todo el mundo para lograr fines prácticos como curar a un niño, asegurar la fertilidad de las cosechas o protegerse de un enemigo. Recientemente se ha referido al neopaganismo moderno, una religión de finales del siglo XX limitada a pequeños grupos principalmente en los países anglosajones. El tercer significado es el único importante para la historia del Diablo: la supuesta brujería satánica del período de alrededor de 1400-700. Ya sea que las brujas acusadas alguna vez creyeran o practicaran el satanismo que se les atribuía o que sus enemigos lo proyectaran sobre

ellas, la convicción de que la brujería satánica era real impregnó la sociedad occidental durante tres siglos.

En el siglo XV había surgido un estereotipo de brujería diabólica: un jueves o sábado por la noche, algunos hombres, pero más mujeres, se levantan silenciosamente de sus camas para no molestar a sus cónyuges. Las brujas que están lo suficientemente cerca del lugar de reunión se abren paso a pie, pero las que viven lejos se frotan el cuerpo con un ungüento que les permite volar en forma de animales, o bien a horcajadas sobre palos de escoba o vallas. Diez o veinte brujas asisten a la reunión, más tarde llamada "sabbat". La ceremonia comienza con las nuevas brujas que juran guardar los secretos del grupo y prometen matar a un niño y llevar su cuerpo a la próxima reunión. Los neófitos renuncian a la fe cristiana e insultan un crucifijo o hostia eucarística. Proceden a adorar al Diablo oa su representante besándole los genitales o el trasero. Después de la iniciación, las brujas traen niños para sacrificarlos al Diablo, y la grasa de los bebés se usa para confeccionar el ungüento para volar o para veneno. Las brujas participan del cuerpo y la sangre del niño en una parodia blasfema de la Eucaristía. Después de la cena, las luces se apagan y las brujas caen en una orgía sexual indiscriminada, a veces teniendo relaciones sexuales con el mismo Diablo.



Las brujas otorgan el “beso obsceno” al Diablo mientras sus compañeros cabalgan por los aires camino a un “sabbat” o “sinagoga”. Iluminación de un manuscrito francés del siglo XV. Cortesía de la Bibliothèque Nationale, París.

¿Cómo ganaron credibilidad ideas tan fantásticas? El fenómeno de la brujería diabólica se desarrolló a lo largo de los siglos a partir de muchas fuentes. A principios de la Edad Media, se usaban numerosos encantamientos y hechizos para afectar el deseo sexual, vengarse u obtener riquezas, pero no se suponía que involucraran demonios; más bien, se suponía que debían manipular fuerzas naturales ocultas. Pero más tarde, bajo la influencia de la escolástica aristotélica, se creyó que la magia natural no existía y que la magia solo podía ser efectiva con la ayuda de Lucifer y sus secuaces. Una mujer llamada Bardonneche, esposa de Lorent Moti de Chaumont, invocó a un demonio llamado Guilleme para que la ayudara a calmar el apetito sexual de su marido; el Diablo se le apareció como un joven pálido con una túnica larga, y en otra ocasión como un gallo. Una Marguerite convocó a un demonio llamado Griffart, quien la ayudó a vengarse de sus enemigos; tomó la forma de un gallo negro o de un hombre

rojizo con una capucha negra y una túnica roja. Un Michel Ruffier invocó a "Lucifel" quien, bajo la forma de un enorme negro, lo ayudó a enriquecerse.

El segundo ingrediente de la brujería consistía en elementos derivados del paganismo y el folclore, por ejemplo, los demonios femeninos chupadores de sangre que tienen la doble función de seducir a los hombres dormidos y matar a los niños. El tercer elemento fue la herejía medieval. Los herejes, personas que negaban persistentemente la doctrina cristiana aceptada, eran considerados al servicio de Satanás y sujetos a acusaciones de orgía, infanticidio y otros ultrajes obscenos contra Dios y la iglesia. Desde la década de 1140, el dualismo cátaro, con su insistencia en los enormes poderes de Satanás, aumentó el terror generalizado de su presencia ubicua.

La teología escolástica era el cuarto elemento. La brujería fue menos un movimiento popular que una imposición de ideas por parte de la élite intelectual sobre los ignorantes. Todos los que se oponen a la misión salvadora de Cristo en la tierra, ya sean paganos, pecadores, judíos, herejes o hechiceros, son miembros de Satanás. Los cristianos están obligados por deber a reformarlos si es posible y eliminarlos si es necesario. Los poderes de Lucifer para proteger a sus seguidores eran tan poderosos que a menudo se consideraba necesario el fuego y la espada para vencerlos. La piedra central del edificio escolástico de las creencias sobre las brujas era la idea del pacto, que se remontaba a la historia de Teófilo. En ese caso, el pacto era un simple contrato entre dos partes que se suponían casi iguales, y era explícito: Teófilo firmó un contrato escrito con Satanás. Ahora bien, en la teoría escolástica del pacto, estos dos elementos cambiaron. Ahora se suponía que la persona que hacía el pacto lo hacía como un esclavo servil, renunciando a Cristo, ofreciendo homenaje al Diablo de rodillas e incluso sometiéndose a relaciones sexuales con a él. Los escolásticos argumentaron que donde el pacto no se hacía explícitamente, era implícito, porque los herejes y otros malhechores se habían puesto bajo el mando de Lucifer, ya sea que se hubieran sometido consciente y deliberadamente a él o no.

El quinto elemento, casi tan importante como la teología misma, fue la opresión judicial, tanto por parte de los tribunales seculares como eclesiásticos, particularmente la inquisición. La brujería implicaba pacto, y el pacto implicaba la más grave de todas las herejías: la creencia de que Satanás es digno de adoración. La definición de la brujería como herejía la puso bajo la jurisdicción de la inquisición. Aunque la inquisición nunca fue una burocracia organizada dirigida desde Roma o cualquier otro lugar, los inquisidores de varias regiones se mantuvieron informados unos a otros. Finalmente, se recopiló un cuerpo de suposiciones sobre las brujas en los manuales de los inquisidores en forma de listas de preguntas principales para formular a los acusados. Bajo amenazas de tortura, muchos confesaron fácilmente estas acusaciones comunes; luego, cada confesión se utilizó como prueba adicional de la validez de las suposiciones. Así se formó un cuerpo de precedentes judiciales, basado en gran medida en la ilusión.

El juicio de un anciano llamado Pierre Vallin en el sur de Francia en 1438 ilustra el proceso. Detenido por la inquisición por brujería, fue torturado repetidamente, luego sacado del lugar de tortura e interrogado, y luego se le dio a elegir entre confesar o ser devuelto para más tortura. Bajo tal presión, Vallin confesó que había sido siervo del diablo durante sesenta y tres años, tiempo durante el cual negó a Dios, profanó la cruz y sacrificó a su propia hija. Acudía regularmente al sabbat de las brujas, donde copulaba con Beelzebub y devoraba la carne de los niños. La inquisición lo condenó por herejía, idolatría, apostasía e invocación de demonios. Luego fue torturado durante otra semana hasta que nombró a varios cómplices. No se conoce el destino de Vallin ni el de los presuntos cómplices a los que se vio obligado a nombrar, pero normalmente sus propiedades habrían sido confiscadas antes de ser quemados en la hoguera.

La creencia en la brujería diabólica tuvo sus raíces en la Edad Media, pero se convirtió en una verdadera moda en los siglos XVI y XVII. Escritores, jueces y teólogos de esos siglos asumieron que las brujas existían en toda Europa, en todos los barrios, todas vinculadas en una gran conspiración bajo el dominio de Satanás. Aunque tal conspiración nunca existió, los pronunciamientos papales, los concilios católicos, los sínodos protestantes, los tribunales seculares, los tribunales inquisitoriales y los principales eruditos proclamaron repetidamente su realidad. La locura comenzó con la publicación en 1486 del Martillo de las brujas (Malleus maleficarum), un libro de dos inquisidores que fue rápidamente impreso en tantas ediciones que vendió más que todos los libros excepto la Biblia. En su mayor parte, la brujería fue una invención de la élite, extendiéndose gradualmente a través del púlpito y el aula a la gente, que la aceptó con avidez como una explicación de sus propios problemas personales. El terror de un complot diabólico de brujas contra la sociedad cristiana ahora se extiende a todos los niveles de esa sociedad. Agravada por las tensiones religiosas y políticas de la Reforma, la brujería fue a la vez causa y resultado del renacimiento del Diablo, cuyas fuerzas habían flaqueado pero que ahora regresaba a su reino con toda su pompa y atavío. El terror a la brujería provocó tanto el enjuiciamiento judicial como la persecución popular, y las víctimas se contaron por cientos de miles.

La locura de las brujas fue uno de los episodios más importantes en la historia del Diablo, reviviendo la creencia en sus poderes inmediatos y terribles hasta un punto sin igual desde la época de los padres del desierto. También reveló el peligro más terrible de creer en el Diablo: la voluntad de asumir que aquellos de quienes uno desconfía o teme son siervos de Satanás y blancos adecuados del odio destructivo. Aunque la proyección del mal absoluto sobre los enemigos de uno no es propiedad exclusiva de aquellos que creen en el Diablo (los comisarios ateos lo practican con tanto celo como los inquisidores), la creencia en Satanás se prestaba fácilmente a la forma particularmente grotesca de demonización que era la brujería. .

-

11 *El diablo y los reformadores*

El complejo conjunto de eventos llamado Reforma se puede dividir en tres: la Reforma de líderes protestantes eruditos y relativamente conservadores como Martín Lutero y Juan Calvino; la Reforma radical, incluidos los anabaptistas; y la Reforma Católica que culminó en el Concilio de Trento. Sin embargo, ninguno de estos dio lugar a ideas que se apartaron marcadamente de la diabología tradicional. El gran cambio no vino con la Reforma, sino con la Ilustración del siglo XVIII. Tanto la fe católica como la protestante se mantuvieron en consonancia con el modo de pensar aristotélico, escolástico y agustino que había caracterizado la Baja Edad Media.

Debajo de esta teología conservadora, sin embargo, los cambios sociales estaban preparando lentamente un cambio radical de atención de la maldad humana demoníaca a la secular. El crecimiento de los pueblos alentó el crecimiento de la alfabetización mucho más allá del sacerdocio, de modo que las clases medias urbanas pudieron leer e interpretar la Biblia por sí mismas. Al mismo tiempo, un número cada vez mayor de personas alfabetizadas centró su atención en preocupaciones seculares como ganar dinero, construir negocios y criar familias. El estado-nación en ascenso avanzó las necesidades del poder secular contra los reclamos de la iglesia y la religión.

El Diablo no estaba dispuesto a retirarse ante la nueva preocupación por las cosas de este mundo, y alcanzó el apogeo de su poder justo en el momento en que la estructura intelectual que lo sustentaba comenzaba a desmoronarse. Tanto la locura por las brujas como la Reforma de Lutero alentaron su potencia. El énfasis protestante en la Biblia como la única fuente de autoridad significó una confianza renovada en la enseñanza del Nuevo Testamento sobre Satanás. Además, debido al miedo de los protestantes a la brujería y a pesar de su entusiasmo para eliminar las tradiciones que consideraban desarraigadas en las Escrituras, aceptaron prácticamente toda la diabología medieval. Además, eliminaron estructuras como el exorcismo y la confesión privada que ayudaban a las personas a sentir que Satanás estaba bajo control. Tanto los protestantes como los católicos también alistaron al Diablo en la guerra de propaganda: para los pastores protestantes, el Papa era el Anticristo; en los exorcismos católicos se informó que los demonios alababan las doctrinas protestantes mientras huían gritando de los cuerpos de sus víctimas. Las guerras religiosas entre

católicos y protestantes, y entre variedades de protestantes, promovieron la sensación de que el diablo estaba activo en todas partes.

Otra razón para el crecimiento del poder de Satanás fue el repliegue de la conciencia cristiana, no solo en el protestantismo sino en el nuevo carácter introspectivo del catolicismo tipificado por Ignacio de Loyola (1491-1556). En épocas anteriores, el Diablo había sido confrontado por Dios, Cristo y toda la comunidad cristiana. Si te atacaba Satanás, al menos podrías haberte sentido parte de una gran hueste que cerraba filas protectoras a tu alrededor en las brumas. Pero ahora tenías la responsabilidad de defenderte de él como individuo, solo. Ningún santo brillante o ángel armado con la espada de la gloria os protegía ahora; te dejaron en tu armario, solo con tu Biblia, reflexionando temerosamente sobre tus pecados, expuesto a los vientos invernales del mal. No es de extrañar que los héroes literarios de la época fueran Fausto solo en la encrucijada de medianoche con Mefistófeles, y Macbeth solo en el páramo maldito con las tres brujas. El aislamiento provoca terror, y el terror se presta a una visión exagerada de los poderes del diablo.

Irónicamente, el mismo siglo que vio un aumento tan grande en los poderes de Satanás también fue testigo de los comienzos del escepticismo manifiesto. Las profundidades del terror provocadas por el individualismo introspectivo provocaron una intensa reacción psicológica contra la creencia en los poderes del mal. En 1563, Johann Wier expresó su escepticismo sobre la brujería y la diabología en su libro Sobre la magia , y Michel de Montaigne (1533-1592) argumentó que la evidencia de la brujería seguramente era demasiado inestable para justificar la ejecución de personas. El escepticismo intelectual fue instigado por la firme incredulidad de laicos prácticos e incultos como Brian Walker de Durham, quien anunció: “No creo que existan ni Dios ni el Diablo, ni creeré en otra cosa que no sea lo que veo”. La respuesta de los creyentes a tal escepticismo fue la réplica: Ni Diablo, ni Redentor. Si el Diablo, la segunda figura más conocida del cristianismo, pudiera ser eliminado de la tradición cristiana, eventualmente incluso Cristo podría desaparecer. Si Cristo no vino a salvarnos del poder del diablo, quizás no vino a salvarnos en todos. Una cosmovisión religiosa en la que Dios y el Diablo encajaban coherentemente estaba siendo reemplazada gradualmente por una secular en la que no encajaban. El resultado fue que la existencia de Dios eventualmente sería cuestionada como la del Diablo; el proceso sólo tomó un poco más con Dios.



Goya, Conjuro , 1794/1795. Goya, él mismo un escéptico, pintó escenas grotescas de brujería con fines satíricos. Aquí, las brujas estereotipadas están acompañadas por espíritus familiares, clavan alfileres en imágenes y llevan una canasta de bebés asesinados para usar en su orgía caníbal. Óleo sobre tela. Cortesía Museo Lázaro Galdiano, Madrid.

Martín Lutero (1483'1546) dedicó más preocupación teológica y personal al Diablo que nadie desde los padres del desierto. Para Lutero, cualquier punto de vista válido debe basarse en la lectura de la Biblia a la luz de la fe. Después de la Biblia, su fuente principal fue Agustín, aunque contrastó su "verdadero" Agustín con los escolásticos agustinos, quienes, según él, habían excedido el rango de la razón. La razón debe usarse solo en su esfera adecuada, que es una ayuda para comprender la verdad que ya hemos aprendido de la Biblia.

De Agustín y los nominalistas Lutero aprendió a insistir en la omnipotencia absoluta de Dios y su corolario, la predestinación. Lutero abrazó la predestinación absoluta, sosteniendo que cualquier otra cosa sería una limitación ilógica y blasfema de la voluntad soberana de Dios. “Por lo tanto”, dijo, “debemos ir a los extremos, negar el libre albedrío por

completo y atribuir todo a Dios”. Un ser humano no tiene ningún poder para lograr su propia salvación; siempre está en el poder de Dios o en el de Satanás. Dios elige a los que salva y permite que los demás sigan al Diablo. Cristo no murió por todos, sino sólo por los que ha escogido especialmente. Al agarrar audazmente la ortiga de la predestinación, Lutero era consciente de sus pinchazos: si el cosmos está tan estrechamente determinado, ¿por qué necesitamos los sacramentos, los sermones, la Biblia o la Encarnación misma? ¿Por qué Dios simplemente no arregla las cosas como él quiere sin más preámbulos? Aunque incapaz de resolver estas dificultades, Lutero permaneció inquebrantable al no permitir ninguna limitación en el poder de Dios.

Dios tiene dos tipos de omnipotencia. Como creador del cosmos, es absolutamente libre de hacer el mundo exactamente como le plazca. Esto, dijo Lutero, es su "omnipotencia natural". Todo en el cosmos es porque él quiere que sea; si no lo eligiera, no existiría. Dios también tiene omnipotencia “teológica”: no es sólo la causa remota de todo lo que es, sino también su causa inmediata. Mantiene cada mota del universo en su mirada inmediata, dirigiendo el cielo, el infierno, todas las criaturas, el cosmos entero y el Diablo.

En un mundo así, Dios es remota e inmediatamente responsable del mal. Lutero distinguió dos aspectos de Dios, contrastando el rostro justo, severo y aparentemente cruel con el bondadoso, misericordioso y amoroso que conocemos a través de la Encarnación de Cristo. Porque hay maldad en el mundo, debe ser la voluntad de Dios. Sin embargo, Dios también quiere el bien contra el mal. Así Dios quiere el bien; Dios quiere el mal; Dios no quiere el mal: todo lo anterior es cierto. Para nuestras mentes limitadas, algunas cosas parecen buenas y otras malas, pero en última instancia, todos los males aparentes son buenos, ya que todo lo que Dios hace es bueno.

Lutero extrajo de los místicos la noción de Dios como una coincidencia de opuestos. Dios es ira, y Dios es amor. Dios es repudio, y Dios es gracia. Dios es ley, y Dios es misericordia. Dios quiere la maldad y odia a los malvados. La razón sola no puede penetrar este misterio; sin la gracia vemos a Dios como incompetente, aterrador o cruel. Debido a que nuestras nociones del bien y del mal son diferentes e infinitamente inferiores a las de Dios, no siempre podemos captar el bien en sus propósitos. Percibimos a Dios como si tuviera una doble voluntad, queriendo tanto el bien como el mal, pero esta aparente doble voluntad es en realidad una voluntad unida que no podemos entender. Lutero vio que esta dura doctrina era un corolario de la omnipotencia absoluta de Dios.

El rostro severo e iracundo de Dios puede parecer la máscara del diablo. Pero la voluntad del Diablo es solo aparentemente la misma que la voluntad de Dios; mientras que el Diablo y Dios pueden querer lo mismo, su propósito nunca es el mismo. El Diablo es la herramienta de Dios, como una podadera o una azada que Dios usa para cultivar su jardín. La azada se complace en destruir las malas hierbas para su propio propósito, pero nunca

puede salir de las manos de Dios, o desyerbar donde Él no desea, o frustrar su propósito de construir un hermoso jardín. El Diablo, en contra de su voluntad, siempre hace la obra de Dios. Todos los males vienen tanto del Diablo como de Dios, pero el Diablo quiere el mal en ellos y Dios quiere el bien que sale de ellos. “Dios incita al diablo al mal, pero él mismo no hace el mal”. El conocimiento de que Dios obra a través del Diablo puede tentarnos a la desesperanza y al horror; sin la ayuda de la gracia, dudaríamos de la propia bondad de Dios. Pero la Encarnación de Cristo revela la misericordia y el amor de Dios. A través del amor de Cristo podemos entender que a pesar de la aparente dureza del mundo, la presencia amorosa y el propósito de Dios nunca están ausentes.

Si todo es de Dios, entonces el mal y el Diablo son de Dios. Pero el monismo inquebrantable de Lutero no conduce a la aceptación del mal. Aunque el Diablo hace el mal bajo el mandato de Dios, Dios también odia el mal y desea que luchemos contra él. Dios lucha poderosamente contra Satanás, con cada momento de elección moral como campo de batalla. En un cosmos gobernado por la omnipotencia absoluta, argumentó Lutero, el individuo no tiene libertad. Él o ella está sujeto a la voluntad de Dios o de Satanás. El alma es como un caballo: cuando Dios cabalga, va donde Dios quiere, y cuando el Diablo cabalga, va donde el Diablo quiere. Los dos jinetes se disputan la montura entre ellos, pero el caballo obedece al que está en la silla.

Lutero sintió esta lucha intensamente dentro de su propia alma. Su diabología se basó en la experiencia personal, así como en las Escrituras y la tradición. Como dijo Heiko Oberman, “toda la vida de Lutero fue una guerra contra Satanás”. Como los padres del desierto y los contemplativos medievales, Lutero sintió que el Diablo ataca más intensamente a medida que se avanza en la fe. Satanás intentó disuadirlo de la obra de Dios a través de tentaciones, distracciones e incluso manifestaciones físicas. Traqueteaba detrás de la estufa de Luther; en el castillo de Warburg arrojó nueces al techo y arrojó barriles por las escaleras; gruñía audiblemente como un cerdo; disputó con Lutero como un escolástico; a veces se alojaba en las entrañas de Lutero. Satanás se mantuvo tan cerca que “se acostó con Lutero más que la esposa de Lutero, Katie”.

Sin embargo, el poder de Satanás sobre nosotros se hace añicos por la Encarnación de Jesucristo. Cristo ha golpeado a Satanás golpe tras golpe contundente en sus milagros, en su predicación y en su Pasión. El Diablo planeó la Pasión con furia irreflexiva contra Cristo, y Dios la usó para derrocarlo, siendo la prueba la resurrección. El mundo, la carne y el Diablo todavía nos tientan, pero una pequeña palabra, el nombre del Salvador, puede aplastarlos.

Sin embargo, el diablo todavía tiene poder en el mundo porque muchos eligen seguirlo. Algunos hacen un pacto deliberado con él: Lutero no era escéptico acerca de la brujería y una vez él mismo salvó a un estudiante en Wittenberg que había renunciado formalmente a Cristo. Todos los

pecadores sirven en el ejército del Diablo, incluidos los paganos, los herejes, los católicos, los turcos y los protestantes radicales. El Papa es el mismo Anticristo. La visión de Lutero de que el mundo entero estaba en tensión entre Dios y el Diablo no le permitía ver las disputas eclesiásticas como cuestiones de desacuerdo honesto o incluso políticas: siempre fueron aspectos de la gran guerra cósmica.

El poder del Diablo sigue siendo "tan grande como el mundo, tan ancho como el mundo, y se extiende desde el cielo hasta el infierno", pero "el espíritu maligno no tiene ni un cabello más de poder sobre nosotros que lo que permite la bondad de Dios". Contra el Diablo, Cristo pone a disposición de los cristianos un gran arsenal que incluye el bautismo, la Biblia, la predicación, los sacramentos y el canto. La contribución más conocida de Lutero a la diabología popular es su famoso himno "Castillo fuerte es nuestro Dios", del cual algunas versiones modernas despojan de su punto principal, la derrota de Satanás por parte de Cristo. el original es:

Fuerte fortaleza es nuestro Dios,
Buena arma y defensa;
Él nos ayuda en cada necesidad
que encontramos.
El viejo y malvado Enemigo
Está decidido a atraparnos;
Él hace sus planes viciosos
con gran poder y astucia cruel;
Nada en la tierra es como él. . . .
Pero si toda la tierra estuviera llena de demonios
ansiosos por tragarnos,
no temeríamos,
porque aun así seríamos salvos.
El Príncipe de este mundo,
por feroz que pretenda ser,
no puede hacernos daño;
Su poder está bajo juicio;
Una pequeña palabra puede derribarlo.

Todas nuestras defensas contra Satanás descansan en el poder de Jesucristo. Basándose en ese poder, la Reforma protestante misma es una poderosa fortaleza. Lutero también usó medios de defensa más directos, como la alegría, la risa, el bullicio, las obscenidades, el desprecio, los insultos y la obscenidad. Todo lo activo, asertivo, terrenal y de buen humor evita la depresión en la que prospera el Príncipe de las Tinieblas. Una de las mejores defensas de Luther fue acostarse con Katie.

Los seguidores de Lutero difundieron sus puntos de vista, discutiendo sus ideas en sermones, libros populares y catecismos. Los catecismos, algunos escritos para ayudar al clero a instruir a los laicos, otros directamente para los laicos, nos dan una idea de lo que se esperaba que creyeran los fieles. El lugar del Diablo en estos documentos es seguro y rara vez silencioso. Su existencia, su influencia y su amenaza para los cristianos nunca fueron descartadas. En un catecismo, Satanás aparece 67 veces, Jesús solo 63. En el Catecismo Mayor de Lutero de 1529, el reformador analiza a Satanás en relación con el Padrenuestro, el Credo, el bautismo y la Eucaristía. Aun así, nunca se recomendó la atención al diablo; el cristiano se protegía mejor apartando la mirada de la sombra y orientándola hacia la luz del Señor.

Juan Calvino (1509-1564), el segundo gran reformador protestante, ofreció una declaración precisa y racional de sus puntos de vista en Los institutos de la religión cristiana . Calvino se suscribió con entusiasmo a los principios de la fe solamente y las Escrituras solamente. Debido a que la naturaleza humana había sido completamente deformada por el pecado original, la razón natural no podía obtener ninguna verdad sin la iluminación de la fe. El verdadero conocimiento proviene de la Biblia, que el Espíritu Santo interpreta para aquellos a quienes la fe ha salvado. Calvino compartió la visión de Lutero de la omnipotencia total de Dios. Ningún destino, fortuna, casualidad o libertad limita esta soberanía completa. Por que Dios ordena el mal es un misterio que no se nos permite desentrañar. Sin embargo, insistía Calvino, Dios tiene una sola voluntad unida; aunque a nuestra inteligencia limitada le parece que hace tanto el bien como el mal, siempre trabaja para el bien último. Dios no sólo permite el mal, sino que lo quiere activamente, como cuando entregó a Faraón al Maligno para que se confirmara en su obstinación. En cada acto humano malvado, tres fuerzas están trabajando juntas: la voluntad humana de pecar, la voluntad del diablo para el mal y la voluntad de Dios para el bien supremo. En cada persona malvada, tanto Satanás como el Señor están trabajando para su propio propósito.

El papel del Diablo en tal teología fue similar al de Lutero. Calvino rechazó firmemente la opinión escéptica de que los ángeles y los demonios son solo ideas humanas. Aún así, no prestó tanta atención al Maligno como lo hizo su colega alemán. Reconociendo que la Biblia ofrece pocos detalles sobre el Diablo, Calvino insistió en que una diabología detallada era inapropiada. Dado que experimentó los ataques del diablo de manera menos personal que Lutero, Calvino le asignó un lugar más estrecho en el mundo. Satanás está completamente bajo el mando de Dios y no puede hacer ningún mal que Dios no le asigne expresamente. “Para llevar a cabo sus juicios por medio de Satanás como ministro de su ira, Dios destina los propósitos de los hombres como le place, despierta su voluntad y fortalece sus esfuerzos”.

Los historiadores ahora entienden la Reforma protestante y la Reforma católica como dos partes de un movimiento general de reforma. Aun así,

profundas diferencias enfrentaron a las dos reformas, y el resultado fue que muchas ideas de ambos lados se formularon y endurecieron en oposición al otro. La teología sistemática de la Reforma Católica tendió a volver al realismo medieval, reviviendo y elevando las enseñanzas de Tomás de Aquino casi al reino de la verdad dogmática. Este nuevo tomismo ofreció poca teología nueva, simplemente refinando detalles del sistema escolástico en la convicción de que la razón, basada en la revelación y ayudada por la gracia de Dios, podía construir una visión objetivamente verdadera del cosmos.

El Concilio Católico de Trento (1545-1563) puso un sello tácito sobre la visión tomista del Diablo. Los teólogos católicos modernos, respetuosos de los concilios pero desconfiados de la diabología, han tendido a evadir la cuestión de la autoridad conciliar en este punto. Por un lado, solo dos concilios ecuménicos, el IV de Letrán y el de Trento, hicieron declaraciones explícitas sobre el Maligno. Por otro lado, prácticamente todos los teólogos, papas y concilios cristianos desde el comienzo de la iglesia hasta el presente siglo han asumido su existencia. Trent no hizo ninguna declaración afirmando explícitamente la existencia de Satanás por la sencilla razón de que nadie lo cuestionaba. Tres de sus decretos definen aspectos de las actividades del Diablo, afirmando que su poder sobre la humanidad resulta del pecado original, y culpándolo de la existencia de viejas y nuevas herejías.

Los contemplativos y místicos de la Reforma, en particular los carmelitas Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, y el fundador de la orden de los jesuitas, Ignacio de Loyola, concedieron al Diablo sus poderes tradicionales. Loyola, quien propuso reglas sistemáticas para la formación espiritual, insistió en que nadie en ningún momento está libre de las tentaciones que ofrece incesantemente el Maligno, que busca convencernos de que los placeres mundanos y los deleites sensuales nos harán felices. A menudo nos engañamos para ceder, pero los resultados son siempre los mismos: ansiedad, tristeza y desolación. Satanás a veces parece consolarnos, pero todo lo bueno que finge es solo para sus propios designios malvados, nunca para nuestro bienestar. Ignacio refinó las intuiciones psicológicas de los padres del desierto sobre el discernimiento de los espíritus. Si estamos dirigidos hacia Dios, la acción de un espíritu bueno en nuestros corazones promoverá la paz, la alegría, la esperanza, la fe, la caridad y la elevación de la mente, mientras que la acción de un espíritu malo traerá malestar, depresión, preocupación por las cosas mundanas. , y la aridez del alma. Sin embargo, si estamos sumidos en el pecado habitual y apartados de Dios, la acción de un buen espíritu que nos llama al arrepentimiento parecerá dura, y la acción de un espíritu maligno, adormeciéndonos con nuestra mala vida, parecerá placentera y placentera. fácil. Para discernir el bien del mal, por lo tanto, necesitamos comprender nuestra propia orientación básica, así como los efectos de los espíritus mismos. Debido a que todos los poderes y

artimañas del Diablo ceden ante la fuerza superior de Cristo, la manera de vencer al Diablo es a través de una fe firme.

Teresa de Ávila (1515'1582) distinguió claramente entre la esencia de la mística, que es la contemplación amorosa de Dios infundida por el propio amor y la gracia de Dios, y los fenómenos tangenciales que pueden acompañar a la vida contemplativa, como visiones, sensaciones audibles, éxtasis, levitación y estigmas. El Maligno puede manipular fácilmente tales fenómenos para sus propios fines: Satanás puede crear ilusiones de tales cosas para corromper a los crédulos; incluso cuando provienen de Dios, el demonio puede torcerlas haciéndonos sentir orgullosos de ellas o haciéndonos cuidar de ellas más que de la experiencia real de Dios que acompañan. La finalidad de la vida contemplativa no es obtener favores espirituales sino entregarse completamente a Dios.

Aunque Teresa advirtió contra tomar demasiado en serio al Diablo y aconsejó despreciar sus poderes, tanto ella como Juan de la Cruz (1542-1542) 1591) lo percibió como incesantemente activo contra todos los cristianos, especialmente los contemplativos, a quienes busca a toda costa apartar de su objetivo de unión con Dios. Aunque siempre impotente frente a la defensa que Cristo suscita en el alma fiel, a la menor señal de debilidad el Maligno se precipita con sugerencias que parecen razonables en el momento pero que acaban produciendo confusión, disgusto y disgusto. Las tentaciones son ingeniosamente diversas: alienta el fariseísmo y la falsa humildad y nos desalienta de la oración; nos hace sentir una culpa exagerada y trabajar bajo la carga imposible de tratar de ganar la gracia. Nos hace malhumorados con los demás e inspira dudas y temores de que la comprensión que obtenemos a través de la contemplación es una ilusión.

Satanás también puede realizar ataques directos y visibles. Visitaba repetidamente a Teresa, generalmente de manera invisible como una manifestación de la mentira, el engaño y la hipocresía vivientes, pero a veces aparecía visiblemente: se posaba en forma repulsiva sobre su mano izquierda; su cuerpo exudaba una llama que no proyectaba sombra; con una horrible boca abierta le advirtió que aunque había escapado hasta ahora, todavía la tendría. Cuando ella hizo la señal de la cruz, él desapareció, solo para reaparecer al poco tiempo. Ella finalmente lo desterró rociándolo con agua bendita. El Diablo la golpeaba con frecuencia, sacudiendo su cuerpo con golpes invisibles. En visiones vio batallas entre ángeles y demonios y los tormentos del infierno. Satanás también golpeó a Juan de la Cruz, a veces arrojando al santo de su cama al frío suelo de piedra.

Estos relatos de Teresa y Juan, como los de Lutero, indican el poderoso dominio que la diabología tradicional tuvo sobre el pensamiento del siglo XVI. También plantean un problema para los historiadores modernos, ya que no pueden descartarse como leyendas; son relatos autobiográficos, testimonio directo de quienes vivieron las experiencias. ¿Cuáles podrían haber sido estas experiencias? Los puntos de vista modernos, como la psicología profunda, permiten nuevos ángulos, pero cualquier interpretación

que descarte las propias percepciones de los místicos sobre los fenómenos sería culpable de reduccionismo no sofisticado.

Bajo la influencia de Lutero y la locura de las brujas, y debido a las duras tensiones religiosas de la época, la literatura del siglo XVI tendió a considerar al Diablo como una amenaza más poderosa que la de la Baja Edad Media. Un género favorito de la época era el poema épico o la obra de teatro que representaba la caída de los ángeles y la gloriosa victoria de Cristo o su representante, el arcángel Miguel, sobre los ángeles malos al principio del mundo. En magníficas escenas de batalla, Cristo y Miguel son héroes épicos enfrascados en un combate mortal con Satanás. Esta guerra en el cielo, por la cual hay no hay una garantía bíblica clara, rara vez había aparecido en el drama medieval y fue rechazado específicamente por Lutero y Calvino. Sin embargo, su tensión dramática inherente y su idoneidad para la imaginería marcial grecorromana la hicieron irresistible para los poetas y dramaturgos que buscaban adaptar las convenciones de la epopeya clásica al mito cristiano.

Las voces de la sátira y el escepticismo eran débiles a principios del siglo XVI, con la gran excepción de François Rabelais (1494?-1553). Rabelais se burla del orden de la sociedad a través de sus gigantescos protagonistas Pantagruel, Gargantua y Panurge, dirigiendo una burla casi cómica contra el establishment: obispos, abogados, eruditos, monjes y frailes. Los nombres y personajes de los protagonistas se derivan de los de los demonios, pero su rebelión contra el orden establecido es jovial y cruda. Gargantua y Pantagruel , la primera obra importante que presenta figuras demoníacas que simpatizan con su rebelión, prefiguraron la disociación del diablo del mal genuino.

Pantagruel y su padre Gargantua son gigantes, lo que los vincula en el folclore con lo demoníaco; sus hazañas, como matar ganado y devorar peregrinos, los conectan con la demonología tradicional. El Diablo aparece ocasionalmente en su propia forma, pero siempre bajo una luz satírica y cómica: Lucifer tiene problemas intestinales a causa de su mala alimentación. Antes cenaba con los estudiantes, pero ahora leen demasiado la Biblia y no los baja; en cambio, consume una comida desagradable de abogados, chismosos, usureros, falsos monjes, boticarios, falsificadores y sirvientas borrachas.

El personaje más demoníaco es Panurgo, cuyo nombre, “hacedor de todas las cosas”, sugiere la personalidad multifacética del Diablo. Como el Satán tradicional, y como los Diablos de Goethe, Dostoievski y Mann más tarde, Panurgo cambia su apariencia, vestuario, voz y modales para adaptarse a la situación. Ha sido estudiante en Toledo, ampliamente conocido como un centro de conocimientos mágicos, y allí ha trabajado con "el rector de la facultad de diabología". Panurgo es un prototipo del "escurridizo" Mefistófeles de la literatura de Fausto posterior, alto, guapo, elegante y de noble linaje, aunque las huellas de sus orígenes demoníacos aparecen en su palidez, sus imperfecciones y su gran edad de más de trescientos años. .

La historia de Fausto fue un gran parteaguas en la literatura del Diablo. Después de Cristo, María y Satanás, Fausto se convirtió en el personaje más popular en la historia de la cultura cristiana. Obras de teatro, pinturas, poemas, novelas, óperas, cantatas y películas han presentado durante siglos a Fausto y su diabólico compañero Mefistófeles. La leyenda de Fausto es vagamente basado en la vida real de un estudiante de filosofía y teología que luego se dedicó a la magia y luego degeneró en hacer horóscopos y predecir el futuro por dinero.

El primer libro dedicado enteramente a Fausto fue una mezcla de leyenda y fantasía escrito por un protestante alemán anónimo en 1587. El Fausto de este libro intenta obtener conocimiento por sus propios esfuerzos en lugar de recibirlo por gracia. Esta rebelión individualista lo ata al orgullo original de Adán y Eva, y de Satanás. Fausto se convirtió así en el prototipo de la rebelión romántica y moderna contra la autoridad. Para dominar la tradición mágica, decide invocar al diablo. Yendo a una encrucijada por la noche, inscribe círculos y figuras mágicas en el suelo e invoca un espíritu. El espíritu aparece, cambiando a través de varias formas: un dragón, un globo de fuego, un hombre en llamas y finalmente un fraile, el último identificándolo con el monje y el papado, las principales herramientas de Satanás en la tierra. El espíritu le explica a Fausto que es un oficial del infierno y que está bajo el mando del gran príncipe Lucifer, cuyo permiso expreso necesita antes de poder acceder a ayudar al erudito. El nombre del espíritu, Mefistófeles, una invención puramente moderna de orígenes inciertos, aparece por primera vez en este libro.

Mefistófeles acude a Lucifer y obtiene permiso para servir a Fausto si el erudito promete entregarse en cuerpo y alma al príncipe del infierno. Fausto hace un pacto escrito con sangre, niega a Cristo y promete ser enemigo del pueblo cristiano. Aunque este pacto se inspiró en el del Teófilo medieval, su precedente más inmediato fue el pacto atribuido a las brujas contemporáneas. En 1587, durante el apogeo de la locura por las brujas, la historia del pacto dejó en claro a la audiencia que el mago Fausto estaba involucrado en una brujería diabólica. El pacto otorga a Fausto veinticuatro años de poder a cambio de la entrega de su alma a Satanás cuando se acabe el tiempo.

Al principio, satisfecho con estos arreglos, Faustus interroga con entusiasmo a Mephisto sobre la naturaleza del infierno, por lo que el demonio lo lleva de gira. Aterrado por lo que ve en el pozo, Fausto quiere arrepentirse, pero Mefistófeles lo convence de que es demasiado tarde para cambiar de opinión. Esto es una mentira, porque Dios siempre acepta a un pecador arrepentido, pero Fausto agrega al orgullo el pecado final e imperdonable de la desesperación. Solo puede escapar arrojándose a la misericordia de Dios, y cuando se trata de la crisis, prefiere el tormento eterno y la separación de Dios a la sumisión humilde.

El deseo original de Fausto por el conocimiento y el poder se transmuta lentamente en fantasías adolescentes de lujuria y dominación. Viaja a Roma

para banquete en el palacio del Papa, repleto (en este cuento protestante) de prostitutas y borrachos, y muestra su desprecio por el pontífice silbándole en la cara. Luego viaja a Constantinopla, donde, haciéndose pasar por el profeta Mahoma, obtiene acceso al harén del sultán. Vaga por Europa vendiendo horóscopos a emperadores, obispos y profesores. Sus hazañas son rabelesianas: devora un fardo de heno; convoca a Helena de Troya y satisface su lujuria con ella, pero ella resulta ser una súcubo demoníaca.

Cuando sus veinticuatro años están a punto de cumplirse, Fausto convoca a sus colegas y alumnos y les cuenta toda la historia, advirtiéndoles contra el pecado, la tentación, las malas compañías y las artimañas del diablo. Por un momento parece tener la esperanza de que este acto de piedad pueda salvar su alma, pero, al darse cuenta de que la esperanza es vana, se rinde finalmente y por completo a la desesperación. A medianoche los estudiantes sienten un gran viento sacudiendo la casa; escuchan un silbido y luego a Fausto gritando pidiendo ayuda. A la mañana siguiente encuentran el cuerpo extrañamente mutilado tirado sobre el montón de estiércol, con la cabeza torcida de adelante hacia atrás.

La historia de Fausto tiene características claramente modernas que la distinguen de la leyenda medieval de Teófilo. Primero, la historia es antropocéntrica. Las historias medievales enfrentan al Diablo contra Cristo, la Virgen u otro santo; con Fausto, la tensión es entre el Diablo y el hombre. Faustus crea su propia situación y debe salir de ella si puede. En segundo lugar, el antropocentrismo está estrechamente ligado al individualismo. El énfasis protestante en la lucha solitaria del individuo aislado contra los poderes espirituales significaba que Fausto no podía recurrir a una comunidad oa la comunión de los santos. Ni siquiera piensa en la confesión o la Eucaristía, y el autor luterano ciertamente no quería que la Virgen María viniera a salvarlo. En tercer lugar, la historia es pesimista. El pecador medieval se arrepintió y fue salvo; aquí, el individuo endurece su corazón contra la salvación. Cuarto, la historia expresa el conflicto moderno sobre el conocimiento entre el protestantismo y el secularismo moderno. Fausto desea el conocimiento por el poder que otorga, una actitud secular moderna que contrasta con la visión protestante de que el alma sin la ayuda de la gracia no puede obtener ningún conocimiento verdadero y que la búsqueda del conocimiento para beneficio personal es tanto una ilusión como un pecado. Quinto, Mefistófeles señala el comienzo de un cambio en el carácter del Diablo; muestra un indicio de simpatía por su víctima y un rastro de arrepentimiento por su propia rebelión. Estos signos de introspección, internalización y humanización en el carácter de Satanás se convirtieron en un tema importante de la literatura posfaustiana.

La primera gran expresión literaria de la leyenda de Fausto fue Cristóbal El Doctor Fausto de Marlowe (1588/1589). La trama de Marlowe sigue de cerca el Faustbook. El primer pecado de Fausto es el orgullo: al principio imagina que puede manipular a Mefistófeles para cumplir sus propias ambiciones desmedidas:

Por él, seré el gran Emperador del mundo,
Y haré un puente, a través del Aire en movimiento
Para pasar el Océano: con un grupo de hombres
, Voy a unir las Colinas que unen la costa de Affrick ,
Y haré que ese País sea un continente . Spaine,
y ambos contribuyentes a mi Crowne.

Pronto Mephisto, usando halagos, falsas promesas y amenazas, gana la partida. Faust comienza a comprender la enormidad de la situación en su recorrido por el infierno y se rinde a la desesperación. Se niega a creer que Cristo puede salvarlo porque sabe que el arrepentimiento implica renunciar al poder que ha ganado y disfruta. “Me arrepiento; y, sin embargo, me desespero.” Al final, el Diablo lo arrastra gritando, sus miembros son desgarrados y su cuerpo mutilado.

Mephistopheles es en parte el diablo cristiano tradicional, "un lunático espiritual", como dijo Dorothy Sayers, "pero como muchos lunáticos, es extremadamente plausible y astuto". Marlowe añade profundidad psicológica al personaje: Mephisto no es del todo malvado; malhumorado e introspectivo, lamenta su pérdida de felicidad:

El infierno no tiene límites, ni está circunscrito
en un solo lugar: pero donde estamos nosotros es el infierno.
Y donde está el infierno debemos estar alguna vez.
Y para ser breve, cuando todo el mundo se disuelva,
y cada criatura sea purificada,
todos los lugares serán infiernos que no sean cielo.

Donde está Dios, está la realidad. Todo lo demás, sabe Mefisto, es ilusión, nada, y esa nada lo rodea siempre. “Por qué esto es un infierno ni yo estoy fuera de él”.

Para Marlowe, el cristiano individual es responsable de su propio destino. El Diablo ni siquiera necesita tentar a Fausto, pues el mago, inundado de orgullo y deseo, toma la iniciativa él mismo. Mephisto es simplemente una herramienta que Faustus usa para avanzar en su propio pecado, y le otorga a Mephisto el dominio de su alma libremente. Esta no es una lucha medieval entre Cristo y Satanás, sino la ruina deliberada de su propia vida por parte de un hombre moderno.



Este grabado del siglo XVI muestra una concepción pregoethiana del Dr. Fausto.

A finales del siglo XVI, justo cuando los poderes del diablo llegaban a su cenit, resurgió el espíritu de escepticismo e ironía. El Diablo cómico reapareció, y el enfoque en el mal real pasó de Satanás a la personalidad humana, un proceso alentado por la naturaleza cada vez más mundana de la sociedad urbana.

En la obra de William Shakespeare (1564-1616), el Maligno nunca aparece en su propia forma, aunque los espíritus suelen aparecer directamente. La carga del mal y el terror en Shakespeare radica mucho menos en los espíritus demoníacos que en los humanos demoníacos, humanos que tienen un apetito por el mal por sí mismo: Aaron en Titus Andronicus , Richard III, Iago en Othello , Macbeth y Lady Macbeth, Goneril, Edmund y Regan en El rey Lear . Aaron es el más groseramente demoníaco. El “principal artífice y conspirador de estos males”, es “el diablo encarnado”, y sus propias palabras traicionan una malicia que trasciende la motivación humana:

Oh, cómo esta villanía

¡Me engorda sólo de pensarlo!
Que los necios hagan el bien, y los justos clamen por la gracia,
Aarón tendrá su alma negra como su rostro.

Asesina con un chiste cruel en los labios, y se jacta de sus crímenes: "Diablos, que mis hechos sean testigos de mi valía". Se niega a arrepentirse:
No soy un bebé, yo, que con oraciones bajas
me arrepienta de los males que he hecho.
Diez mil peores que nunca, aún lo hice
¿Lo haría si pudiera tener mi voluntad?
Si una buena obra en toda mi vida hice,
me arrepiento de mi alma.

Estas no son las palabras de un Fausto, sino del mismo Diablo, con las marcas de la misma dureza jactanciosa que Milton pondría en la boca de Satanás en el infierno. La única motivación humana del comportamiento de Aarón es su amargura por su color, pero este resentimiento, como el propio resentimiento de Lucifer de haber sido creado dependiente de Dios, es un odio vano e irracional hacia el mundo tal como es. Aarón elige libremente el mal por el bien del mal.

En sus últimas tragedias — Hamlet , Otelo , Lear y Macbeth — Shakespeare mostró una creciente preocupación por el mal radical y lo demoníaco. Hamlet no es un demonio, sin embargo, una vez que se abre a la venganza, el diablo lo moldea gradualmente para su propósito. Hamlet trama un asesinato; envía a la hermosa Ofelia a la locura y al suicidio; él despacha el amable si bollo golpeando a Polonio con un rápido golpe de espada y una broma cruel; trama la ruina y la humillación de su propia madre. Rechaza la oportunidad de ejecutar a Claudio mientras el rey está en oración arrepintiéndose de sus pecados, no sea que la muerte en un momento de gracia le ahorre la condenación.

La clave es el supuesto fantasma del padre de Hamlet, cuya inquietante presencia oscurece la obra desde el principio, porque el fantasma es una manifestación del Diablo. Shakespeare pretendía que el personaje del fantasma siguiera siendo ambiguo tanto para la audiencia como para los personajes. Desde el momento en que se ve al fantasma por primera vez, los personajes no saben qué hacer con él. ¿Es un fantasma o es un demonio? Shakespeare pretendía que la ambigüedad permaneciera. La audiencia de Shakespeare habría reaccionado con la suposición de que el fantasma probablemente era un demonio, y los personajes comparten esta opinión. Horatio desafía al fantasma:
¿Qué eres tú que usurpas esta hora de la noche,
junto con esa forma bella y guerrera

en la que la majestad de Dinamarca
a veces marchaba? ¡Por el cielo, te lo ordeno, habla!

Horatio se lo informa a Hamlet como "una figura como tu padre", y antes de que él mismo lo encuentre, Hamlet no está seguro y sospecha:
Si asume la persona de mi noble padre,
le hablaré aunque el mismo infierno se abra la boca.

Cuando lo ve, se atreve a abordarlo, pero su mente sigue inquieta:
Seas un espíritu de salud o un duende maldito,
trae contigo aires del cielo o ráfagas del infierno,
sean tus intereses malvados o caritativos,
vienes en una forma tan cuestionable
que te hablaré.

Inmediatamente Hamlet toma su decisión, fatal: “Te llamaré Hamlet, rey, padre, danés real”. Horatio está aterrorizado y advierte al príncipe: ¿y si te lleva a la cima de las almenas y allí “asumes alguna otra forma horrible” que te enloquecerá? Pero Hamlet ya ha hecho su acto de fe en la cosa, un discernimiento trágicamente equivocado que lo llevará a la ruina. Sigue albergando dudas:
El espíritu que he visto
puede ser un demonio, y el demonio tiene el poder
de adoptar una forma agradable, sí, o quizás debido a
mi debilidad y mi melancolía,
ya que es muy potente con tales espíritus,
abusa de mí para condenarme.

Cuando más tarde descubre que su tío es realmente el asesino de su padre, ve que el fantasma ha dicho la verdad, pero no recuerda que el Diablo sabe decir la verdad para lograr la destrucción de las almas.

Que el fantasma no es un heraldo del Purgatorio sino el mismo Diablo es evidente en su envidia, celos y arrogancia, y en la áspera y amarga descripción que ofrece a Hamlet de los crímenes de Claudio y Gertrudis. Sin decir una palabra de amor a Hamlet, le aconseja a su hijo que solo busque venganza. Para subrayar las pistas, Shakespeare hace que el fantasma hable con Hamlet y Horatio desde debajo del escenario, lo que representa el inframundo. La voz hueca del fantasma desde abajo le pide a Horatio que jure secreto y que Hamlet se vengue. Ningún alma salvada exigiría tales juramentos, o de hecho ningún juramento en absoluto. El fantasma sigue cambiando de posición debajo del escenario (el Diablo es el más notorio de los cambiaformas).

Shakespeare da muchas pistas de que el fantasma es el Diablo pero nunca lo dice explícitamente porque quiere que compartamos la duda y así entendamos la dificultad del discernimiento. La función dramática de la ambivalencia del fantasma es clara. Debe ser lo suficientemente ambivalente para engañar a la audiencia porque debe ser lo suficientemente ambivalente para engañar a Hamlet. Si el público sin duda pudiera identificar al fantasma como Satanás, encontraría el propio fracaso de Hamlet en el discernimiento poco convincente y antipático. El Diablo debe ser lo suficientemente convincente como un fantasma para engañar a Hamlet y señalar que puede engañar a cualquier ser humano, incluida la audiencia y los críticos. El discernimiento es la clave. El discernimiento se centra en el conocimiento de que un buen árbol da buenos frutos y un árbol malo da malos frutos. Si el fruto es malo, el árbol no puede ser bueno. Hamlet debería haber sido capaz de decir que un espíritu que habla groseramente y exige venganza no es de Dios sino del Diablo. El curso de acción que insta el espectro conduce a la muerte, la destrucción y la ruina de vidas inocentes. Sin embargo, Hamlet concluye con un error condenable que "es un fantasma honesto".

Los villanos de Shakespeare permiten que el mal trascendente actúe en ellos y a través de ellos y, a veces, los abrume, pero rara vez son demonios. La arena en la que el bien luchaba contra el mal era ahora menos frecuentemente las salas del cielo o el abismo del infierno de lo que era el corazón humano. La creencia en el Diablo seguía siendo fuerte en la época de Shakespeare, pero la visión del mundo que en la época de Lutero había apoyado tal creencia ya había sido sacudida. Durante los siglos posteriores, disminuiría gradualmente. Sin embargo, su momento más magnífico aún estaba por llegar.

12 *En lo alto de un trono Real*

El retrato más magnífico del Diablo tradicional jamás compuesto, El paraíso perdido de Milton , fue escrito a mediados del siglo XVII, cuando Satán ya estaba pasando de moda. La gente se había cansado de estar aterrorizada por la amenaza inmediata de la presencia de espíritus hostiles y por los juicios por brujería, que en algunas áreas afectaron a casi todos los miembros de la comunidad, incluidas las élites gobernantes. Cuando la élite se vio en peligro, respondió más rápidamente a la creciente necesidad de alivio. Una vez que el campo estuvo así preparado para el cambio, los argumentos teóricos contra la creencia en la brujería y la omnipresencia de Satanás comenzaron a florecer. Los protestantes se dieron cuenta tardíamente de que había poca base bíblica para creer en la brujería diabólica. El descubrimiento de la brujería de Reginald Scot (1584) argumentó con vehemencia contra los excesos de la demonología y la teoría de la brujería. Scot no era un materialista científico; creía en la existencia de Satanás; pero argumentó que ni las Escrituras ni la tradición justificaban la creencia de que estamos bajo el ataque constante de espíritus malignos.

Este escepticismo moderado fue temporalmente superado en la primera parte del siglo por las apasionadas defensas de las creencias de las brujas por parte del rey James VI de Escocia en 1597 y de Matthew Hopkins en 1647. Hacia el final del siglo, las defensas cultas y razonables de las creencias de las brujas continuaron. aparecen, incluyendo el Sadducismus Trumpatus de Joseph Glanvill ,” “Skepticism Defeated” (1681). Glanvill, un buscador de mente abierta que creía en la compatibilidad de la ciencia y la religión, cuestionó todo tipo de dogmatismo, incluidas las variedades religiosas y materialistas. Se negó a descartar la creencia en el Diablo y abogó por una investigación objetiva de los informes de actividad demoníaca. Eventualmente, ¿cómo Sin embargo, prevaleció la variedad más profunda de escepticismo. Los golpes finales a la defensa intelectual de la brujería fueron asestados por el Ensayo histórico sobre la brujería de Francis Hutchinson en 1718, momento en el cual su autor estaba predicando a una audiencia ya en gran parte convertida. El creciente escepticismo religioso se vio aumentado por el escepticismo filosófico y racionalista, que sostenía que no se puede demostrar la existencia de espíritus incorpóreos. No puede ser, es decir, en una visión del mundo utilizando los supuestos de los racionalistas; los nuevos escépticos no eran lo suficientemente escépticos para ver que sus propios puntos de vista también eran precarios.

La tensión entre escepticismo y credulidad en el siglo XVII produjo un nuevo fenómeno, la misa negra, una extraña combinación de incredulidad en el cristianismo y creencia en el diablo cristiano. La atmósfera para la misa negra se había estado construyendo durante mucho tiempo debido a la creencia en la brujería y la posesión demoníaca, donde la fuerza demoníaca estaba conectada con las aberraciones sexuales humanas. La sexualidad de Satanás por lo general había sido un trasfondo reprimido en la diabología. Algunos comentaristas y dramaturgos habían visto la seducción de Eva por parte de Satanás en términos sexuales, incluso retratando a la serpiente enroscada lascivamente alrededor de su cuerpo, y se creía que los demonios en apariencia de cuerpos físicos podían seducir a hombres y mujeres dormidos. Pero fue solo durante la locura de las brujas que los aspectos sexuales del Diablo, las orgías y la sumisión sexual a Satanás, se volvieron espeluznantes y prominentes. En todos los períodos, las represiones sexuales sin duda han engendrado fantasías, pero no está claro por qué el Diablo se volvió especialmente sexualizado en los siglos XVI y XVII. Parte de la explicación puede residir en el cambio de atención (como en Shakespeare) de lo demoníaco como una fuerza externa a lo demoníaco dentro de la naturaleza humana.

Algunos relatos de posesión del siglo XVII siguieron siendo tradicionales, especialmente cuando la posesión afectaba a un solo individuo en lugar de a un grupo. El Diablo atacó por primera vez a Catalina de San Agustín (1632-1668), una monja de Quebec, cuando tenía cinco años, y durante el resto de su vida la asaltó con desesperación, lujuria, glotonería y otras tentaciones. Los ataques aumentaron en severidad a medida que envejecía, y desde la edad de treinta y dos años estuvo poseída por una horda de demonios que infligieron agonías en su cuerpo y alma, dejándola en paz por fin poco antes de su muerte prematura.

La posesión alcanzaba su punto más grotesco cuando los poderes de Satanás se combinaban con la sexualidad humana en una atmósfera de frenesí colectivo y alucinaciones que a menudo se explotaban con fines políticos. En el convento de las Ursulinas de Loudun, el frenesí se centró en un sacerdote llamado Urbain Gran dier, un libertino sexual cuya arrogancia le había ganado muchos enemigos, algunos de los cuales tramaron un complot para arruinarlo acusándolo de libertinar a las monjas. Las monjas se volvieron frenéticas por las sugerencias y acusaciones hechas durante la investigación, hasta que algunas de ellas llegaron a creer realmente que habían sido acosadas sexualmente por demonios. Comenzaron a exhibir los gestos y el lenguaje más vulgares. Incluso después de que Grandier fuera condenado y quemado en 1634, y a pesar de todos los esfuerzos por exorcizarlos, las monjas continuaron comportándose como poseídas hasta que la atención pública finalmente decayó.

En el convento de Saint Louis de Louviers, la hermana Madeleine Bavent, que había sido seducida por su confesor antes de entrar en el convento, fue el centro de la posesión del grupo. Varios elementos distinguen tales

fenómenos de la brujería: primero, el enfoque estaba más exclusivamente en el sexo; segundo, los ritos obscenos eran presididos por un sacerdote. Las orgías, la profanación de la Eucaristía e incluso la asistencia ocasional del clero al sabbat formaban parte de las creencias de las brujas, pero en los sabbats el clero no participaba sino que solo formaba parte de la congregación. Que los elementos orgiásticos y anticlericales se convirtieran ahora en centrales ilustra el anticlericalismo rebelde de la psicología del siglo XVII. Nada podría ser más blasfemo en la Europa católica que el abuso sexual de la Eucaristía, el Cuerpo de Cristo, por parte de un sacerdote ordenado.

Tales fantasías sondearon las profundidades más bajas en las masas negras de la década de 1670. La policía de París descubrió un activo comercio de adivinación, afrodisíacos y venenos en 1678. A medida que se revelaba el alcance de los delitos entre familias respetables y la nobleza, se estableció un tribunal especial para tratar con ellos. Las investigaciones sacaron a la luz la magia y las masas negras, así como las drogas y los venenos. El asunto se salió de control cuando la gente comenzó a ver cómo podrían usar acusaciones espeluznantes contra sus enemigos para su propia ventaja política y económica. En 1680, varios sacerdotes fueron acusados de decir misa sobre los cuerpos de mujeres desnudas en el centro de un anillo de velas negras, de dirigir a la congregación en las relaciones sexuales, de cópula ritual en el altar, de sacrificar animales, de asesinar niños y usar su sangre en la preparación de afrodisíacos, de profanar la Eucaristía, de usar el cáliz para mezclar la sangre de los niños con los fluidos sexuales, de invocar al Diablo y de hacer pacto escrito con él. Estas misas negras supuestamente se ofrecían a pedido de cortesanos y otras personas influyentes para procurar favores políticos o sexuales. Una de las amantes de Luis XIV fue acusada de intentar por arte de magia dejar estéril a la reina y fijar en ella las atenciones del rey. Como en la locura de las brujas, una vez que la ilusión comenzó a tocar a la gente de tal poder y rango estaba condenado. El rey puso fin a los procedimientos de 1682 y emitió un edicto que eliminaba el enjuiciamiento por brujería. La misa negra, producto del cínico, escéptico, pero crédulo siglo XVII, no fue revivida hasta finales del siglo XIX.

En contraste con la cínica misa negra, las obras de teatro y los poemas serios y morales que tratan sobre la guerra en el cielo, la caída de los ángeles y la tentación de Adán y Eva continuaron siendo populares en toda Europa tanto antes como después del Paraíso perdido de John Milton. pero fue Milton quien tejió las historias tradicionales en un tejido tan coherente y convincente que se convirtió en el relato estándar para todas las generaciones posteriores. Milton nació en 1608. Criado como un protestante acérrimo, eventualmente formuló una teología propia algo idiosincrásica, que expresó en su tratado Christian Doctrine (1655-1660) y sus poemas Paradise Lost (1667) y Paradise Regained (1674) .

Estos dos poemas épicos cubren casi todo el lapso de la historia de la salvación cristiana; su propósito expreso era "justificar los caminos de Dios a los hombres". Dios creó el mundo bueno; la bondad moral es imposible sin el libre albedrío; los humanos y los ángeles son libres de elegir el mal; algunos lo hacen; La providencia de Dios, volcando todo al bien, hace de nuestra caída la ocasión de enseñarnos sabiduría a través de las pruebas y los sufrimientos; Dios finalmente nos redime a través de la Encarnación y Pasión de Jesús. Milton pretendía que Dios y el hombre, no Satanás, fueran el centro dramático del poema.

Aún así, Satanás parece ser el protagonista, el personaje que más mueve la trama. Milton también hizo que Satanás pareciera deliberadamente magnífico al principio para que su audiencia pudiera sentir todo el glamour del mal. Solo si los lectores se sienten atraídos por Satanás pueden reconocer sus propias tendencias al mal y comprender la ignominia y el patetismo de la ruina final de Satanás. Milton también parece haber hecho, sin darse cuenta, que los personajes de Dios y Cristo fueran menos interesantes y dramáticos que los del Maligno. Pero no tenía absolutamente ninguna intención de retratar a Satanás bajo una luz positiva.

Milton siguió la cronología tradicional de la historia de la salvación. "En el principio es Dios", y en el momento posterior al acto inicial de la creación y antes de hacer el universo material, Dios crea a los ángeles por el poder de su Hijo, el Verbo. Luego, convocando a todas las huestes del cielo ante su trono, llama a los ángeles para que sean testigos de la exaltación de su Hijo. Uno de los más grandes de estos ángeles fue Lucifer. Milton no tiene claro deliberadamente el rango de Lucifer en el cielo: lo llama arcángel pero lo pone al mando de serafines y querubines. Milton consideró que el único punto que necesitaba señalar era que Satanás tenía una dignidad tan alta en el cielo que, después de su caída, naturalmente se convirtió en el rey del infierno. El poeta se esforzó en describir su naturaleza principesca y divina y su estatura aterradora:

En el otro lado Satanás alarmado
Recolectando todo su poderío dilatado estaba,
Como Tenerife o Atlas inmóviles:
Su estatura alcanzó el Cielo, y en su Cresta
Sat horror Plum"d.

[Él] extendido largo y grande
Yacía flotando muchos rood, en bulto tan enorme
Como quien las Fábulas llaman de tamaño monstruoso.

Este gran poder se mueve a la envidia y a la ira por la elevación del Hijo sobre sí mismo:

Tenso

Con envidia contra el Hijo de Dios, ese día
Honrado por su gran Padre, y proclamado
Mesías Rey ungido, no pudo soportar
Por orgullo esa visión.
[Por lo tanto] resolvió
con todas sus legiones desalojar y dejar
sin culto, sin obedecer el trono supremo.

La rebelión de Satanás ocurre antes de la creación del universo material, incluida la humanidad.

En un nivel, el Todopoderoso es la causa de la ruina de Satanás, porque Dios elige crear el cosmos tal como es; el ángel Abdiel le dice a Satanás: "Veo tu caída determinada". En un segundo nivel, sin embargo, Dios no quiere directamente que las cosas sean como son, pues ha dado a sus criaturas la verdadera libertad. La libertad la quiere, pero no gobierna qué elección hacen. Lo que Dios dice del pecado original de la humanidad también se aplica a Satanás:

¿De quien es la culpa?
¿De quién sino de él mismo? ingrato, tuvo de mí
todo lo que pudo tener; Lo hice justo y correcto,
suficiente para haber estado de pie, aunque libre para caer.

Si Satanás cayó libremente, no hay causa para su caída, porque no puede haber causa para un acto verdaderamente libre.

Pero aunque su caída no tuvo causa, tuvo motivos. en el curso de la poema, los motivos de Satanás se deterioran del orgullo a la envidia a la venganza. Su "orgullo obstinado" aparece desde el principio:

Confiaba en haber igualado al Altísimo,
si se oponía; y con ambicioso objetivo
Contra el Trono y la Monarquía de Dios
Levantó la impía Guerra en el Cielo.

A la soberbia, Satanás añadió la envidia del Hijo de Dios, que lo abrumó en el momento dramático de la elevación de Cristo por el Padre. Satanás sintió un sentimiento de "mérito dañado" por el poder del Hijo, lo que le pareció un nuevo punto de ley introducido por un Dios arbitrario y tiránico. Para Milton y su audiencia, Satanás no tenía derecho a ningún mérito, dañado o no, ya que todo lo bueno que uno tiene proviene del don de Dios. Ante la petición de Dios de que los ángeles glorifiquen al Hijo, Satanás se dirige a ellos con desdén: "¿Queréis someter vuestros cuellos y elegir doblar/la rodilla flexible?" Una vez hecha su elección, Satanás añade la venganza a la

envidia, y cuando se crea la humanidad, añade el odio a nuestra felicidad en el Edén y el odio a que Dios nos cree a su propia imagen.

La elección de Satanás de rebelarse fue el primero de todos los pecados: en el momento de la decisión, su hija, Sin, brotó de su frente. El primer acto de Satanás como pecador es persuadir a algunos de sus compañeros ángeles para que se rebelen. Retirando a sus seguidores de las huestes que rodeaban el trono de Dios, estableció su propio asiento en el norte del cielo. Con un razonamiento elocuente y retorcido, argumenta que los ángeles no necesitan obedecer a Dios, porque debido a que no pueden recordar el acto de la creación, la afirmación de Dios de haberlos creado puede ser una mentira. Es posible que no sean creados en absoluto, sino más bien "autoengendrados, autocriados", sin obligaciones con el Padre o el Hijo:

Nuestro poderío es nuestro, nuestra propia mano derecha

Nos enseñará los actos más elevados, por prueba para probar

Quién es nuestro igual.

El efecto inmediato de la rebelión es la guerra en el cielo, que Milton retrata en el lenguaje épico de la Ilíada o la Eneida . La guerra de Satanás contra Dios es una acción demente que solo puede tener una conclusión, y la audiencia lo sabe. Para hacer creíble una guerra contra una divinidad omnipotente, Milton se vio obligado a dar a los ángeles rebeldes un alto grado de valor y coraje. Lo hizo con tanto entusiasmo como para introducir un escenario completamente nuevo en el mito. Tradicionalmente, la guerra había terminado en un poderoso batalla, pero Milton prolongó el conflicto e hizo de la primera etapa un punto muerto entre los ejércitos de Satanás y los de Miguel, de modo que Dios está obligado al tercer día a enviar a su propio Hijo para derribar a los rebeldes. Donde Miguel ha estado en apuros, el Hijo triunfa fácilmente, poniendo “ni la mitad de sus fuerzas”.

En lugar de aniquilar a los vencidos, Dios detiene

Su Trueno en medio de Volley, pues no pretendía

destruirlos, sino arrancarlos del Cielo.

Dios en realidad les deja el poder de hacer más daño, lo que deja perplejo a Satanás, quien no les habría mostrado misericordia como vencedor mismo:

Déjalo más seguro barra

Sus Puertas de Hierro, si tiene la intención de que permanezcamos

en esa oscuridad.

Pero Dios quiere enseñarle al diablo que todos sus esfuerzos por hacer el mal inevitablemente se convierten en bien:

Y el alto permiso del Cielo que todo lo gobierna

lo dejó libre para sus propios designios oscuros, para

que con crímenes reiterados pudiera

condenarse a sí mismo, mientras buscaba el
mal para otros, y enfurecido podría ver
cómo toda su malicia sirvió pero para producir la
bondad, la gracia y la misericordia infinitas mostradas
sobre el hombre por él seducido, pero sobre sí mismo vertida en triple
confusión, ira y venganza.

Cualquier cosa que haga Satanás redundará en su propia cabeza, y nunca podrá ser salvo. La humanidad fue seducida por otro ser, pero Satanás no tiene excusa.

Satanás es el autor del mal como Dios es el autor del universo. Como resultado del pecado de Satanás, la miseria entra en el mundo.

¿Cómo has perturbado
la bendita paz del cielo, y trajo a la naturaleza
miseria, increada hasta el crimen
de tu rebelión? ¿Cómo has inculcado
tu malicia en miles?

Habiendo caído de la gracia por su propia elección, Satanás y sus ángeles malos caen del cielo por la voluntad de Dios:

Él el Poder Todopoderoso
Lanzó precipitadamente llamas desde el Cielo Etéreo
Con espantosa ruina y combustión hacia abajo
Hasta la perdición sin fondo, para morar allí
En Cadenas diamantinas y fuego penal.

Con él cayeron los ángeles que se habían puesto de su lado:

Lucifer del cielo
(Así llámalo, más brillante una vez en medio de la Hueste
de Ángeles, que esa Estrella entre las Estrellas)
Cayó con sus legiones llameantes a través de las Profundidades
En su lugar.

Cayeron “gruesas como hojas otoñales. . . Querubín y Serafín rodando en el diluvio.” Nueve días cayeron por el aire, a través del caos, y nueve días yacían postrados en el lago de fuego.

Nueve días cayeron; el caos confundido rugió,
y sintió una confusión diez veces mayor en su caída a
través de su anarquía salvaje, una derrota tan enorme
lo invadió con la ruina: el infierno al fin

bostezando los recibió completos, y sobre ellos cerrados, el
infierno es su propia habitación cargada de fuego
Inextinguible, la casa de la aflicción y el dolor.

Pero, ¿dónde está el infierno? Milton parece seguir a Dante y la tradición al ubicarlo en el centro de la tierra:

Aquí su Prisión ordenada
En completa oscuridad, y su porción puesta
Tan lejos de Dios y de la luz del Cielo
como desde el Centro tres veces hasta el Polo más lejano.

El problema es que, en la cronología de Milton, la tierra aún no se ha creado, ¡así que el infierno difícilmente puede estar en su centro! Parece haber otro problema también. Más adelante en la acción, Milton describe el viaje de Satanás desde el infierno a través del caos hacia el cielo, del cual el universo cuelga de una cadena de oro. Si el universo cuelga del cielo, y ambos están separados por el caos del infierno, ¿dónde puede estar el infierno? La respuesta es que aunque Milton describe el infierno con imágenes físicas del interior del planeta, su infierno no está realmente en la tierra. ¿Dónde está entonces? No está en ninguna parte: esa es la belleza de la concepción de Milton. El lugar donde Satanás busca levantar un nuevo imperio no está en ninguna parte, una metáfora perfecta para el no ser absoluto del mal. El infierno es menos un lugar donde habitan los ángeles caídos que un estado del alma que permanece con ellos dondequiera que vayan: "Por donde vuelo es el infierno; yo mismo soy el Infierno." Es un estado "donde toda vida muere, la muerte vive". El infierno, al no estar en ninguna parte, es la morada adecuada para aquellos que eligen la nada sobre la realidad.

Ahora que los ángeles han caído, Dios procede a su segunda creación, el universo material. Él convoca a un nuevo mundo para compensar las depredaciones de Satanás en el cielo:

Pero para que su corazón no lo exalte en el daño
Ya hecho, por haber despoblado el Cielo,
Mi daño considerado con cariño, puedo reparar
Ese perjuicio, si tal es perderse a
Sí Mismo, y en un momento crearé
Otro Mundo . , de un hombre una raza
de hombres innumerables, allí para morar.

La raza humana compensará a los ángeles caídos; es la gloria suprema del cosmos; pero Satanás pronto tratará de ensuciar esa gloria.

Pero primero vemos a Satanás, arrojado al lago de fuego, inspeccionando su mazmorra oscura. Espía a su lugarteniente Beelzebub y luego a toda la hueste sombría. Sus naturalezas, creadas por Dios, siguen siendo angelicales, pero sus voluntades se han vuelto malas y su apariencia exterior cambia gradualmente para adaptarse a la distorsión de sus voluntades. El continuo deterioro del carácter de Satanás se corresponde con el aumento de lo grotesco de su apariencia. Su perversión continúa por los siglos de los siglos:

Y en el abismo más bajo se abre de par en par un abismo más bajo
que todavía amenaza con devorarme,
al que el infierno que sufro parece un cielo. . . .
Mientras me adoran en el Trono del Infierno,
Con la Diadema y el Cetro muy avanzados , Más
bajo aún caigo.

Aunque al principio "su forma aún no había perdido / Todo su brillo original, ni apareció / Menos que Arch Angel arruinado", ya mostraba las terribles marcas de declive Al ver a su camarada Beelzebub por primera vez en el infierno, Satanás se queda boquiabierto: “¡Oh, cómo caíste! cómo cambió”, sintiendo que la marca de la ruina ya está sobre sí mismo, y más tarde un mensajero angelical confirmará sus temores:



Satanás está encadenado durante nueve días en el estanque ardiente del infierno. Gustave Doré, grabado, 1882, por Paradise Lost .

No pienses, espíritu indignado, que tu forma es la misma,
o un brillo inquebrantable, para ser conocido
como cuando estabas en el cielo, erguido y puro;
Esa Gloria entonces, cuando ya no eras bueno,
Se apartó de ti, y ahora te pareces a
Tu pecado y lugar de perdición oscuro y asqueroso.

Para engañar a los ángeles y a los humanos, Satanás toma una serie de formas animales, incluyendo buitres y serpientes, y luego se queja de que está siendo degradado al hacerlo:

¡Oh sucia descendencia! que yo, que antes luchaba
con los dioses para sentarme en lo más alto, ahora estoy constreñido
a ser una bestia y mezclado con baba bestial.

En el transcurso del poema, Satanás se reduce gradualmente de un ángel brillante a una cosa entrometida que mira furtivamente y termina como una serpiente que se retuerce.

Levantándose del lago de fuego en el que ha sido arrojado en su expulsión del cielo, Satanás reflexiona a Beelzebub sobre su situación actual y las perspectivas futuras. Condenando a Dios como un tirano cruel, llama a una guerra prolongada contra la Deidad. Beelzebub se une a su maestro en la ilusión de que se puede resistir a Dios, fingiendo que casi habían logrado derrocar al déspota celestial. Pero en el pensamiento de Beelzebub corre un trasfondo de preocupación: teme que Dios debe ser realmente todopoderoso ya que nada menos que la omnipotencia podría haber vencido su poder angelical. Todos los demonios que participan en las discusiones infernales tienen vislumbres de la realidad de los que Satanás carece, pero la mayor ceguera de Satanás, que procede de su mayor mal, hace que ignore estos vislumbres y persiga su loco plan. Su respuesta a la advertencia de Beelzebub expone una voluntad completamente corrupta que elige el mal por el mal:

Hacer algo bueno nunca será nuestra tarea,
pero siempre hacer el mal nuestro único deleite,
como contrario a su alta voluntad a la
que resistimos. Si entonces su Providencia
De nuestro mal buscamos sacar el bien,
Nuestro trabajo debe ser pervertir ese fin,
Y del bien todavía encontrar medios para el mal.

Este es un plan contundente para una contra-providencia: todo lo que sea bueno intentaremos torcerlo para el mal; odiamos el bien por la pura y simple razón de que es bueno. Satanás abraza su propio mal:

Adiós Campos felices
Donde mora para siempre la Alegría: Salve horrores, salve
mundo Infernal, y tú, el más profundo Infierno,
Recibe a tu nuevo Poseedor; Uno que trae
una mente que no debe ser cambiada por el lugar o el tiempo.
La mente es su propio lugar, y en sí misma
Puede hacer un Cielo del Infierno, un Infierno del Cielo. . . .
Mejor reinar en el Infierno que servir en el Cielo.

Afirmo, dice, que mi único propósito es abrazar la nada y borrar todo lo bueno. Una vez más, esto es vana jactancia, porque sus esquemas antiprovidenciales son una tontería: en realidad, la providencia divina convertirá todo mal en bien. Belial y los demás demonios se apresuran con sus planes de construir un imperio con Pandemonium como capital, pero la idea de convertir este lugar asqueroso y apestoso, que literalmente no está en ninguna parte, en un reino cómodo es absurda.

Satanás alimenta su propio plan privado: si Dios está planeando un nuevo mundo y una nueva raza, esto me presenta la oportunidad de asestar un golpe contra el opresor divino mediante el fraude y la astucia. Satanás llama a un consejo y finge permitir que los demonios tengan libertad de debate, mientras planea que Beelzebub imponga el plan maestro al final. Satanás abre el parlamento:

En lo alto de un Trono del Estado Real, que
eclipsaba con creces la riqueza de Ormus y de India,
o donde el espléndido Oriente con la mano más rica
Muestra a sus Reyes Barbaric Pearl y Gold,
Satanás exaltado se sentó.

El trono desde el cual Satanás imita el estado real de Dios en el cielo es, como el resto del infierno, un fantasma lunático. Su discurso de apertura a sus seguidores es igualmente loco, ya que sugiere que pueden derrotar al Todopoderoso y terminar con mayor gloria que antes de su caída.

Cada demonio hace su discurso sobre la base de su propio vicio dominante, que cada uno disfraza de virtud. El salvaje Moloch se levanta para aconsejar la guerra a toda costa; incluso si no se puede ganar, argumenta, es mejor que agacharse aquí encadenado. El Belial de lengua suave habla a continuación, utilizando todas las artes de la retórica y el encanto carismático para oponerse a Moloch y avanzar en su propio plan perezoso y sensual. Acomodémonos en el infierno, aconseja, esperemos hasta que la ira de Dios se enfríe, y tal vez eventualmente nos sintamos cómodos aquí. El consejo de Mammon se parece al de Belial, aunque basado más en la avaricia que en la sensualidad: Construyamos una ciudad y un imperio aquí en el inframundo, sugiere, explotando la rica tierra para construir palacios y así beneficiarnos de nuestra caída.

Los demonios reunidos se inclinan del lado de Belial y Mammon, pero ahora Beelzebub se levanta para promover el plan de Satanás como si fuera el suyo propio. Cortés, serio, reconocido como el primer ministro de Satanás, inspira respeto inmediato. Con calma y cortesía expone las ilusiones de los oradores anteriores. Nunca podremos ser felices en el infierno, argumenta, porque Dios es en realidad dueño absoluto aquí como lo es de todo el cosmos. Las conclusiones que una mente despejada sacaría de esa premisa son obvias, pero los demonios ya no tienen intelectos claros. Y así Beelzebub, incitándolos al odio y al desprecio de la humanidad, avanza un plan aún más loco que los otros. Si no podemos confrontar a Dios directamente, dice, podemos atacarlo corrompiendo a estas pequeñas mascotas suyas. Los demonios abrazan con entusiasmo este plan para:

Confundir la carrera
De la humanidad en una raíz, y la Tierra con el Infierno
Para mezclarse e involucrarse, hecho todo para despecho del

gran Creador.

Pero el plan es vano desde el principio:
Pero su despecho todavía sirve
para aumentar Su gloria.

Ahora los demonios deben decidir quién hará el trabajo sucio en el Edén. Satanás se ofrece como voluntario, jactándose de su coraje y su iniciativa ante sus seguidores, mientras que su verdadero motivo es escapar, aunque solo sea por un tiempo, del castigo del infierno. Saliendo, Satanás llega a la puerta del infierno y allí se encuentra con su hija Sin, en quien ha engendrado incestuosamente "la forma execrable" de su hijo Muerte, quien a su vez ha violado a su hijo. madre y produjo una camada de descendencia monstruosa. El Diablo, el Pecado y la Muerte parodian a la Santísima Trinidad; El pecado se dirige a Satanás en términos apropiados solo para Dios:

Tú eres mi Padre, tú mi Autor, tú
me diste Mi ser; ¿A quién debo obedecer
sino a ti, a quién seguir? pronto me llevarás
a ese nuevo mundo de luz y bienaventuranza.

La oscura ironía es que este nuevo mundo en el que el trío pervertido pronto hará su hogar es la tierra.

El Diablo procede, saliendo de la puerta del infierno hacia el caos, un no lugar que separa el no lugar del infierno de la realidad que es el cielo y el universo que depende de él. Dejando el caos, camina hacia el universo mientras Dios observa su curso a través del vacío y ya planea su respuesta: el sacrificio voluntario del Hijo de sí mismo por una humanidad que Padre e Hijo saben que caerá y necesitará redención. Satanás finalmente llega a la esfera más externa del cosmos y, posándose allí, mira hacia abajo, escaneando el universo vulnerable como un buitre en busca de presas. Descendiendo a la esfera del sol, se disfraza de querubín; de allí viene a la tierra, posándose en una montaña cerca del Jardín del Edén, la misma montaña (finge Milton) en la que Satanás tentaría a Cristo.

Sentado en la montaña, Satanás soliloquia en términos que podríamos tomar como un examen de conciencia honesto si no supiéramos que aquí hay un ser totalmente comprometido con el mal. El soliloquio es otra de las imposturas de Satanás; y, sin embargo, no del todo. Su intelecto, aunque engrosado y debilitado, aún conserva un pequeño remanente de sus poderes angelicales, y aquí parece mirar de soslayo a la realidad antes de rechazarla una vez más. Al mirar al sol, Satanás lo odia porque le recuerda lo que realmente es la luz verdadera. Reconoce que la elección de la oscuridad fue suya y que él es el autor de su propia miseria. El pensamiento de

arrepentimiento entra en su mente solo para ser rechazado inmediatamente. Sabe en qué dirección se inclina su voluntad.

Porque nunca puede crecer la verdadera reconciliación
Donde las heridas del odio mortal han perforado tan profundamente:
Lo que me llevaría a una peor recaída,
Y una caída más pesada: así debería comprar caro
Intermedio corto comprado con doble inteligente.
Este conoce a mi castigador; por lo tanto en cuanto
De conceder hee, como de rogar la paz:
Toda esperanza excluida así.

El ángel Uriel, que observa de lejos este soliloquio, nota las contorsiones del rostro de Satanás y se da cuenta de que aquí no hay un querubín inocente sino una amenaza para los inocuos habitantes de la tierra.

Satanás continúa hacia el Paraíso, cuyas bellezas divisa en forma de cormorán de un árbol; con odio envidioso observa a Adán y su esposa abrazarse en unión inocente. Mientras tanto, Gabriel establece una vigilancia angelical sobre Eden para protegerlos, y dos de sus ángeles guardianes, Ithuriel y Zephon, se encuentran con Satanás en cuclillas como un sapo y susurrando fantasías de corrupción al oído dormido de Eve. Ithuriel lo toca ligeramente con su lanza, y al tocarlo, Lucifer salta en su propia forma, pero tan diferente de su gloria original que no lo reconocen. Cuando lo hacen, Zephon lo reprende y le cuenta su verdadera apariencia. Satanás se sorprende:

Abasht el Diablo se paró,
Y sintió cuán terrible es la bondad, y vio
la Virtud en la forma cuán hermosa, vio y clavó
Su pérdida.

Aún así, su pesar no es tanto por el daño que está haciendo como por la pérdida de su propia belleza y prestigio. Los dos ángeles llevan a Satanás ante Gabriel, y los grandes arcángeles, uno caído, uno elegido, comienzan un diálogo. Satanás desdeña la lealtad de Gabriel y se jacta de su propio coraje y fidelidad a sus camaradas. La respuesta de Gabriel es abrumadoramente directa:

¡Oh sagrado nombre de fidelidad profanado!
¿Fiel a quién? a tu tripulación rebelde?
Army of Fiends, encajar el cuerpo en la cabeza. . . .
¿Y tú, astuto hipócrita, que ahora pareces
Patrono de la libertad, que más que tú
una vez adulaste, envileciste y adoraste servilmente

al terrible monarca del cielo? ¿Por qué, sino con la esperanza de
despojarlo, y de reinar tú mismo?

Mientras Satanás se sienta susurrando a Eva en la forma de un sapo, ella en su sueño lo ve en la forma de un hermoso ángel sugiriendo las alegrías que serán de ella una vez que coma la fruta prohibida. Su esposo le advierte que el sueño puede provenir de un espíritu maligno, pero el sueño ha surtido efecto. en la primera mujer, preparándola para la tentación final. Para lograr esto, Satanás vaga por la tierra en busca de un disfraz perfecto y se posa sobre la serpiente, cambiando voluntariamente su forma a una forma a la que más tarde sería forzado. Al encontrar a la serpiente, todavía una bestia inocente, dormida, Satanás se mete en su boca y la posee. Sin darse cuenta del horror que les esperaba, pero advertido del posible peligro, Adán le sugiere a Eva que permanezcan juntos, pero ella decide caminar sola por el jardín, una situación que Satanás se apresura a explotar. Al volver a verla, el Maligno vacila sólo un momento; un remanente de su intelecto original le abre los ojos a la belleza y armonía del universo y de este, su más bello habitante:

Su graciosa Inocencia, cada uno de sus
Aires De gesto o de la más mínima acción sobrecogieron
Su Malicia, y con dulce rapiña despojaron
Su fiereza de la feroz intención que trajo consigo;
Ese espacio que el Maligno abstrajo permaneció
De su propio mal, y por el tiempo permaneció
Estúpidamente bueno, de enemistad desarmada,
De astucia, de odio, de envidia, de venganza.

Entonces su voluntad torcida lo aleja de la realidad:
Pero el ardiente Infierno que siempre arde en él,
Aunque en medio del Cielo, pronto acabó con su deleite. . . .
El odio feroz que recuerda, y todos sus pensamientos
De travesura, felicitaciones, así excita.

Le explica a Eva cómo él, una pobre serpiente, había obtenido sabiduría simplemente comiendo el fruto del árbol maravilloso. Eva objeta que Dios ha prohibido el fruto, pero Satanás protesta contra un tirano que le impediría crecer y realizarse. El árbol, insinúa, les dará a ella y a su esposo la inmortalidad, una vida más feliz y un conocimiento superior. Los hará como dioses, y el único motivo del Señor para prohibirlo debe ser su deseo de mantenerlos bajo su control. Eva cede, sus sentidos la instan a probar el fruto, su intelecto se doblega por el falso razonamiento de Satanás.

Con la caída de Eva, el momento de gran dramatismo ha terminado, porque Adán pronto seguirá a su esposa a la ruina. Cuando se entera de lo que ella ha hecho, se horroriza:

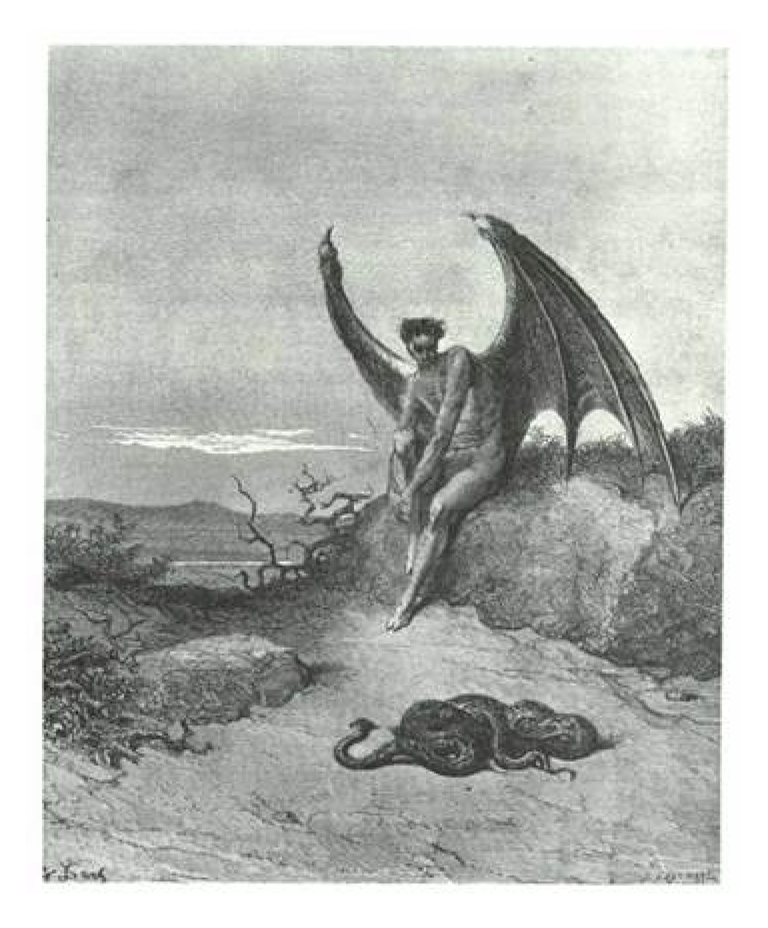
¡Oh, la más bella de la Creación, la última y la mejor
de todas las Obras de Dios, Criatura en quien sobresalió
¡Todo lo que se pueda formar a la vista o al pensamiento,
Santo, divino, bueno, amable o dulce!
¿Cómo estás perdido, cómo de repente perdido,
Defact't, deflow'r'd, y ahora a la Muerte devoto?

Pero él es hueso de los huesos de Eva y carne de su carne, y su elección inmediata y resuelta es permanecer junto a ella. Cualesquiera que sean sus motivos, Adán a sabiendas elige violar la voluntad de Dios, y las consecuencias son ineludibles. Los dos primeros humanos son expulsados del Paraíso para vivir una vida de sufrimiento y alienación, mientras que la serpiente es maldecida. Satanás entiende que la maldición significa su ruina final cuando Cristo, el segundo Adán e hijo de la segunda Eva, venga a aplastarlo bajo su pie. Pero mientras tanto se regocija con miopía, y su descendencia, el Pecado y la Muerte, ahora construyen su camino del infierno a la tierra, que sujetan al gobierno de Satanás hasta el momento de la redención.

Satanás regresa triunfalmente al inframundo para jactarse ante sus seguidores. Brillando en los jirones de gloria estelar que aún le quedan, sube a su trono resplandeciente y los ángeles caídos se postran en asombro y alabanza. He vencido a Dios y he abierto la tierra al Pecado ya la Muerte, alardea; levántate y toma posesión de este tu dominio. Pero, de repente, sus alardes se reducen a la realidad, porque los ángeles alineados alrededor del vasto salón del trono toman formas más adecuadas a su verdadera naturaleza. Satanás escucha, no los gritos de alabanza que espera, sino la voz auténtica de la multitud que lo acompaña:

Habiendo dicho esto, se quedó un rato esperando que
su grito universal y su gran aplauso
llenaran sus oídos, cuando al contrario oye
por todas partes, de innumerables lenguas,
un lúgubre silbido universal, el sonido
del escarnio público; se preguntó, pero no
tuvo mucho tiempo libre, preguntándose ahora más sobre sí mismo;
Su Rostro demacrado lo sintió demasiado afilado y delgado,
Sus Brazos se aferraron a sus Costillas, sus Piernas entrelazándose
, hasta que suplantado cayó
Una serpiente monstruosa sobre su Vientre boca abajo,

Renuente, pero en vano, un poder mayor
Ahora lo gobernó , castigado en la forma en que pecó,
de acuerdo con su destino; Habría hablado,
pero silbido por silbido volvió con lengua bífida
a lengua bífida, porque ahora todo estaba transformado.
Semejante a las Serpientes todas como accesorios
Para su audaz Disturbio: terrible era el estruendo
De silbido a través del Salón, espeso hormigueo ahora
Con complicados monstruos, cabeza y cola.



Satanás planea poseer una serpiente para tentar a Adán y Eva. Grabado, 1882, de Gustave Doré para Paradise Lost.

Satanás, que había tomado la forma de serpiente para seducir a la humanidad, está condenado para siempre a arrastrarse sobre su vientre ante la terrible majestad de Dios.

En Paradise Regained , Milton describió la curación de la alienación entre Dios y la humanidad por la resistencia del segundo Adán, Cristo, a una nueva tentación. Satanás, que ha perdido toda su majestad en su

degradación y humillación en el poema anterior, en el nuevo poema exhibe simplemente una astucia baja.

Satanás se ha enterado del nacimiento de Jesús y lo escuchó llamar el hijo de Dios. Convoca otro consejo infernal y advierte a los demonios que deben averiguar qué significa esto. ¿Es Jesús meramente humano, o es divino? Para averiguarlo, el Diablo debe determinar si cederá a la tentación. Dios, al observar esta nueva trama del cielo, permite que el Maligno tiente a Cristo para que el Hijo demuestre que el nuevo Adán tiene la fuerza para restaurar el daño hecho por el primer Adán. El Padre usará la tentación providencialmente. Comienza la Pasión, el sufrimiento que Dios usa para romper el poder de Satanás sobre la tierra. Así como Dios convierte la Pasión en la salvación de la humanidad, primero convierte la prueba de Jesús por parte de Satanás en la confirmación de la divinidad de Cristo.

Cuando Jesús sale al desierto a orar, el Diablo se le acerca disfrazado de anciano con ropa campesina. Aún evadiendo la responsabilidad, Satanás se queja de que es una víctima desafortunada a quien la miseria, no el pecado, ha abatido. El Hijo de Dios no se deja engañar: “Merecidamente te afliges, compuesto de mentiras / Desde el principio, y en mentiras terminarás”. Ningún gozo puede hacerte feliz, porque has elegido la infelicidad, y eres más miserable cuando estás en presencia del gozo, “nunca más en el Infierno que en el Cielo”.

Satanás sigue el consejo del parlamento de sus demonios, y el sensual Belial sugiere que tienten a Jesús con mujeres, pero Satanás prefiere “objetos más varoniles”, honor, gloria y alabanza popular. Regresa al desierto con ropa sofisticada y cortésmente le ofrece a Jesús comida, riquezas, gloria y los reinos de la tierra. Las tentaciones fallan porque Cristo discierne que Satanás nunca puede ofrecer nada más que ilusiones. El Diablo aún no está convencido y todavía se pregunta "en qué grado o significado eres llamado / El Hijo de Dios, que no tiene un solo sentido". Yo también soy un hijo de Dios, reflexiona, o al menos lo fui, y todos los hombres son hijos de Dios.

Por tanto, para saber qué eres más que hombre,
digno de ser nombrado Hijo de Dios por la voz del Cielo,
otro método debo ahora comenzar.

Colocando a Jesús sobre el pináculo del Templo, Satanás lo insta a probar su poder divino arrojándose hacia abajo y permitiendo que los ángeles atrapen su caída. Jesús responde: “No tentéis al Señor vuestro Dios”, tanto una afirmación de su propia fe en el Padre como un reproche a Satanás por tentar al Hijo. Su respuesta envía a Satanás tambaleándose hacia la oscuridad.

Satanás se sorprende del fracaso de sus tentaciones. Debido a que todo lo que entiende es poder, no puede comprender que el motivo de Cristo al

venir a la tierra es el amor. Cristo le advierte que no puede esperar mucho más

Gobierna en las nubes; como una estrella otoñal
o un relámpago caerás del cielo pisoteado. . . .
Sin embargo, no tu herida última y más mortal
Por este rechazo recibido.

El de Milton es el último y más grande retrato de cuerpo entero del tradicional señor del mal. El concepto sería en el siglo XVIII desgastado por los racionalistas y distorsionado por los románticos, quienes, irónicamente, consideraban al Satán de Milton como el símbolo más importante de la rebeldía que consideraban el mayor bien.

13 *La desintegración del infierno*

Durante el siglo XVIII, la visión cristiana tradicional del mundo se debilitó y surgieron de nuevo viejas cuestiones que el cristianismo había considerado resueltas. Una vez más se cuestionó la providencia divina: ¿parecía el universo regido por una mente justa e inteligente, o parecía regido por el azar o la mera mecánica? A medida que las suposiciones de la sociedad educada se volvieron más seculares, los propios cristianos se fueron adaptando lentamente a la nueva preocupación por este mundo. Tanto católicos como protestantes dirigieron su atención a los aspectos externos y tangenciales de la religión, como la acción social y otras buenas obras. Este desarrollo fue a la vez un signo y una causa de la secularización del cristianismo, la extrusión gradual de Dios desde el centro de la vida hacia una periferia cada vez más distante de la que podría salir lentamente de la conciencia humana. En cuanto a los pensadores de la "Ilustración" del siglo XVIII, se opusieron a las iglesias, aunque a veces abogaron por un cristianismo dibujado según sus propias especificaciones: una religión de mejoramiento social, libre de milagros, independiente de la tradición y obediente a los filósofos sosegados en su templo de la razón.

La mundanalidad, la laxitud moral y la flacidez intelectual de la iglesia del siglo XVIII redujeron su resistencia a la Ilustración ya la Revolución de 1789, que era ferozmente hostil al cristianismo. Los cristianos conservadores se aferraron a las viejas costumbres, pero los viejos símbolos estaban perdiendo su eficacia. Por otro lado, los cristianos liberales se retiraron, se disculparon y se adaptaron al materialismo hasta que el cristianismo casi perdió su significado. Abandonando las bases epistemológicas independientes del cristianismo en la experiencia, la revelación y la tradición, trataron de encajar el cristianismo dentro del marco científico empírico, un esfuerzo que resultó inútil y, en última instancia, autodestructivo.

Este error deriva de uno anterior. El cristianismo tradicional se había arrogado la tarea, innecesaria para la religión, de explicar los fenómenos naturales, y ahora pagaba el precio a medida que el avance del conocimiento científico reducía las explicaciones sobrenaturales de la naturaleza. En 1700 se creía que la naturaleza mostraba los esplendores de Dios. Más adelante en el siglo, Dios se desvaneció y la Naturaleza misma se personificó como el poder activo que moldeaba el universo. Finalmente, hacia 1800, el interés pasó de personificar la Naturaleza a describir la

naturaleza en términos de fenómenos físicos. El poder que dio forma a estos fenómenos, ya sea Dios o la Naturaleza, fue ignorado cada vez más.

Los escépticos del siglo XVIII señalaron al Diablo como un ejemplo de lo absurdo de las creencias cristianas, mientras que los cristianos liberales consideraban la diabología como un estorbo para un cristianismo que viajaba mejor sin mucho equipaje teológico. Los conservadores trataron de mantener la línea. Un modo de defensa era el fideísmo, que, como el nominalismo medieval, aceptaba que el cristianismo no podía probarse racionalmente. El fideísmo declaró que las verdades de Dios están para siempre más allá de los límites de la razón humana. Ni la razón ni la ciencia pueden alcanzar estas verdades, pero nuestra experiencia interna nos enseña que el cosmos es inescrutable, misterioso y divino. Este misticismo democrático evitó la insostenible afirmación de que el cristianismo descansaba sobre la misma base que la ciencia, y el escéptico Voltaire lo reconoció como la respuesta cristiana más eficaz al deísmo. El fideísmo tuvo efectos divergentes. En su rechazo de la certeza teológica condujo a una visión amplia y no doctrinaria que eventualmente se fusionó con el liberalismo; por otro lado, reforzó el conservadurismo al volver a las Escrituras como base de la creencia cristiana.

La confianza fideísta en las Escrituras tipificó el pietismo y el metodismo dominantes en muchas iglesias protestantes a finales de siglo. El pietismo, como el fideísmo, rechazó declaraciones doctrinales intrincadas y se mostró escéptico de la tradición. Temiendo que la filosofía racional condujera al ateísmo, los pietistas enfatizaron los sentimientos, las emociones y el sentimiento. La salvación no residía en aceptar un credo, sino en un cambio personal radical caracterizado por el abandono de la alienación pecaminosa y la entrega total a la gracia y el amor de Dios. El movimiento evangélico, surgido del pietismo, repudió enérgicamente el laicismo y fue poco tocado por los cambios intelectuales revolucionarios de los siglos XVIII y XIX. De todos los movimientos del siglo dieciocho, sólo el pietismo defendió firmemente la creencia en Satanás como lo atestigua la Biblia, aunque el los pietistas no se dieron cuenta de cuánto confiaban también en las interpretaciones tradicionales de la Biblia. Libraron una batalla solitaria contra el Maligno y llevaron la guerra al Enemigo saliendo a las calles y cruzando los mares para predicar el evangelio.

Por otro lado, la mayoría de los líderes educados de las iglesias más antiguas se apresuraron a adaptarse al secularismo. Muchos adoptaron el optimismo amplio, solo vagamente cristiano, asociado con Gottfried Leibniz (1646-1716), quien argumentó que este era el mejor de todos los universos posibles, y con Alexander Pope (1688-1744), quien sostuvo que "lo que sea, es CORRECTO ". .” Rechazando la visión tradicional de una humanidad corrompida por el pecado original, los optimistas creían que una mente iluminada podía discernir racionalmente el patrón racional del cosmos y acatarlo. Tal optimismo fue asaltado desde lados opuestos. El cristiano tradicional Samuel Johnson la desolló en su novela Rasselas

(1759), y el deísta Voltaire la arrasó en su “Poema sobre el desastre de Lisboa” (1755), observando que un mundo en el que miles de personas son destruidas por un terremoto difícilmente puede ser el mejor mundo posible. En su novela Candide (1759), Voltaire descartó el optimismo como la moda de mantener que todo está bien cuando en realidad todo está mal.

Voltaire y los otros philosophes franceses (el término indica que no eran tanto filósofos como defensores de la nueva fe en la razón, el materialismo y el empirismo) argumentaron que aunque la existencia de Dios como la fuerza racional que diseñó el universo era obvia, nosotros no se puede saber absolutamente nada de él. La verdadera religión, dijo Voltaire, debe por lo tanto ignorar el dogma y descansar sobre una moralidad puramente natural. El cristianismo era falso porque trataba de hacer declaraciones doctrinales sobre lo incognoscible; era socialmente destructivo porque su fanatismo y superstición lo convertían en la causa de la mayoría de los males de la sociedad. Voltaire estuvo tentado de decir que, dado que no sabemos nada sobre la existencia de Dios, tampoco sabemos nada sobre el bien y el mal absolutos. Pero vio que este punto de vista conduciría a la complacencia y al relativismo moral. Además, nunca fue un observador frío e indiferente; estaba indignado por los males del mundo. En el terremoto de Lisboa, Voltaire vio la refutación no sólo de la filosofía optimista sino también de la providencia benévola.

Dondequiera que viniera el mal, Voltaire estaba seguro de que no provenía del Diablo, a quien consideraba una superstición grotesca y una "fantasía repugnante". Dado que se pudieron encontrar pocos cristianos educados para defender su existencia, los philosophes lo consideraron una figura de paja que no valía la pena y lo descartaron con desprecio.

El escéptico más sofisticado de la época fue el filósofo David Hume (1711-1776), quien proporcionó la base racional para el escepticismo religioso. Argumentó que la razón humana no tiene poder para obtener certeza sobre nada en absoluto, ni siquiera sobre la materia, y ciertamente no sobre Dios. Para llevarnos bien en la vida cotidiana, postulamos la existencia de un mundo fuera de nosotros, pero no tenemos un conocimiento cierto de él. Aún así, las impresiones sensoriales que recibimos siguen ciertos patrones regulares, ya partir de ellos podemos construir "leyes" de la naturaleza. Aunque estas leyes son descriptivas más que prescriptivas y no pueden vincular de ninguna manera a la naturaleza, Hume aún creía necesario asumir su regularidad y previsibilidad. Si ha seguido x un millón de veces, seguirá x el millón y la primera vez. Los seguidores de Hume fueron más allá e hicieron que su sistema fuera prácticamente prescriptivo, insistiendo en que las regularidades observadas son inmutables, de modo que y debe seguir a x la próxima vez. No lograron comprender que la suposición de que las regularidades observadas son inmutables es en sí misma un acto de fe para el cual no puede haber evidencia empírica.

El ataque de Hume a la religión siguió cinco líneas principales. La primera era que no podemos saber absolutamente nada de lo trascendente, ya que el único conocimiento válido es el conocimiento empírico. El segundo es psicológico: el origen de toda religión es la proyección de las esperanzas y temores humanos sobre objetos externos. El tercero es histórico: la religión es una invención humana que se ha desarrollado, como otras construcciones intelectuales, de una manera puramente natural e histórica.

La cuarta línea de ataque, bastante efectiva, estaba en contra de la idea de que la intervención espiritual podría ocurrir en el universo. Hume razonó correctamente que si pudiera refutar la posibilidad de los milagros, destruiría la viabilidad de una religión basada en milagros como la resurrección. Instó a que "un milagro es una violación de las leyes de la naturaleza; y como la experiencia firme e inalterable ha establecido estas leyes, la prueba contra un milagro, en la naturaleza misma del hecho, es tan completa como cualquier argumento de la experiencia pueda imaginarse." Por fuerte que sea la evidencia de un milagro, o de la existencia de cualquier figura "sobrenatural" como Dios o el Diablo, no puede ser tan fuerte como la evidencia en contra. Si todos los historiadores de Inglaterra informaron que Isabel I se había levantado de la tumba para gobernar su reino durante tres años después de su fallecimiento, la probabilidad de que todos los historiadores estén locos o involucrados en un complot es (aunque sea pequeña) mayor que la probabilidad de que la reina resurrección real. Posteriormente, el filósofo Diderot amplió el ejemplo de Hume. Si un hombre honesto le informara a Diderot que el rey había ganado una batalla en Passy, Diderot estaría inclinado a creerle, pero si todo París declarara que un hombre había resucitado de entre los muertos en Passy, Diderot no lo creería, incluso (Peter Gay agregó) si fuera certificado por un comité encabezado por sus colegas filósofos.

La debilidad del argumento de Hume es su suposición de que las "leyes" de la naturaleza son inmutables y que todo conocimiento debe ser empírico. Hume estaba en la extraña posición de ser un empirista dedicado que negaba la posibilidad de la observación empírica de eventos únicos sobre la base de un acto de fe no empírico en la regularidad de las "leyes de la naturaleza". La debilidad se hace evidente si concebimos dos modelos diferentes del universo en el que vivimos. En el modelo A, las entidades supermateriales como Dios o el Diablo pueden estar activas; en el modelo B no lo son. La mayoría de las personas educadas de hoy asumirían que existe una presunción a favor del modelo B. De hecho, ninguno de los modelos es esencialmente más probable que el otro. Además, no se puede invocar evidencia empírica para refutar el Modelo A. La ciencia está, por definición, limitada al estudio de las cualidades físicas del espacio-tiempo y sus habitantes; por definición, no puede tratar con entidades supermateriales. La historia por definición trata de la acción de los seres humanos; por definición, no puede tratar con las actividades de supuestas

entidades sobrenaturales. Los roles de la ciencia y la historia son igualmente estrictos ya sea que el modelo A o el modelo B representen la verdad. La evidencia histórica y científica no apunta a un modelo ni al otro. El modelo A es tan probable como el modelo B, y no se puede suponer que no pueden ocurrir eventos únicos o "milagros" que violen las "leyes" naturales. En realidad, gran parte de la experiencia humana apunta hacia el modelo A, aunque este tipo de experiencia no puede servir como "evidencia" científica o histórica porque la historia y la ciencia, por definición, no discuten tales cosas. Insistir categóricamente en que algo más allá de los límites de la historia y la ciencia no puede existir es una peculiar arrogancia moderna como la que se le atribuye al gran clasicista Benjamin Jowett: “Buenas tardes, mi nombre es Jowett; lo que hay que saber lo sé. Soy el Maestro de este colegio; lo que no sé no es conocimiento.”

El quinto y más coherente argumento de Hume contra las religiones monoteístas se basaba en la existencia del mal. Los cristianos no pueden reconciliar la existencia de Dios con la existencia del mal, dijo, sin modificar sus suposiciones sobre uno u otro. O Dios no es omnipotente, o la bondad de Dios es totalmente diferente de la bondad humana, en cuyo caso no tiene sentido llamarlo bueno. Si la naturaleza moral de Dios nos resulta absolutamente incomprensible, ya no es el Dios cristiano. Además, dado que observamos que el universo contiene males vastos e intensos, no podemos inferir legítimamente la existencia de Dios del universo que experimentamos. Por el contrario, es más lógico inferir que Dios no existe. Este argumento fue devastador tanto para el deísmo como para el cristianismo porque desmintió la antigua suposición de que se puede argumentar la existencia de Dios a partir de la observación del cosmos.

El argumento de Hume obligó a los defensores de la religión a abandonar las pruebas tradicionales y confiar en las bases experienciales para creer. Si uno experimenta a Dios y parte de la premisa de que existe, entonces puede evitar las conclusiones de Hume y reconciliar la existencia de Dios con la del mal. Pero si uno comienza sin esa premisa, entonces la existencia del mal apunta lejos de la de Dios.

Hume no se dignó mencionar al Diablo, pues si se elimina la existencia de Dios y de los milagros, el Diablo simplemente se evapora. A finales del siglo XX, las opiniones de Hume se habían difundido tanto que habían alcanzado casi el estatus de sentido común entre las personas cultas. Las suposiciones de Hume no son necesarias ni convincentes, pero mientras sean dominantes, es natural que la sociedad considere que tanto Dios como el Diablo son ilusiones.

Para los muchos que llevaron las conclusiones de Hume hasta el ateísmo, el bien y el mal eran construcciones humanas, aspectos prácticos de las relaciones humanas, no absolutos. La negación de los ateos del significado objetivo del bien y el mal los dejó con tres alternativas. Podrían encontrar una base totalmente diferente para la ética, como el consenso o las tradiciones legales y constitucionales. Podrían argumentar que aunque los

estándares son puramente arbitrarios, es socialmente necesario tener algunos. O podrían declarar que somos verdaderamente libres de todos los valores, de toda moralidad. Ante esta última alternativa, la mayoría de los filósofos ateos del siglo XVIII retrocedieron horrorizados. Al menos uno, sin embargo, no se dejó intimidar.

Donatien Alphonse Franc;ois, marqués de Sade (1740-1814), que prestó su nombre al sadismo, llevó los principios del relativismo ateo a su conclusión lógica. Sade trató al Diablo, a Dios y al principio de la Naturaleza con igual desprecio. La naturaleza, lejos de ser propositiva, ordenada o bondadosa, es absolutamente indiferente a las luchas de la humanidad. Se ríe del éxito de los malvados al menos con tanta frecuencia como de los esfuerzos de los buenos, más, porque los malvados son lo suficientemente inteligentes como para apoderarse de todo lo que pueden. “El autor del universo”, escribió Sade, “es el más malvado, feroz, temible de todos los seres”. O lo sería, si existiera. De hecho, no había Dios, ni Naturaleza, ni estándares absolutos del bien y del mal, ni valores intrínsecos.

En un mundo intrínsecamente relativo y sin valor, argumentó Sade, lo único sensato que se puede hacer es buscar placeres personales. Cualquier cosa que tengas ganas de hacer es buena para ti. Si te gusta la tortura, muy bien. si otros lo hacen No disfrutes torturando, no es necesario que lo hagan, pero no tienen por qué imponerte sus puntos de vista. Las violaciones de las llamadas leyes morales son en realidad loables, porque demuestran la artificialidad de las restricciones que impiden el único bien demostrable: el placer personal. La virtud y la ley son fantasías; la misericordia, el amor y la bondad son perversiones.

Debido a que los placeres sexuales suelen ser los más intensos, deben perseguirse sin restricciones. El crimen puede ser aún más excitante que el sexo bajo algunas circunstancias, y un crimen sexual es lo mejor de todo. El mayor placer se deriva de la tortura, especialmente de los niños, y si uno humilla y degrada a la víctima, el deleite aumenta. El asesinato es un excelente estímulo, especialmente cuando está precedido por la tortura y el abuso sexual. Algunos disfrutarán aumentando la intensidad de la experiencia deleitándose con la carne de la víctima. Sade puede haber insistido en su punto en aras de la discusión, pero tenía razón al hacerlo. Si no hay límites morales, entonces no hay límites morales. Los compañeros filósofos de Sade lo veían con repugnancia y horror, sobre todo porque revelaba las implicaciones lógicas de sus propias creencias. Si Dios y la Naturaleza no existen, si no hay una razón que gobierne el cosmos, entonces los estándares absolutos no existen y somos libres de crear los nuestros. ¿Por qué un abusador de niños no debería ser libre de violar y torturar a sus víctimas? La respuesta de que uno no debe imponer sus deseos a otro, señaló Sade, es en sí misma una suposición bastante innecesaria. Podría objetarse que los placeres de Sade perturbarían otros placeres: si no hiciéramos más que violar y torturar, no habría restaurantes

ni teatros de especialidades, y mucho menos médicos que afinaran nuestros cuerpos a su más alto nivel sensual. Pero a esto Sade respondería que si prefieres cenar a violar, de ninguna manera te negaría la elección. El núcleo mismo de su doctrina es que no presta ninguna atención a las decisiones de los demás, incluidas las de sus víctimas.

Sade definió el dilema. O hay maldad real, o no. O hay motivos de preocupación última por los cuales juzgar las acciones, o no. O el cosmos tiene significado, o no. Si no, los argumentos de Sade son correctos; son el resultado legítimo del ateísmo puro, la negación de cualquier fundamento último del ser. Como Satán, Sade se detuvo con nostalgia en el placer que uno podría sentir al destruir todo el cosmos, "para detener el curso de las estrellas, para derribar los globos que flotan en el espacio".

La historia y la ciencia del siglo XVIII siguieron a la filosofía al atacar el sistema teológico que subyace a la diabología. La teología tradicional había asumido una visión estática de la naturaleza, pero en el transcurso del siglo XVIII comenzaron a descubrirse los enormes alcances del tiempo geológico, astronómico y cosmológico, y comenzó a surgir una nueva visión, la de un cosmos dinámico en constante cambio. La cronología bíblica había colocado los orígenes del universo hace solo unos seis mil años, pero en 1755 la Historia general y teoría de los cielos de Immanuel Kant afirmaba que el cosmos, incluida la tierra, había evolucionado gradualmente durante un período de millones de años. Durante el siglo de 1750 a 1850, una interacción mutua de geología, historia y astronomía estableció gradualmente una visión evolutiva del cosmos, la tierra física y la sociedad humana. El descubrimiento de la inmensa edad del universo (actualmente calculada en unos quince mil millones de años) socavó la cosmología cristiana y apoyó los argumentos a favor del ateísmo.

La historia tuvo otros efectos. Aunque los cristianos educados siempre habían interpretado la Biblia simbólicamente, habían asumido que también era históricamente confiable. Pero si el mundo era mucho más antiguo de lo que indica la Biblia, entonces esa confiabilidad se había ido por lo menos en parte del Antiguo Testamento, y si parte, ¿por qué no todo, y si el Antiguo Testamento, por qué no el Nuevo? Tales preguntas socavaron las bases epistemológicas del cristianismo.

La idea de desarrollo histórico también afectó a la doctrina. Si la tierra y el cosmos estaban evolucionando, ¿por qué no las ideas, incluidas las doctrinas cristianas? Se cuestionó la vieja idea de que la teología cristiana era esencialmente inmutable. Los teóricos históricos argumentaron que lo que conocemos con certeza son ideas humanas de las cosas, no las cosas en sí mismas. Somos incapaces de descubrir qué es el Diablo en sí mismo, pero podemos establecer con total certeza qué es el Diablo como concepto humano. Debido a que las ideas humanas están en constante cambio, en constante evolución, la mejor manera de analizar los conceptos es históricamente. No podemos investigar hasta qué punto un concepto

corresponde (o no) a la realidad absoluta. Debemos definir al Diablo en términos históricos.

La crítica histórica de la Biblia que surgió en el siglo XVIII comenzó incluso a debilitar la confianza en el criterio último de la verdad cristiana, las palabras de Jesús. Los nuevos críticos argumentaron que Jesús debe ser visto como un hombre de su propio tiempo, un campesino ignorante en una oscura provincia de un antiguo imperio. Sus puntos de vista no eran avanzados, sus ideas primitivas. Cuando habló del diablo o de los demonios, simplemente reflejó las supersticiones de su época. Debido a que su vida e ideas fueron reportadas por sus igualmente ignorantes seguidores, el Nuevo Testamento estuvo plagado de superstición y confusión.

Tal punto de vista era natural para los ateos, pero era una señal de la enorme confusión del pensamiento cristiano en el momento en que los cristianos liberales también lo abrazaron sin pensar, tomando la curiosa postura de que la Biblia las opiniones eran válidas sólo en la medida en que se ajustaban a las teorías históricas vigentes. El cristianismo liberal retrocedió rápidamente ante el avance de la ciencia y la historia, reagrupándose cada cierto tiempo para luchar contra otra escaramuza perdida antes de ceder más terreno. Ya a fines del siglo XVIII, los cristianos liberales más avanzados habían abandonado el núcleo de las creencias cristianas. En cuanto a Satanás, era una vergüenza dolorosa, una idea anticuada de que Jesús realmente no había creído o creyó solo debido a las limitaciones de su tiempo. Cuando los liberales también abandonaron el pecado original —y por tanto la redención— quedaron indefensos frente al argumento ateo del mal.



Grabado de un catecismo del siglo XIX que contrasta la muerte del pecador (abajo) con la del justo (arriba). El ángel guardián del pecador parte, mientras los demonios lo arrastran hacia el infierno. Foto cortesía de Jean-Loup Charmet, París.

Friedrich Schleiermacher (1768–1824), líder de la teología liberal, esperaba eliminar la idea del diablo. Su línea de ataque más directa se encuentra en la Biblia misma. Para desacreditar la doctrina del Diablo, trató de demostrar que Cristo nunca tuvo esa intención. Ni Cristo ni los apóstoles se refirieron jamás al Diablo con la intención de enseñar algo distintivo; simplemente estaban reflejando irreflexivamente las suposiciones de su era ignorante. Cristo se refirió al Diablo solo de manera casual o citando proverbios, o en referencia simbólica a los seres humanos malvados. La historia de la tentación de Cristo es un relato didáctico sin fundamento histórico. La conclusión de Schleiermacher intentaba cubrir ambas bases: Cristo y los apóstoles no creían en el Diablo y, si lo hacían, simplemente se basaban en las supersticiones de su propio tiempo. Para cuadrar su convicción de que la idea de Satanás estaba fuera de moda y vergonzosa con su convicción de que el cristianismo era de alguna manera válido y la Biblia de alguna manera inspirada, Schleiermacher tuvo que construir

argumentos complejos para explicar el hecho de que el Nuevo Testamento enseña la existencia y el poder de Dios. el diablo.

Otro cambio profundo en el pensamiento a fines del siglo XVIII fue la transición de la Ilustración al Romanticismo, prefigurada por Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Intensamente emocional y errático, Rousseau alienó a los philosophes al profesar el cristianismo ya los cristianos al adoptar una religiosidad emocional y estética mientras negaba la Encarnación, la redención y otros elementos esenciales del cristianismo. Desdeñoso de la "religión organizada", rechazó la iglesia y la naturaleza comunitaria del cristianismo en favor del sentimiento individual.

Para Rousseau, el mal era más social que metafísico: “Hombre, no busques más al autor del mal: tú eres él”. Fue el precursor del "Nos hemos encontrado con el enemigo, y él somos nosotros" de Pogo. Aún así, Rousseau insistió sentimentalmente en que la naturaleza humana es básicamente buena; es la sociedad la que lo ha corrompido. Al eliminar las influencias asfixiantes y distorsionadoras de la sociedad, podemos restaurarnos a la bondad natural ya un orden social natural caracterizado por la libertad y la igualdad. Mediante la educación, la reforma social e incluso la revolución, podemos borrar nuestras instituciones represivas y entrar en una nueva era de felicidad. Estas ideas ayudaron a provocar la Revolución de 1789 y, a fines del siglo XVIII, la literatura había comenzado a reflejarlas brillantemente.

Después de la era de la brujería, el Diablo hizo pocas apariciones literarias hasta finales del siglo XVIII, y cuando revivió apareció en una nueva forma. Cuando el esteticismo reemplazó a la teología, la existencia metafísica de Satanás fue descartada y se convirtió en un símbolo que podía flotar libre de sus significados tradicionales. Habiendo dejado de ser una persona, se convirtió en una personalidad, un personaje literario que podía desempeñar una variedad de roles. Entre estos papeles, el más novedoso era el de símbolo positivo de rebelión contra la autoridad injusta. En parte debido a la influencia de Rousseau, este papel se convirtió gradualmente en la figura del simpático diablo romántico, un poder triste y rebelde que evoca tanto el anhelo como el dolor.

En la última parte del siglo, el interés literario por Satanás se reavivó con el resurgimiento de la leyenda de Fausto. Como el mismo Diablo, Fausto se convirtió en un símbolo tanto de la rebelión como de la búsqueda de la perfección y el poder personal. En Faust: A Tragedy , Johann Wolfgang von Goethe (1748–1832) creó un Mephistopheles nuevo y enormemente influyente. Adoptando una visión irónica del cristianismo de la Ilustración, Goethe se basó en el simbolismo cristiano mientras despreciaba a la iglesia. Fausto , que abarca sesenta años de esfuerzo creativo desde los años veinte de Goethe hasta los ochenta, no tiene un significado único ni siquiera un conjunto de significados. Goethe pretendía que expresara las complejidades e incongruencias de su propia mente, de su cultura y de la civilización occidental en su conjunto.

El carácter de Mefistófeles es tan variado como el poema. Mephisto es demasiado complejo, diverso y ambiguo para ser equiparado con el diablo cristiano. Goethe usó y desarrolló gustosamente el mito tradicional mientras negaba la existencia real del Diablo. Mephisto es amorfo, sin definición moral, un espíritu de la naturaleza que representa el mundo indiferenciado tal como se presenta a la experiencia humana. La influencia de Fausto significó que la mayoría de los demonios literarios de los dos siglos siguientes adoptaran la forma suave, irónica y ambigua del Mefistófeles de Goethe. Hay excepciones, pero los escritores que desean que sus demonios sean tomados en serio como personificaciones tradicionales del mal han tenido, desde Fausto , que vencer una poderosa resistencia.

Mefistófeles posee una inteligencia astuta y un encanto superficial que le permiten manipular a la gente, pero en un nivel más profundo es un tonto. porque no logra comprender que la realidad esencial del cosmos es el poder del amor. Ciego a la realidad, trata de negarla y destruirla. Odia la belleza, la libertad y la vida misma; arruina a los individuos y promueve políticas sociales que destruyen multitudes. Como el Diablo tradicional, Mephisto es un mentiroso y tramposo, un maestro de la ilusión que cambia repetidamente su forma, sembrando dudas y desconfianza, perturbando la justicia, deleitándose en la crueldad y el sufrimiento, promoviendo la rudeza y la sexualidad brutal. Se arrepiente de su pasado pero se niega a arrepentirse.

Después de un preludio, el poema se abre con el “Prólogo en el cielo”, donde el Señor está rodeado de cortesanos celestiales encabezados por Rafael, Gabriel, Miguel y Mefistófeles. El escenario recuerda el Libro de Job, con Mefistófeles interpretando el papel de Satanás. Los ángeles alaban a Dios por la belleza del cosmos, pero Mephisto cambia el enfoque a la condición de la humanidad, argumentando que a pesar de las supuestas armonías del cosmos, la humanidad es miserable, brutal e infeliz. Dios le reprocha este negativismo, pero Mefisto insiste: “Siento tanta compasión por sus miserables vidas que dudo en afligirlas más yo mismo”. El papel del Diablo en la corte es irónico, casi el de un bufón celestial o un tonto que sugiere hábilmente las fallas de su amo. Su desacuerdo con Dios sobre la humanidad insinúa una rebelión romántica contra un tirano y una simpatía prometeica por los humanos contra los dioses.

Así como Dios una vez llamó la atención de Satanás sobre Job como ejemplo de un hombre justo e incorruptible, ahora llama la atención de Mefisto sobre Fausto como representante tanto del genio individual como de la humanidad en su conjunto. El Señor observa que Fausto es un fiel buscador de la verdad que nunca se apartaría de su objetivo, pero Mephisto lo desafía: ¿Dices que Fausto es firme? Entonces dame permiso para tentarlo; que puedes perder ¿Qué te apuestas a que se resistirá a mí? Dios acepta la apuesta.

La escena cambia al estudio de Fausto, con el gran erudito hundido en la desesperación porque el incesante esfuerzo intelectual no ha logrado

penetrar los secretos del universo para él. Decide tratar de obligar a los espíritus a revelar su conocimiento oculto, sin saber que lo que necesita no es conocimiento sino amor. La siguiente escena lleva a Fausto a calles pobladas de taberneros, estudiantes, mozas y soldados; aquí el erudito y su ayudante Wagner beben y debaten. Fausto argumenta la belleza de la naturaleza y Wagner la gloria de la erudición, y ambos no logran entrar en la vida real que sucede a su alrededor. Fausto se queja de que siente dos espíritus dentro de él, uno atrayéndolo hacia el placer mundano y el otro hacia la sabiduría infinita. Ninguno está enraizado en el amor. Mientras hablan, Fausto señala a un perro negro olfateando cerca. Wagner lo toma por un caniche, pero Fausto siente que es algo más, porque deja un rastro de fuego. Ha aparecido Mephistopheles, y en una de las formas favoritas del Diablo tradicional, un perro negro. Viene espontáneamente por la voluntad consciente de Fausto, pero atraído por la desesperación de Fausto.

Más tarde, de vuelta en el estudio, el caniche vuelve a aparecer, asume una variedad de formas inquietantes y finalmente adopta la forma de un erudito errante. Fausto, adivinando la verdad, exige que declare su verdadera identidad. Mephisto responde que él es "una parte de ese poder que siempre busca el mal y siempre hace el bien". Se esfuerza por destruir todo lo que ha sido creado, pero la providencia divina lo obliga a hacer el bien. Mefisto —y el mal— son parte de ese material oscuro del que Dios sacó la luz, y Fausto lo entiende: “Tú eres el hijo maravilloso del Caos”.

Fausto le sugiere un pacto a Mefistófeles para poder acceder a sus poderes ocultos; El propio plan de Mephisto es adormecer al erudito en una sensualidad sin sentido y así ganar su apuesta con Dios. Ofrece ser el sirviente de Fausto en este mundo si Fausto lo será en el venidero, y el pacto se transpone a una segunda apuesta que recapitula la hecha en el cielo. Mephisto insta a Fausto a abandonar las abstracciones académicas por el "árbol dorado de la vida", omitiendo traidoramente el término medio entre la pedantería y la sensualidad: el terreno de la generosidad y el amor.

A medida que llega a creer que Fausto está en su poder, Mefistófeles se muestra cada vez más tosco y brutal. En una escena en la cocina de la bruja, esta tosquedad se vuelve evidente, aunque Mephisto todavía mantiene su distancia irónica, relatando con calma su propio declive histórico y señalando que la moda cultural moderna lo obliga a ser amable y quitarse los cuernos, la cola y las garras. El mundo moderno se siente incómodo con los símbolos del mal y prefiere al diablo disfrazado cómodamente como un caballero afable con solo la insinuación de una deformidad oculta: la pezuña hendida que se disimula fácilmente con zapatos pesados. Por la misma razón, Mephisto ya no usa el nombre Satán, porque ahora todos consideran al Diablo como una superstición, no es que esta incredulidad haga que la gente sea menos viciosa, observa.

Mefistófeles atrae a Fausto más profundamente a la sensualidad jugando con su deseo por la joven Gretchen. Agudizando la lujuria del erudito y al mismo tiempo haciéndolo responsable de la ruina de la chica, Mefisto

espera asestarle un doble golpe en el alma. Después de que Gretchen da a luz a un hijo ilegítimo, se vuelve loca, ahoga al bebé y es ejecutada por su crimen. Mefistófeles saborea su victoria, pero su éxito es vano, pues la lujuria de Fausto se ha convertido en verdadero amor por Gretchen: el mal del Diablo ha provocado una vez más un bien que no pretendía. La sensualidad que tiene inculcado en Fausto rompe la fría pedantería del erudito y abre su corazón a la ternura y la compasión, y cuando lleva a Fausto a una fiesta de brujas donde ven el alma perdida y errante de Gretchen, Fausto siente la primera punzada del amoroso remordimiento que eventualmente salvará a él.

Mefistófeles es menos evidente en la segunda parte más abstracta de la tragedia; cuando aparece, es como un hechicero sombrío que insta a políticas sociales desastrosas. Solo en la escena final el foco vuelve a la lucha por el alma de Fausto. El erudito moribundo tiene una visión de un mundo mejor creado por el progreso humano, mientras que Mefisto se burla de que la vida de Fausto y la de la humanidad en su conjunto es un sueño ocioso. Mephisto reclama el alma del erudito, pero Fausto ha ganado la apuesta, porque nunca ha dejado de luchar por la verdad, nunca se ha abandonado por completo a la sensualidad. El contrato es nulo porque se salva Fausto, la humanidad, que lucha por el sentido y encuentra el amor. La Santísima Virgen le da la bienvenida a Gretchen al cielo mientras coros de ángeles llevan el alma de Fausto en alto. Mefistófeles, con sus percepciones tan distorsionadas por el mal que su respuesta a la vista de los ángeles infantiles es fantasear con sodomizarlos, ha perdido la apuesta, el alma y el sentido de la existencia. Lo dejan en la prisión de oscuridad que ha creado para sí mismo.

El simbolismo de esta escena final es estético, no teológico. El Fausto de Goethe se salva, no del pecado en el sentido cristiano, sino de la sensualidad y el intelectualismo. Su ascensión al cielo no es la beatificación de un individuo sino un programa para el género humano: nosotros, como Fausto, estamos llamados a abandonar el egoísmo ya buscar una sociedad basada en el respeto por los demás. Mefistófeles es el Diablo literario más importante desde el de Milton, pero la diferencia entre el Satán de Milton y el Mefisto de Goethe es la diferencia entre una cosmovisión básicamente cristiana y una básicamente secular.

14 *Del Romanticismo al Nihilismo*

El cambio de la Ilustración al Romanticismo aumentó la variedad de puntos de vista sobre el Diablo. Curiosamente, las actitudes de principios del siglo XIX hacia el Maligno estaban correlacionadas con las opiniones sobre la Revolución Francesa. Los monárquicos y los católicos tradicionales consideraban la revolución como obra del diablo y la restauración de la monarquía en 1815 como el triunfo de Cristo Rey sobre Satanás. Republicanos y revolucionarios, por otro lado, atacaron al cristianismo como parte del viejo orden represivo: como los reyes son malos, Cristo, el rey más grande, es el mal más grande. Para los revolucionarios, Satán simbolizaba la resistencia a la tiranía del Antiguo Régimen. Los burgueses también estaban preparados para un cambio de símbolos, percibiendo en Satanás una metáfora del individualismo y la competencia agresiva. La población rural tendía a aferrarse a los puntos de vista tradicionales, pero el proletariado urbano, desarraigado de la vida comunitaria rural, estaba perdiendo rápidamente la religión.

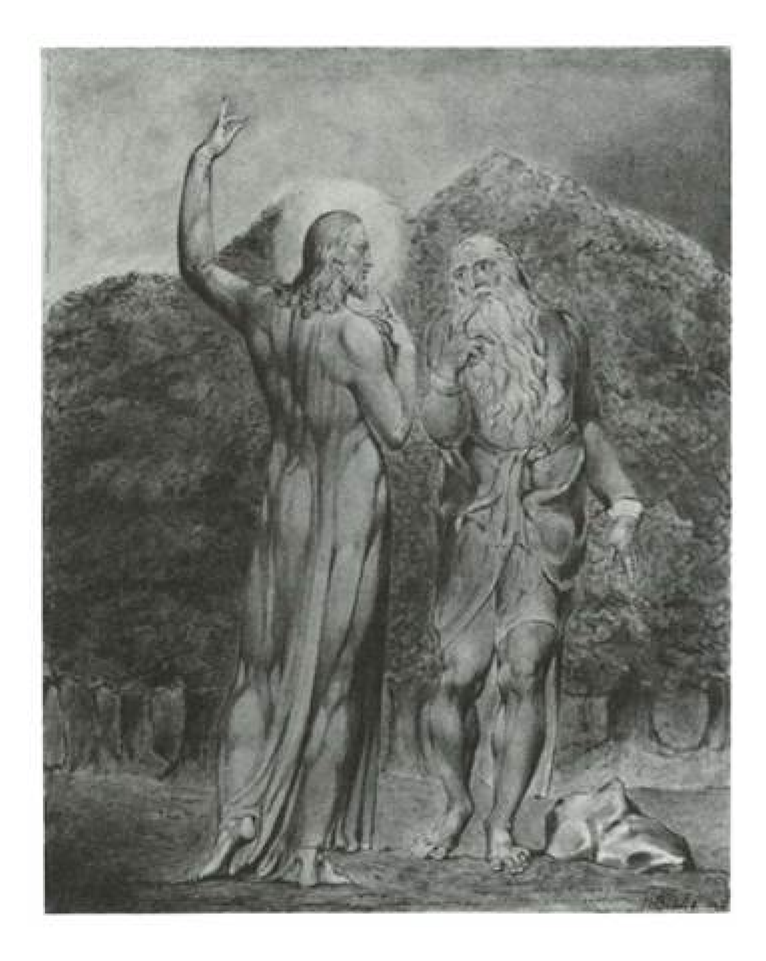
Satanás continuó desvaneciéndose entre los cristianos profesos. El renacimiento católico después de 1815 reafirmó las enseñanzas tradicionales pero hizo poco para convencer a la sociedad en general de la existencia de Satanás. El protestantismo, que tenía menos consideración por la tradición, encontró la Biblia socavada por la creciente aceptación de la crítica histórica por parte de los teólogos protestantes. Con el debilitamiento de los pilares gemelos del cristianismo, las Escrituras y la tradición, primero los teólogos, luego los predicadores y finalmente los laicos llegaron a cuestionar casi todos los aspectos de la creencia cristiana: el cielo, el alma, el pecado, la Encarnación y, ciertamente, el infierno y el diablo. . A finales de siglo, el estadista y eclesiástico inglés William Ewart Gladstone podía hablar del infierno como algo sombrío relegado a los polvorientos rincones de la mente cristiana. Desatado de su ancla epistemológica, el protestantismo liberal se unió al secularismo al rechazar al Diablo como algo anticuado y anticuado. Contra este punto de vista, gradualmente se afirmó una fuerza contraria entre aquellos que continuaron siendo leales a la fe de la Reforma en las Escrituras. Estos cristianos “conservadores” rechazaron el compromiso con el secularismo y se unieron a los católicos y ortodoxos orientales para continuar afirmando la realidad del Maligno.

La historia del diablo en el siglo XIX se desarrolló más en la literatura que en la teología, especialmente en el romanticismo, un movimiento vagamente definido que enfatiza lo estético y lo emocional frente a lo

racional y lo intelectual. Si una idea afectaba poderosamente era más importante que si era verdadera en el sentido de estar bien respaldada por la lógica; las emociones eran una guía más segura para la vida que el intelecto. Esta actitud fomentaba la introspección psicológica y exaltaba las virtudes del amor, la piedad y la misericordia frente al cálculo racional y científico. Por otro lado, la tendencia a descartar la razón también condujo a ilusiones y un desprecio elitista y satisfecho de sí mismo por aquellos considerados menos finos, nobles o sensibles. Además, la búsqueda de lo emocionalmente estimulante fomentó el gusto por lo milagroso, lo sobrenatural, lo extraño y lo grotesco.

Intensamente preocupados por el conflicto del bien y el mal dentro del corazón humano, los románticos utilizaron símbolos cristianos sin tener en cuenta su contenido teológico, separándolos de sus significados básicos. En una visión del mundo que evitaba la lógica en favor de la emoción, seguramente habría muchas contradicciones. Muchos románticos del tipo revolucionario argumentaron que si el mayor enemigo del cristianismo tradicional era Satanás, entonces Satanás debe ser un heroico rebelde contra la autoridad injusta y digno de alabanza. No pretendían tal declaración como una propuesta teológica, sino más bien como un desafío simbólico y un programa político.

La idea romántica del héroe es un individuo solo contra el mundo, asertivo, ambicioso y poderoso, un rebelde que busca liberar a la humanidad de una sociedad que bloquea el progreso hacia la libertad, la belleza y el amor. Esta admiración romántica por Satanás no era una adoración satánica del mal, porque el Diablo romántico no era “el Maligno” sino el bien. Pero dado que la visión de los románticos de lo que era bueno no era radicalmente diferente de la cristiana, esta transposición de símbolos era confusa e inútil. Invertir los términos y llamar a “Dios” malo y al “Diablo” bueno no mejoró la comprensión de nadie sobre la naturaleza del mal. Algunos románticos, conscientes de las dificultades de cambiar los símbolos de forma tan radical, eligieron una figura clásica como Prometeo para representar a su héroe rebelde en lugar de Satán. El Diablo romántico podría ser un héroe, pero también podría simbolizar el aislamiento, la infelicidad, la dureza de corazón, el desamor, la insensibilidad, la fealdad, el sarcasmo y todo lo que impide el progreso del espíritu humano.



Tentado por Satanás para convertir las piedras en pan, William Blake representa al Diablo como un anciano sabio. En una declaración de ambigüedad moral, Blake retrata a Cristo y Satanás casi como dobletes envueltos en un baile. Acuarela con tinta china y aguada gris, 1816-1818. Cortesía del Museo Fitzwilliam, Cambridge.

Uno de los aspectos del tratamiento romántico del mal fue la novela gótica o roman noir . La novela gótica usó —o degradó— lo sublime para producir escalofríos, estremecimientos, sensaciones. Su tema favorito era la decadencia que subyace a la apariencia de lo aparentemente bueno, racional y familiar. Se detenía en lo fantasioso, grotesco y decadente, incluyendo la deformidad física y moral, el sadismo, el frenesí sexual, los riscos y los castillos, las tierras lejanas, la Edad Media y el lado macabro de lo sobrenatural con sus brujas, espectros, fantasmas, vampiros, y demonios Cuando el mismo diablo hizo su aparición, no fue tanto como un símbolo serio del mal sino como uno entre muchos monstruos malvados diseñados para entretener y emocionar al lector.

La novela gótica de Matthew Lewis The Monk (1796) tuvo una enorme influencia tanto en la literatura inglesa como en la continental. Escrito cuando Lewis tenía diecinueve años, entretiene al lector con fantasmas, incesto, veneno, violación y drogas. Ambrosio, aparentemente un monje asceta, está secretamente hirviendo de sexualidad. Un clérigo arrogante de

ese cuerpo notoriamente degenerado de la iglesia católica, Ambrosio es fácilmente corrompido por Satanás. Se sumerge en vicios cada vez más profundos y grotescos, y finalmente cautiva a la virgen Antonia en una bóveda oscura sobre los huesos enmohecidos de monjes fallecidos hace mucho tiempo. Para Antonia, "pasar una vida de miseria en una celda estrecha y repugnante, de la que ningún Ser humano sabe que existe excepto su Ravisher, rodeada de cadáveres en descomposición, respirando el aire pestilente de la corrupción, para nunca más contemplar la luz, o beber el puro vendaval del cielo, la idea era más terrible de lo que Ella podía soportar." No debería haberse preocupado, ya que Ambrosio procede a asesinarla. Los lectores ingleses pueden saborear la sensación de ser instruidos acerca de los males de la iglesia católica mientras son estimulados por la prosa púrpura de Lewis. Pero la maldad de Ambrosio se limita a los estrechos límites de la lascivia adolescente de Lewis; no logra sondear las profundidades, como lo había hecho Sade. Además, tales excesos literarios fueron agua para los molinos de los satíricos, que produjeron parodias del cuento gótico que solo trivializaron aún más el mal radical. Junto con los espectros y demonios con los que los escritores góticos lo asociaron, Satán se convirtió en una figura absurda.

El artista más original de la época, William Blake (1757-1827), produjo un Diablo que simbolizaba los extremos del bien y del mal. Para Blake, la justicia propia de Satanás es el mal, su rebelión contra el tirano divino es el bien. En Las bodas del cielo y el infierno de Blake (1790), Satanás es el símbolo de creatividad, actividad y energía que lucha por ser libre. El Satán de Milton, rebelándose contra la autoridad represiva, representó para Blake el deseo humano de libertad. "La razón por la que Milton escribió con grilletes cuando escribió sobre los Ángeles y Dios, y en libertad cuando sobre los Diablos y el Infierno, es porque era un verdadero Poeta, y del partido del Diablo sin saberlo." Satanás era bueno, y el mismo Jesús era satánico (en el buen sentido), porque actuó por impulso más que por reglas y alegremente "quebrantó todos los mandamientos". Blake comparó a este Jesús amoroso y libre con el Dios Padre criticón de Milton y tomó como una cruel ironía que los seguidores de Jesús lo hubieran convertido en una versión de su Padre tirano: "Pensando como yo que el Creador de este mundo es un Ser cruel, y ser adorador de Cristo, no puedo dejar de decir: '¡El Hijo, oh cuán diferente del Padre!'"

Para Blake, ningún bien o mal es absoluto. "Todas las deidades residen en el pecho humano", y ningún elemento de la psique es totalmente bueno o malo. El verdadero mal surge de la falta de integración de los elementos psíquicos; verdadero bien del equilibrio, unión e integración de los opuestos. Para la portada de The Marriage , Blake dibujó un ángel y un demonio abrazados. La razón y la energía, el amor y el odio, lo pasivo y lo activo, el bien y el mal aparentes, deben fusionarse en un todo integrado y trascendente del que la creatividad será el espíritu conductor. El verdadero

dios es la creatividad poética, ese espíritu, poeta y hacedor que hace no solo el arte sino todo el cosmos.

La comprensión empática de Blake del mal se expresó de manera más conmovedora en "La rosa enferma":

¡Oh Rosa, estás enferma!
El gusano invisible
Que vuela en la noche,
En la tormenta aulladora,
Ha descubierto tu lecho
De alegría carmesí:
Y su oscuro amor secreto
Destruye tu vida.

*Blake y los romántico*s abrieron las puertas del inconsciente en un grado sin precedentes excepto por los místicos. A pesar de su uso idiosincrático e incoherente de los símbolos, su profundización en la comprensión psicológica del mal constituye una contribución duradera al concepto del Diablo.

El romántico por excelencia, George Gordon, Lord Byron (1788–1824), se opuso a las visiones cristianas tradicionales del mal a lo largo de su vida. Aun así, al igual que Blake, estaba profundamente preocupado por el problema. El grado de maldad en el mundo convenció a Byron de que el Creador no podía ser bueno. En su drama poético Caín: Un misterio (1821), Caín se queda perplejo cuando su padre Adán le dice que Dios es omnipotente. “Entonces, ¿por qué es malo, siendo él bueno?” Luego, Lucifer le pregunta a Caín: "¿Qué ama tu Dios?" Y Caín solo puede responder: "Todas las cosas, dice mi padre, pero confieso / no lo veo en su asignación aquí". Cuando Lucifer afirma ser eterno él mismo, Caín responde rápidamente, preguntando si puede hacer algún bien a la humanidad y, de ser así, por qué no lo ha hecho ya. La respuesta de Lucifer es igual de rápida: ¿Por qué no lo ha hecho Dios (Jehová)? Byron se debatía entre el optimismo romántico de que la libertad humana finalmente triunfaría y el pesimismo derivado de su observación de la realidad.

Byron compuso el personaje de Caín a partir de la figura original del Génesis, elementos prometeicos de benevolencia hacia la humanidad y elementos satánicos (miltónicos) de lo sublime. El personaje de Lucifer es ambivalente, bueno en su apoyo a la rebelión de Caín contra la tiranía, pero malvado en su distancia irónica del sufrimiento humano. Su defecto esencial es que carece de empatía y amor.

Al principio del poema, Lucifer le dice a Caín que Dios gobierna el mundo con leyes rígidas e injustas. La esposa/hermana de Caín, Adah, expresa la visión tradicional de que Dios es bueno y omnipotente, pero para Byron, Jehová es un símbolo patético del esfuerzo humano, creando un

mundo tras otro en un esfuerzo por aliviar su soledad y aislamiento, encontrando cada uno defectuoso y uno tras otro. otro destruyéndolos. Lucifer anuncia que Jehová es bueno y malo, creador y destructor, y que el cosmos que ha creado es hermoso y cruel. En esto Lucifer habla por Byron: cualquier comprensión del mundo que vea solo la belleza o solo la crueldad es falsa. El conflicto en el cosmos es menos entre el bien y el mal que entre varias ambivalencias, que debemos intentar integrar.

Lucifer le pregunta con desdén a Caín quién es el verdadero Maligno: ¿Lucifer, que quería que Adán y Eva tuvieran conocimiento e incitó a la serpiente a decirles la verdad sobre el árbol, o Jehová, que los expulsó del jardín al exilio y la muerte? Pero aunque Jehová está sujeto a la ley, es insensible ya veces cruel, el rebelde Lucifer es aún peor, porque Jehová al menos siente la atracción del amor creativo; Lucifer, aunque promueve la libertad intelectual y el progreso, es deliberadamente ciego, egocéntrico y sin amor. Aunque Jehová crea y destruye, Lucifer, aunque alaba la creatividad, finalmente no crea nada. Lo peor de todo es que Lucifer bloquea el único camino hacia un cosmos perfecto, la integración de sí mismo con Jehová, en lugar de culpar a Dios de todo y exigir que los humanos reemplacen servir a Jehová por servirse a sí mismo. Su venganza y odio hacia el cosmos de Dios no tiene límites:

Todo, todo lo disputaré. Y mundo tras mundo

Y estrella tras estrella y universo tras universo

Temblarán en la balanza, hasta que cese el gran

Conflicto, si es que alguna vez cesará,

Lo cual nunca ocurrirá, hasta que él o yo seamos extinguidos.

Percy Bysshe Shelley (1782-1822) utilizó lo demoníaco por sus efectos estéticos de terror y sublimidad. Expulsado de Oxford en 1811 por su panfleto “La necesidad del ateísmo”, siempre rechazó la “religión organizada”. Jesús, argumentó, había enseñado el evangelio del amor en rebelión contra la religión organizada. La religión de Shelley era evolutiva y progresiva: el espíritu de amor avanza hacia un futuro mejor, más libre y más amoroso. El mal es lo que bloquea este progreso benigno, y Satanás simboliza las tendencias destructivas y regresivas dentro de la humanidad.

On the Devil and Devils (1820-1821) revela la preocupación de Shelley por el problema del mal. La antigua opinión maniquea de que existen dos espíritus, de poder equilibrado y disposiciones opuestas, representaba, creía Shelley, una idea del estado dividido del alma humana. La visión cristiana del Diablo como una criatura sujeta a la voluntad divina pasó por alto la naturaleza dividida de la realidad psíquica. Aún así, Shelley era tan ambivalente sobre la calidad de Satanás como Blake o Byron. Por un lado, insistió en que se necesitaba una figura verdaderamente satánica para expresar el terrible poder de la maldad humana; por otro, tomó a Satanás como símbolo de la rebelión progresiva contra la represión. Al igual que

Blake, admiraba al Satán de Milton como el rebelde sublime que entregaba su esencia misma a la lucha contra la tiranía; como dijo en su Defensa de la Poesía :

> Nada puede superar la energía y la magnificencia del carácter de Satanás como se expresa en "Paradise Lost". Es un error suponer que alguna vez pudo haber sido destinado a la personificación popular del mal. . . . El Diablo de Milton como ser novedoso es tan superior a su Dios como Aquel que persevera en algún propósito que ha considerado excelente a pesar de la adversidad y la tortura es a Aquel que en la fría severidad de su indudable triunfo inflige las más horribles vengarse de su enemigo. . . . Milton. . . no alegó ninguna superioridad de la virtud moral de su Dios sobre su Diablo. Y este osado descuido de un propósito moral directo es la prueba más decisiva de la supremacía del genio de Milton.

Por disgustado que hubiera estado Milton por esta interpretación, personificaba la lectura romántica del poema, y el Satán de Milton se convirtió en el arquetipo del héroe romántico.

Aún así, Shelley vio las dificultades de convertir a Satanás en un héroe. Satanás puede ser majestuoso y valiente, pero también era ambicioso, envidioso, agresivo y vengativo. Shelley seleccionó a Prometeo como un mejor símbolo, porque su rebelión, derrota y esclavitud no fueron el resultado de sus faltas, sino de su amor por la humanidad. Para Shelley, Prometeo simbolizaba a Cristo, que se sacrifica por el bien de su pueblo; la humanidad, que lucha por la libertad bajo la guía del espíritu del amor; y el poeta, cuyo amor y palabra creadora son armas contra las tinieblas. El grupo simbólico alrededor de Prometeo es Cristo, la humanidad, el poeta, Shelley y Satanás (en sus aspectos buenos). El antagonista de Prometeo es Júpiter, un malvado tirano; el grupo simbólico alrededor de Júpiter es Jehová y Satanás (en sus aspectos malignos). Si podemos integrar y trascender la oposición de Prometeo y Júpiter dentro de nosotros mismos, sugirió Shelley, estaremos listos para avanzar en el camino que serpentea hacia arriba en paz a través del verde y alto país de la comprensión, la libertad y el amor. Shelley, como Blake, prefiguró la psicología profunda integracionista asociada con Carl G. Jung un siglo después.

La esposa de Shelley, Mary (1797-1851), tenía una visión más sombría. Su Frankenstein o el moderno Prometeo (1818) ha disfrutado de una popularidad perdurable, aunque las intenciones filosóficas del autor generalmente han sido ignoradas. Mary Shelley se basó en el amor gótico por los horrores, y Frankenstein fue un puente entre el gótico y la historia de terror moderna. También es una de las fuentes originales de la ciencia ficción, ya que realizó algunos cambios importantes en la trama gótica. El creador del monstruo, el Dr. Frankenstein, no es un hechicero, un mago o un monje, sino un científico, y el monstruo no es un demonio o un espectro, sino un ser material de carne y hueso fabricado en un laboratorio. Frankenstein reemplazó el horror antiguo y sobrenatural con el horror moderno y positivista.

El autor no pretendía que esta ruptura fuera limpia. De hecho, Frankenstein y otros personajes humanos en la novela llaman repetidamente

al monstruo demonio, demonio o diablo. Pero Mary Shelley pretendía ironizar, porque el mal no reside en la naturaleza del monstruo; el monstruo se vuelve malvado solo cuando los humanos con los que se encuentra le enseñan el mal. Aquí hay otro cambio de símbolos, porque la humanidad aquí representa al creador, cuyo orgullo y egoísmo produjeron una creación estropeada, pero el monstruo también representa el aspecto inocente y abierto de la humanidad que está corrompida por su experiencia del mal. El individuo humano nace inocente; el es de destruido por la maldad del mundo que lo rodea. El monstruo se aflige, “Fui benévolo y bueno; la miseria me hizo un demonio. Hazme feliz y volveré a ser virtuoso”. Pero las personas con las que se encuentra el monstruo lo evitan, lo temen y lo desprecian, deformando su carácter hasta que se convierte en el demonio asesino que suponen que es.



Una escultura del siglo XIX en bronce y marfil. El Diablo como Mefistófeles, con gorro de erudito, barba bifurcada y sonrisa siniestra. Cortesía de Sylvie Mercier, fotógrafa “La Licornière”, París.

La última esperanza de reforma del monstruo radica en la promesa de Frankenstein de construirle una compañera, pero en medio del nuevo experimento, el científico es sacudido por la repugnancia y destruye a la mujer a medio formar junto con el equipo científico. El monstruo decepcionado persigue al científico con incesante venganza, mientras que este último a su vez busca al monstruo para destruirlo. A medida que cada uno busca al otro, queda claro que Frankenstein y su monstruo representan dos aspectos en guerra de un personaje humano. Si tan solo pudiéramos trascender el conflicto dentro de nosotros, Mary Shelley estuvo de acuerdo con su esposo, podríamos entrar en un mundo de paz, pero la conclusión de la novela estaba más cerca del pesimismo de Byron. Después de una persecución extraña y prolongada a través de la noche ártica sin límites, Frankenstein y el monstruo finalmente se encuentran, pero el médico muere por el agotamiento de su larga búsqueda, y el monstruo, sintiendo por su creador una venganza frustrada y un amor frustrado, se desvanece para siempre en el oscuridad helada. Ni reconciliación ni integración: ambos aspectos de la humanidad perecen.

Los románticos franceses, como los ingleses, variaron su tratamiento de Satanás, algunos lo trataron irónicamente, otros como cómicos, algunos vinculando la brujería y el satanismo con la protesta social. Unos pocos, como Chateaubriand (1786-1848), lo utilizaron más o menos en su sentido tradicional. El mayor Satán romántico fue el ángel triste y aislado creado por Víctor Hugo (1802-1885). Un verdadero romántico, Hugo basó sus puntos de vista menos en lo intelectual que en lo emocional y lo estético. Insistiendo en un Dios de piedad y misericordia, odiaba las doctrinas tradicionales del pecado original, la salvación a través de la crucifixión y el infierno. La humanidad era intrínsecamente buena y Dios era intrínsecamente benévolo. El cristianismo era falso, pero el mismo Jesús fue un maestro noble, un modelo para la búsqueda de la verdad real, que es el amor.

Esta supuesta tensión entre Jesús y el cristianismo, asumida por tantos pensadores ilustrados y románticos, conllevaba la creencia de que ellos eran los verdaderos cristianos frente al falso cristianismo de la iglesia. Hugo y los románticos sintieron que habían llegado al verdadero Jesús detrás del cristianismo. La afirmación es racionalmente indefendible, pero la razón era mucho menos importante para Hugo que los sentimientos. Bondadoso y generoso, repudió a un Dios que era capaz de prevenir el mal pero decidió no hacerlo. Rechazando al Diablo tradicional, permaneció profundamente preocupado por el problema del mal. El progreso de la humanidad hacia el amor y la libertad estaba siendo bloqueado por la crueldad y el egoísmo.

El Diablo de Hugo era tan diverso como las opiniones siempre cambiantes del propio autor: era un demonio o monstruo gótico fantástico que se usaba para provocar terror y emoción; fue un accesorio en dramas sobre la Edad Media, usado junto con brujas y jorobados para transmitir una sensación de extraña oscuridad medieval. También fue el símbolo de la revolución. En

los primeros días conservadores de Hugo, esto convirtió a Satanás en un símbolo del mal; más tarde, cuando Hugo se volvió progresista, Satanás pasó a representar tanto a los gobiernos opresores como a la rebelión contra la opresión. Hugo sintió que la alienación, la derrota, la tristeza y el arrepentimiento son tan inherentes al mal como la crueldad y el egoísmo, y pintó una dimensión del mal que había sido descuidada: la tristeza punzante y el aislamiento del pecador. Satanás se convirtió en metáfora del anhelo de la humanidad por reintegrarse a ese espíritu amoroso de vida del que nos hemos desterrado por nuestra propia insensatez y egoísmo. Hugo creía que se produciría la reintegración; el espíritu de la luz, infinito en su misericordia, restauraría eventualmente a todas las criaturas al abrazo de la unión del amor. Hasta ese feliz momento, el mal sigue siendo una cruda realidad.

Hugo podía ver al Diablo como Mefistófeles: burlón, irónico, arrogante y cansado del mundo en el modo preferido por los franceses. Su poema “Las buenas intenciones de Rosa” lo describe:

El tipo tenía ojos inquietos,

Y en su frente arrugada

La distorsión de dos cuernos

Era bastante visible.

Su pie bífido estaba reventando sus medias.

Disfrutando de su licencia del infierno, respiró el aire fresco;

Aunque sus dientes no eran falsos

, sus miradas no eran verdaderas.

Vino a la tierra preparado para la presa.

En las garras de hierro de sus manos

sostenía un permiso de caza

firmado por Dios y refrendado por Lucifer.

Él era ese digno Diablo Beelzebub.

La visión más profunda de Hugo apareció en La fin de Satan , “Satan's End”, donde el Diablo es una personalidad vívida y convincente. Él verdaderamente ha pecado, verdaderamente se ha distorsionado a sí mismo y al mundo a través de su propia ceguera y egoísmo, sin embargo, el dolor y el sufrimiento que siente por su alienación lo vuelven compasivo. Representa la falta de equilibrio, paz y equilibrio en el cosmos y la alienación de la humanidad de su propio reposo en el amor y la libertad. Como Satanás, estamos cada uno tan envuelto en nuestro mundo interior que no podemos ver la realidad que nos rodea, y nos aislamos de ella, aunque nos habla en cada árbol, pájaro y voz humana. Aunque estemos aislados y miserables, el espíritu de amor nos atrae hacia sí mismo y al final todos se salvarán, porque nadie puede resistir para siempre el amor y la

misericordia infinitos. Todos los opuestos se reconciliarán y el cosmos se reintegrará en la libertad y el amor.

El poema comienza con la caída de Satanás. Al caer, su naturaleza angelical se transforma: “De repente se ve creciendo alas de murciélago; se ve a sí mismo convirtiéndose en un monstruo; mientras el ángel en él moría, el rebelde sintió una punzada de arrepentimiento.” Su envidia orgullosa de Dios se convierte en la envidia más amarga nacida del anhelo por lo que ha perdido: “Dios tendrá los cielos azules, pero yo un cielo oscuro y vacío”. Una voz terrible replica: "Maldito, a tu alrededor las estrellas se desvanecerán". Satanás cae, año tras año, durante milenios, ya medida que cae, las estrellas desaparecen gradualmente, dejando el cielo más oscuro, más vacío, más silencioso, hasta que solo quedan tres débiles puntos de luz. Entonces solo queda uno. Hacia esta última estrella que se oscurece concentra todos los esfuerzos de su ser agotado.

Hacia la pálida estrella que temblaba en el horizonte

Presionó, saltando de un oscuro punto de apoyo a otro. . . .

Corrió, voló, gritó: ¡Estrella de oro!

¡Hermano! ¡Espérame! ¡Vengo! ¡No te mueras todavía!

No me dejes sola. . . .

La estrella era ahora sólo una chispa. . . .

La chispa

era ahora sólo un punto rojo en las profundidades del oscuro abismo. . . .

Con la esperanza de hacer que la estrella brillara más,

sopló sobre ella como si fuera carbón,

y la angustia ardió en su fiero olfato.

Voló hacia ella diez mil años. Diez mil años,

Estirando su cuello pálido y sus dedos locos,

Voló sin encontrar un solo lugar de descanso.

De vez en cuando la estrella parecía oscurecerse y morir,

y el horror de la tumba hacía temblar al ángel oscuro.

Mientras se acercaba a la estrella,

Satanás, como un nadador que hace un esfuerzo final,

estiró sus alas calvas y con garras hacia adelante; un espectro pálido,

Jadeando, roto, exhausto, humeante de sudor,

Se derrumbó en el borde escarpado de la oscuridad. . . .

La estrella casi se había ido. El ángel oscuro estaba tan cansado

Que no le quedaba ni voz, ni aliento.

Y la estrella moría bajo su mirada angustiada. . .

Y la estrella se apagó.

Pero una pluma cae del ala del espíritu arruinado, y esa pluma toma la forma de un hermoso ángel, cuyo nombre es Libertad. Así, la rebelión orgullosa de Satanás entraña el germen del retorno a la libertad y al amor. La libertad va a la tierra y anima a la humanidad a rebelarse contra la prisión, simbolizada por la Bastilla, que nos aleja de nuestra libertad. La revolución cumple la misión del ángel Libertad con el permiso de Dios y del Diablo.

Mientras tanto Satanás sufre el dolor de saber que el cosmos lo rechaza:

Por todo el universo escucho la palabra: ¡Fuera!
Incluso el cerdo se burla del estercolero: "Desprecio a Satanás".
Siento la noche pensando que la deshonro. . . .
Una vez que la luz blanca pura del amanecer
era yo. ¡Yo! Yo era el arcángel de la frente espléndida. . . .
Pero tenía envidia. Ese fue
Mi crimen. La palabra fue pronunciada; la boca divina
me pronunció mal. Y Dios me escupió en el pozo.
¡Ay! ¡Me encanta! ¡Ese es el horror, esa es la llama ardiente!
¿Qué será de mí, abismo? Amo a Dios !
El infierno es su ausencia eterna, el
infierno es amar, gritar: "Ay, ¿dónde está mi luz,
dónde está mi vida y mi iluminación?"
[Cuando caí por primera vez, me jacté:]
Este Dios, el corazón del mundo, este Padre resplandeciente
A quien el ángel, la estrella, el hombre y la bestia llevan dentro,
Este pastor alrededor del cual anida su rebaño de criaturas,
Este ser, la fuente de la vida, solo cierto, solo necesario—
puedo prescindir de él, yo, el gigante castigado. . . .
¡Sin embargo, lo amo! . . .
¡Yo sé la verdad! Dios no es espíritu, sino un corazón.
Dios, el amoroso centro del mundo, conecta con sus fibras divinas
los filamentos y raíces de todos los seres vivos.
[Dios ama a todas las criaturas]
Excepto a Satanás, rechazado para siempre, triste, condenado.
Dios me deja fuera; termina conmigo; Soy su límite.
Dios sería infinito si yo no existiera. . . .
Cien cien veces repito mi voto:
¡Amo! Dios me tortura, sin embargo, mi única blasfemia,
mi único frenesí, mi único grito, ¡es que amo!

Mi amor es suficiente para hacer temblar el cielo. ¡Pero en vano!

En su agonía, Satanás grita: "¡El amor me odia!". Pero Dios responde:
¡No, no te odio! . . .
¡Oh Satanás, solo necesitas decir, viviré!
¡Ven, tu prisión será derribada y el infierno abolido!
Ven, el ángel Libertad es tu hija y mía:
Esta sublime filiación nos une.
Nace el arcángel y muere el demonio;
Borro la oscuridad funesta para que no quede ninguna.
Satanás está muerto; ¡Nace de nuevo, celestial Lucifer!
Ven, levántate de la sombra con el alba en tu frente.

Este conmovedor retrato del Diablo expresa una visión moral poética: Nuestra estupidez y egoísmo nos alejan del cosmos, pero el amor espera pacientemente hasta que comprendamos que el egoísmo, la ira y el orgullo no son más que una negativa ciega a ver, nada más que una negación de la realidad. Hemos estado contemplando vergonzosamente nuestro propio aislamiento oscuro, pero cuando abrimos los ojos aunque sea un poco, el amor nos inunda y llena nuestra oscuridad hasta reventar, hasta que no queda nada más que luz.

La inversión romántica de los símbolos a veces llevó a extremos. El abate Alphonse Louis Constant (1810-1875) comenzó intentando integrar a Dios y Satanás, pero finalmente llegó a creer que Satanás sufría bajo la injusta condenación de un Dios arbitrario. Sumergiéndose en lo oculto, Constant cambió su nombre a Eliphas Lévi y escribió una serie de libros que retrataban al Diablo como una fuerza espiritual positiva. Después de que Lévi llegó a admirar a Napoleón III, su Satán se convirtió en el partidario hierático de la ley y el orden. Esta interpretación oculta y positiva de Satanás sentó las bases para el satanismo de fin de siglo .

Aparte de la solemnidad de Hugo y la pomposidad de Lévi, la ironía, la parodia y la extravagancia fueron los modos dominantes en los tratamientos de Satanás del siglo XIX. Uno de los maestros irónicos fue Théophile Gautier (1811–1872), cuyo cuento "Onuphrius" (1832) es una parodia en la que Onuphrius, un joven poeta y pintor dandy obsesionado por el medievalismo y lo maravilloso, comienza a ver la mano del diablo en todo. hasta que Satanás realmente aparece, manchando su pintura y poemas, arruinando su estrategia de damas y estropeando su historia de amor. En una velada literaria donde Onuphrius va a leer sus versos, el Diablo se sienta detrás de él trans formando todas sus palabras en frases pomposas y ridículas. El Diablo de Gautier es el perfecto Mefisto irónico. Es joven y apuesto, de facciones regulares, imperial rojo y bigote, ojos verdes, labios finos, pálidos, irónicos, y mirada cómplice. El dandi completo, viste casaca

negra, chaleco rojo, guantes blancos y anteojos dorados; en sus dedos largos y delicados luce un gran rubí. Gautier se vinculó así a sí mismo y a sus compañeros dandis —estéticos y elegantes, desdeñosos de las convenciones, vistiendo y hablando para llamar la atención y escandalizar a los burgueses, desdeñando la moralidad, arrogantes, ensimismados, ingeniosos y encantadores más que veraces— con el Diablo, cuya existencia real Gautier, de hecho, consideraba absurda. La historia es una brillante burla de Dios, el Diablo, la humanidad, el arte, la sociedad e incluso el propio artista.

A mediados de siglo, el romanticismo comenzaba a desvanecerse en dos direcciones: el naturalismo, que desdeñaba lo sobrenatural y lo interno en favor de descripciones realistas de la vida cotidiana, y la decadencia, que combinaba elementos del dandismo con la exploración de las profundidades de la corrupción humana, especialmente la sexual. depravación. En 1846, un círculo de jóvenes poetas franceses colaboró en una sesión que celebraba los siete pecados capitales y dedicó su trabajo a Satanás con palabras que es mejor no pronunciar:

A ti, Satanás, hermoso ángel caído,

a quien recayó el peligroso honor

de luchar contra un gobierno injusto,

me ofrezco por completo y para siempre,

mi mente, mis sentidos, mi corazón, mi amor,

y mis oscuros versos en su belleza corrupta.

Satán, utilería teatral de los dandis, fue un símbolo político para el anarquista Pierre Joseph Proudhon (1809-1865). “Ven, Satanás”, oró, “tú que has sido difamado por sacerdotes y reyes, para que pueda besarte y estrecharte contra mi pecho”. La moda de tal retórica puede dar una visión exagerada de la importancia de Satanás a fines del siglo XIX. Ciertamente existieron algunos verdaderos satanistas, pero el término se limita apropiadamente al pequeño número que creía en Satanás y lo adoraba como un principio personal de verdadera maldad y egoísmo.

Charles Baudelaire (1821-1867), una figura importante en la transición del romanticismo al naturalismo y la decadencia, ha sido considerado a veces, bastante erróneamente, un satanista. Baudelaire era escéptico tanto del cientificismo como de la religión, y consideraba absurdo el fácil progresismo materialista de su época. El ateísmo le parecía incapaz de lidiando con la alienación y el mal, las realidades más profundas de la existencia humana. Criado como católico, eventualmente regresó a la iglesia. Su lucha personal y honesta con el mal lo llevó a reconocer que el mal es tanto atractivo como destructivo y que todos estamos divididos entre las demandas opuestas de Dios y Satanás. “En cada persona existen dos tendencias en cada momento, una hacia Dios y la otra hacia Satanás”, escribió en su diario. “La espiritualidad, la llamada a Dios, es un deseo de

subir más alto; la animalidad, la llamada a Satanás, se alegra de caer más bajo”. El mal destruye atrayéndonos al egoísmo y al aislamiento. Esta oscuridad encierra profundos atractivos que todos sienten y que sólo los hipócritas niegan. Baudelaire fue implacable en su empeño por quitarse la venda de la hipocresía de sus propios ojos y los de los demás.

“Siempre me ha obsesionado”, dijo en una carta, “por la imposibilidad de dar cuenta de ciertas acciones o pensamientos humanos repentinos sin la hipótesis de una fuerza maligna externa”. La repentina irrupción en la mente de pensamientos o sentimientos intensamente destructivos sólo puede explicarse en referencia a un poder que está más allá de la conciencia humana. Baudelaire era escéptico con los escépticos. “Mis queridos hermanos”, advirtió, “nunca olviden, cuando escuchen elogiar el progreso de la Ilustración, que la estratagema más inteligente del diablo es persuadirlos de que no existe”.

La obra maestra de Baudelaire fue su colección de poemas llamada Les fleurs du mal ("Las flores del mal"). Aunque su intención a veces se ha confundido con satánica, su verdadero propósito era llamarnos a enfrentar el mal reconociendo el control que tiene sobre nosotros:

Es el Diablo quien mueve los hilos que nos mueven:

Encontramos encanto en las cosas más repugnantes;

Cada día damos otro paso hacia el infierno,

Amortiguados por el horror, a través de sombras apestosas. . . .

Lector, reconoces a este delicado monstruo,

Hipócrita lector, mi semejanza, mi hermano.

Del mismo modo, las "Letanías a Satanás" del poeta no deben tomarse literalmente:

Príncipe del exilio, has sido agraviado;

Derrotado, te levantas cada vez más fuerte. . . .

Tú que incluso a los leprosos y a los malditos marginados

Enseñas a través del amor el anhelo del Paraíso. . . .

Gloria y alabanza a ti, Señor Satanás, en las alturas,

donde una vez reinaste, y en las profundidades

Del infierno, donde yaces derrotado y soñando.

Deja que mi alma un día, a la sombra del árbol del conocimiento,

descanse junto a ti.

Este Satán loable es en un nivel Jesús, en otro la ambivalencia del corazón humano y en otro el propio artista con su terrible espada de doble filo de ambigüedad creadora.

La ironía combinada con el anhelo de verdad que caracterizó a Baudelaire pasó desapercibida para algunos de sus seguidores, quienes imitaron su

simbolismo satánico sin preocuparse por el verdadero mal. El verdadero satanista entre los decadentes fue Isidore Ducasse (1846-1870), quien escribió bajo el nombre de Lautréamont. Lautréamont estuvo de acuerdo con Baudelaire en que debemos enfrentar el mal en sus formas más intensas e impactantes, pero pasó a hacer la transición de enfrentar el mal a abrazarlo. Impresionado por Sade, Lautréamont consideró la crueldad creativa como una marca de genialidad y honestidad, y utilizó el ataque a la hipocresía como excusa para explorar los recovecos más repugnantes de su propia alma. Maldoror, el personaje de su fea obra maestra Los cantos de Maldoror, es una combinación de Sade, Satanás y el mismo Ducasse. Maldoror contempla o comete una serie interminable de ultrajes pervertidos. No está claro si Lautréamont estaba loco; claramente no practicó todo lo que hizo su personaje; sin embargo, es una locura esperar que uno pueda invocar fuerzas tan oscuras y no convertirse en su esclavo.

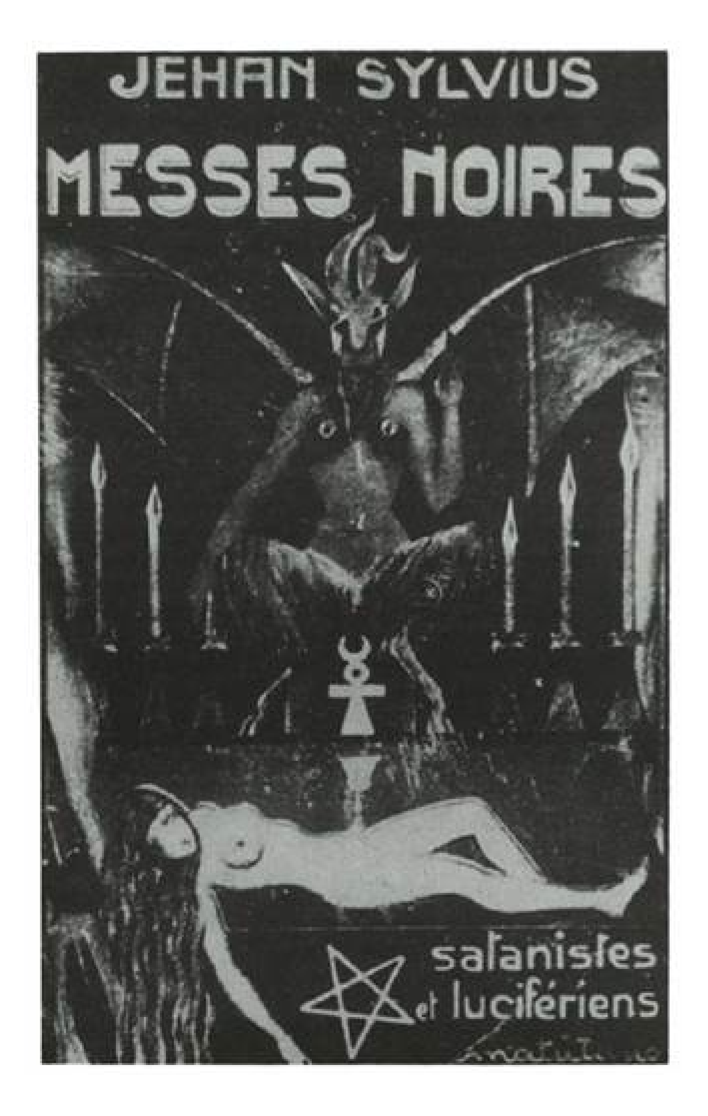
Maldoror ve a una niña sentada en un banco del parque e inmediatamente imagina a un cerdo royendo sus genitales y excavando a través de su cuerpo. Sueña con torturar a niños pequeños y beber su sangre y sus lágrimas. Cuando besa a un bebé, fantasea con cortarle las mejillas con una navaja. El vampirismo, la necrofilia, la blasfemia, la bestialidad, el incesto, la esclavitud, la pederastia, la mutilación, el asesinato y el canibalismo lo obsesionan. “Maldoror nació malvado. Admitió la verdad de que era cruel”. Reaccionando contra la blanda suposición de la Ilustración y los románticos de que la naturaleza humana es esencialmente buena, Lautréamont se sumergió en el extremo opuesto. Así como la creencia en la bondad humana natural deja sin explicación la presencia del mal, la suposición de que los humanos son malos deja sin explicación la presencia del bien.

En los últimos años del siglo el satanismo se hundió del nivel de la literatura al de la práctica burda. El diabolismo más infame de la época fue expuesto por el novelista J.-K. Huysmans (1848-1907). Huysmans investigó tanto el satanismo histórico como el contemporáneo, conoció a los principales satanistas de su época y escribió un relato ficticio de su experiencia. encias El protagonista de la novela Là-bas (“Allá abajo”) es Durtal, quien en el curso de su investigación asiste a misas negras en París. Describe uno presidido por el repulsivo Canon Docre. Docre y su congregación se reúnen en secreto en una habitación oscura decorada de forma llamativa con velas negras parpadeantes. El canónigo, que lleva la cruz tatuada en las plantas de los pies para pisar al Salvador con cada paso, alimenta a los ratones con hostias consagradas y mezcla excrementos con el sacramento. Mientras arde el incienso, se reparten drogas, se invoca al diablo y se entona un himno a Satanás. Se lee una larga letanía de blasfemias e insultos a Cristo, y los niños del coro dicen las respuestas. La congregación drogada aúlla y rueda por el suelo. El sacerdote abusa sexualmente de la hostia en el altar, y las mujeres se acercan a comer mientras los hombres violan a los niños del coro. Aunque Là-bas se hizo

popular —de hecho, notorio—, el propio Huysmans, repelido por lo que había visto, abandonó el movimiento decadente y volvió al catolicismo.

Incluso más que los europeos, los escritores estadounidenses tendieron a separar los estudios serios del mal del Diablo, relegándolo a cuentos de fantasía o historias de terror. La historia de terror, una adaptación estadounidense del gótico, encontró su primer gran exponente en Edgar Allan Poe (1809-1849). Cuando Poe escribió sobre el mal real, como en "El pozo y el péndulo", "El barril de amontillado" o "Los hechos en el caso de Monsieur Valdemar", el Maligno no jugó ningún papel. Solo está presente en los cuentos cómicos de Poe, como "El diablo en el campanario", en el que el diablo hace que las campanas de una iglesia suenen trece, y "Nunca apuestes al diablo tu cabeza", en la que un réprobo llamado Toby entra imprudentemente en una apuesta con Satanás, y "un caballero cojo de aspecto venerable" provoca sobrenaturalmente un accidente en el que Toby pierde la cabeza; finalmente, Toby se da cuenta de la pérdida y muere. Este tipo de fantasía, vagamente derivada del folclore, es típica de las historias del diablo americano. El tema favorito de los escritores estadounidenses e ingleses ha sido el trato con el Diablo, que brinda oportunidades para todo, desde el humor amplio hasta la sátira, y permite el virtuosismo al idear formas en que el protagonista puede burlar al Diablo o ser burlado por él. En "El diablo y Tom Walker" de Washington Irving (1824), Tom hace un trato con el "hombre negro" por dinero, pero al final el "hombre negro" se lo lleva mientras "todos sus bonos e hipotecas se reducen a cenizas". .”

Lejos de ser caprichoso, The Mysterious Stranger , de Mark Twain (1835-1910), es una sombría expresión estadounidense del nihilismo. El libro, que Twain comenzó en 1897, apareció en tres versiones diferentes. La idea original de Twain era escribir la historia de un ángel no caído que llevaba el El nombre del diablo, un joven Satán numinoso y poderoso que rechazaría sardónicamente la religión y la ética convencionales y, al mismo tiempo, representaría una rebelión positiva de claridad, razón y humanidad contra los males de las convenciones. Young Satan aparecería primero ante los lectores como malvado, pero finalmente se revelaría a través de la ironía de Twain como bueno. Las categorías eran confusas y cambiantes, y Twain luchó con la idea a través de varias versiones.



Portada de un libro de Jehan Sylvius, publicado en 1929 en París. La mujer desnuda en el altar, el diablo con cuernos y el pentagrama satánico ilustran el título Black Masses y el amor de finales del siglo XIX por tales emociones como se ve en el trabajo de J.-K. Huysmans.

En la primera versión, un extraño aparece de repente en un pueblo austriaco medieval. Ofrece su nombre como Philip Traum ("Sueño"), pero el lector pronto se entera de que en realidad es el Joven Satán, el sobrino del Señor Oscuro. Los trucos mágicos del joven Satanás engañan a los aldeanos; ridiculiza las costumbres, desenmascara los fraudes y los hipócritas, y enseña a los jóvenes un catecismo que se burla del cristianismo. Parece un embaucador encantador aunque irresponsable, pero en ocasiones una crueldad espantosa sale a la superficie, como cuando para divertir a los niños crea una aldea de diminutos seres vivos y luego los aplasta bajo su pulgar. Twain pretendía que este episodio fuera un reproche a Dios: la crueldad de Satanás con la pequeña aldea representa la crueldad de Dios con el mundo de las personas reales.

En la última versión, el extraño ya no es Young Satan sino un misterioso "Número 44", cuya ambivalencia moral fue más fácil de lograr para Twain.

El número 44 deja a su joven amigo austríaco al final de la historia con una devastadora declaración de vacío, palabras de pura negación pesimista que parecen el núcleo del mensaje del Diablo al amanecer del siglo XX.

Nada existe; todo es un sueño. Dios, el hombre, el mundo, el sol, la luna, el desierto de estrellas; un sueño, todo un sueño; no tienen existencia. nada existe ahorre espacio vacío , ¡ y usted! . . . Y no eres tú, no tienes cuerpo, ni sangre, ni huesos, no eres más que un pensamiento . Yo mismo no tengo existencia, no soy más que un sueño, tu sueño. . . . ¡Extraño! que no deberías haber sospechado, ¡hace años, siglos, eras, eones! porque has existido, sin compañía a través de todas las eternidades. ¡Es extraño, en verdad, que no hayas sospechado que tu universo y su contenido eran solo sueños, visiones, ficciones! Extraños, porque son tan franca e histéricamente locos, como todos los sueños: un Dios que podía hacer niños buenos con la misma facilidad que malos, pero que prefería hacer niños malos; que podría haber hecho feliz a cada uno de ellos, pero nunca hizo feliz a ninguno; que les hizo apreciar su amarga vida, pero tacañamente la acortaron; . . . quien habla de justicia, e inventó el infierno, habla de misericordia, e inventó el infierno, habla de Reglas de Oro, y el perdón multiplicado setenta veces siete, e inventó el infierno; que habla moralejas a otras personas y no tiene ninguna; que frunce el ceño ante los crímenes, pero los comete todos; . . . y finalmente, con toda torpeza divina, ¡invita a este pobre esclavo maltratado a adorarlo! . . . Es verdad, lo que he revelado para ti: no hay Dios, ni universo, ni raza humana, ni vida terrenal, ni cielo, ni infierno. Todo es un sueño, un sueño grotesco y tonto.

Estas palabras, que el propio Satán tradicional podría haber pronunciado ansiosamente, son la última declaración literaria de Twain. Han cruzado el puente entre el satanismo romántico y el nihilismo y han iniciado el camino hacia la desesperada falta de sentido del siglo XX. La respuesta del narrador y las últimas palabras del libro son: “Desapareció y me dejó horrorizado, porque supe y me di cuenta de que todo lo que había dicho era verdad”.

Las inconsistencias y extravagancias de los usos literarios del símbolo del Diablo en el siglo XIX tendieron a disipar y desdibujar el significado simbólico. Combinada con el declive de la autoridad del cristianismo tradicional y el ascenso gradual del positivismo, esta confusión ayudó a socavar la creencia en el Diablo en toda la sociedad. Los cristianos tradicionales y conservadores continuaron creyendo, pero el secularismo y el materialismo fueron reemplazando gradualmente al cristianismo como la cosmovisión dominante de la sociedad occidental.

15 *La integración del mal*

Durante finales del siglo XIX y principios del XX, las suposiciones materialistas casi abrumaron a las tradiciones religiosas, incluida la creencia seria en el mal radical. De diversas formas, las ideas de Charles Darwin (1809-1882), Karl Marx (1818-1883), Friedrich Nietzsche (1844-1900) y Sigmund Freud (1856-1939) contribuyeron al creciente consenso intelectual de que tanto Dios como Diablo eran ilusiones. Sin embargo, comenzaron a formarse contracorrientes, y la psicología profunda que fundó Freud comenzó a apuntar (a menudo en contra de las intenciones de los mismos freudianos) hacia una mayor comprensión del mal, incluso cuando el cristianismo, debilitado por los ataques secularistas, parecía cada vez más reacio a enfrentar el problema.

El pensamiento católico siguió siendo decididamente tradicional. El ritual romano siguió incluyendo el rito del exorcismo y las pruebas estándar específicas de la validez de supuestos casos de posesión. Se ordenó a los sacerdotes que tuvieran mucho cuidado para evitar ser engañados, pero si la persona presuntamente poseída podía entender un idioma real completamente desconocido para él o demostrar conocimiento de eventos lejanos o futuros o manifestar fuerza física mucho más allá de sus capacidades naturales, entonces el sacerdote podría considerar la posibilidad de actividad demoníaca. León XIII en 1879 afirmó la validez atemporal de la teología tomista, que incluía firmemente la existencia del Diablo en su visión del mundo. La Iglesia Católica permaneció así de acuerdo con los ortodoxos orientales y los protestantes conservadores en la defensa de la realidad de la existencia personal del Diablo.

La teología protestante liberal dominante, por otro lado, tendía a negar o al menos ignorar al diablo. Muchos argumentaron que el concepto, si se mantuviera del todo, debería conservarse meramente como una metáfora de la maldad humana, y la opinión de que Satanás existe solo cuando se realiza en el pecado humano gradualmente. se convirtió en un dogma liberal. La doctrina de Satanás fue descartada como tradicional en lugar de bíblica, y se supuso que Jesús hablaba simplemente metafóricamente cuando se refería al diablo oa los demonios. Tales puntos de vista surgieron menos de una erudición histórica y bíblica desapasionada que de la simple vergüenza que rodeaba la creencia en entidades espirituales en medio de una sociedad cada vez más materialista.

El filósofo y psicólogo William James (1842-1910) estaba menos avergonzado por las creencias religiosas. James, que entendió que “el

mundo es tanto más rico cuanto que tiene un demonio en él, siempre que mantengamos nuestro pie sobre su cuello”, describió algunos ejemplos de experiencia intuitiva directa del Maligno y afrontó con valentía la naturaleza radical del mal. : “Puede ser que haya formas del mal tan extremas que no entren en ningún sistema bueno . . . los hechos malos son partes tan genuinas de la naturaleza como los buenos.”

James era un psicólogo inusual en su simpatía por la religión. Freud y sus seguidores fueron intensamente hostiles, y el efecto general de la psicología profunda fue aún más socavar las creencias tradicionales. Los tres primeros pilares de la creencia cristiana —las Escrituras, la tradición y la razón— habían sido sacudidos por la filosofía, la historia y la crítica bíblica. Ahora bien, el cuarto, la experiencia personal, fue cuestionado por el psicoanálisis, que comparó la experiencia religiosa con la experiencia neurótica, rechazó la religión como una ilusión y encontró las raíces del comportamiento moral en el inconsciente más que en la elección consciente de la voluntad. La mayoría de los psicólogos modernos evitan el término "maldad" y prefieren "agresión". Para la mayoría, Dios y el Diablo son solo proyecciones de la psique, expresiones de elementos del inconsciente.

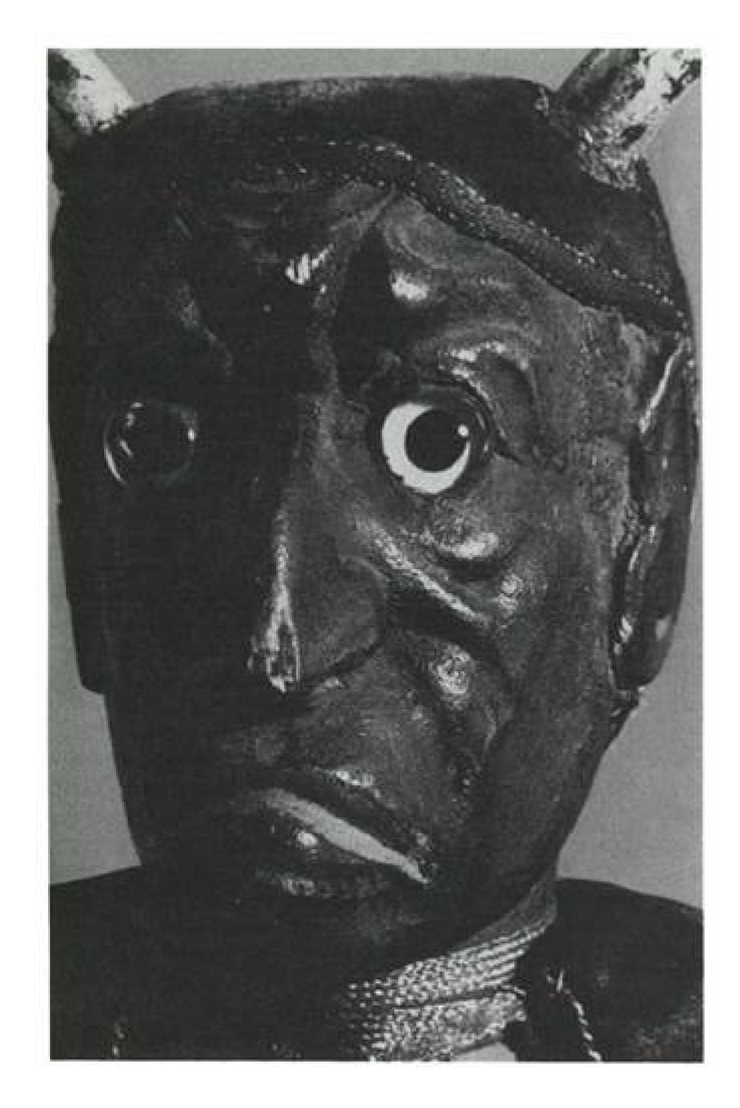
Sigmund Freud tomó la religión como un mero fenómeno psicológico cuyos orígenes y naturaleza no solo pueden explicarse sino también descartarse. Sin embargo, aunque Freud no creía en el mal metafísico, se interesó por el diablo y los demonios a raíz de su trabajo sobre presuntos casos de posesión con Jean-Martin Charcot en el hospital de la Salpêtrière en la década de 1880. Charcot argumentó que la posesión era una enfermedad real que tenía causas psicológicas más que espirituales, y Freud seguía fascinado con el Diablo como símbolo de las profundidades oscuras y reprimidas del inconsciente. Cuando un bibliotecario llamó su atención sobre un manuscrito que contenía la historia de un austriaco del siglo XVII que había hecho un pacto con el diablo, Freud quedó fascinado y escribió un libro sobre el caso.

En esta y otras obras, Freud desarrolló una diabología cuyo punto central era que “el Diablo claramente no es otra cosa que la personificación de las pulsiones inconscientes reprimidas”. Porque el Maligno tradicionalmente tomó muchas formas y formas, Freud pudo identificarlo con un número igualmente diverso de trastornos mentales. Más generalmente, el Diablo representaba la voluntad contraria creada por la represión inconsciente. Por ejemplo, una mujer desea amamantar a su bebé pero desarrolla una enfermedad que le impide hacerlo; la mujer ha reprimido inconscientemente su disgusto con el proceso; la represión crea una contravoluntad que se expresa en su incapacidad. Así, el inconsciente trabaja en contra de la voluntad consciente, tal como siempre se suponía que hacía el diablo tradicional. Al notar la frecuente asociación del Diablo con la imaginería anal (en Lutero, por ejemplo), Freud lo consideró especialmente el símbolo del erotismo anal reprimido.

Lo más importante es que el Diablo era un sustituto del padre seductor, una visión que Freud enfatizó en la primera parte de su carrera. El abuso sexual de un niño por parte de un padre o las propias fantasías de seducción paterna del niño crean una fuerza poderosa en el inconsciente del niño que se personifica como el diablo. Cuando Freud se alejó de su énfasis en el padre seductor, llegó a considerar al Diablo como un símbolo más general de un padre odiado por cualquier motivo, o del propio deseo reprimido del niño por la muerte del padre odiado. Aún más tarde llegó a ver al Diablo como un símbolo del miedo reprimido a la muerte oa la muerte misma. El Diablo siempre representó cualquier elemento del inconsciente que Freud vio como más opuesto a la voluntad consciente.

Ernest Jones, uno de los principales discípulos de Freud, desarrolló una teoría psicoanalítica completa del Diablo, partiendo de la idea de que las creencias religiosas son fantasías que surgen de la represión de impulsos condenados por la sociedad. La fuerza de la libido reprimida se expresa en imágenes de íncubos, brujas, demonios y el Diablo. En cierto sentido, los cristianos tienen razón al ver al Diablo como su principal oponente, dijo Jones, porque representa las energías libidinosas que la religión cristiana siempre ha tratado de erradicar. Usando teorías antropológicas ahora desacreditadas, Jones describió el diabolismo como una religión primitiva que el cristianismo no había logrado suprimir a lo largo de los siglos. El Diablo, las brujas, las temibles diosas y otras figuras malvadas representan fuerzas feroces e irracionales de autoridad y represión. Jones tomó al Diablo en serio como un símbolo poderoso de fuerzas inconscientes amenazantes e incontrolables cuya destructividad es infinita a menos que sean sacadas a la luz de la inconsciencia donde pueden ser controladas.

Es un principio importante de la psicología profunda que cuando no somos conscientes de la hostilidad que hemos reprimido inconscientemente, la atribuimos a los demás en un proceso conocido como proyección negativa. Si no puedo ser cruel, el La fuente de los sentimientos crueles que siento dentro de mí debe ser X, a quien detesto. Habiendo definido a X como cruel, puedo justificar mi hostilidad hacia X. Cuanto más poderosa es mi crueldad expresada, más cruel imagino que es X. Si los sentimientos son lo suficientemente poderosos, puedo atacar a X con justicia propia, incluso afirmar que debe ser destruido, sobre la base de la crueldad que yo mismo he proyectado sobre él. La proyección negativa es la causa más importante de la deshumanización de individuos y grupos. Para la psicología profunda, era la fuente más importante del Diablo: el Diablo es la proyección sobre un ser metafísico de toda la hostilidad de la sociedad cristiana.



Marioneta del teatro del Jardin des Tuileries c. 1880-1908. El rostro de este pobre diablo refleja la ironía y la malicia convertida en derrota. Cortesía del Musée National des Arts et Traditions Populaires, París.

La disciplina de Freud, Melanie Klein, percibió la relación entre la proyección negativa y un proceso que ella llamó "división". La división surge del deseo de preservar la bondad absoluta de un objeto amado negando que haya alguna imperfección en él. Cualquier mal o imperfección debe transferirse del objeto amado a otra cosa. Este comportamiento es normal entre los niños pequeños, que dividen a las personas y los objetos en buenos y malos. A medida que la persona normal se desarrolla, acepta gradualmente la ambivalencia y restringe progresivamente las esferas del bien absoluto y del mal absoluto. Klein vio la tendencia a dividir el cosmos entre Dios y el Diablo como una fijación de la tendencia inmadura a dividir en lugar de reconocer la ambivalencia.

Carl G. Jung (1875-1961), en desacuerdo con los freudianos, vio la religión como una parte necesaria y psicológicamente válida de la psique y la civilización. Para Jung, Dios y el Diablo no son invenciones del

inconsciente reprimido sino realidades psicológicas omnipresentes. El centro del sistema de Jung es el proceso de integración del poder del inconsciente con el del consciente. La integridad y la salud psicológicas dependen de reconocer los elementos inconscientes, enfrentarlos directamente e integrarlos en la conciencia a la luz de la razón. Jung distinguió entre supresión y represión. La represión es un proceso saludable en el que reconocemos conscientemente los sentimientos negativos y elegimos no actuar en consecuencia. La represión es un proceso malsano en el que inconscientemente negamos los sentimientos y nos negamos a lidiar con ellos. Las represiones crean fuerzas en el inconsciente que pueden estallar en un comportamiento destructivo.

Jung insistió en que los elementos inconscientes no son exclusivamente producto de la represión; algunos son parte de un inconsciente colectivo que trasciende al individuo y abarca a toda la humanidad. La estructura física del cerebro es producto de la evolución genética y es similar en todos los humanos. La similitud de la estructura cerebral entre las personas produce simulación mental. ilaridades que incluyen estructuras inconscientes similares. Jung llamó a estas estructuras inconscientes universales arquetipos. Los arquetipos, a su vez, producen mitos o imágenes estructuralmente similares. Debemos aceptar tanto los aspectos personales como los colectivos de nuestro inconsciente individual. Para Jung, el Diablo es mucho más que la expresión freudiana de las represiones individuales; es un reflejo del inconsciente colectivo autónomo, atemporal y universal. Aún así, Jung tomó la posesión demoníaca como un hecho psicológico más que espiritual. Es un estado neurótico o psicótico que ocurre cuando elementos de sombra inconscientes controlan la personalidad. Jung asoció al diablo con arquetipos particulares, especialmente lo que llamó "la sombra".

La tendencia de la sociedad moderna a descartar al Diablo, argumentó Jung, muestra su falta de voluntad para enfrentar la realidad del mal. Para la iglesia eludir la realidad de esta manera es particularmente absurdo; se convierte simplemente en una sociedad de “pensamiento positivo” incapaz de lidiar con la intensidad de la crueldad humana o la mano aterradora de Dios en los desastres naturales. Jung también argumentó que la teoría tradicional del mal como privación nos distraía de identificar y tratar con la oscuridad real de la personalidad humana.

Para Jung, el mal es tan real como el bien; es una parte necesaria del cosmos y ciertamente de Dios. El modelo de Jung para el cosmos y para la psique fue la “coincidencia de opuestos” de Nicolás de Cusa. Dios está completamente más allá de cualquiera de nuestras categorías; cuando decimos que Dios es bueno, o que Dios es poderoso, sólo estamos proyectando sobre él categorías humanas. Sólo la totalidad de Dios es absoluta. Él es una coincidencia de todos los opuestos: grande y pequeño, justo y misericordioso, viejo y joven, trascendente e inmanente. A diferencia de Nicholas, Jung pasó a dar el paso final: Dios es tanto bueno como malo. Jung aprobó la doctrina cristiana de la Trinidad, que simboliza

la plenitud dinámica de Dios. Pero la Trinidad cristiana le parecía que no iba lo suficientemente lejos, pues no incluía ni el principio del mal ni el principio femenino. Jung sugirió que una cuaternidad era una idea mejor, pero esta solución siempre fue confusa, ya que a veces construía su cuaternidad añadiendo el principio femenino y otras veces incorporando al diablo.

El buen Señor y el Diablo, argumentó Jung, son dos caras de la plenitud de una sola realidad: “La sombra pertenece a la luz como el mal pertenece al bien, y viceversa ”. La luz necesita oscuridad para definirla; de lo contrario, no podría parecer tan bueno. El mal es ontológicamente real; el Diablo es moral y psicológicamente real. El desafío de Lucifer a Dios produce una sabiduría superior y más profunda en la creación y, por lo tanto, es parte del plan final de Dios. La energía demoníaca es parte del orden natural del cosmos, pero cuando es reprimida se manifiesta como un mal manifiesto. Si la energía cósmica enormemente poderosa representada por el Diablo es negada y reprimida, estallará con una destructividad proporcional al grado de su represión. Pero si está integrado, su energía puede orientarse hacia el bien mayor. La represión lleva a la enfermedad mental de los individuos ya la irracionalidad fanática de la sociedad; la integración conduce a la salud, la plenitud y la creatividad. La energía demoníaca nunca es neutral; si no se canaliza hacia lo constructivo, barrerá con igual poder hacia lo destructivo.

La negativa moderna a aceptar la realidad del Diablo, argumentó Jung, es tanto una causa como un síntoma de nuestra ruina inminente. Aún así, por "Diablo" Jung se refería a un símbolo psicológico mítico, no a una entidad metafísica en el sentido cristiano. A veces pensaba en el Diablo como "la Sombra", pero la Sombra junguiana no es realmente congruente con el Diablo tradicional. La Sombra es una fuerza moralmente descontrolada del inconsciente, que consiste en elementos que han sido reprimidos. Meditando en la oscuridad, estos elementos reprimidos adquieren fuerza y cohesión. Dado que cada individuo reprime cosas diferentes, la Sombra varía con el individuo. Por lo tanto, la Sombra individual no se corresponde necesariamente con puntos de vista sociales o metafísicos del mal. Por ejemplo, la Sombra de una personalidad criminal puede contener elementos que la sociedad considera buenos. Los analistas junguianos posteriores, en particular John Sanford, sugieren que un ego distorsionado puede ser la fuente principal del mal, en lugar de la Sombra. El ego distorsionado puede aplastar elementos saludables en el inconsciente; si estos elementos salen a la superficie, pueden integrarse de manera creativa, pero si se dejan reprimidos, pueden pudrirse y desgastar la fuerza. Debido a que la Sombra consiste en elementos no integrados, siempre es peligrosa. Pero, sugiere Sanford, puede ser el resultado, más que la causa, del mal.

Jung sugirió que podría existir una Sombra colectiva, la Sombra de un grupo, sociedad o nación, manifestándose en fenómenos masivos como el racismo, la revolución violenta o la veneración de líderes crueles como

Hitler o Stalin. Más allá de las Sombras individuales y colectivas, también pensó que posiblemente podría existir una Sombra arquetípica. Como tendería a consistir en las represiones colectivas de toda la humanidad, la Sombra arquetípica estaría cerca del mal absoluto, cerca del Diablo tradicional. Cuanto más aislada y reprimida está la Sombra, más violenta y destructiva se vuelve. Las fuerzas más destructivas de la Sombras colectivas y tal vez arquetípicas se liberan en la guerra moderna. El enemigo se deshumaniza en demonios, monstruos o subhumanos sobre los que proyectamos nuestra Sombra y así justificamos destruirlos.

La mayoría de los demás psicólogos, ya sea con inclinaciones humanísticas o científicas, descartan la noción del mal y prefieren utilizar el concepto social de violencia o el concepto psicológico de agresión. Sin embargo, algunos reflexivos entre ellos han percibido que la psique humana parece tener una necesidad positiva de valores trascendentes, ya sea que su fuente última se encuentre dentro o fuera de nosotros. En este sentido, Viktor Frankl, Erich Fromm, Rollo May y otros se han tomado el mal en serio. En la década de 1980, Rex Beaber, profesor de medicina en la UCLA, fue llevado por su larga práctica con criminales violentos a preguntarse si existe “una fuerza adicional, una fuerza oscura, que actúa a través de los humanos y perpetra el terror”. El psiquiatra M. Scott Peck ha argumentado que la psiquiatría debe reconocer que el mal es un estado psicológico identificable que solo se puede tratar reconociéndolo y nombrándolo por lo que es. Samuel Yochelson y Stanton Samenow presentaron puntos de vista similares después de su larga experiencia en la práctica psiquiátrica con delincuentes en las prisiones del estado de Nueva York.

Sin embargo, la penetración psicológica más intensa del mal no la lograron los psicólogos, sino Feodor Mikhailovich Dostoevsky (1821-1881). En su juventud, Dostoievski se sintió atraído por el nihilismo, el anarquismo, el ateísmo y la revolución. Después del encarcelamiento, el exilio y un indulto de última hora de la ejecución, abandonó el radicalismo en favor del cristianismo. Rechazando la política y la religión occidentales, finalmente se volvió hacia la tradición espiritual ortodoxa rusa. Su ideal era sobornost , el antiguo principio ruso de una comunión de creyentes centrada en el amor de Cristo y la responsabilidad mutua y la caridad. Trabajó ferozmente para depurar su carácter y sus ideas del más mínimo atisbo de optimismo fácil. La comunidad de amor puede realizarse, creía él, solo enfrentando la condición humana directamente con un intenso sentido de compasión, pecado y sufrimiento.

Para Dostoievski, el Diablo era un poder espiritual trascendente, aunque se observa mejor en su efecto sobre el comportamiento humano. El hogar del Diablo no es el infierno, sino el alma humana. Es una sombra cuya forma y sustancia se completa con la crueldad de los pecadores y el sufrimiento de los débiles y los pobres. Dostoievski captó intensa e intuitivamente la realidad del Diablo. Insistió en que para dominar el mal

debemos nombrarlo por lo que es y contrarrestarlo con amor, porque el mal no es la última palabra en el cosmos; la última palabra es Dios que es amor.

Cada ser humano normal experimenta una lucha interna entre el bien y el mal, una lucha que Dostoievski retrató con frecuencia en dobletes: dos personajes, cada uno mostrando un lado de una personalidad completa. El elemento maligno de los dobletes representa el lado maligno de la personalidad, que debe integrarse y transformarse para no ser destruido. Un humano malvado encarna al Diablo como un intelectual que busca el conocimiento sin amor; un mentiroso que distorsiona las relaciones humanas; un escéptico y un cínico; un individualista que se deleita en su propio aislamiento, desprecia a las personas y carece de sentido de comunidad. El infierno que habitan estos miserables es la alienación del amor, de la comunidad y de Dios.

En Los poseídos (o Los demonios), Dostoievski centró su exploración de lo demoníaco en Nikolai Vsevolodovich Stavrogin, el rebelde espiritual. Stavrogin se debate entre el mal y la culpa, pero en cada momento crucial en el que debe tomar una decisión, elige el mal. Es capaz de un gran encanto; habla bien, es agradable y parece fanfarrón y amistoso; sin embargo, se destaca en engañarse a sí mismo ya los demás. Bajo su fachada, Stavrogin es sereno, frío y cuidadoso, carente de ternura, compasión, empatía y entusiasmo. Cuando finalmente se suicida, el acto expresa el egoísmo sin sentido de toda su vida.

El estado espiritual de Stavrogin aparece claramente en el episodio de Matryosha, una niña de doce años, hija de la casera de Stavrogin. Stavrogin trabaja pacientemente para seducir a la niña y finalmente se sale con la suya. Peor aún, logra la seducción sin amor ni alegría, sintiendo sólo una monstruosa combinación de lujuria y desesperación. Consciente de su propia corrupción, elige no resistirla y sucumbe a una indiferencia fatalista sobre si es descubierto y castigado. La niña, obsesionada por la vergüenza y la culpa, se ahorca. Stavrogin finalmente hará lo mismo, pero su respuesta inmediata al suicidio de la niña es contraer un grotesco matrimonio con un idiota. Sus motivos aquí son aún más diabólicos y sin vida que en la seducción del niño. Se casa con el idiota para burlarse de ella, para castigarse a sí mismo por Matryosha, para tomar a la ligera el matrimonio, para burlarse de todos los valores, incluso el valor del éxito y el estatus personal, y para perseguir una curiosidad sin dirección para ver "qué resultaría de eso". Detrás de todo su comportamiento está la convicción de que la vida es un absurdo vacío y sin sentido.

Más tarde, Stavrogin decide confesarse con el santo sacerdote Tihon. Se presenta al cura con esa combinación de timidez y franqueza que constituye el encanto y que en personas malvadas como Stavrogin puede ser la fachada de una personalidad oscura, compleja y caótica. Tihon le pregunta a Stavrogin si realmente ha visto al Diablo, y Stavrogin responde con tono irónico: “Claro que lo veo. Lo veo tan claramente como veo tú. . . . Y a veces no sé quién es real, él o yo”. Pero la presencia de un santo como

Tihon siempre obliga al diablo a decir la verdad, y aunque Stavrogin se protege con una burla irónica, se encuentra revelando su verdadero yo al sacerdote. Tihon, sintiendo el caos en Stavrogin, mantiene su distancia. Stavrogin se burla de él porque, de todas las personas, un sacerdote debería dudar menos de la presencia del Diablo en el alma de Stavrogin, pero Tihon advierte: "Es más probable que sea una enfermedad". Ciertamente el Diablo existe, admite el sacerdote, y ciertamente puede poseer a las personas, pero es prudente ser cauteloso al afirmar su presencia. Una vez más, el Diablo se ve obligado a dar testimonio de la verdad: Stavrogin estalla en respuesta: “Creo en el Diablo, creo canónicamente, en un Diablo personal, no en una alegoría, y no necesito confirmación de nadie. ” Stavrogin intenta burlarse de lo que él toma como la simplicidad de Tihon, pero por supuesto la verdad es que no necesita confirmación porque experimenta al Diablo en su alma directamente.

Stavrogin sigue suponiendo que está jugando con Tihon. “¿Es posible creer en el Diablo sin creer en Dios?” pregunta con una sonrisa, y Tihon responde: “Es muy posible. Se hace a diestro y siniestro”. La confesión procede al filo de la navaja entre la salvación y la condenación. Stavrogin es libre, incluso tan tarde, de abrir su corazón, y en un momento esa posibilidad se vuelve conmovedoramente aguda. “Te amo”, estalla de repente a Tihon, y al Cristo que habla en Tihon. La gracia salvadora surge en su corazón, pero su vida ha estado tanto tiempo perdida en mentiras que pierde el momento; está tan acostumbrado al autoengaño que no se da cuenta cuando por fin ve la verdad. Pero Dios es paciente, e incluso esta última oportunidad aún no ha pasado. Stavrogin se jacta de que no siente arrepentimiento por su crimen, pero un momento después, tomado por sorpresa por la lástima, declara que con gusto moriría para que no haya sucedido. Ha hecho imprimir una confesión completa de su culpabilidad y planea distribuirla. Esta no es una jactancia desvergonzada del pecado; ni la lujuria ni el orgullo dominan su mente, sino la desesperación. La publicación prevista es un acto deliberado de autodegradación, un reconocimiento de corrupción total e irreparable. Stavrogin sabe que a pesar de que Dios lo ha obligado a decirle la verdad a Tihon a su pesar, su confesión no se ha hecho con honestidad ni amor. “Sé con certeza que estoy condenado”, dice, y el romper distraídamente un pequeño crucifijo entre sus dedos mientras habla es una señal de su rechazo a la salvación.

Incluso después de la confesión, Stavrogin pudo haber tenido una oportunidad. El significado de su nota de suicidio es eternamente ambiguo. “Nadie tiene la culpa. Lo hice yo mismo." ¿Son las palabras un acto final de orgullo burlón, un alarde que es autónomo hasta el final, independiente, aislado, negándose a estar obligado a la comunidad incluso por su propia muerte? ¿O son un estallido de verdadero reconocimiento de uno mismo? Si es así, son inmediatamente negados por el propio suicidio, que para la ortodoxia es un pecado imperdonable. Stavrogin representa perfectamente a la persona que se ha entregado total y verdaderamente al Diablo, que apaga

rápidamente cada destello de gracia redentora que brota en su alma, que se condena a sí mismo a la oscuridad del pecado sin alegría y la desesperación, que encarna la tristeza esencial de pecado.

Satanás está muy cerca en The Possessed ; en Los hermanos Karamazov aparece cara a cara. La familia Karamazov está formada por varias personalidades diferentes que juntas forman un supercarácter, una coincidencia de opuestos. El padre es un sensualista incontenible cuya personalidad se refleja en el mayor de los tres hijos legítimos, Dmitri. El segundo hijo, Iván, es un intelectual motivado por un deseo orgulloso y cínico de conocimiento; el hijo menor, Alyosha, es de todos los personajes de Dostoievski el más cercano al ideal del autor, un joven espiritual, reflexivo, amistoso y alegre. Atraída a Dios por el amor a la comunidad, Alyosha sabe que si uno ama plenamente, su amor se extiende a los demás. Al final, es la vida de Alyosha la única respuesta efectiva a la corrupción de su familia. El hijo ilegítimo, Smerdyakov, está motivado por el odio y la envidia debido a su origen y posición inferiores. El personaje más importante fuera de la familia es el padre Zossima, el confesor de Alyosha. Zossima es Alyosha en una edad madura, un hombre de profunda espiritualidad cuya vida se vive de acuerdo con el principio de sobornost, la creencia de que las personas pueden ser verdaderamente libres solo cuando aprenden a actuar libremente en cooperación amorosa. El amor desinteresado que implica sobornost conforma a la persona a Cristo; el individualismo, con el egoísmo y la envidia que trae consigo, conforma a la persona a Satanás.

Smerdyakov cae bajo la influencia de las ideas ateas e individualistas de Iván, que le proporcionan una racionalización intelectual para su propio odio y envidia. Ivan argumenta que dado que la definición de Dios es un ser ilimitado a quien todo está permitido, y dado que Dios no existe, es al individuo humano a quien todo está permitido. Dios no existe, y “tampoco existe el diablo”, le dice Iván a su padre, pero olvida que si un individuo puede tomar el lugar de Dios, también puede tomar el del Diablo. Ivan es demasiado egoístamente inteligente para seguir su propio relativismo moral hasta sus fines lógicos, pero el estúpido Smerdyakov traduce las teorías de su hermano en acción y asesina a su padre. Sin embargo, la evidencia circunstancial apunta al hermano mayor, Dmitri, y es arrestado, juzgado y condenado.

El corazón del libro es la sección en la que Ivan y Alyosha discuten la existencia de Dios. El argumento de Iván a favor del ateísmo nunca ha sido superado en intensidad. Su corazón es la existencia del mal. Los seres humanos son infinitamente peores que las bestias porque son deliberadamente crueles, y la idea de que Dios toleraría, y mucho menos crearía, tales seres es evidencia de que él no puede existir. Los ejemplos de maldad de Iván, todos tomados de los diarios de 1876, son crudos: el noble que ordena a sus sabuesos que despedacen al niño campesino frente a su madre; el hombre que azota a su caballo que lucha "en sus ojos mansos";

los padres que encierran a su pequeña hija toda la noche en el retrete helado mientras ella golpea las paredes suplicando clemencia; el soldado que entretiene a un bebé con una pistola brillante antes de volarle los sesos. Ivan sabe que tales horrores ocurren a diario y pueden multiplicarse sin fin. “Tomé el caso de los niños”, explica Iván, “para aclarar mi caso. De las otras lágrimas con que la tierra está empapada desde su corteza hasta su centro, nada diré. . . . Si el diablo no existe, pero el hombre lo ha creado, lo ha creado a su imagen y semejanza”. A la teoría de que todos estos horrores de alguna manera encajan en una armonía divina más allá de nuestros pobres poderes para concebir, Iván responde con desdén. “Si todos deben sufrir por la eterna armonía”, pregunta, “qué tienen que ver los niños con eso, dímelo, por favor”. Concluye: “No puedo aceptar esa armonía. . . . Renuncio por completo a la armonía superior. No vale la pena las lágrimas de un niño torturado. . . . Imagina que estás creando un tejido de destino humano con el objeto de hacerlos felices al final, dándoles paz y descanso por fin, pero que era esencial e inevitable torturar hasta la muerte solo a una pequeña criatura. . . . ¿Consentirías en ser el arquitecto en esas condiciones? Iván no se permite ninguna evasión. Está luchando con la profundidad del mal y no ve cómo atravesarlo. Espera la refutación de Alyosha, medio esperando que lo convenzan.

Alyosha tiene poco que decir. Él ha argumentado que “el sufrimiento será sanado y compensado. . . que en el final del mundo, en el momento de la eterna armonía, sucederá algo tan precioso que será suficiente. . . para la expiación de todos los crímenes de la humanidad.” Pero él no tiene confianza. “Mis hermanos se están destruyendo a sí mismos. . . mi padre también Es la 'fuerza primitiva de los Karamazov'. . . . ¿Se mueve el espíritu de Dios por encima de esa fuerza? Incluso eso no lo sé. . . . Tal vez ni siquiera creo en Dios”. Cuando Iván plantea la pregunta crucial: "¿Aceptaría ser el arquitecto en esas condiciones", Alyosha responde en voz baja: "No, no consentiría". Sin embargo, la última palabra de Alyosha es que el perdón de Dios por nosotros supera con creces nuestro perdón por Dios. La única respuesta posible a Ivan es la vida de Alyosha, la vida del padre Zossima, la vida de Cristo. Aliosha permanece tan silencioso ante Iván como Cristo ante Pilato. No hay argumento que pueda superar las objeciones de Iván; solo hay amor.

Ivan presiona a Alyosha aún más con la impactante parábola del Gran Inquisidor. Iván ambienta su historia en la Sevilla del siglo XVI, donde Cristo viene por segunda vez a la tierra. Cristo resucita a una niña de entre los muertos y realiza otros milagros; el pueblo lo reconoce y lo ama; pero el Gran Inquisidor, la principal autoridad eclesiástica de Sevilla, ordena su arresto. Cuando Jesús aparece ante él, el Inquisidor le dice que no tiene derecho a volver y añadir a su revelación, ya que la iglesia ahora tiene todo bajo control. Al regresar, Cristo solo está interfiriendo con la autoridad que le ha dado a la iglesia. El Gran Inquisidor considera al Diablo como “el espíritu sabio y poderoso en el desierto” e informa a Cristo que “no estamos

trabajando contigo, sino con él . Es largo . . . ya que hemos estado de su lado.

Dostoievski convirtió a su villano en un prelado católico debido a su disgusto por las ideas occidentales y porque compartía la antigua desconfianza de los ortodoxos orientales hacia Roma. Su intención más profunda era condenar a toda la iglesia cristiana y, de hecho, a todas las instituciones humanas. El Gran Inquisidor es un símbolo de todos los hombres, porque cada uno de nosotros preferimos nuestras propias comodidades y nuestros propios prejuicios a la verdad devastadora y transformadora que Cristo nos impone. En su discusión con Alyosha, Iván ha condenado a Dios; en su parábola condena también a la humanidad. La reacción del Inquisidor ante Jesús es la nuestra: lo condena, lo sentencia a muerte y luego le conmuta la sentencia por el destierro con las terribles palabras: "Vete y no vuelvas más. . . . ¡No vengas nunca, nunca, nunca! Para el Inquisidor, Jesús no tiene respuesta, como Alyosha no la tiene para Iván. Ninguno sería efectivo: aquellos que eligen cegarse se quedan ciegos, y aquellos que se niegan a sanar permanecen ciegos.

Así como la vida de Aliosha responde al argumento de Iván, la vida del padre Zossima responde a la parábola de Iván, pues poco después del pasaje del Gran Inquisidor, Dostoievski presenta la biografía del sacerdote, que vive para la comunidad. "Hermanos", dice Zossima,

> No tengas miedo del pecado de los hombres. Ama a un hombre incluso por su pecado, porque esa es la apariencia del amor Divino y es el amor más alto en la tierra. Amad toda la creación de Dios, toda y cada grano de arena que hay en ella. Amad cada hoja, cada rayo de luz de Dios. Ama los animales, ama las plantas, ama todo. Si amas todo, percibirás el misterio divino en las cosas. Una vez que lo percibas, comenzarás a comprenderlo cada día mejor. Y llegarás por fin a amar al mundo entero en un amor que todo lo abarca. . . . Mi hermano pidió perdón a los pájaros; eso suena sin sentido, pero es correcto; porque todo es como un océano, todo fluye y se mezcla; un toque en un lugar establece movimiento en el otro extremo de la tierra.

Comprende el mal, suplica Zossima, pero comprende también que la alegría y el amor triunfan sobre el mal. El infierno es "el sufrimiento de no poder amar". En cuanto al ateísmo como el de Iván, es el producto de la sociedad occidental fáustica, que persigue fríamente el conocimiento sin amor.

La negación de Iván de la existencia del Diablo es una negación de lo demoníaco en sí mismo, pero ambos estallaron sobre él en forma de visión o pesadilla. Iván primero ve al Diablo como un caballero apuesto y encantador con un poco de mala suerte, pero, fiel a su naturaleza de embaucador y cambiaformas, Satán sigue cambiando su apariencia ante los ojos de Iván. Su expresión es "complaciente y lista para asumir cualquier expresión amable cuando surja la ocasión. . . ." La gente dice que soy un ángel caído, agrega con desdén, pero en realidad solo soy un anciano caballero, "y vivo como puedo, tratando de ser agradable". Sin embargo, el viejo cambiaformas pronto se revela. "Soy Satanás", explica, "y no considero nada humano ajeno a mí". La versión de Satanás de la etiqueta original de Horacio ("Soy humano y no considero que nada humano me sea

ajeno") establece su identidad como Diablo y hombre. Más particularmente, el Diablo es el mismo Iván. Ivan se da cuenta de esto, aunque también siente que el demonio tiene menos poder sobre él de lo que dice. “Eres la encarnación de mí mismo”, le explica a la aparición, “pero de un solo lado de mí”.

Satanás amablemente está de acuerdo con Iván: "Solo soy tu pesadilla, nada más". La ansiosa admisión del Diablo de que es un producto del inconsciente de Iván advierte al lector que Dostoievski pretende que sospechemos que, de hecho, es real. Ivan está igualmente ansioso por negar la realidad. Cuando descubre a Satanás contándole una anécdota que el mismo Iván había inventado, Iván se abalanza sobre esto como prueba de la irrealidad de la visión, y el Diablo responde cortésmente: "Te dije que la anécdota la habías olvidado, a propósito, para destruirla". tu fe en mí completamente.” Tanto para Dostoievski como para Baudelaire, el truco más inteligente de Satanás es convencernos de que no existe. Cuando Iván, enojado, arroja su copa de vino al Diablo, Satanás lo aprueba irónicamente: "Él recuerda el tintero de Lutero", y amablemente desaparece. Su desaparición es seguida inmediatamente por la entrada de Alyosha en la habitación con otra prueba de la verdadera acción del Diablo en el mundo, la noticia de que Smerdyakov se ha ahorcado.

La lucha de la incredulidad contra la creencia en el diálogo de Iván con Alyosha y en el diálogo de Iván con Satanás es una lucha en la mente del superpersonaje que representan todos los Karamazov y que, en última instancia, es mismo Dostoievski. La fe de Dostoievski en Dios y su creencia en el Diablo se construyeron sobre una experiencia madura del mal y de la gracia que vence al mal, de la duda intelectual y del amor que vence a la duda. La última palabra de los hermanos Karamazov es la afirmación de Alyosha de la resurrección a una comunidad amorosa de amigos, junto con su atención (como Jesús) a los placeres simples de la vida:

> “Ciertamente todos nos levantaremos de nuevo, ciertamente nos veremos y nos contaremos con alegría y alegría todo lo que ha sucedido”, respondió Alyosha, medio riendo, medio entusiasmado. “Bueno, ahora terminaremos de hablar e iremos a la cena fúnebre. ¡No te molestes porque comamos panqueques, es una costumbre muy antigua y hay algo de eso! se rió Aliosha. “Bueno, ¡vamos! Y ahora vamos de la mano”.

La visión de Dostoievski estaba impregnada de una intensa comprensión del mal, pero alimentada por la convicción de que la grandeza del mal es superada por uno más grande que el mal, que la realidad del vacío se llena con la realidad mayor del amor divino. Su pesimismo sobre la naturaleza humana se combinó con su esperanza en la gracia salvadora, su sentido del mal integrado con su intuición del bien en una profunda y profundamente práctica afirmación de sentido y verdad. Era una visión cuyo dominio inquebrantable de la oscuridad podía sobrevivir a los horrores del siglo XX simbolizados por Auschwitz e Hiroshima.

16 *Auschwitz e Hiroshima*

Desde 1914, el sufrimiento de la humanidad ha alcanzado un nuevo nivel de intensidad con las guerras mundiales, el Holocausto, el genocidio de Camboya, una hambruna sin precedentes y la amenaza de extinción nuclear. Para la década de 1980, el uso de solo una pequeña proporción del arsenal nuclear podría matar a todos los vertebrados vivos en la tierra. El Diablo se define como el espíritu que busca hasta el límite de su capacidad destruir el cosmos. ¿Puede la fuerza que nos insta a desplegar armas de aniquilamiento ser la misma fuerza que siempre se ha esforzado por negar la vida misma?

Bajo la sombra de males colectivos como Auschwitz e Hiroshima, las sociedades modernas con su burocratización de la responsabilidad han producido lo que Hannah Arendt llamó la banalidad del mal. Se rellenan formularios para que los judíos puedan ser conducidos a los hornos de manera más eficiente; se emiten mapas con coordenadas anónimas para que las tripulaciones de los bombarderos puedan atacar escuelas y hospitales sin perturbar sus conciencias. Las abstracciones —democracia, socialismo, religión, comunismo— disfrazan, esconden y alimentan las fuerzas demoníacas del odio. Sólo cuando se dejan de lado las abstracciones podemos ver el rostro del Diablo regocijándose en el sufrimiento. La experiencia moderna del mal es el hedor de niños quemados. Toda visión honesta de la realidad debe confrontar la realidad física, personal e inmediata del niño en llamas.

Los horrores del siglo XX produjeron tanto un agudo sentido del mal como un cínico embotamiento, relativismo y desesperación cultural. La tensión entre los dos dominó el existencialismo de posguerra. Albert Camus (1912-1960) afrontó con valentía el enigma del mal en un mundo sin valores trascendentes en novelas como La peste (1947), que describe los efectos de una terrible epidemia en la vida de un argelino francés ciudad y los esfuerzos de sus habitantes por dar sentido al desastre. El honesto y fiel sacerdote Paneloux no logra explicar la peste como parte del misterioso plan de Dios para el mundo; el secularista Dr. Rieux sabe que uno simplemente debe continuar haciendo lo mejor que pueda en un mundo donde tales horrores no tienen significado excepto en la resistencia que les ofrecemos. El trabajo profundo y compasivo de Camus representó con precisión el estado de ánimo que prevalece en la sociedad occidental poscristiana, pero en un mundo sin valores absolutos, el coraje y la honestidad de un Rieux son intrínsecamente mejores que el egoísmo, la cobardía o la crueldad.

El progresismo optimista que caracterizó a la teología antes de 1914 no pudo sobrevivir a las conmociones del siglo XX, y muchos teólogos volvieron a considerar seriamente el mal. Leszek Kolakowski insistió en que experimentamos el mal directa e intuitivamente. Cuando observamos un acto de crueldad, no nos involucramos en un proceso complicado de someter los datos al análisis de valores oa los criterios de un sistema ético abstracto. Reaccionamos con cierto conocimiento intuitivo de que el acto es malo. Son las abstracciones las que nos distraen de esa realidad inmediata y reducen el mal a una estadística.

Sorprendentemente, otros teólogos eludieron esta intuición al continuar ignorando o negando el mal radical, como si estuvieran poniéndose al día con el pensamiento dominante de hace setenta años. En el protestantismo liberal, la tendencia a “desmitologizar” el cristianismo siguió dominando a pesar del renacimiento neoortodoxo provocado por Karl Barth y sus seguidores y las ideas de Jung y Mircea Eliade sobre el valor del mito. Relativamente unificado antes de la década de 1960, el catolicismo ha tendido desde entonces, como el protestantismo, a dividirse en grupos liberales y conservadores vagamente definidos. Mientras que el debate entre los puntos de vista tradicionales y escépticos del Diablo se había librado en el protestantismo en el siglo anterior, el argumento en el siglo XX fue más intenso y, por lo tanto, más instructivo en el catolicismo.

Los teólogos católicos escépticos atacaron la existencia del Diablo por motivos que iban desde la doctrina hasta la práctica social. Su argumento más fuerte fue que el Diablo no hace nada en última instancia para explicar el problema del mal. Debido a que cambiar la culpa original de los humanos a los ángeles no explica la introducción del mal en el mundo, el Diablo es una hipótesis innecesaria, y sería mejor tratar la cuestión del bien y el mal en el contexto de la mente humana, que produjo la pregunta para empezar. La lucha cósmica entre el bien y el mal trascendentes es una proyección de la experiencia humana de bienes y males particulares, y todo el mal del mundo puede explicarse en términos del pecado humano. Además, en opinión de los escépticos, no tiene sentido llamar al Diablo una persona o personalidad, ya que el único tipo de "persona" que conocemos es un ser humano, y el Diablo obviamente no puede ser una persona en el sentido humano. Así, el Diablo no es más que una proyección de categorías humanas sobre una figura que hemos inventado.

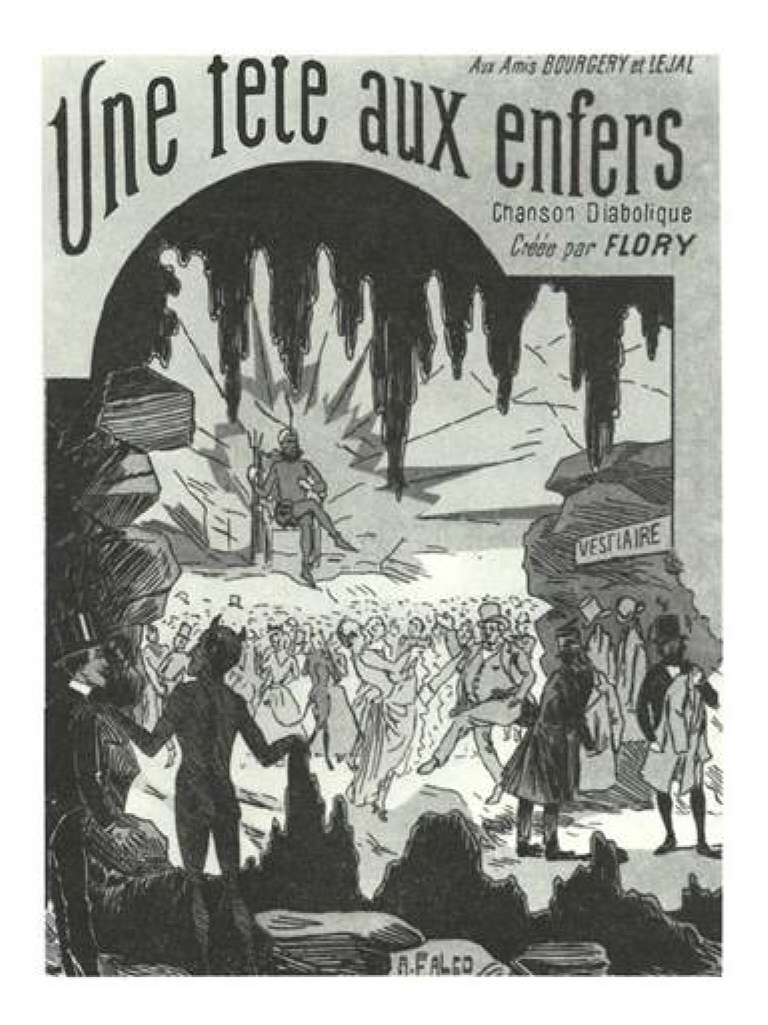
Los escépticos reforzaron su posición con argumentos históricos y bíblicos. Afirmaron que el concepto del diablo tiene raíces paganas, mazdeístas y gnósticas ajenas a la revelación bíblica y que los hebreos posteriores al exilio lo inventaron en un esfuerzo por trasladar la responsabilidad del mal del Señor a otro ser. Argumentan que no hay una imagen clara del Diablo en el Antiguo Testamento, y las referencias del Nuevo Testamento al Diablo no muestran un patrón coherente. Los términos “pecado” y “maldad” pueden reemplazar efectivamente todas las referencias del Nuevo Testamento al Diablo. Contra las indicaciones del

Nuevo Testamento de que Jesús tomó en serio al Diablo, los escépticos objetan que los autores de los Evangelios simplemente pusieron esas palabras en su boca. O bien, Jesús y los apóstoles sí se refirieron al Diablo, pero solo porque necesitaban comunicarse con la gente del primer siglo en términos familiares para ellos. O bien, Jesús y los apóstoles realmente creían en el Diablo, pero esta creencia, como las creencias de que los demonios causan enfermedades o que el sol gira alrededor de la tierra, era parte de una visión del mundo obsoleta relevante solo como una curiosidad histórica.

Los escépticos también argumentaron que la creencia en el Diablo es socialmente destructiva, fomentando la proyección negativa y la demonización de los extraños, y debilitando la responsabilidad humana por el mal al intentar transferirlo a otro ser.

Los conservadores montaron un vigoroso contraataque contra los escépticos en la década de 1970. Una homilía del Papa Pablo VI el 29 de junio de 1972 fue seguida por una alocución formal del Papa el 15 de noviembre de 1972. El Papa ordenó un estudio formal del tema por parte de la Sagrada Congregación de la Fe, que publicó un largo artículo en el Osservatore Romano el 26 de junio de 1975, apoyando su posición. Tanto Pablo VI como Juan Pablo II, apoyados por una variedad de teólogos, incluido el cardenal Joseph Ratzinger, defendieron la diabología sobre bases tanto bíblicas como tradicionales.

Los argumentos en contra de los escépticos varían, como los de los mismos escépticos, desde la crítica bíblica hasta cuestiones de practicidad inmediata. En primer lugar, la crítica bíblica difícilmente presenta una voz unificada: críticos y exegetas difieren, a veces agudamente, sobre el significado y la importancia de los pasajes. Además, la crítica bíblica a menudo introduce suposiciones contemporáneas en nuestra comprensión del pasado. Esto desdibuja los esfuerzos para llegar a una comprensión literal de las Escrituras, para la mejor definición de “literal” es la intención original del autor. Llegar a esa intención original significa eliminar no solo las incrustaciones de la tradición, sino también las incrustaciones de los supuestos históricos actuales. Como observó James Kallas, “Cada faceta de la vida de Jesús estuvo dominada por su creencia en la realidad de las fuerzas demoníacas. Si tiene o no sentido o es vergonzoso para el pensamiento contemporáneo, no viene al caso”.



"Une fête aux enfers" (una fiesta en el infierno). El cartel anuncia un café-concierto c. 1880; el Diablo ha sido reducido a una broma.

La sugerencia de que la creencia de Jesús en el Diablo era meramente parte de una cosmovisión primitiva plantea serias dificultades. La noción de que el primer siglo fue una época ignorante en comparación con el siglo XX es mero cronocentrismo, etnocentrismo trasladado al tiempo. La falacia del cronocentrismo afecta a todos, pero es peculiarmente extraño que los cristianos mantengan que la visión bíblica del mundo es inferior a la de los historiadores modernos; que Jesús y los apóstoles no estaban tan iluminados como nosotros. Dado que la creencia en el Diablo impregna el Nuevo Testamento, se deduce que si se rechaza la creencia en el Diablo sobre la base de que no se ajusta a las suposiciones modernas, la creencia en la Encarnación y la resurrección es igualmente vulnerable, y algunos teólogos no han dudado en seguir estos principios. trascendencia.

Los escépticos argumentaron que ningún credo o concilio requirió jamás la creencia en el Diablo y que las declaraciones conciliares que se refieren a la existencia del Diablo no necesitan ser tomadas como vinculantes. Es cierto que los únicos concilios ecuménicos que prestaron atención

significativa al Diablo fueron el IV de Letrán y el de Trento. Pero ambos afirmaron su existencia. El Cuarto Letrán menciona su naturaleza y actividad de manera destacada en su primer y más importante canon teológico. La sección en la que aparece el Diablo es la declaración más importante emitida por el concilio; además, las oraciones constituyen una parte importante de ese enunciado tanto cuantitativa como lógicamente. El lenguaje implica claramente que la existencia del Diablo es una cuestión ya resuelta que no necesita definición. Finalmente, el concilio apuntaba la declaración contra la exageración de los poderes de Satanás por parte de los cátaros herejes, y este contexto brindaba una oportunidad suprema para cuestionar la existencia de Satanás si hubiera habido alguna inclinación a hacerlo. Al final, los escépticos tuvieron que recurrir al argumento de que el concilio tenía una visión del mundo primitiva y errónea basada en una "mala tradición", una posición que socava la sucesión apostólica y toda la base del cristianismo tradicional.

El argumento de que el Diablo no puede ser una "persona" también es dudoso. Ciertamente el Diablo no es una persona de la misma manera que un ser humano es una persona, pero de hecho no limitamos el término "persona" a los seres humanos. Llamaríamos a un extraterrestre o a un ángel o a cualquier criatura una "persona" si poseyera atributos tales como conciencia, inteligencia y voluntad, por diferente que sea de la nuestra. Aunque los usos del término "persona" para "persona" humana, "Persona de la Trinidad", "persona" extraterrestre y "persona" angélica son claramente distintos en algunos aspectos, la conciencia, la inteligencia y la voluntad son comunes a todos.

El argumento de que la posesión demoníaca, tal como se describe en el Nuevo Testamento, puede explicarse en términos de la psiquiatría moderna es irrelevante para el Diablo, ya que fusiona incorrectamente los demonios y el Diablo, la angustia física y el mal moral, en una sola categoría. La medicina puede comprender los síntomas físicos mejor que la demonología, pero el Diablo representa principalmente el mal moral, y la ciencia y la medicina, por definición, no pueden tratar cuestiones de moralidad. El concepto del mal radical encarnado en el Diablo no puede ser superado o reemplazado por ningún desarrollo de la ciencia moderna.

El argumento de que la creencia en el Diablo es socialmente indeseable pasa por alto el hecho de que la deshumanización de los enemigos siempre se ha producido de manera efectiva en las ideologías que niegan la existencia del Diablo. Tampoco la creencia en el Diablo perjudica la responsabilidad moral más que la creencia moderna de que el comportamiento está determinado por el medio ambiente. Además, el cristianismo siempre insistió en la responsabilidad individual por el mal y mantuvo firmemente que el diablo no podía obligar a nadie a pecar.

En la sociedad en su conjunto, más allá de los círculos teológicos, la creencia en la existencia tanto de Dios como del Diablo ha disminuido drásticamente desde el siglo XVIII, menos por argumentos teológicos que

por el creciente predominio del materialismo. Aunque el declive de la creencia en el mal radical no ha ido acompañado de ningún declive notable en la acción del mal radical, en la década de 1980 la creencia en el Diablo seguía siendo fuerte solo entre los cristianos y musulmanes conservadores, y algunos ocultistas.

El renacimiento de lo oculto después de 1965, parte del movimiento de contracultura de esos años, incluyó un componente de diabología. La popularidad de películas como El bebé de Rosemary (1968) y El exorcista (1973) fomentó el interés por el diablo. Pero aunque los medios explotaron el tema, la causa más profunda de la renovada atención al Diablo fue la necesidad de pseudorreligiones para llenar el vacío creado por la desaparición de las religiones tradicionales. La negación materialista moderna de lo trascendente conduce a una represión de la trascendencia en la psique moderna. La trascendencia reprimida se reafirma entonces en formas extrañas.

Los grupos satanistas de la década de 1970 eran en general frívolos, una extraña forma de elegancia. Anton Szandor LaVey fundó su Iglesia de Satán en 1966; en 1974, un grupo disidente formó el Templo de Set. Su Biblia satánica es una mezcla de máximas hedonistas y ocultismo incoherente. La mayoría Los grupos ocultos reclaman falsamente orígenes en la antigüedad, y LaVey afirma que se remonta al dios Seth en el antiguo Egipto. Para los “setianos”, el Diablo es una fuerza oculta de la naturaleza, un poder bueno y creativo asociado con el sexo, el éxito y la libertad de las restricciones. La proposición de que el Diablo es bueno en lugar de malo es una tontería literal, una proposición sin significado, porque contradice la definición básica de la palabra.

El satanismo abierto y organizado de la década de 1970 se desvaneció, pero los elementos del satanismo cultural continuaron en la década de 1980 con la música rock "heavy metal", que involucraba poco satanismo serio pero invocación ocasional del nombre del diablo junto con algo de abuso de drogas y aparente respeto por el satánico. valores de crueldad, fealdad, insensibilidad, depresión, violencia, tosquedad, autocomplacencia y falta de alegría. Arraigados en el resentimiento adolescente hacia la autoridad, los grupos de "heavy metal" utilizaron los símbolos del ocultismo como parte de la rebelión cultural.

La literatura moderna, como la filosofía y la teología, tuvo que enfrentarse a los horrores del siglo XX. Una reacción fue el disgusto cínico con el mundo. En 1925 André Gide escribió: “¿Habéis notado que en este mundo Dios siempre guarda silencio? Es sólo el Diablo quien habla. . . . Su ruido ahoga la voz de Dios. . . . El Diablo y Dios son uno y lo mismo; trabajan juntos. . . . Dios juega con nosotros como un gato que atormenta a un ratón. . . . Y luego quiere que también le estemos agradecidos. . . . ¡Crueldad! Esa es la actitud primordial de Dios”. Gide, por supuesto, negó la existencia real tanto de Dios como del Diablo; eran simplemente símbolos de un cosmos sin sentido.

A mediados de siglo, el cinismo y el escepticismo habían dificultado la representación eficaz del diablo tradicional sin disfrazarlo mitológicamente o en un cuento de terror. JRR Tolkien (1892-1973) planteó la lucha entre el bien y el mal trascendentes en el mundo de fantasía de la Tierra Media, con Sauron, el señor oscuro de Mordor, representando a Satanás. La mitología y la ciencia ficción del siglo XX tendían a transferir cualidades demoníacas o angelicales de entidades “sobrenaturales” a extraterrestres supuestamente “científicos”. Las películas de 2001 y 2010 (1968 y 1985) presentan ángeles en forma de extraterrestres incorpóreos, y la nueva versión de 1978 de La invasión de los ladrones de cuerpos presentaba extraterrestres cuyas lenguas sibilantes y veloces, crueldad y capacidad para replicar la apariencia humana reproducían las formas demoníacas tradicionales. características.

La declaración mítica más fiel a la tradición apareció en la obra de C.S. Lewis (1898-1963). La contribución más original de Lewis fue la idea de que los demonios están motivados tanto por el miedo como por el hambre. Separados de Dios, la fuente del verdadero alimento, vagan por el mundo en busca de almas humanas. consumir. Si son frustrados, se vuelven y se devoran unos a otros. Ninguna cantidad de alimentación puede mitigar su vacío infinito, porque rechazan el pan de vida, que es lo único que puede satisfacer. Lewis expuso esta idea en The Screwtape Letters (1942), que fingió haber sido escritas por un demonio mayor, Screwtape, para ofrecer a su sobrino Wormwood consejos prácticos sobre la corrupción de la humanidad.

En Perelandra (1943) y sus novelas complementarias sobre el "espacio profundo", Lewis imaginó que cada planeta está gobernado por una "oyarsa", un ángel. Marte está habitado por civilizaciones más antiguas que han resistido con éxito la tentación y viven en armonía con Maleldil el creador. Debido al pecado original de la humanidad, la Tierra ha caído bajo el poder de un "oyarsa torcido", un arconte malvado, y Maleldil la ha puesto en cuarentena en beneficio de los demás planetas. Perelandra —Venus— es un paraíso en el que la tentación aún no se ha entrometido. Sus habitantes son hermosas plantas y animales, y una pareja inteligente, el Señor y la Señora, el Adán y la Eva de este fresco mundo nuevo. El arconte doblado envía a un científico vicioso llamado Weston desde la Tierra para introducir el pecado en Perelandra corrompiendo al Señor y la Señora. Maleldil responde enviando a Ransom, un catedrático de Oxford, para contrarrestarlo. Weston y Ransom deben persuadir al Señor y la Señora de sus puntos de vista, ya que los primeros Perelandrans, como Adán y Eva, tienen total libertad de voluntad. El Diablo no puede, y Dios no lo hará, obligarlos. Weston representa no solo al Diablo sino también al materialismo occidental con sus esfuerzos por doblegar el mundo a sus propios deseos. La ciega devoción de Weston por el conocimiento y el poder de Fausto abre su alma al ángel oscuro, y cuando llega a Venus, ha permitido que su propia personalidad se sumerja en la de Satanás.

Maleldil le ha dado al Señor ya la Dama la libertad del planeta, restringiéndolos solo de pasar la noche en la única isla seca y fija. Su confianza debe estar en Maleldil, quien guía las islas flotantes para su bien, y no en la ilusión de que pueden retener y atesorar los dones de Dios en la tierra inmutable. El propósito del arconte malvado es usar la lengua suave de Weston para persuadir a la Dama de que confíe en su propia voluntad y persuadir a su esposo para que haga lo mismo. Weston utiliza todos los trucos retóricos astutos, incluidos argumentos aparentemente razonables que ocultan el abismo vacío que hay debajo. Cuando no le susurra mentiras a la Dama, involucra a Ransom en interminables debates ingeniosos. El ingenio de Weston en estos debates es asombroso, y Ransom se da cuenta de que la razón no puede derrotar a un ser que no se preocupa por la verdad.

Cada vez que Weston suspende su atareada intención por un momento, cae en el idiota vacío del mal. Entre las criaturas de la flotante Las islas son pequeños animales parecidos a ranas. Para su horror, Ransom descubre que Weston ha estado abriendo las ranas sin pensar con sus uñas y dejándolas morir en agonía. Esta crueldad por la crueldad obliga a Ransom a confrontar el mal, no en su elegante disfraz de argumento filosófico, sino en su desnuda simplicidad como una “obscenidad intolerable que lo afligía con vergüenza. Hubiera sido mejor, o eso pensó en ese momento, que el universo entero nunca hubiera existido que que esto hubiera sucedido”.

Al darse cuenta de que la lucha verbal con el Diablo sería interminable, el catedrático de Oxford llega a ver, con asombro y repulsión, que Dios lo llama a luchar cruda y físicamente, a enfrentar su cuerpo contra el cuerpo que el Diablo está usando. Enfermo de miedo y repugnancia, duda, pero una voz de Maleldil le recuerda: "Mi nombre también es Ransom". Comienza la espantosa batalla, mano a mano y clavo contra clavo. La guerra entre el bien y el mal, según la intención de Lewis, que escribió durante el esfuerzo de guerra de los Aliados contra Hitler, es más a menudo particular y cruda que abstracta.

Para Georges Bernanos (1888-1948), el principal novelista del renacimiento católico francés, el mal es esencialmente incomprensible porque no tiene esencia; su corazón es la frialdad del vacío; se acuclilla en lo más profundo de la mente, hirviendo el odio a Dios y el deseo de muerte. A veces, en la década de 1940, Bernanos casi permitió que esta oscuridad lo llevara a la desesperación. “Al diablo con este mundo”, exclamó, “agachado sobre su arsenal nuclear, amarillo de odio, y su corazón absolutamente vacío de amor”. Satanás es la personalidad negativa en el corazón del mal así como Cristo es la personalidad positiva en el corazón del bien. Bernanos no dudó de la existencia de ninguno de los dos. Sin creer en Satanás, argumentó, uno no puede creer completamente en Dios. La escala del mal en el mundo trasciende con creces lo que los humanos podrían causar por sí mismos o colectivamente, y todos los esfuerzos para mejorar el mundo sin comprender esto están condenados al fracaso.

Bernanos comenzó su primera novela, Bajo el sol de Satanás , en los días oscuros de la Primera Guerra Mundial y la publicó en 1926. La metáfora del título es la luz oscura y la frialdad intolerable del sol de Satanás, el anti-sol, el agujero vacío en el cielo que es la señal del poder del Diablo sobre nosotros. La parte principal de la novela se refiere al abate Donissan, vicario del pueblo de Campagne y luego cura de Lumbres. Donissan está total e intensamente dedicada a Dios. Como resultado, no tiene amigos cercanos; aislado y vulnerable, está sujeto a ataques de desesperación. Su alma está abierta a profundas intuiciones del bien y del mal. En un momento, perdido en un camino rural por la noche e incapaz de encontrar el camino a Campagne, se encuentra con un jovial hombrecito que se ofrece a ayudarlo. Amistoso, servicial, comprensivo y lleno de perspicacia, el hombre gana La confianza de Donissan, lo guía, le da su capa e incluso lo acuna para dormir. El buen tipo deja entrever pistas sobre su verdadera identidad: vive “en ninguna parte”, está “casado con la miseria” y tiene una risa aguda y relincha. Pero como Donissan se siente solo y necesita un amigo, el sacerdote se deja engañar. “Seré tu verdadero amigo”, le asegura el hombre, “te amaré tiernamente”.

Poco a poco, Donissan siente quién es realmente su nuevo amigo, y finalmente el hombrecito se identifica: "Soy Lucifer, el portador de la luz, pero la esencia de mi luz es una frialdad intolerable". "Deja de murmurar tus oraciones", se burla, "tus exorcismos no valen un alfiler". Recoge una piedra del camino, la sostiene y, burlonamente, ofrece las palabras de la consagración eucarística. Cuando Donissan mira a los ojos a su compañero, casi se siente abrumado por el miedo. Pero, para sorpresa de Satán y del propio Donissan, el núcleo de resistencia en el alma del sacerdote es inquebrantable. Encuentra el coraje para decirle al Maligno que sabe que Satanás está aplastado para siempre bajo el peso de su propia miseria hasta el punto de la nada. Superado momentáneamente por la verdad, el Diablo se arroja al lodo, atormentado por terribles espasmos. Cuando se recupera, ofrece una última y espantosa tentación: se convierte en el doble del sacerdote, un doble cuyos ojos son un espejo en el que Donissan lee todos sus propios miedos y dudas. Le aterra que no haya diferencia entre él y su doble, que la resistencia sea imposible.

No obstante, el sacerdote se recompone y le ordena al diablo que se vaya. Pero justo a punto de ganar, se ve socavado por la curiosidad y la vanidad. Impresionado por su propia capacidad de resistencia y curioso de hasta dónde puede empujar a su adversario, toma la ofensiva, exigiendo que el Diablo entregue toda su influencia sobre la gente de su parroquia. Satanás revive de inmediato, sintiendo el regreso de la oportunidad, y ofrece al sacerdote un cebo tentador. Hoy, le dice, Dios te ha concedido una gracia especial. Donissan, curioso, exige saber qué es. “Ya verás”, responde Satanás. Abrumado por el orgullo, el sacerdote jura: “Obtendré tu secreto; Te lo arrancaré si tengo que seguirte donde vives para hacerlo. No te tengo miedo. Donissan inmediatamente se da cuenta de que ha olvidado que la

gracia de Dios, más que su propio mérito, le ha permitido resistir, y tiembla de vergüenza mientras el Diablo le responde con una risa segura y burlona. Satanás lo deja con la confiada amenaza de que regresará.

Años más tarde, cuando Donissan se ha convertido en cura de Lumbres, el Maligno cumple su amenaza. El sacerdote es convocado junto a la cama de un niño que muere de meningitis. La llamada llega cuando está en una profunda depresión. Cuando llega al niño y lo encuentra muerto, una fría desesperación se apodera de él. tan completamente que su corazón parece fallar y el mundo parece desmoronarse debajo de él y caer en espiral hacia el vacío. Sus pecados y debilidades surgen sobre él. Está lleno de temor de que los horrores del mundo sean demasiado grandes para que Dios los venza; con ira contra Dios por la muerte del niño; con ira consigo mismo por no poder ayudar; con duda en el amor redentor de Dios; con ociosa curiosidad por ver lo que Dios realmente puede hacer; con orgullo en sus propios dones espirituales. La combinación es mortal. Arrastrado, le pide a Dios que resucite al niño de entre los muertos. Es menos una petición que una demanda, hecha no por amor sino por ira, y falla, "porque Dios sólo cede al amor". Entonces, cuando los ojos del niño se abren por un instante, no es el niño quien lo mira, sino uno que había conocido años antes en el camino oscuro a Campagne. Retrocede con horror, los ojos se cierran y el niño, misericordiosamente, regresa a la muerte. Los efectos del pecado de Donissan persisten, pues la madre del niño, cuyas esperanzas de que pudiera vivir se habían elevado por un momento, ahora sufre renovada angustia. Aún así, la vida del sacerdote con todas sus fallas es testimonio del deseo de Dios. Los más grandes santos están sujetos a las mayores tentaciones; si la personalidad en su conjunto está orientada hacia Dios, la gracia se abrirá paso, a veces de manera incomprensible y violenta.

Doktor Faustus (1947), del novelista exiliado alemán Thomas Mann (1875-1955) es una reelaboración del motivo de Fausto en términos modernos y seculares. Adrian Leverkühn es un compositor que vende su capacidad de amar a Mefistófeles a cambio de veinticuatro años de intensa creatividad como músico. Satanás se le aparece a Leverkühn en una escena que recuerda deliberadamente la visita de Satanás a Ivan Karamazov. El Diablo cambia su forma y su conversación para adaptarse al estado de ánimo de Adrian. Aparece como un hombre bajo y frágil con cabello rojizo, rostro pálido, nariz torcida y ojos inyectados en sangre. Su indumentaria no es del todo adecuada: lleva gorra y chaqueta a cuadros sobre camisa a rayas, zapatos amarillos y pantalones sugerentemente ajustados.

En el curso de su conversación, Satanás cambia de hombre de confianza a teólogo, médico, proxeneta, hombre de negocios, criminal, lo que se ajuste a la mente de Adrian, porque habla completamente de los recuerdos de Adrian y solo sabe lo que Adrian sabe. Cuando le ofrece el pacto a Adrián, Adrián acepta con entusiasmo, porque el diablo y el pacto que ofrece surgen de la ambición, el egoísmo y los trastornos mentales sifilíticos del propio Adrián. El diablo mismo declara: "Me ves, así que estoy aquí para ti. ¿Vale

la pena preguntar si soy real? ¿No es lo real lo que realmente funciona; ¿No es la realidad experiencia y sentimiento?" El poder oscuro que intentaba destruir a Adrian Leverkühn era el que estaba usando el nazismo para destruir la Alemania natal de Mann y amenazando con derribar la civilización en su conjunto.

Tras veinticuatro años de éxitos, el Leverkühn está arrasado por ambos aflicciones espirituales y físicas; ha perdido la capacidad de amar y su cuerpo está plagado de sífilis. En este último concierto, al que ha invitado a distinguidos amigos y colegas, se cae del banco del piano y es llevado a un manicomio. No obstante, la última nota de su condenado oratorio, "El lamento del Dr. Fausto", es un sol alto sostenido en el violonchelo, un tono de luto que se transforma a medida que se pronuncia en una luz en la oscuridad.

El propósito de Flannery O'Connor (1925-1964) era penetrar en las ilusiones cómodas, quien describió su tema como "la acción de la gracia en un territorio dominado en gran parte por el Diablo". El Maligno nos ha ayudado a construir alrededor de nuestras almas una gruesa corteza que sólo puede ser atravesada por la acción de la gracia. O'Connor combinó una visión trágica de la condición humana con un optimismo arraigado en el poder redentor de Dios. Para mostrar que cada palabra y cada acción de la vida diaria reflejan la lucha entre el pecado y la gracia, enmarca sus historias directamente en la comedia cotidiana del comportamiento humano y en la absoluta inmediatez del paisaje sureño. En los personajes de O'Connor reconocemos lo absurdo de nuestra propia complacencia y autosatisfacción. En el siglo XX, cuando las personas no solo son incrédulas sino que alaban la incredulidad como una virtud, la capa de complacencia es tan espesa que la gracia necesita violencia para abrirse paso.

Las cabezas de los personajes del siglo XX de O'Connor son tan duras que sólo la violencia puede penetrarlas. Algunos son tan complacientes que deben recibir enormes y repetidos golpes antes de que su caparazón se rompa; otros esconden inseguridad, miedo y ansiedad bajo su aparente presunción. En un mundo tan apagado a la realidad como el nuestro, O'Connor escribió en una carta: "No sé si alguien puede estar convencido sin verse a sí mismo en una especie de explosión de luz aniquiladora, una explosión que durará toda la vida".

O'Connor extrajo algunos de sus personajes más poderosos del fundamentalismo protestante del sur, porque el fundamentalismo, como el propio catolicismo de O'Connor, toma en serio la Biblia, Dios y el Diablo. Pretendía que sus personajes fundamentalistas parecieran cómicos y grotescos para aumentar la conmoción cuando el lector se da cuenta de que ella también pretende que cada palabra que pronuncian sea cierta. Estaba decidida a que el bien y el mal aparecieran sin ambigüedad. "La literatura, como la virtud, no prospera en una atmósfera donde no se reconoce que el

Diablo existe tanto en sí mismo como una necesidad dramática para el escritor".

El materialista moderno "le da poca importancia a la gracia o al diablo" y "no reconoce al diablo cuando lo ve", por lo que O'Connor se esforzó por dejar en claro que ella creía en el diablo como un ser externo, entidad personal. "Nuestra salvación se juega con el diablo", dijo en una conferencia, "un diablo que no es simplemente un mal generalizado, sino una inteligencia maligna determinada por su propia supremacía. . . . Quiero estar seguro de que el Diablo sea identificado como el Diablo y no simplemente tomado por esta o aquella tendencia psicológica".

A pesar de la capacidad de Satanás para producir sufrimiento real, también es cómicamente absurdo, porque Dios convierte todos sus esfuerzos en una ocasión de bien para que "siempre esté logrando fines distintos a los suyos. . . . Más que en el Diablo", escribió O'Connor en una carta, "me interesa la indicación de Grace". Cada vez que el Maligno asalta a un personaje para sus propios fines, Dios usa la brecha abierta en las defensas del personaje para derramar su propia gracia y amor. "El Diablo enseña la mayoría de las lecciones que conducen al autoconocimiento", dijo en otra carta. El asalto demoníaco es siempre una ocasión para la gracia.

La influencia del diablo en los personajes de las historias de O'Connor es pronunciada. En "The Lame Shall Enter First", el niño Norton se encuentra en un estado de depresión sorda debido a la reciente muerte de su madre. Su padre, Sheppard, es un intelectual seco que piensa que el trabajo duro y la determinación pueden arreglar el mundo. Enojado con Norton por pensar en su madre, Sheppard decide enseñarle al niño cómo cuidar de los demás trayendo a un delincuente juvenil, Rufus Johnson, a casa para que viva con ellos. El pie zambo de Rufus es un signo de su naturaleza demoníaca, que no se molesta en ocultar. El claro entendimiento de Johnson de que está en el negocio del diablo contrasta con las ilusiones liberales de Sheppard sobre la bondad humana y su propia capacidad para hacer frente a los criminales. "Tal vez pueda explicarte tu diablo", le ofrece a Rufus condescendientemente. Pero Rufus sabe mejor. "Ya sé por qué hago lo que hago. . . . Satanás me tiene en su poder. . . . No solo yo. Tú también." La presunción autosatisfecha de Sheppard es más demoníacamente destructiva que la criminalidad absoluta de Johnson.

El mal pastor descuida a su propio hijo para probar su propia nobleza. Sheppard ignora el hecho de que la personalidad de Johnson y las ideas fundamentalistas han comenzado a dominar a Norton. Rufus es demoníaco, pero también es el vehículo de la verdad de Dios contra el insensible dogmatismo liberal de Sheppard. Sheppard le dice al niño que su madre vive solo en su memoria, pero Johnson le informa que ella está viva en el cielo con las estrellas, y Norton le cree al delincuente, quien dice más de la verdad como O'Connor lo ve que Sheppard. . Por fin, después de que Rufus lo ha traicionado repetidamente, Sheppard finalmente comprende que él mismo ha traicionado a Norton. El amor por su hijo brota tardíamente y le

quita las escamas del autoengaño de sus ojos. Entiende que ha “llenado su propio vacío con buenas obras como un glotón. [Ha] ignorado a su propio hijo para alimentar esta visión de sí mismo. Vio al Diablo de ojos claros, el que hace sonar los corazones, mirándolo lascivamente desde los ojos de Johnson”. Pero es demasiado tarde. En la habitación del ático donde Sheppard ha instalado un telescopio para enseñar astronomía a Rufus, Norton cuelga muerto de la viga desde la que se ha lanzado para encontrar a su madre entre las estrellas.



Félix Labisse: Asmodée , Balaam y Astaroth planificando la posesión de sor Juana de los Ángeles , 1975. Óleo sobre lienzo. Cortesía Galerie Isy Brachot, Bruselas y París.

La lucha entre el Diablo y la gracia domina la última novela de O'Connor, The Violent Bear It Away . Los personajes malvados son más que demoníacos; son epifanías del mismo Satanás. O'Connor estaba impaciente con los críticos que no entendían quiénes eran estas voces. “Si el lector moderno está tan descristianizado que no reconoce al Diablo cuando lo ve, temo por la recepción del libro”, exclamó con tristeza. El protagonista es Young Tarwater, un adolescente que ha sido criado en una granja remota

por su tío abuelo, un anciano evangélico profético que tiene una figura grotesca para el ojo moderno pero cuyas palabras son la verdad de O'Connor. El viejo Tarwater ha educado al niño para que crea que él también está llamado a ser profeta. El corazón de la novela es la lucha dentro del alma del niño entre el mundo secular y el llamado profético.

Poco después de la muerte de Old Tarwater, el niño escucha en su mente la voz de un Extraño que utiliza todas las artimañas para persuadirlo de que abandone su vocación profética. La voz es la Sombra de Tarwater, todo lo que dentro de él resiste la dolorosa vida de sacrificio a la que el anciano le asegura que ha sido llamado. También es la voz del mismo Satanás. De modo que el joven Tarwater se adapta gradualmente a Satanás. La voz del Extraño se vuelve cada vez más familiar, hasta que “sólo de vez en cuando le sonaba como la voz de un extraño; comenzó a sentir que recién ahora se estaba conociendo a sí mismo”. Eventualmente, el Extraño se vuelve tan familiar que ahora es "su amigo, ya no es un extraño".

Así como cada palabra que dice Old Tarwater, sin importar cuán inverosímil sea, es cierta, cada palabra que dice el Extraño, sin importar cuán razonable suene, es una mentira. La voz del Extraño dice que el anciano está loco; niega la gracia, la resurrección y el infierno; ridiculiza a los profetas del Antiguo Testamento ya Jesús. El Satán de Tarwater, como el de Ivan y el de Leverkühn, niega su propia existencia: “No existe tal cosa como un Diablo. Te lo puedo decir desde mi propia experiencia. Lo se por seguro." La ironía es múltiple. Como el Diablo es mentiroso, todo lo que pretende es una falsedad, y su afirmación de que no existe es una mentira. Pero el Diablo siempre se ve obligado en última instancia a decir la verdad, y se traiciona a sí mismo con un lapsus cuando dice que sabe que el Diablo no existe. no de la experiencia sino de la autoexperiencia , la experiencia de sí mismo. Y cuando dice: "No existe tal cosa", sin querer revela la verdad de que el mal es, en última instancia, sólo la nada, una negación de la realidad.

Los esfuerzos del Diablo para corromper a Tarwater se centran en persuadir al niño de que ahogue a su idiota primo Bishop en el lago en el que están de vacaciones. Mientras Tarwater mira hacia el lago, Satanás insinúa la idea de ahogar al niño al observar que "el agua está hecha para más de una cosa". Tarwater asiente, aceptando al antiguo "Extraño" como su "Amigo". Pero cuando Satanás se convierte en Amigo, un nuevo “Extraño” emerge en el alma del muchacho, un Extraño que convierte el acto de violencia en una ocasión de gracia. Una vez más, el Diablo se burla de sí mismo, porque el agua está hecha para más de una cosa, y en el momento de ahogar a Bishop, Tarwater lo bautiza.

Aún así, Tarwater continúa optando por su Amigo incluso cuando la fuerza de la gracia se eleva dentro de él; la gracia necesita más violencia para completar su victoria. Al ver que Tarwater comienza a escaparse de su alcance, Satanás toma la forma de un hombre que le ofrece a Tarwater un paseo en un auto color lavanda. Cuando el hombre le da licor drogado, lo

acepta con un grito: “Es mejor que el Pan de Vida”. El conductor lleva al joven drogado a un claro en el bosque y lo viola. Cuando Tarwater se despierta y ve lo que ha sucedido, purga la tierra contaminada con fuego. Está destrozado y transformado. “Sus ojos chamuscados ya no se veían huecos o como si solo estuvieran destinados a guiarlo hacia adelante. Parecían como si, tocados con carbón como los ojos del profeta, nunca más se usarían para vistas ordinarias”. El objetivo del Diablo era usar la violación para arrebatar a Tarwater del borde de la salvación, pero Dios lo usa para agarrarlo de los labios del infierno.

Aturdido por la violación, Tarwater aún monta una última acción de retaguardia contra Dios. Deambula por el camino hacia la granja de su tío, donde se crió, y cuando llega, el diablo todavía se aferra a él, "un cuerpo de aire cálido y dulce que lo rodea, una sombra violeta que cuelga sobre sus hombros", pero ahora él "se liberó". Al comienzo de la novela, Young Tarwater había tratado de incendiar la granja con el cuerpo de Old Tarwater para destruir el espíritu de la profecía, pero fracasó. Ahora vuelve a intentarlo, pero esta vez con el propósito de enviar a Satanás, no al viejo, a las llamas. Esta vez lo consigue. “Su ánimo se elevó al ver que su adversario pronto sería consumido en un rugiente incendio”. El Maligno, que se ha movido en la mente de Tarwater de Extraño a amigo y Adversario, ahora desaparece para siempre. Con los ojos limpios quemados, el niño recibe su llamado profético: “Ve, AVISA A LOS HIJOS DE DIOS DE LA TERRIBLE VELOCIDAD DE LA MISERICORDIA.” El anciano profeta había sido llamado muchos años antes; ahora el joven profeta vuelve sus propios "ojos chamuscados, negros en sus cuencas profundas" en esa dirección y "se mueve firmemente, su rostro puesto hacia la ciudad oscura, donde los hijos de Dios yacían durmiendo".

Flannery O'Connor instó a la existencia del Diablo en medio de una sociedad cada vez más dominada por el materialismo y el relativismo. En esta sociedad, resueltamente determinada a negar la realidad del mal radical, rara vez el mal ha sido más manifiesto.

17 *El significado del mal*

Globalmente, el mal radical se expresa en el genocidio, el terrorismo y los preparativos para una guerra nuclear. Individualmente aparece en acciones de insensibilidad y crueldad. El 24 de agosto de 1987, la revista Time describió el estado de ánimo de Michael Hagan, un joven de veintitrés años que disparó metódicamente seis veces por la espalda a una joven a la que nunca había visto, matándola “solo por diversión. . . . No le importa Kellie Mosier ni su familia ni sus sueños de ser modelo ni el hecho de que nunca perteneció a ninguna pandilla. 'Hice algo, y soy conocido', se jacta, con una amplia sonrisa mientras holgazanea tras los barrotes de la cárcel del condado de Los Ángeles”. Este es el estado mental de una persona que se ha entregado por completo al mal radical y que se enorgullece y se deleita en haberlo hecho. Es el verdadero rostro de Satanás; a diferencia de las visiones románticas del noble guerrero, es espantoso, tosco e idiota. Desafía la redención.

La historia de Michael Hagan no es simplemente la historia de un alma arruinada; es también un síntoma de la sociedad humana contemporánea, volcando su riqueza en armas mientras se niega a enfrentar sus problemas morales y sociales. El mal radical siempre ha existido; ahora amenaza con abrumarnos por completo.

¿Qué puede ser una persona verdaderamente mala? Hay una diferencia entre el movimiento de la voluntad en particular y la dirección general de la voluntad de una persona. Todo el mundo comete algún mal en la vida, pero una persona cuya voluntad generalmente se vuelve hacia la luz no es una mala persona. Por otro lado, hay personas cuyo carácter completo apunta hacia las tinieblas, que han entregado sus voluntades, personalidades y vidas al mal. A menudo, estas personas son aparentemente encantadoras, incluso carismáticas, ya veces parecen estar haciéndolo bien. Pero el efecto de su carácter sobre quienes los rodean es inmensamente destructivo; cuando una Hitler o Stalin alcanza una posición de gran poder, puede sacudir los cimientos de la tierra.

Las suposiciones planas y materialistas de la sociedad occidental contemporánea han censurado efectivamente la preocupación por el mal radical mediante expresiones de desprecio o condescendencia por los puntos de vista trascendentes. Los esfuerzos seculares para definir y tratar el mal en términos puramente "científicos" se relacionan con la genética o el medio ambiente. Por definición excluyen el concepto de mal radical. El mal radical es una fuerza que trasciende la conciencia humana y, por lo

tanto, no está sujeta a un análisis o control racional, a menos que se reconozca por lo que es. Es una fuerza que opera en varios niveles. Puede operar como una elección libre de la voluntad consciente, aunque más a menudo opera en el inconsciente, influyendo en nuestro comportamiento de maneras que no nos damos cuenta. Puede operar transpersonalmente, afectando a grupos enteros, incluso a naciones; incluso puede ser una fuerza cósmica que trasciende a la humanidad en su conjunto.

La existencia del mal radical es inmediatamente evidente para la intuición moral directa. Es una cuestión de profunda preocupación personal y social que aprendamos a reconocerlo por lo que es. Si no lo hacemos, no tendremos forma de controlarlo.

Pero si la existencia del mal radical es clara, la de una personalidad que lo controla no lo es. ¿Existe tal personalidad, bajo el nombre de Diablo o cualquier otro? El primer paso para abordar la cuestión es definir al Diablo como una persona o personalidad con conciencia, voluntad e inteligencia, cuya intención se centra por completo en causar sufrimiento y miseria por sí mismos.

¿Es esta la definición de un ser imaginario, o tal ser existe más allá de la mente humana? La ciencia no puede abordar significativamente la cuestión, ya que la ciencia está, por definición, restringida a investigar lo físico y no puede decir nada sobre lo espiritual. Para mucha gente hoy en día, la afirmación de que una cuestión no puede ser investigada por la ciencia equivale a decir que no puede ser investigada en absoluto. Confían en que no hay nada que trascienda el universo material y, por lo tanto, nada real que la ciencia no pueda investigar. Tales suposiciones, todavía ampliamente consideradas como de sentido común, ahora son cuestionadas por filósofos, científicos e historiadores, quienes conocen la precariedad de cualquier visión del mundo. Si el Diablo existe o no depende de la visión del mundo de uno. Desde el punto de vista materialista que ha dominado la sociedad occidental durante casi tres siglos, claramente no puede existir. Pero a medida que este punto de vista se desvanece, se nos permite hacer la pregunta nuevamente.

¿Qué indicios hay de que el Diablo, una personalidad trascendente dedicada por completo al mal, existe realmente? La pregunta tiene que ser rota en dos modos; Primero, ¿qué indicaciones existen sin referencia a la revelación o la religión? Y segundo, ¿qué indicios existen dentro de un contexto religioso?

La razón natural ofrece ciertos indicios de que el Diablo puede existir. La primera es que no experimentamos un mundo moralmente neutral. La psicología confirma que comenzamos a experimentar las cosas como buenas o malas a una edad muy temprana, aunque con la madurez aprendemos los refinamientos de la ambivalencia. La experiencia del bien y del mal se aplica tanto a lo que se nos hace a nosotros como a lo que hacemos a los demás, y en las personas normales sigue siendo inherente. También experimentamos el bien y el mal más allá de la raza humana.

Consideramos el cáncer, la meningitis y otros males naturales como una mancha sobre el cosmos. También extrapolamos el mal a cualquier otro ser inteligente que pueda existir en el cosmos, ya sean ángeles o extraterrestres. Siempre que imaginamos a los extraterrestres como personas reales que tienen intelecto y voluntad, los imaginamos como capaces del bien y del mal, del sufrimiento y de infligir sufrimiento. No hay razón para suponer que el mal activo en el universo se limita a la humanidad.

Tampoco hay razón para suponer que la causa del mal humano radica únicamente en la naturaleza humana. Nos estamos preparando para una guerra nuclear que por lo menos traería un sufrimiento desesperado a miles de millones de personas. Muchos asumen que esta destructividad ilimitada es una extensión de la destructividad humana individual. Es cierto que hay maldad en cada uno de nosotros, pero aunar un gran número de maldades individuales no permite a nadie explicar un Auschwitz, y mucho menos la destrucción del planeta. El mal en esta escala parece ser tanto cualitativa como cuantitativamente diferente. Ya no es un mal personal, sino un mal transpersonal, que surge quizás de un inconsciente colectivo. O, posiblemente, es verdaderamente trascendente, una entidad más allá y dentro de la mente humana. Las indicaciones de la razón natural sobre la existencia del Diablo son sugerentes pero no concluyentes.

Sin embargo, dentro de la cosmovisión del cristianismo (o del islam), la evidencia es fuerte. La epistemología cristiana se basa en las Escrituras y la tradición, y ambas afirman claramente la existencia del Diablo. Es cierto que la creencia en el Diablo no forma parte del núcleo del cristianismo y que ninguna de las principales tradiciones cristianas insiste en ella como dogma. Al mismo tiempo, es intelectualmente incoherente afirmar el cristianismo mientras se afirma un punto de vista contrario a las Escrituras y la tradición.

Sin embargo, ahora no hay forma de volver, incluso si fuera deseable, a una visión del mundo en la que el diablo simplemente se acepta como algo dado. No podemos volver a una aceptación ingenua de ideas anteriores (o incluso actuales), porque nunca podemos ir más allá de nuestra autoconciencia y distancia irónica de ellos. No podemos (queramos o no) creer en el Diablo como lo hacía la gente en el siglo XVI, porque conocemos los argumentos a favor y en contra de la existencia del Diablo de una manera que la gente del siglo XVI no conocía. Esto no significa que el Diablo no exista, o que no podamos creer en él, solo que ahora somos conscientes de la precariedad de cualquier creencia o sistema de creencias.

Ya sea que creamos en el Diablo o no, ignoramos el mal radical que simboliza Satanás a nuestro propio riesgo. El mal radical debe ser tratado tanto filosófica como prácticamente. Filosóficamente debemos salir de las estrechas limitaciones del reduccionismo materialista e investigar el mal radical como un fenómeno real; socialmente debemos emprender políticas encaminadas a minimizar la fuerza del mal en el mundo; psicológicamente debemos esforzarnos por integrar el mal dentro de nosotros mismos.

Si el diablo existe, ¿qué es? Si el concepto tiene algún significado, es el Príncipe de las Tinieblas tradicional, una persona poderosa con inteligencia y voluntad cuyas energías están dirigidas a la destrucción del cosmos y la miseria de sus criaturas. Es la personificación del mal radical, y nunca puede ser irrelevante porque el ser humano siempre ha buscado comprender y confrontar ese mal. Esa búsqueda, esa necesidad, es una señal de que el sentido está ahí, por muy oscuramente que parezca estar oculto al intelecto.

Tal vez el amor pueda hacer lo que el intelecto no puede. Tal vez la nube del desconocimiento pueda ser atravesada por la flecha del amor. Porque si hacemos el mal, también amamos, y el amor es el remedio para el mal. Estamos llamados a combatir el mal, pero también estamos llamados a saber combatirlo . El mal no se resiste eficazmente con odio y con armas. No se puede derrotar el mal con el mal, la negación con la negación, el terror con el terror, el misil con el misil. El proceso de negación debe invertirse. Sólo la afirmación puede superar la negación; el mal sólo puede ser integrado por el bien; el odio puede ser sepultado sólo por el amor. La única respuesta al mal que ha funcionado alguna vez es la respuesta de Jesús, o de Alyosha Karamazov, y es llevar una vida de amor. Eso significa lo que siempre ha significado: visitar a los enfermos, dar a los pobres, ayudar a los que necesitan ayuda. También significa tratar de comprender cómo se puede avanzar en la obra del amor en las sociedades modernas y complejas, donde el desarraigo y la falta de sentido están muy extendidos. Sobre todo, significa cuidar a los niños, amarlos, no dañarlos, para que las generaciones futuras sean menos retorcidas, para que Michael Hagans no reaparezca sin cesar. La prescripción es la misma de siempre; sólo queda seguirlo, al fin.

Todo el mundo sabe que esto no es cosa fácil. Es más fácil seguir el camino del diablo con odio, violencia e indiferencia. Pero el camino del Diablo no sólo es moralmente incorrecto; es estúpido Nunca funcionará; nunca ha funcionado. La violencia siempre provoca violencia; el odio en todas partes provoca odio. Diariamente se nos recuerda que aún no hemos aprendido esto. El Diablo se para como un ciego bajo el sol, viendo solo oscuridad donde se encuentra entre los campos verdes y brillantes de la creación de Dios. Hemos pensado en el camino del diablo durante bastante tiempo. Es hora de una nueva forma de pensar.

APÉNDICE 1
Ejemplos de pasajes bíblicos que muestran la ambivalencia de Dios

Génesis 12:17
éxodo 3:19; 4:21–25; 7–11; 12:23; 13:15; 14:4-8, 17; 32:14
Deut. 2:30; 32:41–42
Josué
Jud. 9:22–23
1 Sam. 2:25; 6:6; 15:1–3; 16:14–23; 18:10–20; 19:9
2 Sam. 12:11; 17:14; 22:9; 24:1; 24:13–16
1 Reyes 14:10; 21:21–29; 22:19–23
2 Reyes 22:16–20
1 Cron. 18:22; 34:24–28
trabajo, especialmente 41:10
Salmos 17/18:9–13
Isaías 45:7
Jer. 11:11-23; 18:11; 19:15; 23:12; 25:29; 26:3; 32:42; 35:17; 36:31; 42:10–17; 44:2–11; 45:5; 49:37; 51:64
Justicia. 3:38
Ezequiel 6:10; 14:22
Jon. 3:10
Zac. 8:14
Mate. 18:7
ROM. 3:5–8; 6:1–2; 6:15; 9:19–26

APÉNDICE 2
El Diablo en el Nuevo Testamento

REFERENCIAS GENERALES

Mate. 4.1–11; 5,37; 6.13; 9,34; 10.25; 12.24–29; 12,43; 13,39; 25.41
Marcos 1.12–13; 3.22–27; 4,15; 8.28–34; 12.22–45
Lucas 4.1–13; 8.12; 10.18; 11:15-19; 13,16; 22,3; 22.31–32
Juan 8.44; 12.31; 13,2; 13.27–30; 14.30; 16.11
Hechos 10.38; 13.10
ROM. 16.20
1 Cor. 5,5; 7.5
2 Cor. 2.11; 4.4; 11.14; 12.7
Galón. 5.7?
Ef. 2.2; 4,27; 6.10–16
Col 1.13
1 Tes. 2,18; 3.5?
1 tim. 1,20; 3.6–7; 5.15
2 tim. 2.26
heb. 2.14
Santiago 4.7
1 mascota. 3.19?; 5.8
1 Juan 3.8
Judas 1.9
Apocalipsis 9.1–2, 11?; 12.1–3.18; 19.17–20.15

NOMBRES DEL DIABLO

Satanás: Mat. 4.11; 12,26; Marcos 1,13; 3.22–26; 4,15; 8,33; Lucas 8.12; 10.18; 13,16; Juan 13.2; 13,27; ROM. 16.20; 1 Cor. 5,5; 7,5; 2 Cor. 2.11; 11.15; 12,7; 1 Tes. 2,18; 1 tim. 1,20; 5,5; Apocalipsis 12.8–9; 20.2–7

Diablo: Mat. 4.11; Lucas 4.1–13; Juan 8.44; Ef. 4,27; 6.11–12; 2 Ti. 2,26; heb. 2.14; Santiago 4.7; 1 mascota. 5–8; 1 Juan 3.8–10; Judas 1.9; Apocalipsis 12.1–13.18; 20.10

Belcebú: Mat. 10.25; 12.27; Marcos 3.22–26; Lucas 11.14–15

El Maligno: Mat. 6.13; Ef. 6.16

Príncipe (arconte): Matt. 12,24; Juan 12,31; 14.30; 16.11; Ef. 2.2

Belial: 2 Cor. 6–15

Abadón o Apollyon: Rev. 9.11

También asociado con archas, exousias, kosmokratores y pneumatika: Ef. 6.12; Col 1.13

OTROS LIBROS DE JEFFREY BURTON RUSSELL

Disidencia y reforma en la Alta Edad Media (1965)
Civilización medieval (1968)
Una historia del cristianismo medieval: profecía y orden (1968)
Disidencia religiosa en la Edad Media (1971)
La brujería en la Edad Media (1972)
El diablo: percepciones del mal desde la antigüedad hasta el cristianismo primitivo (1977)
Una historia de la brujería: hechiceros, herejes, paganos (1980)
Herejías medievales: una bibliografía (con CT Berkhout) (1981)
Satanás: la tradición cristiana primitiva (1981)
Lucifer: El diablo en la Edad Media (1984)
Mefistófeles: El diablo en el mundo moderno (1986)